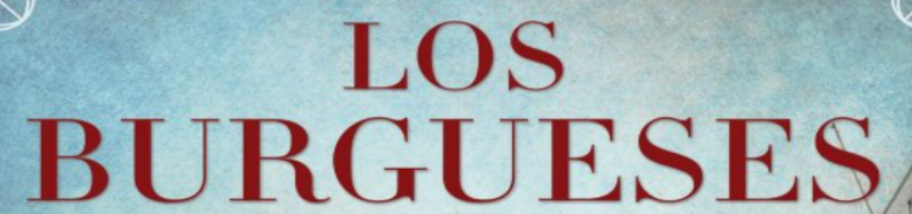


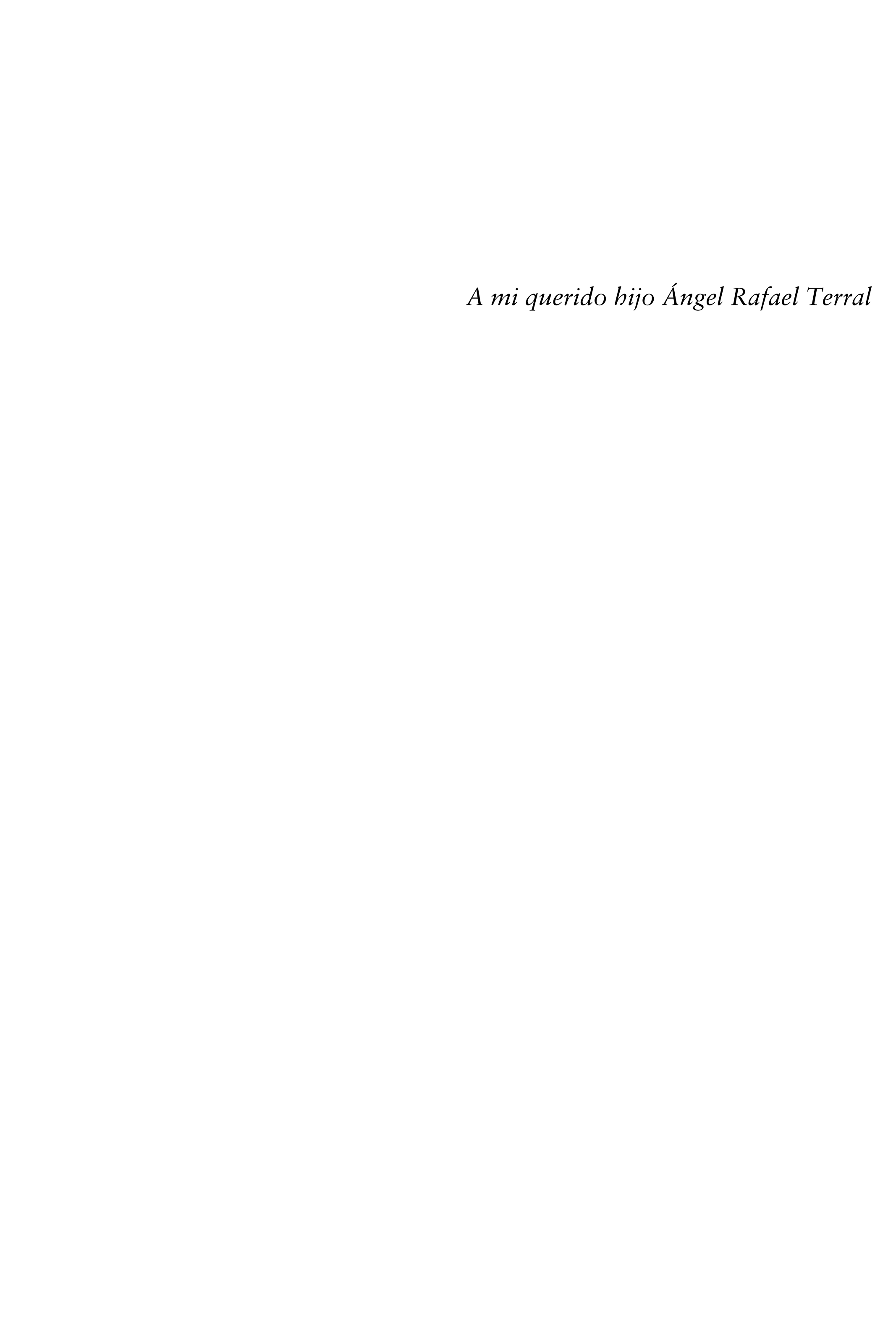
LOS BURGUESES

VUELVE EL AUTOR DE *EL ABOGÁNSTER*
CON UNA NOVELA SOBRE LOS PRÓCERES
DE LA TRANSA DE CUELLO BLANCO

EUGENIO AGUIRRE

Planeta

CONTENIDO



A mi querido hijo Ángel Rafael Terral

PRIMERA PARTE

I

El hombre mira el fondo de su plato y suspira. Su emoción es patente. Es la primera ración de sopa que, a manera de preludio, ha engullido y va por la segunda. Sólo que antes se deleita en la contemplación de las pequeñas letras de pasta que han quedado dispersas y en desorden sobre la superficie blanca de cerámica, revueltas aún con restos de caldo y unas pringas negruzcas de pimienta. «Son hermosas», piensa, «y su sabor, exquisito.» Las junta y recupera con la cuchara de plata que sostiene con la mano derecha y las lleva a la boca para que lengua y paladar las palpen, acaricien, antes de tragarlas con un placer sibarita que le empaña los ojos de lágrimas.

Relame sus labios en un acto ritual que lo une con los misterios de una comunión pagana y respira profundamente. Su magín cae en una ensoñación ligera, para nada trascendente, que lo remite a los momentos en que parado en un risco avizoró unas nubes nimbadas sobre la superficie del mar y las comparó con las axilas suaves y sedosas de una joven mujer que había visto desnuda en la playa.

Mueve la cabeza para sacudirse las imágenes que amenazan con capturar su atención y distraerlo del momento en que con una soltura exquisita, no exenta de precisión y elegancia, introduce el cucharón en una sopera impoluta, fabricada en Delft y, con lentitud y cuidado para no derramarla, sirve la segunda porción de su platillo favorito. Decenas de abecedarios latinos se deslizan dentro de su escudilla mezclados con el caldo de carne de res, y mientras unos se sumergen, otros flotan y se ofrecen como víctimas propiciatorias a las primeras cucharadas que introduce en su boca.

Come con parsimonia. Mastica las letras como si sus dientes y muelas estuviesen acolchonados con pequeños cojines de satén a fin de extraerles el sabor y dar pie a que sus papilas celebren un rito silvano entre bosques de árboles de marfil que muy pronto deviene en aquelarre, en orgía nocturnal donde musas y sátiros, azuzados por la acidez de su saliva, se acoplan con gracia y desenfado.

«¡Ah, qué delicia!», musita. Cada cucharada es una celebración a la felicidad y a la vida. Sin embargo, no se apresura. Si por lo pronto consiente a

la mucosa que, a manera de caverna bucal, sirve de vestíbulo de su aparato digestivo, lo hace a la espera de la epifanía que sabe disfrutará en el instante en que termine de degustar la sopa: otra vez, como en la primera tanda, vocales y consonantes quedan varadas, al igual que chalupas y sampanes orientales, en el fondo límpido del recipiente de porcelana.

Las observa con detenimiento. Su curiosidad es tremenda. Desea leerlas y descifrar, como si se tratase de los posos de una taza de café turco, el código que ha impuesto la casualidad. Constata que, como es costumbre, en esta ocasión los residuos se han aglomerado en un desbarajuste: muchas equis, es, bes, emes, os, haches mudas, zetas y eñes; nada que le sirva para ordenarlas en una secuencia que conforme sílabas o palabras que transmitan aunque sea un término breve con alguna significación. Algo que valga la pena. Las mira con enfado, juega con ellas un rato hasta que no resiste más la tentación, y las traga de un solo bocado.

Por unos instantes queda absorto. Elucubra, porque lo presiente, que las cosas deberán cambiar de un momento a otro. Que llegará el día en que las letras, sin que intervenga su voluntad y destreza manual para unirlas, se organizarán por sí solas de tal suerte que sus mensajes sean precisos, indelebles, más claros que el agua, y él tendrá la oportunidad de asumirlos para que, al igual que el viento que sacude las velas de una embarcación, determinen la orientación que definirá su destino.

Gastón Suplice III es un individuo peculiar que, en una primera instancia, odia su nombre. Lo detesta debido a que le fue impuesto por un padre sumiso y obsecuente que quiso perpetuar en él, indefenso bebé, la ascendencia de un abuelo dotado con una apariencia arrolladora. Un hombre que dondequiera que asistía capturaba de inmediato la atención de los presentes, dadas sus facciones esculpidas con el cincel de la altivez, su nariz de patricio romano y unos ojos de color azul cobalto y que, en conjunto, eran capaces de perturbar la seguridad y el aplomo de los más pintados. No se diga de los estragos que provocaba entre las mujeres, quienes, nada más verlo, comenzaban a idolatrarlo.

Alto. Con una estatura que rebasaba el metro noventa centímetros, don Gastón —se le llamaba con deferencia— ostentaba lo abultado de su vientre e imponía su voluntad y los caprichos de su carácter prepotente y atrabiliario sin consideración alguna. No necesitaba de palabras para que las personas entendieran que los visajes de su mirada, acompañados de sutiles movimientos de sus cejas y apenas un imperceptible parpadeo, eran la ley de la selva; una jungla en la que compartía, tan sólo con unos cuantos leones de su camada, los privilegios de una vida pródiga que para el resto de los mortales estaba simplemente vedada.

Si bien don Gastón en su desempeño social era un farol cuya incandescencia deslumbraba a propios y extraños, así como paradigma de la imagen consagrada del *tycoon* perteneciente a la élite de los hombres de negocios de Norteamérica, en su casa —*mansión* la describe mejor— se manifestaba embozado en la oscuridad más deleznable, turbia y desconcertante de la conducta humana. Neurótico hasta las cachas y con propensiones paranoicas, detestaba por igual a los ruidos y a los niños. Con los primeros su intolerancia llegaba al grado de no permitir la presencia de radios y televisores, y de haber relegado todos los aparatos electrodomésticos a zonas marginadas de su entorno vital —sótanos y cuartos construidos al fondo del jardín—, así como obligar a la servidumbre al uso de mordazas y forros acolchonados encima de los zapatos, a fin de no tener que escuchar murmullos, bisbiseos, pasos, tropezones o la respiración de seres a los que catalogaba con absoluto desprecio.

Mantenía su hogar en el más profundo silencio. Tenía prohibidas las voces estridentes, las carcajadas, los comentarios altisonantes e inclusive las conversaciones que no fueran estrictamente necesarias. Los diálogos con su mujer, doña Matilde, y sus hijos, dos varones y tres hembras, se construían con base en monosílabos someros, en los que la parquedad llegaba a límites que los hacía prácticamente incomprensibles. Todos debían adivinar qué carajos quería decir don Gastón cuando expresaba un «sí», un «no», o se quedaba quieto después de vocalizar un «pues» desprovisto de sentido enfático, que podían traducir como la expectativa de un «quizás» trepado en la cuerda floja, que igual podía caer en la red de su aquiescencia o desbarrancarse en una negativa que, de entrada, cancelaba cualquier propuesta tendiente a hacerles la vida un poco más amable: un viaje, la asistencia a una obra de teatro, una reunión con familiares y amigos o algo tan simple como salir a algún lugar cercano para comer un helado.

Con don Gastón, convencido de que quienes lo rodeaban no eran otra cosa que comparsas a su servicio, no había medias tintas o segundas vueltas, y nunca daba su brazo a torcer porque esa parte de su espíritu estaba más torcida que un sarmiento y era imposible darle más vueltas. Él, desde siempre, había suprimido todas las vías alternativas, todos los senderos que pudiesen bifurcarse en la existencia de quienes lo rodeaban. No permitía más línea que la que él trazaba y ésta estaba cimentada en la intolerancia y el miedo. Había bastado una explosión primigenia para que, en lo tocante al ruido, su prole fuese testigo de la dimensión de la violencia que el patriarca podía ejercer si se salía de sus casillas: un chirrido que no tendría más volumen que el crepitar de las brasas que habían quedado inertes en la chimenea del salón principal, quizás el leve escurrimiento de una gota de resina, había sido suficiente para que el energúmeno, sin medir las consecuencias, hiciera una pataleta descomunal y destruyera todos los objetos que quedaban a su alcance. Tibores

chinos, esculturas de terracota, mesas cubiertas con cristalería y hasta el escudo de armas de su estirpe que colgaba sobre el frontón de la chimenea, salieron volando por doquier y fueron pisoteados hasta quedar convertidos en añicos. Luego, todavía insatisfecho y sin haber desfogado la ira que le carcomía las entrañas, abofeteó a su mujer, golpeó a sus hijos, cebó su inquina en el mozo que se desempeñaba como mayordomo, al que azotó con su propio cinturón hasta hacerle sangrar la espalda, y sólo se detuvo cuando consideró que, de acuerdo con sus cánones, la lección había sido de una contundencia aplastante.

Sí, tuvo razón. Sus familiares, junto con la servidumbre, no sólo quedaron apachurrados frente a la amenaza que significaba la potencia de sus visajes y puños, sino que comprendieron que si querían sobrevivir en su entorno y bajo su férula debían extremar su capacidad silente y no arriesgar el pellejo con un descuido sonoro que los colocase encima de la picota de quien, les había quedado muy claro, podía transformarse en el peor de los verdugos.

Respecto de los niños, la evolución de su fobia fue paulatina. Tuvo que apechugar, no le quedaba otra opción, con la llegada al mundo de cada uno de sus vástagos. Una molestia necesaria si quería prolongar un linaje que, como reza el lema de la Academia de la Lengua o el anuncio de un detergente para lavar trastes, puliría sus acomodos dentro de la oligarquía vernácula y lo dotaría de un esplendor acorde con su prestigio. Todos sus pares ostentaban la presencia de un *junior* en su currículum y él no podía ser menos. Llegaron así a su existencia Gastoncito y, luego y con intervalo de un año, los demás hijos de cuyos nombres nunca quiso acordarse por considerarlos simples rémoras de los achuchones carnales que, para cumplir con los mandamientos de la Iglesia católica a la que estaba abonado, oficiaba cada día de san Juan con doña Matilde Creel y Zuinaga a fin de cumplir con el óbolo de su varonía.

La experiencia con su primogénito fue un verdadero desastre. No asistió, faltaba más, eso era asunto de comadronas o de maricones, al parto del niño. Esa tarde tuvo una comida con los miembros del Club Rotario y, a manera de postre, fue a encamarse con una de sus secretarias, una morocha caliente y procaz a la que llamaba Capullito de Alhelí y que lo hacía sentirse igual de macho que el semental heredado de su padre, mismo que mantenía en el rancho propiedad de la familia. Llegó al hospital cuando ya había pasado el trance y ahí sí tuvo que hacer de tripas corazón y enfrentar lo inevitable: un pequeño bulto rosado e inflamado sobre el seno de doña Matilde que se vio obligado a sostener en sus brazos una vez que ésta se lo entregó con una sonrisa placentera, no exenta de orgullo, y su suegra le endilgó aquello de: «¡Es igualito a usted, don Gastón! ¡Mire nada más que monada!».

«¡Monada mis güevos!», pensó, pero no se atrevió a contradecirla. Simuló estar plenamente satisfecho. Dio un beso en la frente a su mujer y —¡oh, craso error!— levantó al bebito para dizque contemplarlo a sus anchas. No debió hacerlo. Los berridos de la criatura le cuartearon la mandíbula. Se le metieron

hasta la vesícula biliar y se la estrujaron al punto de que sintió que moriría, ¡qué barbaridad!, sin haber alcanzado a firmar el contrato para un desarrollo inmobiliario que tenía apalabrado con Maximino, su cuatachón que ocupaba la cartera de Comunicaciones y Transportes.

Su reacción fue intempestiva. Al instante endilgó el pequeño bulto a la madre de Matilde y, sin siquiera despedirse, salió por piernas y a todo vapor para ir a refugiarse en su casa, donde, para empezar, se metió entre pecho y espalda media botella de whisky de malta pura. Se sentía, no podía soslayarlo, traicionado en lo más íntimo de sus sentimientos; casi como si Matilde le hubiera puesto los cuernos. «¡Un pinche bulto que berrea como los marranos que llevamos al matadero!», fue la imagen que le quedó grabada en la cabeza. «¿Cómo voy a vivir con eso? ¡Es intolerable! ¡Algo tengo que hacer de inmediato!»

El contratista que lo surtía de chapas, molduras, paneles de madera, duelas para pisos, plafones y otros materiales para recubrir muros, suelos y chaflanes en las obras que efectuaba al amparo de los contratos que celebraba con el gobierno, así como en los edificios de departamentos y oficinas de su propiedad exclusiva, llegó una hora más tarde acompañado de una cuadrilla de diez operarios que ni tardos ni perezosos se abocaron a recubrir con láminas de corcho una recámara del segundo piso que él señaló con vehemencia: —¡Es importante que no penetre ni el menor sonido! —ordenó con voz pastosa, y ellos, advertidos por su jefe de las mañas del patrón, acataron a pie juntillas sus indicaciones.

La habitación quedó sellada, más que una caja fuerte, al filo de la madrugada. Don Gastón ordenó entonces a sus mozos que la equiparan con los mismos muebles que él usaba, y que trasladaran a los clósets y armarios su ropa y demás objetos personales. Una vez habilitada, se mudó a su interior y se encerró a cal y canto.

Esa noche lo acometieron algunas pesadillas que lo hicieron sudar la gota gorda y por momentos lo mantuvieron despierto. Sin embargo, sus aprensiones desaparecieron cuando, por la mañana, constató que la recámara acondicionada estaba lo suficientemente alejada de la que ocuparían su mujer y la cría como para que no llegaran a sus oídos ni los chillidos ni sus pujidos.

Cuando dos días más tarde doña Matilde y el niño llegaron a casa, don Gastón habló con ella y estableció las reglas que privarían durante los próximos años: a partir de ese momento ocuparían recámaras separadas; no aceptaría la convivencia con Gastoncito o cualquier otro hijo hasta que cumplieran diez años; los infantes deberían mantenerse a distancia y al margen de su vida cotidiana. Nada de juegos en la sala de estar ni de sentarlos en la mesa de los adultos, así fuesen sus cumpleaños, los viernes —por aquello del ayuno impuesto por la Santa Madre Iglesia que prohibía las carnes rojas y sólo permitía comer pescado— o las fiestas decembrinas. Sí, se les autorizaría a

jugar en el jardín, pero sólo en la zona destinada para ellos y en un perímetro cuyos linderos se fijarían a cien metros de las puertas y ventanas de la casa. Las fiestas infantiles quedaban vetadas, así como cualquier juguete de cuerda o que contase con un mecanismo ruidoso… Muchas trabas puso el hombre, tantas que doña Matilde se vio obligada a escribirlas en una libreta para no olvidarlas y caer en falta; incluso la última que se le ocurrió a don Gastón, que amén de ser una afrenta terrible para ella en su calidad de esposa, y sin que él siquiera lo imaginara, tendría consecuencias nefastas para su imagen personal y el aura que, él creía a carta cabal, lo rodeaba como un escudo radiante para resaltar su hombría: —Tú y yo, Matilde, escucha bien —hizo hincapié—, nos reuniremos en mi recámara cada día de san Juan para, como acostumbramos desde que contrajimos matrimonio, pecar como Dios manda, y si estamos de buen humor, hacernos cosquillas. ¡Ah, y más te vale quedar embarazada!

Matilde cerró las frases con un punto y aparte. Levantó la vista y lo miró directamente a los ojos. No dijo nada ni esbozó un reclamo. La mezquindad de su marido le resultó tan oprobiosa que no pudo permitirse más que soltar una lágrima. Una señal ínfima para manifestar el dolor que le había inferido al develarle descaradamente el poco aprecio que le tenía como mujer y como ser humano. Ya tendría forma —pensó algunos segundos más tarde— de cobrarle dicha injuria en donde ella sabía que más daño podía hacerle.

Gastón júnior creció, valga la paradoja, en la casa de un hombre cuya presencia se significó por su ausencia. Apenas pudo ver a su padre seis o siete veces durante los primeros diez años de su existencia. Jamás recibió un cariño, una palabra de aliento o algún reconocimiento por su disciplina y aprendizaje de las materias que cursaba en la escuela. Don Gastón lo tenía borrado de su lista de intereses. El hijo, quien a la larga debería ser su heredero y ocupar el mayorazgo del patrimonio familiar, mientras fuese niño simplemente no existía. Sí, él sería su padre pero hasta que cumpliera diez años. Mientras tanto, le tenía muy sin cuidado su salud e inclusive que hubiese estado al borde de la muerte por una escarlatina que se complicó y le provocó fiebres cuya temperatura había rebasado los límites del termómetro. Don Gastón ni siquiera fue enterado. ¿Para qué?, dijo Matilde. Si ese fatuo malparido nunca quiso aceptar que fue él quien me preñó con esa colita de lagartija que lleva colgada entre las patas. Siempre, como el pendejo de san José, atribuyó mi embarazo a la obra del Espíritu Santo, aunque quizá debo reconocer que recurrió a una metáfora, porque él llama así a su pirinola, misma que después de mear acaricia y consiente con arrumacos: «Mi dulce palomita querida» o, también, «Mi pichoncito adorado que tantas alegrías me ha dado».

Gastoncito, a pesar de ser un chico sumiso, temeroso de la cólera paterna, acomplejado porque se sentía aborrecido, logró sin embargo llegar a la meta

impuesta por don Gastón. Un día, era inevitable a menos que hubiese muerto, cumplió los anhelados diez años. Lo hizo al mismo tiempo que terminó la primaria en el Colegio Cumbres de los Legionarios de Cristo y pudo mostrar el diploma que lo acreditaba. Había pasado la prueba de supervivencia gracias a su madre y con la falta absoluta de una figura paterna que le proporcionase los anclajes de la seguridad y confianza en sí mismo.

El día de su cumpleaños transcurrió con algunos sinsabores, mas sin llegar a ser un desastre. Por primera vez se le permitió sentarse en la mesa del comedor, habitación en la que jamás se le había franqueado la entrada, para compartir la colación con sus progenitores. Una mesa enorme capaz de albergar a una veintena de comensales, en la que don Gastón ocupó la cabecera, doña Matilde el lugar inmediato a la derecha y al chico se le sentó en un sitio más o menos relegado que estaba detrás de un frutero repleto de manzanas, duraznos, peras, melones, plátanos, mameyes y sandías, así como de otras frutas tropicales, y coronado en la cúspide por una piña tremenda de la que colgaban racimos de uvas, colocadas a propósito para simular la gracia de un pavo real en medio del Paraíso.

Don Gastón había previsto que el júnior —dio por identificarlo así ante la servidumbre—, quedase más o menos oculto para poder observarlo a sus anchas. Todavía no quería verlo de frente. Quería hacerlo de manera sesgada y comprobar si doña Matilde le había enseñado el arte del buen comer y a comportarse en la mesa.

Lo vio, a través de las hojas que adornaban el frutero, colocarse la servilleta que tenía bordadas las iniciales G y M en las piernas y utilizar el cubierto adecuado para degustar cada uno de los platillos que, en orden riguroso, les fueron servidos. El chico comió a la par que sus padres sin cometer error alguno y don Gastón pudo expresar su satisfacción con una onomatopeya semejante al vagido de una vaca.

Hasta ahí todo transcurrió sin sobresaltos. Sin embargo, el chico no supo esperar hasta que el postre le fuera servido y tuvo la ocurrencia de tomar con la mano un plátano y colocarlo en su plato. El respingo de don Gastón fue notorio. Sus mejillas adquirieron un matiz púrpura, al tiempo que chasqueaba la lengua. Se incorporó de su asiento para que su hijo pudiese contemplarlo en toda su magnitud y le soltó: —¡Muchacho pendejo, tan bien que ibas pero ya la cagaste!

Gastoncito sufrió, de inmediato, una temblorina que le impidió contener el movimiento de sus brazos. Los encogió y estiró y, al hacerlo, tropezó con la jarra de agua de Jamaica, misma que salió disparada, no sin antes derramar parte de su contenido. Doña Matilde quiso ayudarlo, pero su marido se lo impidió con un manotazo. La convivencia se interrumpió de inmediato y cada cual abandonó la mesa.

—¡Quiero verte en mi despacho! —ordenó el hombretón a su hijo, antes de

que éste pudiera escabullirse.

El despacho de don Gastón era un cubil impresionante cuyo piso estaba cubierto por una alfombra persa en tonos ocres y rojos que, amén de ser hermosa, servía para amortiguar el sonido de los pasos, y estaba amueblado con una mesa escritorio de roble, varios sillones ingleses forrados con piel de bovino en color verde pasto, en cuyos respaldos estaban grabados los diferentes escudos de los colegios de la universidad de Cambridge; todo enmarcado por enormes libreros atestados de volúmenes encuadernados en pergamino, algunas armaduras bruñidas que lanzaban destellos por doquier, y una colección de armas medievales digna de un museo especializado. Quizá lo único que desentonaba en el entorno, pero que obedecía a un capricho malsano de su dueño, era el artesonado cuya decoración consistía, en cada cuadrícula del ajedrezado, en una teta generosa de mujer que tenía esmaltado el pezón con una tinta colorada, de suerte que quien miraba el techo se veía abrumado por una constelación de senos y por el deseo sexual de treparse para poder chuparlos… Esta techumbre que los amigos de don Gastón habían bautizado con el nombre de *La gran mamada* se hizo célebre entre los asiduos de los corrillos de la alta sociedad y la oportunidad de verla, durante algún tiempo, se convirtió en una dádiva del señor Suplice y una exigencia para afincar el estatus y no pasar por ser un palurdo.

A pesar de que la habitación generalmente guardaba una atmósfera penumbrosa, una vez descorridos los espesos cortinajes que los cubrían, la luz exterior penetraba a través de unos hermosísimos vitrales importados de Francia, cuyos emplomados reproducían varias de las escenas de los que adornan la catedral de Chartres, y ésta quedaba iluminada con rayos titilantes de polvo dorado entre los que se mezclaban los colores puros —verde, azul, rojo y amarillo— ponderados por la escuela pictórica de los predecesores de Rafael Sanzio, igual que si fuera una capilla gótica.

Gastón júnior, vestido para la ocasión con un flamante traje azul marino confeccionado en el almacén de ropa Macazaga, camisa blanca con el cuello almidonado y unos zapatos de charol reluciente que doña Matilde había comprado en El Borceguí, penetró en el despacho y —no pudo evitarlo— se sintió como chícharo en el fondo de una cazuela.

Ahí, de pie —nunca se le ofreció una silla—, esperó a que su progenitor se dignase dirigirle la palabra. Éste, apoltronado frente a su escritorio, igual que si fuese un príncipe de la corte de Baratavia, se entretuvo un buen rato con la lectura de unos documentos, algunos de los cuales signó con su puño y letra. Luego se sirvió una porción de Dalwhínníe en las rocas, whisky escocés con el que iniciaba la jornada, dio un trago y, por fin, pareció advertir la presencia de ese extraño que, intuía, podía ser su primogénito.

—¡Ah! —dijo—. Aquí estás —recalcó—. ¿Diez años? —musitó y se quedó pensativo.

Gastón júnior, con el rostro pálido, se meció sobre sus piernas antes de expresar un «sí» que casi se queda trabado en la conjunción de sus dientes.

Don Gastón, aunque no lo dejó entrever, quedó perturbado. Jamás había escuchado la voz del chico y el sonido agudo, propio de su edad, le resultó chocante.

—Vamos a ver —expresó para sí mismo. Abrió el cajón del escritorio, hurgó en su interior y extrajo un caramelo largo y cilíndrico envuelto en un papel metálico, brillante, pintado en forma de serpentina como si fuese un farol de peluquería.

—¡Toma! —dijo—. Es tu regalo de cumpleaños. Tu cuelga, como decía mi abuelita.

El chico lo tomó, impávido. No supo en ese momento si darle las gracias o, como aprendió más tarde, ya para terminar los cursos de secundaria, mandarlo a chingar a su madre.

—¡Ya nos volveremos a ver dentro de ocho años, Gastoncito! —sentenció el padre—. Para esas fechas, y de nueva cuenta, platicaremos de nuestros asuntos. Tengo decidido enviarte, te guste o no, a una academia militar en los Estados Unidos para que ahí te disciplinen y te hagan hombrecito.

Gastón júnior se retiró con la cola entre las patas y fue a refugiarse en el seno de su madre que, para esas alturas, era su único consuelo. Don Gastón, por su parte, se sintió más que complacido con la «entrevista» sostenida con su hijo. Pensó que no estaba mal su trato directo. Que su franqueza y honestidad estaban a salvo de cualquier crítica que quisieran hacerle. Él no era, ni siquiera lo había vislumbrado, como varios de sus amigos —bueno, de sus conocidos, porque eso de la amistad se cocinaba aparte—, que compartían con sus hijos la práctica de algún deporte, que se desvivían y presumían sus logros, que celebraban sus travesuras, sus chamacadas; que, una vez cumplidos los quince años, se los llevaban de putas a los burdeles que frecuentaban para que dizque aprendieran acerca de los vericuetos del sexo, sus trampas, las enfermedades de que podían contagiarse si no se cuidaban... No, él no era aficionado a las pinches pelotas que rodaban sobre el césped; tampoco a nadar como desaforado de crol o de mariposa, y mucho menos a actuar como celestina de sus vástagos. Él era un tipo duro, de esos que no bailan, con los pantalones bien plantados para meter en cintura a quien se le pusiera enfrente, bueno para los madrazos y, si era necesario, disparar la pistola que a veces llevaba al cinto. «La verdad es que no sé», pensó, «por qué diablos acepté los consejos de Agustín Hinojosa y de Carlitos Trouyet, par de golfos redomados, y construí un frontón en el jardín de la casa. Tampoco, por qué le pedí al Gordo Pani que instalara un boliche, que quedó arrumbado por ahí, en un lugar que ya ni me acuerdo dónde está. A mí lo que me gusta es montar a caballo. Correr a galope tendido sobre un cuaco entero que no le saque a las zanjas. ¡Ah qué la chingada, si para eso soy bien macho!»

Doña Matilde recibió a su hijo con los brazos abiertos. Ella sí que sabía ser espléndida, no sólo con sus obsequios sino en la entrega apasionada de su hermoso cuerpo. Regaló a Gastoncito un rifle de municiones marca Mendoza, una manopla de cácher, unos zapatos para jugar futbol y una pluma fuente Esterbrook que reproducía en su superficie las grecas y los colores de las guardas de los libros impresos en los años treinta del siglo pasado, con la recomendación de que la usara para hacer sus tareas.

Matilde Creel y Zuinaga, descendiente de don Luis Terrazas gracias a la combinación venturosa de varios matrimonios incestuosos —mismo que durante la época histórica conocida con el nombre de Porfiriato fue dueño y señor del estado de Chihuahua debido a la extensión de su latifundio, cuyo territorio era mayor que el de muchos países europeos, y ocupó la gubernatura durante cuatro o cinco periodos—, había heredado una cuantiosa fortuna, sobre todo en bienes raíces que le reportaban una renta considerable que se traducía, mes a mes, en varios miles de pesos. Si bien ella había aportado como dote en su matrimonio el capital principal, peculio que fue a parar en las arcas personales de su marido, las rentas de varias fincas ubicadas en la colonia residencial de Santa María la Ribera y sobre el Paseo de la Reforma le permitían mantener cierta independencia económica y moverse en el entramado social como pez en el agua.

Matilde, es cierto, se había acostumbrado a escuchar los desplantes, no exentos de soberbia y mal gusto, de don Gastón, quien cada vez que tenía oportunidad comentaba que su mujer era una especie de caja chica a la que recurría cuando estaba de vena y exigía que cubriera y pagara las cuentas de los gastos que él consideraba superfluos y le daba flojera satisfacer —«¡Pues nunca cargo morralla!», apuntaba—, como podían ser la compra de un automóvil Packard del año, los boletos de avión México-París, el costo de un crucero por el Mediterráneo, el vestuario para asistir al baile de Blanco y Negro en el University Club; en fin, para todas esas sandeces respecto de las cuales él no estaba dispuesto a distraer su dinero. «¡Matilde es mi monedero!», aseguraba con desparpajo siempre con una sonrisa en la boca, y, así lo creía, dejaba boquiabiertos a todos aquellos diletantes que pretendían escucharlo, mientras buscaban sus respectivos nombres en la columna *Los trescientos y algunos más* que contenía la reseña del Duque de Otranto de la fiesta más reciente, publicada por el *Excélsior*, y, si así sucedía, no sólo quedaban alelados sino convencidos de que pertenecían a la crema y nata de la sociedad mexicana.

Matilde lo dejaba hacer y evitaba contradecirlo en sus despropósitos y en las múltiples pendejadas que decía. Ella tenía asuntos más serios en los cuales invertir su tiempo. A partir de la fecha en que nació Gastón júnior, y con base en las reglas impuestas por su marido, sobre todo en lo concerniente a sus

prácticas sexuales, limitadas al día de san Juan, ella diseñó una estrategia para, durante los siguientes diez años, evitarse vivir como monja y dar rienda suelta a sus apetitos carnales en la forma en que le fuera más gratificante.

La oligarquía mexicana de su época era mojigata, conservadora recalcitrante y en extremo católica. Sin embargo, también era dada a la hipocresía y a fin de manejarse dentro de una doble moral, bajo el precepto de «que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu mano derecha», contaba con argucias y clandestinajes que se mantenían en las sombras, aunque medio mundo los conociera. Se sabía, porque hacían alarde de ello, de las barraganas del cacique Gonzalo N. Santos y de los hijos de riego y de temporal que mantenía desbalagados por doquier, sobre todo entre las selvas y serranías de la Huasteca potosina; de las casas chicas de Maximino Ávila Camacho y de muchos otros de sus compinches que imitaban su conducta, así como de las orgías que se celebraban en el burdel de La Bandida y en otros lupanares de postín como el Casino de la Selva que pertenecía a un expresidente del país, localizado en la ciudad de Cuernavaca y a tiro de piedra de la capital, donde tanto los banqueros como los júniors, los políticos encumbrados y los líderes sindicales se refocilaban con *mujeres de la vida alegre*, esto es, con suripantas, rameras, putas, para no andar con eufemismos, en recámaras diseñadas y amuebladas para su exclusivo placer. Camastros con baldaquines a los que rodeaban espejos de pared a pared —y hasta en el mismo techo— que reproducían al infinito escenas, muchas veces grotescas, de los hábitos, rutinas y depravaciones de los garañones más señalados por las audacias que cometían durante la calistenia en la que ponían a prueba la destreza de su miembro y demás órganos sexuales.

Un mundillo misógino y machista que contrastaba con el de las *mujeres de la vida triste*, esto es, las esposas, quienes quedaban relegadas a las tareas del hogar, la educación de los hijos y, si tenían recursos propios o un esposo distraído al que no le interesaba vigilar la cartera ni los bolsillos de sus pantalones, la compra de ochenta mil trapos y tarugadas con los que envolvían sus respectivos cuerpos para estar a la moda, se colgaban encima como si fuesen árboles de Navidad o se embarraban en la piel hasta quedar convertidas en volovanes rellenos de crema chantillí o caricaturas de las conchas con nata que comían con avidez en el Café de Tacuba. Vestidos, cremas, perfumes y joyas adquiridos en los rutilantes almacenes Fábricas de Francia, el Palacio de Hierro o Liverpool, así como en las joyerías El Zafiro o La Perla, esta última propiedad de don Carlitos Diener, en la calle de Madero, que eran importados de Europa o de los Estados Unidos, constituían el universo de sus intereses más apreciados. Sin embargo, Matilde Creel se cocinaba aparte.

Ella había recibido una educación esmerada en el Colegio Francés, destinado a las llamadas *yeguas finas*, señoritas de la más alta estima social; viajado por medio mundo en compañía de sus padres y hermanas; y, a su paso

por París, la capital del escándalo y el libertinaje antes de que se desatara la Segunda Guerra Mundial, adquirido algunos libros prohibidos que, como en los casos del *Kamasutra* ilustrado, *Justine* de Donaciano, marqués de Sade, y *Madame Bovary* de Gustave Flaubert, le abrieron los ojos, desde entonces y para siempre, frente a ciertas deliciosas «aberraciones eróticas» y las emociones estrujantes de cometer adulterio. Era, por tanto, una mujer leída que sobresalía entre sus pares y punto de convergencia de aquellas de sus amigas más libidinosas y convencidas de que eran dueñas de sus cuerpos y podían hacer con ellos lo que les viniese en gana.

—Gastón sólo quiere fornicar conmigo una vez al año —confesó en un grupo selecto de sus amistades, durante una fiesta en casa de los Martínez Carral, sin que el rubor encendiera su rostro y sin pelos en la lengua—. Además, el muy cretino exige que yo me embarace con cada polvo de su miserable reata, como si yo controlara mi ovulación a su capricho…

Sus amigas guardaron lo que consideraban un prudente silencio. Esperaron hasta que Maruca de la Cortina, la más elegante y despabilada del grupo, soltara: —¿Pues qué se cree ese pendejo? ¿Que es tu dueño? ¿Quiere hijos, uno por cada año que pase? ¡Pues dáselos, Matildita, que para eso están los amigos!

No tardaron, como si fuesen cucarachas en desbandada, en soltarse los murmullos, los chismes y la concupiscencia. Cada cual dio su opinión, acatando sus propios prejuicios, pero todas coincidieron en que la mejor forma de mantener contento a Gastón Suplice era que su mujer le pusiera los cuernos, entre otras cosas para asegurarle descendencia. —¡Y hay una runfla de galanes más que dispuestos a llevarte a la cama, Mati! —confirmó Maruca—. ¡No te los vas a acabar, mi reina!

A buen entendedor pocas palabras. No tardó Matilde en seleccionar un perro con pedigrí que tenía fama de garañón, experto en seducir a las señoras casadas y embarazarlas a tiro por viaje, lo que le daba ciertas garantías de poder salirse con la suya.

Juan *el Modelo*, llamado así como extensión del nombre de la fábrica cervecera de la que era principal accionista, dejó que Matilde le coqueteara un poquito más de lo debido en sociedad, señal inequívoca de que la mujer quería pelea, que era un huevo que necesitaba una pizca de sal, no sólo para estar contenta, satisfecha, sino para cuartearle el escroto al mamón de su marido que, por cierto, era uno de sus conocidos con los que más se llevaba.

No fue un acostón instantáneo que imitara a los que ya podían verse en algunas películas anunciadas en las carteleras de los cinematógrafos, mismos que encendían el deseo de los espectadores, varones por supuesto, hasta el delirio. Debieron esperar a que las ganas maduraran en sus «partes nobles» y el encuentro se volviese inevitable. También, para ponerse de acuerdo.

Matilde escogió los miércoles por la tarde debido a que las actividades de Gastón en el Club de Leones de la ciudad acaparaban su tiempo —eso

afirmaba con la lujuria pintada en el rostro— y solía regresar a casa al filo de la medianoche, un tanto achispado o de plano borracho, y sería incapaz de darse cuenta de las ausencias vespertinas de su media naranja.

El Modelo, aunque tuvo que hacer algunos acomodos porque su agenda estaba saturada por las citas que concertaba con innumerables damas de todo calibre —pero en especial señoras que estuvieran casadas con sus amigos o conocidos—, estuvo de acuerdo y le concedió las horas comprendidas entre las cinco de la tarde y las nueve de la noche de aquellos miércoles —así lo dijo— en los que ella se sintiera caliente y con la disposición de darse un agarrón de peluche.

—Me gustaría que fueran todos, incluyendo el de Semana Santa, el Miércoles de Ceniza y los de la temporada de lluvias, porque yo siempre estoy prendida y una vez cada ocho días apenas me servirá de aperitivo, Juan —aventuró Matilde con un dejo anhelante que satisfizo al galán.

—Ya veremos, mi reina —respondió con sorna el amante en ciernes—. Una vez que conozcas aquello de lo que soy capaz de hacer contigo en la cama, tú me dirás si probaste un tentempié o un verdadero banquete —remató con el aplomo que le daba su experiencia.

Matilde soltó una risita nerviosa no exenta de coquetería. Luego estiró su brazo por debajo de la mesa del café de chinos, en el callejón de Dolores, donde se habían encontrado para evitar que alguien los reconociera, y colocó su mano sobre la bragueta de su compañero. Fue suficiente para que el miembro del Modelo reaccionara y se le pusiera duro. Ambos titubearon ante el atrevimiento de Matilde, quien no quería soltar prenda.

Se miraron a los ojos y se besaron con rabia. Apenas era lunes y Juan ya tenía apalabrado otro compromiso. Debía zafarse a como diera lugar. Hizo un gran esfuerzo para no venirse en seco y, con el tono propio de un hampón, recurrió a una paráfrasis de Filiberto García, el célebre personaje de la novela *El complot mongol*, de Rafael Bernal: —¡Pinches chinos! —que le sirvió para que Matilde, sin entender qué pasaba, retirara su manita y mirase alarmada para todos lados.

La magia de ese primer escarceo se evaporó de inmediato. Juan, todo un caballero, atinó a decirle: —¡Sólo falta un par de días para nuestro encuentro, Mati! Creo que por ahora debemos aguantarnos las ganas para que el miércoles celebremos la locura de nuestro mutuo apetito. ¿Te parece?

Aunque a regañadientes, ella debió mostrarse conforme. Por muy caliente que estuviera —le sopló un pajarito—, no podía comportarse como una gata en celo. De alguna manera tenía que guardar las apariencias y esperar el momento adecuado.

Intercambiaron sus respectivos números de teléfono Ericsson y Juan le dio una dirección y explicó cómo llegar sin contratiempos a su nidito de amor.

Como muchos de sus camaradas de parrandas y juergas, el Modelo tenía una leonera en el Paseo de Bucareli. En el sitio que alguna vez albergó la suntuosa mansión virreinal del conde de Regla, misma que después devino en una casa de vecindad con todo y su quinto patio, cuyas rentas estaban congeladas por un decreto presidencial populista del general Lázaro Cárdenas, varios golfos abusados, asesorados por abogados inescrupulosos que se colgaban escapularios sobre el pecho, lograron mediante truculencias leguleyas desalojar a los inquilinos y apropiarse de sus departamentos.

Estos buitres, Juan entre ellos, decidieron conservar las fachadas intactas, con muestras de un deterioro vergonzoso, y sólo las cubrieron de yedras y macetas de geranios para darles un aspecto bohemio, un tanto cuanto decadente, y reproducir el ambiente de uno de esos pueblecitos galeses, con influencia Tudor, donde hasta el día de hoy se refugian artistas e intelectuales.

Varios arquitectos de moda, entre ellos algunos discípulos del despacho de Rivas Mercado, Enrique del Moral, Carlos Lazo y el simpático *Caco* Parra, aportaron algunas ideas para la «remodelación» del inmueble, con el resultado de que éste no tardó en cobrar fama de ser uno de los lugares más pintorescos de la ciudad. Por si fuera poco, sobre la avenida Bucareli —rango adquirido por esas fechas— se tendieron las vías metálicas de un tranvía llamado deseo, cuya máquina y pequeños vagones eran idénticos a los que circulaban en Lisboa y Barcelona. Faltaba sólo el maestro Antoni Gaudí a punto de cruzar la calle, desde una isla provista con su respectiva claraboya, para completar el cuadro.

La decoración interior de cada departamento quedó a cargo del pillete que se lo había agandallado. Juan no le dedicó ni mucho tiempo ni mucha imaginación: contrató a la diseñadora —profesión que comenzaba a emerger entre las chicas de buenas familias para que no estuvieran ociosas— Pituca de Foronda y la dejó hacer como le viniese en gana. Pituca, con la libertad otorgada, trajo a colación el diseño de un departamento que estaba en un edificio de la plaza Popocatépetl, en la colonia Hipódromo Condesa, a unas cuadras del edificio Basurto —audacia del *art déco* mexicano— donde habitaba Cayetano Cantú —*Cayito* para los cuates—, cuya sala tenía un acusado doble nivel de forma hexagonal. Forró los muros a su alderredor como si fuesen mullidos sillones, todo con satén colorado, y en el centro y sobre una alfombra de color negro azabache colocó una tina blanca de peltre que tenía garras de león en lugar de patas. Asimismo, hizo enmarcar espejos en lugares estratégicos, aunque tuvo que quitar la luna del techo de la recámara principal porque el Modelo le reclamó que él tenía las nalgas enjutas, casi como una cafiaspirina, y no le gustaba que sus viejas se las vieran cuando se les montaba encima.

Pituca de Foronda tenía un gusto exquisito y poco recato. Decoró el resto de las habitaciones con muebles antiguos que compró en el barrio de la

Lagunilla del Distrito Federal, y en el Callejón del Sapo localizado en la ciudad de Puebla, a unas cuadras del templo de San Francisco, en cuyo atrio se comían las mejores chalupas de carne deshebrada —a las que era adicta—, y los combinó con lámparas de pie y de buró estilo Tiffany, y con algunos trapecios y argollas para hacer gimnasia erótica y para que Juan pudiese lucir su musculatura. Agregó, no podía faltar en un tabernáculo destinado al placer, esculturas fálicas esculpidas en ónix, bronce y mármol de muy diversos tamaños; así como un artefacto excitante y a la vez extraño, importado de la zona de las famosas vitrinas de Ámsterdam, Holanda, consistente en una bicicleta con un agujero en el asiento por donde, con cada pedalazo, salía expulsada una verga descomunal de goma dura y brillante que se introducía en la vagina de la señora que la estuviese montando. *La bicicleta del amor*, como la denominó el Modelo, tuvo un éxito sin precedentes entre las mujeres invitadas por él, al grado de que una de ellas, la *virtuosa* Castañeda, se aficionó al deleite que le proporcionaba y tuvo que confesar que prefería subirse a la bici que acostarse, por mucho que le gustara, con su anfitrión.

Matilde se presentó a las cinco en punto en la leonera del Modelo. Iba destemplada y con muchos melindres en el corazón debido a su desconocimiento del lado oscuro de la luna. Juan la recibió con los brazos abiertos y una sonrisa franca y cordial. La hizo pasar a la sala hexagonal y, sin agua va, le ofreció un martini Bombay seco en las rocas provisto con una aceituna enorme. La dejó beber para que entrara en calor. Luego, para romper el hielo, le dijo que estaba preciosa.

Matilde, hecha un mar de nervios, alabó su buen gusto, y enseguida clavó la mirada en la bañera. Un signo de interrogación se dibujó en su rostro.

Juan, quien ya estaba acostumbrado a esa primera reacción por parte de sus amigas, rio de buena gana y explicó: —Es para que nos bañemos después de entretenernos en la recámara, Mati. Tengo unas sales aromáticas deliciosas que compré en una *boutique* francesa que, si decides meterte al agua, van a encantarte.

Matilde se ruborizó, pero no abrió la boca para no comprometerse frente a una propuesta que ella consideraba palabras mayores. Su conducta en términos sexuales durante el tiempo que llevaba casada se había constreñido a la posición del misionero, ella abajo y Gastón arriba, que duraba unos cuantos minutos, tantos como los que él necesitara para correrse. Eso era todo, y ella nunca había llegado, por más que se esmerara, a alcanzar el clímax del orgasmo que algunas mujeres cacareaban y al que daban el rango de una panacea. Ella esperaba que Juan la guiara al jardín de las delicias y confiaba, tal y como sucedió, en que con su experiencia la condujera al éxtasis, así tuviera que recurrir a métodos que por aquel entonces se juzgaban depravados.

Juan la desnudó con calma. Como si fuese una crisálida, la despojó con lentitud de cada una de sus prendas. No quería apresurarla y menos que se asustase. Llevó las manos de Matilde hasta su pene erecto. Ella sintió un calosfrío, pero se sujetó con firmeza. La lencería neoyorquina que llevaba puesta —confeccionada en seda y con encajes en los ribetes, de una suavidad sensual propia de una golosina—, además de ser refinada, era de una voluptuosidad acojonante. Juan comenzó a morderla y a separar con la lengua el brasier y las bragas de la carne blanca, mórbida, hasta dejarla desnuda.

Los jadeos de Matilde eran todavía discretos. Una ola de calor atravesó su cuerpo de arriba abajo y se enroscó en las curvas de sus caderas hasta que sintió que su cintura vibraba y que sus pezones, generosos y encarnados, se ponían duros y adquirían la redondez de una uva.

No tuvo empacho en reconocer la desnudez de su amante. «¿A qué horas se desvistió?», cruzó un electrón por su cerebro. Tampoco se resistió cuando Juan condujo su cabeza a la altura de su miembro y le pidió que se lo mamara. Jamás lo había hecho. La felación no cabía en el manual de su marido, vaya, ni siquiera estaba en su diccionario. Sin embargo, abrió la boca y se tragó el manjar hasta la empuñadura.

—Ya irás aprendiendo, mi reina —susurró Juan desde las alturas celestiales donde oficiaba como el Ángel de la Anunciación mientras aleteaba con los brazos.

El Modelo, todo un experto, contuvo su eyaculación. Esperó a que Matilde estuviera mojada para tenderla sobre un almohadón y meter la cabeza entre sus piernas. Lamió los labios de la vulva hasta que sintió la erección del clítoris, lo tomó con la punta de los dientes e inició una fricción que la llevó al paroxismo.

Por primera vez en su vida Matilde conoció la fogosidad de la candela y sus gritos invadieron el espacio abierto, así como todos y cada uno de los rincones del departamento. Aulló, sin ningún tapujo, hasta que las lágrimas de la felicidad brotaron a raudales por sus ojos. Juan la montó y penetró de inmediato. Él sabía que era la mejor forma para provocar el vicio que las mujeres desarrollaban en aras de la sensualidad de su propia carne y de la suya. Luego le dio la vuelta y la colocó encima de su enorme falo. Poco a poco le fue enseñando la forma de rotar el culo, de menear las nalgas, de ofrecerle las tetas para poder regodearse con su perfil generoso, con sus colores rubicundos y el sabor del calostro que surgía de su interior, pues Matilde había parido hacia poco y aún amamantaba a su niño.

Dos horas pasaron entrelazados, probando e inventando posturas que para Matilde eran inéditas. Juan no quiso sodomizarla porque prefería esperar hasta que sus parejas se lo pidieran, casi le suplicaran que se las metiera por el ano. Sí, se bañaron y fornicaron dentro de la bañera, sobre los cojines que encontraron a su paso, de pie, acostados, jugando con los dígitos del uno al sesenta y nueve. Matilde se derramó muchas veces, tantas que perdió la cuenta;

pero era una mujer joven, fogosa, y aguantaba vara.

Después platicaron. Se contaron cosas que, cuando menos en el caso de ella, nunca pensó que podría llegar a expresar. Enteró a Juan de las exigencias de su esposo y le dejó entrever que nada le gustaría más que tener un hijo suyo. El Modelo tomó nota y pensó que, así como había hecho con otras de sus compañeras, no le costaría trabajo alguno dejarla preñada. Sólo que tenían que vigilar los tiempos. La oportunidad de hacer coincidir sus espermatozoides con los óvulos era perentoria. A partir de esa fecha, Matilde comenzó a llevar la cuenta de sus periodos menstruales, la famosa regla que le indicaría los momentos adecuados. —Ojalá me baje antes del segundo miércoles de cada mes. ¡Uno que quede después del día de san Juan! —exclamó, y Juan se tiró de risa.

El Modelo —era inevitable— alborotó el punto G de doña Matilde. Sus encuentros se volvieron memorables y la mujer cada vez más y más emputecida. Sus demandas eróticas rebasaron con mucho las posibilidades físicas de su amante, y Juan se vio precisado a convertirla en feligresa del uso de la bicicleta, a la que tuvieron que adaptarle un piloncillo del tamaño de un chorizo de Pamplona a fin de que la señora se batiera en sus mieles y quedara satisfecha.

Cuatro meses más tarde, Matilde quedó embarazada como lo habían convenido. Juan comenzó a espaciarle las citas y ella —lo que nunca quiso hacer mientras esperaba a Gastoncito, porque lo consideraba una abyección impropia de una mujer moderna— se dedicó a tejer chambritas y, durante las noches de luna llena, a autosatisfacerse con el molinillo que la cocinera usaba para agitar el chocolate que por las tardes servía a su patrón en el despacho-biblioteca.

El último agarrón que se dio con Juan coincidió con el Miércoles de Ceniza de un año que transcurría entre las convulsiones de la elección presidencial y las componendas para que los miembros privilegiados de la clase económicamente poderosa fraguaran pingües negocios. Comenzó a urbanizarse, con capitales de los Ávila Camacho y un gringo apellidado Jenkins, la colonia que llevaría el nombre de Lomas de Chapultepec, y don Gastón Suplice se preparó para edificar una mansión en la zona cuyas calles llevarían los nombres de los virreyes que habían gobernado y también saqueado a la Nueva España.

Matilde alegó que sus hormonas la tenían desconcertada, casi al borde de la locura prematernal, y que ello la obligaba a dejarlo antes de cometer una locura. Juan, más zorro que el cura Hidalgo, fingió demencia senil y se mostró totalmente de acuerdo. Dio su beneplácito y sólo le pidió que lo invitara al bautizo de la criatura y, ya más adelante, tomarse una foto con ella: —¡Pues no te lo había dicho, pero conservo una galería con fotografías de todos mis rorros! —dijo, y en seguida la trasladó a una habitación que permanecía

cerrada con llave y la dejó sorprendida. —¿Catorce? ¿Y todos son tuyos, Juan?

—Bueno, Mati, son aquellos de los que tengo constancia y por eso llevan sus nombres y la fecha de su nacimiento. Es posible que algunos se me hayan pelado porque sus *amás* se *juyeron* a los pueblos desde donde habían llegado y nunca supe lo que pasó con ellas.

Meses más tarde arribó al mundo Goyito. Juan fue invitado al bautizo por Matilde. A pregunta expresa y con un pretexto baladí, Juan solicitó la foto y don Gastón Suplice, sin meterse a averiguar por qué demonios la quería, otorgó su aquiescencia para que ésta fuese tomada, el día y a la hora que le fuera conveniente, en la recámara de su esposa donde estaba colocada la cuna de la criatura. La complicidad amorosa de Juan y Matilde devino, sin que se rompieran platos o se manifestara un reproche, en una amistad que se prolongaría a lo largo de los años.

Seis meses transcurrieron rápido y ya se avecinaba otro día de san Juan. Matilde, alertada por su proximidad, comenzó a tejer su telaraña. Con motivo de la celebración de un *baby shower*, organizado por Maruca de la Cortina para que las amigas de la señora Suplice la proveyeran de pañales, biberones, mamelucos, cucharitas, chupones y otras cháchararas destinadas al bienestar de Goyito y el suyo propio, Matilde tuvo la oportunidad de reunirse con muchas de sus amigas y comentar a quienes le eran más cercanas y en un aparte que, por mutuo consentimiento, había dejado de ser la amante del Modelo y, por lo tanto, necesitaba un suplente:

—Alguien con el que pueda darme unos revolcones sabrosos, que sea discreto y esté dispuesto, sin mayores complicaciones y sin exigir el reconocimiento de su paternidad, a embarazarme —dijo de corrido para, enseguida, darles una explicación puntual de las exigencias de don Gastón relativas a una descendencia que pretendía tener con la práctica de un método platónico; esto es, sin tocamientos ni otra penetración que no fuese la que él tuviera señalada en su calendario.

—¿Sin que te faje siquiera? —inquirió la *Baby* Dávila con una sonrisa irónica y el uso de un término utilizado por las clases inferiores con una connotación erótica—. ¿Por inspiración de los ángeles de la guarda; así y con un polvo de estrellas? ¡No, pues está cabrón tu maridito! ¡Ha de tener kryptonita en los güevos!

Las amigas barajaron nombres. *La Güera* Reygadas mencionó a Pepito Lamadrid, pero las demás lo descartaron por desaliñado y porque sólo se lavaba en los baños de vapor del Peñón una vez a la semana y le apestaban las patas. Raquel Camil, una libanesa frondosa célebre por el volumen de sus tetas y por haberse jugado a las cartas la fortuna de su marido Melquiades Ashad, sugirió a don Acacio Romero de Terreros, que alguna relación tenía con los dueños de las haciendas de San Miguel Regla y San Juan Hueyapan, en la zona de la mina de Real del Monte pegada a la ciudad de Pachuca, lo que además de

darle prestigio garantizaba que era todo un caballero…

—¡Pero es afeminado, mariquita, Raquel! —interrumpió Lupe Olózaga, a la vez que se pellizcaba los brazos en los lugares donde se le habían formado unas costras—. Dicen que le hace agua la canoa y le gusta comer pinole con popote, al igual que a su papá, que se disfrazaba de odalisca en las francachelas de Nachito de la Torre, aquel yerno de don Porfirio al que agarraron en la orgía de los maricones del grupo de los Cuarenta y Uno. No, no es eso lo que quiere Matilde. Ella quiere un hombre. Un semental de primera, y como ya se tiró al más famoso, pues está canijo encontrar un reemplazo.

—¿Y cómo ven a Giuseppe Petricciolі? —preguntó Maruca, al recordar que el italiano en una visita a las pirámides de Teotihuacan le había metido mano en las nalgas y, en un pasadizo, se le había insinuado—. ¡Estoy segura de que debe ser una maravilla en la cama…!

—¡Sí, tienes razón, es un amante magnífico! —confirmó la Baby Dávila—. ¡Sólo que es muy putañero, le fascinan las rameras del callejón del Órgano, del pasaje del 2 de Abril y del mercado de La Merced, y, como no se cuida, a cada rato se infecta de una y mil chingaderas… Les cuento un chisme, pero que esto no salga de entre nosotras; a mí me pegó una gonorrea que me trajo por la calle de la amargura. Por eso lo dejé y también porque en el consultorio del doctor Alcaide me topé con Augusta Lascuráin, a la que el desgraciado había pasado un tropel de ladillas que la obligaban a rascarse el culo. ¿Se imaginan el bochorno de la pobrecita?

Otros nombres surgieron, pero las señoras no se ponían de acuerdo ni se decidían por uno. Matilde guardaba silencio y, sin atreverse a identificarlo, cavilaba sobre la fisonomía y posible destreza amatoria de un individuo al que, en un sarao de las Limantour, le había echado el ojo. Vino a sacarlas del berenjenal en el que estaban metidas Jovita, la mujer de Ramiro de Antuñano O'Reilly, quien se les reunió con una curiosidad patente a fin de indagar qué era lo que estaban cocinando.

Nada más verla, todas sin excepción, esbozaron una sonrisa de complacencia y supieron que el embrollo, para fortuna de Matilde, quien no pudo evitar una exhalación de alivio, estaba por destrabarse. Sabían, porque era vox pópuli, que Jovita y su marido Ramiro, quienes se habían conocido en Londres mientras aprendían inglés, visitaban museos y se ajuaraban de lo lindo, decidieron casarse sin consultar a sus respectivas familias y adoptar, muy a la inglesa, una convivencia libre. «Viviremos juntos», dijeron, «y tendremos hijos, pero seremos absolutamente libres en lo relativo a nuestras aficiones e intereses personales. Tú a lo tuyo, Jovita, y yo a lo mío. Los celos estarán desterrados y podremos involucrarnos en tantas aventuras como nos complazca.» Una convención que habían manejado con soltura e inteligencia, de suerte que su grupo social, al principio renuente, la había aceptado y acostumbrado a no cuestionarla, en la medida en que ambos cónyuges se

comportaran con la discreción debida.

Ramiro le vino a Matilde, en todos sentidos pues era interesante, simpático y estaba muy bien dotado, como anillo al dedo. Con él no hubo necesidad de reunirse en leoneras o en hoteles de paso clandestinos. La recibía en su casa, eso sí, nada más los miércoles, donde algunas veces antes de pasar a solazarse en la recámara tomaban el té en compañía de Jovita y chismorreaban sobre las noticias locales y las intrigas que formaban parte del cotilleo de su grupo. Matilde disfrutaba así de encuentros sexuales más que satisfactorios y lo único que le causaba cierta desazón era que, por su ascendencia irlandesa por el lado materno, Ramiro ostentaba una mata de cabellos rojizos en la zona púbica y su piel estaba cubierta de pecas desde la coronilla hasta los lugares más insospechados.

—Ramiro no expulsa semen por el pito; arroja un torrente de pequeños lunares que inundan mi vagina y me hacen cosquillas —solía comentar con sus amigochas del alma—. Me da miedo imaginar, si llego a preñarme, cómo saldrá la criatura, porque si hereda sus rasgos y sus colores, no sabré cómo justificarlos cuando Gastón ponga el grito en el cielo.

Ramiro cumplió a cabalidad con las encomiendas solicitadas por doña Matilde. La mantuvo feliz y satisfecha con su potencia viril y su forma galante de tratarla, y la dejó embarazada en una fecha por demás oportuna. Una niña que, a la larga, llevaría el mote de Zanahoria pasó, aunque no la conocería hasta diez años más tarde, a formar parte de la familia de don Gastón Suplice.

Otros dos amantes, cada cual en su momento, se unieron con frenesí y alentaron los desfiguros carnales de doña Matilde. Un alemán llamado Kurt Alzheimer, asentado en la isla de Cozumel, al que conoció durante la feria de productos químico-farmacéuticos de Mérida, Yucatán, quien le propuso que probaran juntos la eficacia de los condones de látex marca Prepuciáin que su empresa acababa de lanzar al mercado, durante las escapadas que ella pudiera darse, lo constató con cronómetro, mientras don Gastón atendía juntas, comilonas y se iba de parranda con sus conocidos de la Casta Divina —don Papo Cámara, Huicho Vales, Alberto Peón, Miguel Barbachano, Fernando García Ponce, Rico Medina y un arribista al que apodaban *el Chahuistle*— a un poblado aledaño conocido como El Sur, donde éstos mantenían segregadas a sus barraganas en unas casas chicas que, para conservar el orden y tenerlas bajo control, les habían regalado.

Kurt y Matilde probaron la eficacia de los preservativos en varias posadas del centro de la ciudad, en algunas mansiones del Paseo Montejo, sobre todo en las habitaciones del palacete de don Cabalán Macari, y, ya entrados en gastos y de camino a Progreso, en las hamacas colgadas en las ceibas que rodeaban el cenote de Dzibilchaltún.

Hasta ahí, los amantes habían disfrutado con un amor desordenado al compás de panuchos, tacos de cochinita pibil y papadzules, y los condones

demostrado su aguante. Sin embargo, Matilde quería embarazarse sin que el alemán se enterara, e iba a estar en chino lograrlo mientras un capuchón de goma impidiese el viaje falópido de las lombricitas cabezonas para fecundar sus ovarios.

Ideó, entonces, una artimaña, una truculencia inspirada por las declaraciones apócrifas de Alma Reed, publicadas en un panfleto de tinte escandaloso por los periodiqueros de la familia Meneses, dueños de varios diarios, que le regalaron en el recinto ferial, en el que la célebre reportera norteamericana supuestamente confesaba que su amante, Felipe Carrillo Puerto, a la sazón gobernador del estado de Yucatán y felizmente casado, en los arrebatos carnales que sostenían acostumbraba colocar en el glande de su miembro unas caperuzas rojas hechas con tela de henequén a manera de preservativo y dificultar así que ella quedase embarazada, lo que no era conveniente por razones de Estado.

Sin embargo, y de acuerdo con el texto del pasquín, Alma se había propuesto a toda costa tener un hijo con el hombre que amaba, por el que tanta admiración sentía —un personaje excepcional que durante su gobierno había implantado un régimen comunista en la península y realizado muchos cambios para beneficiar a los indígenas mayas, entre otros traducir la Constitución a su lengua a fin de que estuvieran enterados de sus derechos y pudieran defenderse de los latrocinios que con ellos perpetraban los hacendados, siempre apoyados por los ladinos de la federación, avances políticos que ella aplaudía— y con el que estaba decidida a contraer matrimonio… Tenía, por lo tanto y a toda costa, que desafanarse, aunque fuera por una sola vez, de las caperucitas rojas: «…recordé entonces», escribieron que ella había dicho, «que Felipe solía dejar las toallitas encima del buró sin preocuparse por ellas hasta que, después de los prolegómenos del amor, sentía que era el momento de cubrir su miembro. Yo aproveché una distracción de mi amado y con los dientes practiqué en algunas varios agujeritos por los que pudiera escurrir el semen y depositarse en mis entrañas… Felipe nunca se dio cuenta de mi engaño; vamos, ni siquiera se percató de mi incipiente barriguita cuando, a la orilla de un palmar, me hizo escuchar la canción titulada *Peregrina*, escrita en mi honor por el vate Luis Rosado Vega y musicalizada por el famoso trovador Ricardo Palmerín, y mientras la cantaban, por supuesto con los ojos vendados, él y yo nos inspiramos para darnos un agarrón de padre y señor mío ahí encimita de la arena».

Matilde no tuvo que leer más de los embustes vertidos en el pasquín para que su imaginación se pusiese al trote. Así, aunque los condones eran más resistentes que las caperuzas, pudo perforar algunos. Su maniobra dio resultado y el alemán Alzheimer jamás advirtió lo que había sucedido y mucho menos pudo adivinar que sería el «padre desconocido» de una pequeña walkiria que, a pesar de cierto extrañamiento fugaz manifestado por don

Gastón, su padre putativo, llevaría el apellido Suplice precedido por el nombre de Kurticia con el que literalmente se emperró su madre.

El último embarazo de Matilde ni siquiera fue planeado. Se dio por casualidad una tarde en la que ella, vestida tan sólo con una bata de estar, confeccionada con seda cruda, de amplio escote y que tenía una abertura que desnudaba sus piernas, salió a dar un paseo por las veredas que bordeaban el prado que circundaba la casa recién construida en la calle de Virrey Antonio de Mendoza número 8, en las Lomas de Chapultepec.

Filemón, el jardinero, estaba en esos momentos ocupado en el arreglo de un arreate de azaleas que había invadido un pedazo del terreno destinado como rosedal y apenas percibió —gracias a la fragancia del perfume de gardenias que ella llevaba impregnado en su piel— la presencia de su patrona. Sin embargo, una vez que ella hubo pasado, levantó la vista y quedó en éxtasis con el avance rutilante de las caderas ceñidas por la tela. El perfil de las curvas de Matilde lo atrajo como si fuese un imán y comenzó a sudar copiosamente. Filemón era un pelado respetuoso al que jamás se le hubiera ocurrido mirar a su señora a los ojos. No estaba en sus planes y menos en sus intenciones aventurar un escarceo erótico que, era lo más probable, podría costarle el despido si no es que un apando en la comisaría.

Empero Matilde, con ese sexto sentido periférico que, a manera de radar portan las mujeres en el cuerpo, sintió la mirada lasciva, cargada de deseo, y con las piernas abiertas se detuvo a medio camino. Luego giró el torso y sin oponer barrera alguna enfrentó al hombre que aún permanecía inclinado. No hubo necesidad de palabras para que ambos comprendieran su mutua disposición a presentar batalla. Ella recordó su lectura de la novela *El amante de Lady Chatterley*, en alguna forma se identificó con la protagonista, y él rememoró la grupa de la última yegua que había arrendado en la hacienda Candilejas de su patrón, a la que en un descuido le había metido, hasta el tope, el fierro que adornaba su paquete. Un enclave, si se quiere anacrónico y un poquitín aventurado, más propicio para un abrazo incandescente.

Filemón entonces, más que nada porque a él como varón le correspondía tomar la iniciativa, cortó una rosa de Castilla, se sacudió la tierra adherida a su overol, dio tres zancadas y entregó la flor en las manos trémulas de Matilde. Ella la olisqueó y se mostró complacida. Un acto reflejo la inclinó a tocar las manos del jardinero como muestra de agradecimiento. Sin embargo, significaba algo más y ellos así lo entendieron.

En una esquina del jardín estaba el cuarto de los trebejos donde Filemón contaba con una colchoneta en la que acostumbraba tirarse para descansar después de haber cumplido con sus faenas. Sin mediar palabra, ambos encaminaron sus pasos en dirección hacia dicho rincón. Estaban solos y no tenían que preocuparse porque hubiese un testigo, una sirvienta fisgona o alguno de los niños jugueteando en el césped.

Matilde ingresó en el cuarto, dio dos pasos y, una vez parada a un lado de la colchoneta, se despojó de la bata. Quedó impúdicamente desnuda bajo el rayo de sol que penetraba por un tragaluz, igual que si fuera la diosa Venus plasmada por Botticelli en el momento de emerger del cáliz de una concha de Santiago de Compostela… Contra lo que ella esperaba, Filemón, en lugar de echársele encima como un depredador sin escrúpulos, se entretuvo en la contemplación de su cuerpo. Dejó que transcurrieran varios minutos. Después, empezó a jadear mientras palpaba los senos de la hembra, pellizcaba sus pezones, acariciaba sus nalgas, sus muslos, e, inclinado y con los ojos desorbitados, lamía golosamente su entrepierna.

Matilde sintió cómo el fuego invadía sus entrañas. Con cierta impaciencia ayudó a Filemón a despojarse de la ropa que llevaba puesta. Tuvo que batallar para desprender el calzón de manta —por cierto, sin bragueta— y poder pulsar la espiga amotinada, que en esos instantes concibió enorme. El hombre la penetró con fuerza y con sus manazas, toscas y rasposas, la levantó por las nalgas a fin de incrementar el placer y obligarla a lubricar su vagina con los fluidos de almizcle que tanto le gustaban. Se corrieron al mismo tiempo, con tal fuerza y plenitud que Matilde, sin dudar por un segundo, entendió que había quedado encinta. Cargada como la yegua que durante el coito se había mantenido presente en la imaginación de su amante.

Nueve meses más tarde, a partir del día de san Juan señalado en el calendario de ese año, Matilde dio a luz a una bebita rubicunda, cubierta de pelusa negra y con un mechón de estropajo en medio de la coronilla

—¿Otra niña? —se quejó don Gastón sin haberla visto; y a continuación ordenó a doña Matilde que dejara de embarazarse—. ¡Son muchas viejas, mujer! ¡Tres! Si sigues así, esta casa se va a convertir en un gallinero. ¡Te prohíbo que tengas otro hijo! ¡Cinco son más que suficientes! ¡Con eso me basta para demostrar ante la sociedad que soy un macho a carta cabal, cumplidor al igual que el más rijoso de mis amigos!

Matilde supo que, por fin, había triunfado. Que podía cerrar la tienda de las cigüeñas y, para su placer y jolgorio, sólo dejar abierta la carpa de la farándula.

Tal y como se lo había propuesto, Gastón Suplice llegó a ser «padre» de cinco vástagos que nacieron al hilo; dueño y señor de una progenie variopinta a todas luces de alcurnia, misma que gracias a los genes heredados de la familia Suplice podría presumir de un abolengo que nadie, ni el más pintado en chismes y maledicencias, se atrevería a poner en entredicho… Lástima que, con excepción de Gastón júnior, los demás no fueran suyos. Nunca reparó en el hecho de que el varoncito y las tres niñas no se le parecían en nada. No tuvo la oportunidad de constatarlo debido a su singular manía de no querer verlos

hasta que cumplieran diez años. Engolfado en su soberbia y en la seguridad de que su mujer, encandilada por su apostura y el vigor de su carácter, sería incapaz de engañarlo, no sintió extrañeza y jamás sospechó al compartir la mesa de iniciación con un preadolescente de piel morena y ojos verdes, ni, en sus respectivos años, con una chica pelirroja plagada de pecas, con otra más rubia y con facha de germana, y, por último, con una mestiza que tenía fisonomía de garnacha y los mismos dientes blancos y relucientes que ostentaba Filemón el jardinero.

Don Gastón, sin que nada le hiciese perder el sueño o alterar su permanente cachaza, continuó con su despótica vida, enfrascado en los negocios financieros e inmobiliarios que compartía con sus socios Federico de la Chica y don Aarón Sáenz. También, nunca las hizo a un lado, con las partidas vespertinas de dominó en el Casino Español en las que de vez en cuando aparecía *el Moro* veracruzano, don Adolfo Ruiz Cortines, a quien agradecía, una vez abierto el juego con la mula de seises, que lo saludara con deferencia. Tampoco faltaba, los martes y los viernes, a las caminatas en el campo del Country Club en compañía de quienes sí sabían jugar y les gustaba el golf, un «deporte» que años más tarde sería la ocupación predilecta y requisito de estatus de la generación de los pájaros nalgones que acapararon las casas de Bolsa y serían los progenitores de infinidad de mirreyes.

Don Gastón Suplice se daba tiempo para cultivar las aficiones que otorgaban sentido a la satisfacción del ocio. Así, no podían faltar las cabalgatas que con fervoroso entusiasmo organizaba tres veces al año, junto con el júnior Alejandro de la Vega, don Alfonso de Robina, el jugador de polo Federico Gracida y *el Manco* Jáuregui, en las vastas extensiones de las tierras que pertenecían a la hacienda de Candilejas en el estado de Querétaro y al pie de la Sierra Gorda. Incursiones que los jinetes aprovechaban para reunirse con los peones dedicados a marcar el ganado con sus propias iniciales GS y compartir la barbacoa y los mixiotes deliciosos que éstos preparaban con ancestrales recetas campiranas. Asimismo gustaban, cuando se daba la ocasión, de quedarse a dormir en los caseríos diseminados en la sierra, y si había una o varias bodas en puerta, ejercer una de sus tantas prerrogativas mantenida como secreto a voces: el derecho de pernada con las pobrecitas novias que, desbalagadas y sin haber podido huir a tiempo, caían en sus garras.

Don Gastón, aunque refinado y pulcro, así lo calificaban aquellos que lo conocían en la intimidad, si por algo se distinguía era por ser un cabrón de cuarta y para dejarlo en claro mantenía sus visitas periódicas y rutinarias a una fulana, su amante, conocida como *la Pantera* que, amén de haberse endilgado el apodo de una estación de radio —La Pantera de la Juventud en el número 101 AM del cuadrante de los receptores—, era una morocha bien brava dada a difamar a sus concubinos, que muchos tenía, con la propagación de carencias francamente inconfesables.

Un cabrón sí, mas siempre con un ojo al gato y otro al garabato. Ya para cuando la menor de sus hijas andaba por los quince años decidió involucrarse en la política. Hizo los cabildeos que consideró necesarios y acudió a los amigos trepados en el candelero para hacerse de un lugar entre el grupo de politicastros y acarreados que adulaban a don Miguel Alemán, *el Cachorro de la Revolución* —como lo bautizara don Fidel Velázquez—, que comenzaba a brillar con fuerza en el firmamento de la grilla y se enfilaba —como tapado del PRI— para ocupar —como ya se aseguraba— La Grande; esto es, la Presidencia de la República.

II

Gastón júnior, a partir de los diez años, fue educado como tal. A pesar de que su padre evitaba relacionarse con él, pues lo consideraba una sabandija babosa semejante a un ajolote desarticulado —mote con el que lo nombraba—, le procuró un caballo poni para que aprendiera a montar en el picadero que siempre estaba ocupado por los vaqueros que domaban los caballos recién adquiridos, localizado junto al patio empedrado que servía como atrio del casco de la hacienda Candilejas, a la que don Gastón y sus amigos acostumbraban acudir casi todos los fines de semana con el objeto de probarse como jinetes sobre los lomos de los cuacos arrendados e ir a cazar patos y gallaretas en una de las lagunas aledañas a la presa de la finca, desde la cual se proveía de agua a los canales de riego que circundaban los campos destinados al cultivo de maíz, trigo y otros cereales.

Por recomendación de su amigo don Guillermo Gracida, uno de los jugadores de polo más afamados en México y en el extranjero —padre de Carlos, que más adelante sería considerado como un portento mundial de dicho deporte y entrenador, entre otros, de los príncipes de Inglaterra William y Harry y del actor Sylvester Stallone; y, asimismo, tío de Roberto González Gracida, ganador de la copa Coronation británica—, don Gastón encomendó la educación ecuestre de su primogénito al sargento Héctor Pochola, que laboraba como caballerango y herrero en la cuadra del teniente coronel Humberto Mariles, quien en 1948, durante los Juegos Olímpicos de Londres, había conquistado, sobre la grupa de su caballo *Arete*, dos medallas de oro en los recorridos de salto con obstáculos, gracias a su habilidad para echar el cuerpo hacia delante en el momento del salto, lo que le proporcionaba la altitud suficiente para que su montura no derribara ninguna de las barreras.

El sargento Pochola, con la consigna de hacerlo hombrecito y un caballista con clase, lo primero que decidió fue deshacerse del poni.

—Esos animalitos, además de ser acomodaticios y caprichosos, traicioneros, pues, están bien para los maricas y las muchachitas, pero no para un joven de tu tamaño, Gastón —dijo con su voz ronca, al tiempo que daba un fuetazo en las ancas del corcel enano, que relinchó y salió disparado—. Voy a enseñarte a montar sobre una jaca que tiene buena rienda y sabe obedecer los toques de los talones. ¡Ahí la tienes! —agregó, señalando al chico una yegua andaluza de color dorado, con la crin y la cola negras—. ¡Se llama *Turquesa*! Es dócil y

obediente.

Gastón júnior, por un momento, se quedó pasmado. No sabía qué hacer, si darle las gracias o salir huyendo. El animal, de gran alzada, era imponente y sacudía nervioso los músculos esculpidos a flor de piel.

—¡Acércate y tócala para que te huela y comience a aceptarte, muchacho! —ordenó Pochola.

Gastón se arrimó y puso su mano en el pecho brillante, sudoroso, de la yegua. La testuz todavía le quedaba muy lejos. Pochola, mañoso, le deslizó un terrón de azúcar en la mano.

—¡Acércala al hocico! —mandó el sargento con su vozarrón.

El chico obedeció al instante. La *Turquesa* inclinó el cuello y con los belfos atrapó los cristales dulces. Luego frotó el ollar y la quijada contra un hombro del joven mientras emitía un sonido con sus molares como si estuviera triturando nueces.

Pochola los dejó un rato para que establecieran una mutua confianza. Fue a la caballeriza y regresó con una albardilla en los brazos.

—Ésta es la silla que vas a usar. ¡Nada de montura charra o vaquera! ¡Olvídate de comodidades! —dijo mientras la colocaba en el lomo de la jaca—. Con el albardón se te van a endurecer los músculos de los muslos y las pantorrillas... ¡Ah, y también las nalgas, para que aguantes los rebotes cuando montes al trote!

Ajustó las cinchas y los estribos de modo que las piernas de Gastón quedaran bien sujetas. Le hizo entrega de unas botas federicas que había dejado su padre, y mientras el chico se las calzaba, él colocó la cabezada y acomodó el freno. Ayudó por primera y única vez a su discípulo para que éste subiera el pie al estribo del lado izquierdo y pudiese sentarse en la silla inglesa. Le puso las riendas en las manos y la yegua, sensible al extremo, dio sus primeros pasos. Gastón sintió que flotaba y un sentimiento de bienestar y regusto se instaló en su cuerpo.

Hizo su primera monta atendiendo como pudo las instrucciones de su mentor. El sargento Pochola supo, nada más verlo dar un par de vueltas al redondel del picadero, que ese chico, si se esmeraba y fortalecía sus piernas, llegaría a ser un excelente jinete.

Tres años tuvo el júnior para adiestrase y complacer las expectativas equinas de su padre, quien cada vez que se lo topaba no encontraba mejor ocurrencia que decirle: «¡Veo que progresas, pinche ajolote!», y lanzar una carcajada. Actitud que afectaba al adolescente y con la que lo único que conseguía, al enfatizar su desprecio, era que éste lo aborreciera cada vez más y aumentara su resentimiento.

Los cursos de los estudios de secundaria eran para la mayoría de los alumnos, y

en particular para Gastón, abrumadores. Catorce materias por cada uno de los tres años, era una nómina que desalentaba aun a los jóvenes más aplicados.

Aquel que era bueno para las matemáticas y la física, generalmente era un burro en biología, química y lógica o se envaraba con las reglas de puntuación y gramática de la lengua española o con el uso y definición de los tiempos verbales cuyas denominaciones, simplemente para memorizarlas, eran, como dicen los gringos, un dolor en el culo.

Si la mayoría cumplía satisfactoriamente con las clases de educación física o las de modelado, música y dibujo constructivo —materias a las que los padres o los hermanos maristas del Colegio Franco-Inglés Antigua Verónica o del Instituto México de la colonia Del Valle, respectivamente, no les daban mayor importancia, ya que cualquiera, a menos que de plano tuviese el cerebro quemado, podía pasarlas aunque fuera de panzazo—, en cambio reprobaban cuatro o cinco de las asignaturas exigidas por el programa de la Secretaría de Educación Pública en el curso de cada semestre. ¡Un desastre!, se desgañitaban los curas de esos colegios, así como los del lasallista Simón Bolívar o los del Instituto Patria.

El exceso de materias, sumado a la güeva connatural en los adolescentes que se veían obligados a llevarlas, propiciaba que los alumnos tuviesen que tomar clases particulares con muchos de los profesores explotados y hambreados por los dueños de los planteles que, amén de que muchos eran hombres probos y honestos, tenían que prestarse a corruptelas para poder sobrevivir con cierta dignidad, mismas que, de origen, enseñaban a los jóvenes que para obtener un beneficio más les valía caerse con una lana en monedas contantes y sonantes, y el camino hacia una corrupción incipiente que, con el tiempo, se convertiría en un *modus vivendi* y en la peor lacra de la sociedad.

Gastón júnior aprendió la jugada muy pronto. Se dio cuenta de que su madre, doña Matilde, era laxa en el dispendio de sus recursos monetarios y que no se negaba a pagarle las clases particulares con tal de que no la estorbasen, ni él ni sus hermanos, en los deslices que, bajo cualquier pretexto, inventaba para ausentarse todas las tardes sin dejarles señas o vestigios con los que pudieran localizarla.

Gastoncito, como muchos de los jóvenes de su generación que pertenecían a la oligarquía nacional y eran hijos de papá, fue inscrito en un colegio para niños fifís de tradición y abolengo, donde la jerarquización y las reglas eran impuestas por los alumnos mayores, quienes abusaban de su fuerza y «experiencia de la vida» para traer a los de menor edad, e incluso a algunos de los profesores, literalmente azorrillados.

Grupos de choque conformados por vástagos de las familias Cervantes Conde, Uribe de la Mora, Sada Madero, Martín del Campo, Martínez Gallardo, Creel Pani y otros más del tercer año de secundaria, recorrían los patios y corredores del colegio para meter en cintura a los de primer ingreso,

exigirles subordinación y una cuota en cigarrillos, sándwiches, tortas e inclusive monedas hasta que ellos decidieran estar satisfechos. Bofetadas, coscorrones y jalones en las patillas llovían como granizo encima de los desvalidos que osaban rebelarse o amenazaban con acusarlos con el padre-prefecto de la institución para que los salvara de las iniquidades a las que estaban expuestos. Sin embargo, nadie les hacía el menor de los casos: —¿Eh tú, Suplice, qué no erres hombrre? —rezongaba el padre Decker, un cura holandés sádico que se complacía en ver sufrir a los pequeños como si fueran galeotes—. ¡Eh, tú, no des lata y estudia parra que no te quedes con las orrejas de burrro!

Así las cosas, Gastón júnior se vio precisado a buscar y obtener protección y refugio entre sus compañeros. Después de padecer algunas penalidades y uno que otro rechazo, logró por fin ser aceptado en el grupo de los Exquisitos que, durante los recreos, se reunían en el frontón del colegio para —transgrediendo las normas— fumar e intercambiar aquellas revistas obscenas, morbosas, excitantes, y sobre todo pecaminosas, que contenían en sus páginas fotografías de mujeres semidesnudas —*Vea*, *Vodevil*, *JaJá*—, así como textos y chistes de carácter erótico, mismas que escamoteaban a sus padres, a los mozos y en especial a los choferes que las dejaban botadas al desgaire sobre los asientos de los automóviles de lujo en que transportaban a los chiquillos.

—¡Mira qué tetas, pingüino! —fue la primera frase que Gastón júnior escuchó decir a Paco Pasquel, mientras Lucio Muñían metía las narices entre las páginas del pasquín e imitaba el ladrido de un perro—. ¿No está buenísima esta vieja, eh? ¿A poco no te gustaría cogértela? ¡Con esas nalgas hasta me la llevaba a Acapulco!

Muñían no contestó porque no sabía qué decir y no quería exponerse a quedar como un pendejo. Se concretó a jadear y darse un apretón en el pito por encima de la bragueta.

Paco Pasquel, al igual que su hermano Bernardo, el *Gordo* Martín del Campo, Federico de la Chica, el *Chope* Albarrán y Pablito Martínez Gallardo, entre otros, era uno de los alumnos de su generación más experimentados en los regodeos sexuales dada la liberalidad —por no llamarla libertinaje— de su familia y los amigos de sus tíos. Al igual que a Arnaldo Cohen, que ya había pasado a la preparatoria del colegio pero era un ejemplo a seguir, pues su padre, Arrigo Cohen, lo había llevado de putas a un burdel a los trece años para que se desquintara —esto es, que perdiera el *quinto*, forma coloquial con la que se designaba a la virginidad, tanto masculina como femenina— y se volviera hombre; Paco, a instancias de su tío Jorge Pasquel, había sido iniciado por una suripanta hermosa llamada Camelia en el burdel de Catalina Defoe, madrota franco-canadiense, amiga de la condesa De Scaffa, que tuvo que abandonar el país a raíz de un altercado con Rogerio de la Selva, personaje que a la sazón se encontraba en la cúspide del poder.

Camelia —así lo propaló su pupilo entre aquellos puñeteros curiosos y ávidos de sus conocimientos— no se había concretado a echarse un polvo con el chico, se tomó su tiempo y le dio varias lecciones: —¡Me enseñó el sesenta y nueve! —expresó Paco para comenzar; y, sin pudor o tapujos, lo demostró gráficamente con unos dibujos que hizo sobre una de las paredes del frontón—. ¡Una delicia, muchachos! ¡Se los juro!

Luego, relamiéndose los labios y con una mirada llena de picardía, confesó que Camelia le había lamido el culo y puesto más caliente que el boiler de gas de su casa. —¡No, no saben lo que se siente!

—¡Yo sí sé! —lo interrumpió Pablito Martínez Gallardo, quien corría fama de que se le caía la manita, aunque hasta entonces nadie lo había comprobado.

—¡No lo dudo, pinche Pablo! —reviró Paco enseguida, molesto por haber sido interrumpido—. Sientes como si los güevos se te llenaran de fuego y el pito te fuera a explotar! La puta, entonces, se metió mi verga en la boca y con la lengua me sacó diez kilos de mecos. ¡Me di una corrida tan maravillosa que pa qué les cuento!

—¡Ah! ¡Uh! —exclamaron varios chicos a los que se sumó Gastón, quien aprovechó el momento para ofrecerles cigarrillos de una cajetilla de Belmont Mentolados que había robado a su madre. Él sabía que para ser aceptado en aquel cenáculo tenía que demostrar que fumaba como chacuaco y que los cigarrillos —Delicados, Raleigh sin filtro, Belmont y hasta Faritos— eran la llave para abrir los mejores candados. Nadie, desde que había comenzado a frecuentar el frontón, se había negado a aceptarlos, aunque, era cierto, casi nunca se lo agradecían.

Paco y sus íntimos *Coco* Ruyán, Carlos Lebrija y Manuel Ávila Camacho acostumbraban fumar «cigarrillos de carita» —Pall Mall, Lucky Strike, Camel, Benson and Hedges, por citar unas cuantas marcas— que les llegaban de gringoria de contrabando y eran la delicia que ponderaban sus padres como un refinamiento propio de su clase; sin embargo, en esa ocasión, y para orgullo de Gastón, se los aceptaron, quizás, él quiso pensarlo así, como forma de comunicarle su adopción por parte de un grupo que, gracias a su estirpe y los contactos de sus progenitores, eran respetados por los mayores; así como para darle injerencia en sus conversaciones y en las truculencias que entre todos fraguaban para someter a cualquier maestro que se les pusiese al brinco o no fuese lo suficientemente barco para que todos, hasta el más imbécil, pasara los exámenes semestrales y los de fin de año.

—¡Pero lo mejor es que esa vieja tiene *perrito*! —escuchó Gastón la voz de Pasquel mezclada con la profusa humareda.

—¿Perrito? —preguntó Luis Ricaud, conocido como *la Manzanita* por sus cachetes siempre colorados, quien a pesar de que su familia de origen francés era accionista mayoritaria de los almacenes de ropa Liverpool y, por así decirlo, zurraban dinero, tenía prohibido, por razonas chauvinistas, vestir los

suéteres de cachemir ingleses que usaban los más destacados entre los Exquisitos, lo que le daba envidia y lo impelía a cuestionarlos constantemente —. ¿Y qué es eso? ¿Se puede saber?

—¡Un artilugio para el placer! —respondió Paco de sopetón para, enseguida, explicar que se trataba de un adminículo natural de succión que sólo algunas mujeres tienen en la vagina y que les permite boquear a voluntad y apretujar el pene como si tuviesen el hocico de un french poodle, un chihuahueño o un pekinés, en fin, uno de esos pinchurrientos perros enanos que acompañan a las señoras de alcurnia y que bien utilizado le da un plus a las cogidas.

Las manifestaciones de júbilo afloraron de inmediato. Todos los ahí reunidos aplaudieron y profirieron exclamaciones de asombro y beneplácito por el famoso perrito, sin que faltaran los aduladores que felicitaron a Paco por las proezas amatorias que le habían enseñado. «¡No cabe duda de que ya eres un cabrón bien hecho!», dijo uno, y otro agregó: «¡Hoy por la noche me voy a hacer una puñeta en tu honor y, clarín clarinete, en el de Camelia!».

El frontón, además de cumplir con ser el lugar menos controlado del colegio y, por ende, el más propicio para las reuniones clandestinas de los colegiales, se había convertido en el aula idónea para las cátedras de libertinaje. Ahí se hablaba con pleno desparpajo de las aventuras sexuales, algunas reales pero la mayoría ficticias, que presumían los masturbadores egregios, adolescentes cuyos rostros —no era para menos— estaban cubiertos de barros con que el acné, muchas veces incontrolado y para el cual no existía remedio alguno, los había marcado no sólo físicamente sino con complejos de inferioridad que les era muy difícil superar, y que eran recalcados con suma crueldad con la aplicación de apodos que acentuaban su infausta condición humana: *el Garapiñado*, *la Mazorca*, *el Buñuelo*; o de plano con agresiones directas y personalizadas: «Rincón Gallardo tiene la cara empedrada», o «Miren el grano que le salió en la nariz al ojete de Barreiro, parece rinoceronte».

Vegetaban, inquietos e hiperactivos, en una atmósfera de machos proclive a los comentarios soeces acerca de las películas «atrevidas», casi nunca vistas por ellos pero sí comentadas hasta la saciedad con sus hermanos y primos de mayor edad, que se proyectaban en los cines Savoy, Río, Gloria, Prado, Bondojito y Piojito: *El hombre quieto*, *Arroz amargo*, *Los siete pecados capitales*, *El teatro del crimen*, *Y Dios creó a la mujer*, y otras muchas de las que solían resaltar y enfocar su atención viril solamente en los cuerpos sensuales, cachondos, francamente lascivos de aquellas actrices que, ya fuese por el volumen de sus tetas o la evidente firmeza de sus glúteos, resultaban ser sus favoritas: «¡Qué bárbaras Maureen O'Hara y Silvana Mangano!», «¿Y qué me dices de Gina Lollobrigida en *La infidelidad*? ¿A poco no está buenísima?», «¡Sí, pero Rossana Podestà enseña mejor las nachas en *Playa prohibida*!»,

«¡No, no, están jodidos todos ustedes, la más buena es María Antonieta Pons!», «¡Uh, uh, y qué con Ana Luisa Peluffo en *La mujer marcada*, y la Loren, la Brigitte Bardot…uh, uh!».

Berridos, onomatopeyas y un lenguaje elemental y perdulario eran la manera en que se expresaban estos niños consentidos por el sistema social imperante y de los que se presumía una educación rigurosa, terminología que no variaba mucho cuando, de vez en vez, se referían a las películas de aventuras, de acción y comedias que se proyectaban en los cinematógrafos Palacio Chino, Metropólitan, Lido, Morelia y De las Américas, para dar satisfacción a la curiosidad de las buenas conciencias y provocarles placer y regocijo. Cintas de las que, además de ponderar las siluetas curvilíneas de las actrices de moda, entresacaban emociones y actitudes histriónicas que aplicaban cuando se trataba de imponer su punto de vista o en aquellos lances donde terminaban por agarrarse a madrazos. Algunos se creían *El prisionero de Senda*, otros *Ricardo Corazón de León*, los menos audaces *Espartaco* y no faltaba algún güey que se ostentara como *Marco Antonio* porque juraba que él sí se iba a tirar a *Cleopatra*.

Capítulo aparte, que no sólo se dirimió y comentó en el frontón sino también en las aulas y otros espacios recreativos del colegio, fue la primera Carrera Panamericana, que muchos planearon compartir con sus padres, hermanos y amigos entusiastas de los autos deportivos y los ases del volante que los piloteaban. Si bien la mayoría de los alumnos del colegio, y no sólo los Exquisitos, podrían disfrutar del privilegio de asistir para verlos en aquellos lugares que a lo largo del recorrido les resultaran más cómodos o donde tuviesen amistades o propiedades en las que podrían albergarse, cuando Gastón júnior se atrevió a plantearlo frente a su padre se topó con un muro. Don Gastón Suplice se negó a llevarlo: —¡No, pinche ajolote, no estoy de humor, ni quiero que me acompañes! —dijo con el tono prepotente que utilizaba para mantenerlo segregado de sus actividades sociales—. ¡Además tú qué entiendes de carreras de coches! ¡De eso no sabes nada! —agregó para justificar su postura intransigente—. ¡Yo ya hice mis planes y la verdad es que tú me sobras! —remató con un desplante cruel para enfatizar el desprecio que por él sentía.

El chico se quedó impávido. Lo escuchó con los carrillos y los puños apretados para no dejar traslucir el coraje y la tristeza que le desgarraban las tripas. No podía entender, nunca logró esclarecerlo, la mezquindad y el egoísmo que degradaban la personalidad de su padre. No supo cómo reaccionar, vaya, ni siquiera intentar un berrinche, y, de ahí en adelante y para mantenerse enterado y no dar margen a convertirse en el hazmerreír del colegio, decidió aplicarse con las reseñas que hacían sus compañeros, con los comentarios que escuchaba en la radio y, en el mejor de los casos, leer con atingencia las crónicas de los periódicos que caían en sus manos a fin de

memorizar los sucesos y poder asegurar con aplomo que sí los había presenciado. No iba a permitir, bajo ningún pretexto, que alguien se enterase de que él no había estado presente en las curvas del circuito o en las rectas donde los bólidos manejados por Piero Taruffi, Javier y José Antonio Solana, Felice Bonetto, Alberto Ascari, el *Che* Estrada Menocal y Juan Manuel Fangio, por mencionar sólo algunos de los que más llamaban la atención, alcanzarían velocidades extremas que, por momentos verdaderamente delirantes, superarían los 218 kilómetros por hora.

La primera Carrera Panamericana dio comienzo el 5 de mayo de 1950. El banderazo verde de salida se dio en Ciudad Juárez, Chihuahua. Un recorrido de 3 mil 293 kilómetros a través de las carreteras de once estados de la república que duró cinco días y terminó en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, capital de Chiapas, donde una hermosa «señorita» que había ganado el concurso, convocado en Palenque, de La Flor Más Bella del Ejido, ondeó la bandera con cuadros blancos y negros sobre la línea de meta. Fue con mucho el evento «deportivo» del año y un nutrido contingente de los enterados del colegio, cada cual por su parte, pudieron presenciarlo en los tramos comprendidos entre la Ciudad de México y Puebla, así como el de Puebla-Oaxaca.

Don Gastón Suplice, en efecto, había hecho sus planes para ver la carrera desde un lugar cómodo y elegante. Don Rafael Ávila Camacho, recién electo gobernador del estado de Puebla gracias a las influencias de su hermano el expresidente Manuel y el apoyo incondicional del presidente Miguel Alemán Valdés, quien lo había destapado en una concentración de obreros organizada por la Confederación de Trabajadores de México que controlaba Fidel Velázquez, decidió verificar un huateque poblano para observar desde una atalaya los pormenores del comportamiento de los autos, cuyos motores, cajas de velocidades y suspensiones, pensaba, eran un portento de la ingeniería mecánica, así como la pericia de sus tripulantes, a quienes simplemente adoraba, en algún poblado, comprendido dentro de los límites de su territorio feudal, por el que atravesara la carretera. Escogió un punto cercano a Amozoc de Mota y mandó colocar unas carpas semejantes a las que los jeques árabes usaban, a modo de vivienda, en los desiertos de Arabia Saudita y anexas. Luego hizo una lista rigurosa de invitados selectos entre los que estaban algunos miembros del gabinete del presidente: Ernesto P. Uruchurtu, secretario de Gobernación; Ramón Beteta Quintana del ministerio de Hacienda; don Nazario Ortiz Garza de Agricultura y Ganadería, y Agustín García López, responsable de la cartera de Comunicaciones y Transportes, al que deseaba sentar, así como por casualidad, a la vera de su dilecto amigo don Emilio Azcárraga Vidaurreta, magnate de la radio y próximo a inaugurar con su socio Rómulo O'Farril el primer canal de televisión —XET-AM— que trasmitiría en el país, a ver si, también de pura chiripa, se ponían de acuerdo para realizar

algún negocito en el que él se llevara su tajada. No podían faltar en la lista sus consentidos Jorge Pasquel, Ángel Carvajal, Carlos Trouyet y Manuel Espinosa Iglesias, entre los que se codeaba el empresario Suplice, quien ya le había mandado señales para un desarrollo inmobiliario, un fraccionamiento alderredor del Fuerte de Loreto, a fin de que los poblanos cobraran conciencia de que su Góber prefería meter la mano en los montones de lana que andar tragando camote.

La reunión campestre resultó todo un éxito y el único escollo —sin contar los baches y desniveles que presentaba el pavimento del tramo de carreta seleccionado— que tuvo el gobernador Ávila Camacho fue que sus invitados se dedicaron a embriagarse y a distraerse, un eufemismo, con las muchachonas contratadas para alegrarlos. Por tanto, nadie, con excepción de Ernesto P. Uruchurtu, quien bateaba del otro lado y estaba enamorado de Piero Taruffi, puso atención en las carrocerías de los autos ni se deleitó hasta el éxtasis, como pretendía el gobernador, con el ruido que hicieron sus mofles al pasar a toda mecha frente a sus narices.

Gastón júnior fue enterado de los desfiguros de su padre por su compañero de clase Manuel Ávila Camacho, quien era un chismoso de cuarta y le comentó lo que había sucedido en el kilómetro 44 del trayecto Puebla-Oaxaca.

Durante varias semanas la carrera fue la comidilla de los alumnos del colegio. Las discusiones sostenidas entre las cabezas de los grupos antagónicos, en especial los Duros y los Exquisitos, se volvieron álgidas más que nada porque los unos simpatizaban con los pilotos norteamericanos: H. Megriff, A. Deal y Al Rogers y sus automóviles de la marca Cadillac que llegaron a la meta en los tres primeros lugares; y los otros se inclinaban por la pericia de los italianos Piero Taruffi y Felice Bonetto, que habían tripulado autos Alfa Romeo 2500, con seis cilindros en V, así como por el mexicano Leal Solares, que a bordo de un Oldsmobile había terminado en séptimo lugar.

Fue en la clase de matemáticas impartida por un ingeniero químico de quien, a pesar de que transmitía sus conocimientos de manera muy clara y era un hombre tolerante y educado, nadie se preocupó por averiguar su nombre, pero al que le decían *la Foca*, que los ánimos se caldearon al grado de que Fernando Cervantes Conde propinó una bofetada a Luis Uribe de la Mora y éste se lanzó al ataque con los puños en ristre. Los demás compañeros que ya adivinaban, no sin cierto horror, dada la corpulencia de los adversarios, que la pelea iba a ser «a muerte», retiraron los pupitres y formaron con ellos un cuadrilátero en el centro del salón para que los púgiles se arrearan con todo lo que tenían. Los efectos de la pelea pronto comenzaron a quedar patentes en los chipotes y moretones que surgieron en sus rostros, así como en el mole que brotó por las narices y bocas de ambos contrincantes. Los golpes propinados por Fernando, alto, fuerte y muy sereno, vaticinaban su triunfo. Sin embargo, Uribe, correoso y marrullero, logró pepenarle los güevos y darle una

zarandeada que lo dejó turulato. El encuentro de «Titanes» —como lo calificó Agustín Mateos Gay, hijo del profesor de Lengua y Literatura y autor del libro de texto que se utilizaba en las secundarias privadas, en alusión al tamaño de los refrescos gaseosos que con dicha marca se vendían en los tendajones para saciar la sed del proletariado— terminó cuando el vencedor amenazó al caído con un alarde fuera de toda proporción: —¡La próxima vez te voy a meter tu Alfa Romeo por el culo! —guantelete que de inmediato fue recogido por Federico de la Chica júnior, quien aseguró que al día siguiente le pediría a su papá que le comprase uno, tal y como en efecto sucedió, para que Uribe de la Mora se tragase su bravuconada y quedara con el hocico abierto de puritita envidia.

Nadie creyó en primera instancia que Federico —de quien se contaban algunos mitos, como aquel compartido con el Gordo Martín del Campo que aseguraba que sus familias los habían enviado a París dos meses para que, con base en una terapia de cogidas depravadas con las celebérrimas putas francesas, adelgazaran veinte kilos (la cifra era muy precisa), hecho que por un tiempo quedó en entredicho, pero sólo eso, porque cuando regresaron al colegio estaban efectivamente más delgados y champurreaban frases en un francés perdulario propio de los bajos fondos con las que apantallaron a los muchachos— lograría convencer a su padre para que le comprara el Alfa Romeo. Sin embargo, el viernes de esa misma semana y antes de que terminaran las clases, De la Chica se presentó a bordo de un automóvil negro deslumbrante en cuyo cofre, justo encima de la parrilla, estaba incrustado el símbolo esmaltado de la escudería italiana.

El auto, gracias a la permisividad obsequiosa que el administrador del colegio Franco-Inglés, *el Chorrito chico*, apellidado Franco y profesor de dibujo constructivo, dispensaba a los ricachos y a la admiración que profesaba por los autos de carreras, fue estacionado en medio del patio central. Todos los alumnos, con excepción de los hermanos Uribe de la Mora y Fernando Cervantes, que se atendía en una clínica la orquitis que le provocó la inflamación de los testículos, abandonaron los salones de clase y se lanzaron al lugar para contemplarlo, acariciar sus molduras y sus asientos forrados con piel de color beige, así como para felicitar a su dueño, respecto del cual ya nadie dudaba acerca de la riqueza de su familia y menos de los mitos y leyendas que lo habían rodeado. Federico quedó consagrado, y no sólo por demostrar que era capaz de obtener de su padre todos los caprichos que se le ocurrieran, sino porque ahí mismo abrió las puertas a los arrancones y carreras al convocar a los colegiales para que, dos semanas más tarde, un sábado para ser precisos, asistieran a verlo correr su coche en un autódromo improvisado por algunos aficionados a la velocidad y destreza en el manejo del volante —entre los que destacaba Guillermo, *el Gordo* López, que dirigía un club de automovilismo en las instalaciones del Instituto Politécnico Nacional,

financiado con el dinero de su padre, quien, por aquella época, era dueño de una ferretería instalada en la calle de Palma con el nombre de El Gallo— en un enorme terreno bardeado que estaba ubicado en Copilco, al sur de la Ciudad de México.

Los chicos que habían tenido la oportunidad de competir en algunos *rallies* que se corrían en las calles y puentes, apenas trazados por los arquitectos responsables del proyecto, Mario Pani y Enrique del Moral, de lo que sería el campus de la Ciudad Universitaria —mismo que fue inaugurado hasta el 20 de noviembre de 1952 por el rector Luis Garrido y el secretario de Gobernación de Miguel Alemán, Adolfo Ruiz Cortines— como copilotos y acompañantes en el Vauxhall tripulado por los hermanos Ernesto y Manuel Vinageras, o en el Opel de Luis García López —únicos alumnos que para esas fechas contaban con su propio automóvil estándar—, lanzaron vivas y porras, y animaron a sus demás compañeros para que acudieran, tal y como lo hicieron, a apoyar a De la Chica, que participaría en una de las carreras. Ese sábado, De la Chica se la jugó como los grandes pilotos, metió el acelerador, arriesgó el pellejo y, aunque no ganó porque su Alfa derrapó en una de las curvas y estuvo a punto de dar una machincuepa, convenció a los espectadores, entre los que podían verse los rostros y las figuras bellas y atractivas de algunas *niñas bien* que, persuadidas por sus galanes en turno de que no podían perderse un evento que les sacudiría las hormonas, escaparon de sus casas y se sumaron a quienes babeaban en las gradas.

Gastón júnior aprovechó que había sacado un nueve en química con la descripción en clase de la tabla periódica de los elementos para sonsacarle el permiso a doña Matilde y unirse al grupo de Coco Ruyán Amieva, Julio Ituarte, Jorge López Baz y las hermanas Schneider que vivían en las Lomas de Chapultepec. Apeñuscados en un Studebaker blanco *rasurado* porque el padrastro de Coco, el excéntrico torero sevillano Joaquín Rodríguez, alias *Cagancho*, que administraba la finca San Carlos dedicado a la cría de toros de lidia propiedad de don Carlos Trouyet, le había quitado todas las molduras de la carrocería para que quedara bien *majo*, los jóvenes realizaron el trayecto desde las Lomas hasta Copilco hechos bolas y unos encima de otros, lo que facilitó que los varones metieran mano entre las crinolinas de las chicas y palparan las golosinas superiores de Sarita y las inferiores de su hermana Raquel, hasta dejarlas como agua para chocolate: calientes y regustadas.

Gastón satisfizo ese día dos de sus anhelos más codiciados: presenciar una justa de automóviles de carreras de la clasificación *sport* y acariciar las chichis que apenas afloraban en el cuerpo de una jovencita hermosa. Descendió del Studebaker con los ánimos alterados y un cosquilleo entre las piernas que lo hizo trastabillar y detenerse un rato, mientras sus compañeros ingresaban en las gradas, ascendían por unos peldaños terregosos y se sentaban, como si fuesen lagartijas, encima de unos ladrillos. La pista, en el momento en que por

fin se animó a entrar, estaba cubierta por la nube de polvo que los autos levantaban. Tuvo que hacer un esfuerzo para orientarse e ir a ocupar un lugar que estaba a unos metros de distancia del grupo que formaban sus amigos. Quedó solo, marginado por las circunstancias, pero no se amilanó. Iba a cumplir los doce años y debía comportarse con hombría. Dio una mordida al chocolate Tin Larín que extrajo de la bolsa de su chamarra y se concentró en lo que sucedía en el circuito. No tardó en acercársele Sarita.

—Me gustó lo que me hiciste en el coche, Gastón —murmuró sin andarse con rodeos, en medio de una sonrisa—. Tienes unas manos suavecitas que aletean como si fueran mariposas en busca de la miel de mis pezones.

El chico permaneció mudo. No esperaba, vamos, ni siquiera tenía la experiencia que le permitiese imaginarlo, una confidencia que rebasaba los límites de la amistad para convertirse en una provocación abierta, una invitación que le concedía el permiso y lo encauzaba a usar, en el momento adecuado, de sus atributos sexuales. Se ruborizó y sintió vergüenza.

Sarita, en cambio y sin apresurarse, dejó que la semilla del deseo fuese madurando en las intrincadas redes de las emociones del muchacho, hasta que vio que sus pupilas brillaban.

—¿Te gustaría ser mi novio? —preguntó con la barbilla pegada al pecho.

Él la miró de reojo. No sabía qué responder ni qué actitud tomar, acongojado como estaba por el bochorno que sentía en el rostro. «Debo verme como un piche jitomate», pensó. —¡No sé! ¡Sí sé! —balbuceó con voz trémula. Una respuesta que podía exponerlo al escarnio si Sarita se sentía ofendida y le hacía una reclamación en voz alta con la que pusiese en entredicho su incipiente varonía, misma que podría convertirlo en el puerquito del colegio.

Empero, tuvo buena suerte, porque la chica, aunque era dos años mayor y ya había probado con otros imberbes de la escuela mixta a la que asistía, estaba ilusionada con él y prefirió darle tiempo para que recapacitara. Acarició sus mejillas y le dedicó una mirada «apasionada», al tiempo que se incorporaba para ir a reunirse con su hermana y «la bola de cabrones» que la traían atosigada y que, sin recato alguno, la toqueteaban y le hacían propuestas que, para la edad que tenían, resultaban más que exageradas.

—No corras prisa, Gastón —le susurró Julio Ituarte al oído, mientras abandonaban la pista aún con la emoción palpitando en sus entrañas—. Las Schneider son retecalientes y les gusta invitar a los cuates a su casa, allá en la calle de Explanada donde las recogimos, para echar faje, o como dice Rafael Reygadas, para que les limemos el chocho por encimita de los chones… Son judías, tú sabes, y a esas viejas las casan muy chicas y, yo creo, que les conviene estar preparadas para cuando el rabino les dé su estrenada… ¡Fíjate que Vinageras nos contó que le había metido el dedo a Raquel y que ella se vino de repente! ¿Y sabes qué? ¡Pues que su venida, eso dijo el ojete, tiene el color del jugo de zanahoria y sabe a pescado! ¿Tú crees?

No, Gastón no creía nada. Pues cómo, si las únicas mujeres que él conocía eran las que aparecían impresas en el papel de las revistas que manoseaba. Bueno, algo sí vislumbraba, porque emulando a los mayores del colegio, a la mitad del segundo semestre había comenzado a colocarse sobre el barandal del corredor superior que daba acceso a las aulas que veían al jardín donde estaba abandonada y cubierta de tierra la alberca, con el objeto de ver pasar caminando por el corredor de abajo, durante los recreos, a la *madame* que impartía las clases de francés a partir del tercer año de secundaria. La *Madame*, como todos la llamaban, era una señora de nacionalidad francesa que frisaba los cuarenta años de edad y estaba dotada con un cuerpazo descomunal, de esos que tienen forma de reloj de arena, y cuyos pechos eran la tentación lúbrica, casi diabólica, que enfebrecía las mentes, ya de por sí calenturientas, de la inmensa mayoría de los pícaros del plantel.

No sólo eran los pechos de la señora los que encandilaban los ojos de los chicos, sino el escote amplio, complaciente, ubérrimo, de los suéteres ceñidos, de diversos y atractivos colores, que usaba cotidianamente, el que les provocaba una constante lascivia durante los cursos. Sus paseos por el corredor, con el pretexto de estirar las piernas entre clase y clase, además de ser un premio, tenían el efecto colateral de, literalmente, estirar los penes de quienes, desde las alturas, se deleitaban con la observación de un par de tetas de antología. Los senos de la Madame se fueron convirtiendo con el tiempo en una tradición tan apreciada como el escudo del colegio, las medallas de cobre esmaltado que se otorgaban a los sobresalientes en las diversas asignaturas y las ceremonias de premiación de fin de año. Casi todos los alumnos, a lo largo de cuando menos un lustro, le dedicaron innumerables puñetas —reveladas día tras día en el frontón— y algunos sufrieron trastornos de conducta —ataques eróticos los llamó el psicólogo que daba clases de Ética— que se resolvieron con el ataque físico, tocamiento irreprimible, de los glúteos de la señora en el momento en que pasaba frente a las bancas de sus pupilos y mientras les daba la espalda. El grito, festivo y contundente, de Demetrio Sodi de la Tijera, alumno del tercer grado: «¡Le agarré las nalgas a la Madame!», estuvo a punto de transformarse en la divisa del Franco-Inglés si la respuesta de las autoridades no hubiera sido tan contundente: una bofetada bien plantada por parte de la Madame y la expulsión temporal por una semana que se aplicó al infractor.

La educación sentimental de Gastón júnior, parafraseando el título de la novela de Gustave Flaubert que se leía durante el curso de Literatura Universal, iba por buen camino. El año escolar terminó a mediados de noviembre, después de presentar los exámenes finales que él pasó sin problema alguno. Su promedio, superior a la media de su grupo, fue de 8.2 y se hizo merecedor a una medalla al mérito, otra por su aprovechamiento y una más por haber destacado en educación física en la prueba de salto de garrocha. Asimismo,

obtuvo un diploma en reconocimiento a su puntualidad firmado por las autoridades del colegio y por el presidente del patronato del mismo, don Atanasio Corcuera, hacendado con resabios porfiristas famoso en el estado de Jalisco por sus ideas conservadoras y recalcitrantes, vinculado todavía con algunos grupos de cristeros trasnochados y con la curia de la Iglesia católica del Bajío.

Don Gastón Suplice, para no variar, se negó a asistir a la ceremonia de premiación con el pretexto supino de que eso eran puras argucias de los curas para sacar lana a los padres de los colegiales. De nada sirvieron los argumentos de doña Matilde en el sentido de que en ese colegio se educaba a los hijos de los hombres más prominentes del país, entre los que se encontraban muchos de sus amigos y él mismo, y que su asistencia daría relevancia al acto. «¡Mamadas!», exclamó el empresario. «¡Puras mamadas!»

Llegaron las vacaciones de invierno. Casi tres meses de asueto que, por entonces, transcurrían desde la última semana de noviembre hasta la segunda de febrero; periodo que las familias pudientes aprovechaban para disfrutar de sus haciendas, como era el caso de los Díaz Barriga, dueños de un par de haciendas pulqueras en Apan, en el estado de Hidalgo, donde los fines de semana se embriagaban con curados de tuna, apio y guayaba, y se hartaban con tacos de gusano de maguey, mixiotes de barbacoa, tlacoyos de haba y otras delicias; de los descendientes de don Francisco Javier Gaxiola, que gobernó el Estado de México de 1919 a 1920, que recorrían en un Packard del año la carretera de Toluca hasta desviarse en el tramo por donde corre el río Lerma a fin de recoger en el pueblo del mismo nombre a sus caballerangos y trasladarse a La Estancia para, desde su llegada y una vez mudados de ropa, montar un día sí y otro también, y hacer largos recorridos hasta la hacienda de don Teo Schuhmacher, quien sin demeritar la cortesía alemana heredada los recibía y hospedaba en unas estupendas trojes construidas con enormes troncos de pino devastados con azuela en Paracho, Michoacán, donde pernoctaban varios días; y de los vástagos de don José Ramón *Chope* Albarrán Mora, sobrino del exgobernador don Alfredo Zárate Albarrán, que ocupaban el casco y las doscientas veinte hectáreas de tierra de La Gavia, localizada en Almoloya de Juárez, en un paraje cercano a las faldas del Nevado de Toluca, y que, por imposición de su padre, debían aprender a tocar, durante horas interminables, instrumentos musicales, en especial el piano y la guitarra, en el interior de los amplios salones ricamente decorados con óleos y esculturas estofadas de santos y otros motivos religiosos, semejantes a los de los palacetes que habían poseído los virreyes durante los trescientos años de virreinato novohispano, así como a foguearse en el arte de la charrería y el dominio de las manganas y otras suertes con las reatas que los mozos les entregaban con tan sólo chasquear los dedos.

Otras, en cambio, que no eran propietarias de grandes extensiones de tierra y no poseían silos atiborrados de granos de una gran variedad de cereales, y

cuya riqueza provenía de los negocios que sus patriarcas hacían a la sombra de sus cargos públicos o de sus actividades financieras en la banca, tenían que conformarse, pobrecitos, con disfrutar las vacaciones en las mansiones de lujo ubicadas en Cuernavaca —la ciudad de la eterna primavera—, dotadas con inmensos jardines, albercas de fantasía y terrazas y desniveles en los que crecía, con una exuberancia prodigiosa, una multitud abigarrada de las plantas y flores más hermosas del mundo, tal y como hacían las parentelas de Rafael de Icaza, Pablo Latapí y de los primos Carlos y Willy Lebrija.

Tampoco faltaban recursos a los demás miembros de esta sociedad burguesa que, como los Navarro, Escandón y los grupos nutridos a los que pertenecían Alberto Cortina y Roberto Cassis, no eran propietarios de haciendas. Ellos tenían a su disposición los ranchos heredados de sus ancestros en comunidades hermosas y pintorescas tales como Valle de Bravo, San Miguel de Allende, el parque nacional de El Chico, San Juan Hueyapan, Huasca, Tequisquiapan, Real de Catorce, o las fincas suntuosas distribuidas en varios campos de golf localizados en la urbanizaciones que se comenzaban a desarrollar en los estados de Puebla, Querétaro y Veracruz.

Así, y aunque sólo los más arriesgados viajaban al puerto de Acapulco para bañarse en las olas del océano Pacífico, tostar sus cuerpos en las arenas finísimas de sus playas y hospedarse en hoteluchos de mala muerte que, por lo general, carecían de agua caliente y otras comodidades, nadie se quedaba sin gozar de sus respectivas vacaciones.

La familia Suplice Creel no podía, nada más faltaba, ser la excepción. Ya a partir del 1 de diciembre, don Gastón comenzaba a meter ruido para que doña Matilde y «sus hijos» se alistaran para viajar a la hacienda Candilejas que, por estar cercana al puerto de Tuxpan, Veracruz, se mantenía dentro de un clima templado que todos sus visitantes consideraban una delicia. Matilde, que durante su niñez había vivido en las serranías de Chihuahua y pasado varios 24 de diciembre en la Estación Creel, donde se detiene el tren Chihuahua-Pacífico, uno de los sitios más bellos y elevados de la cordillera, tenía un amor acendrado por las costumbres nórdicas que acunan a las fiestas navideñas y la parafernalia con que las rodea. No podía faltar el pino de cuatro metros de altura que todos los años, desde que estaban casados, les regalaba el marqués de Guadalupe, padre de Pablo Rincón Gallardo, para que lo colocaran en el lugar más significativo de aquella de sus propiedades donde decidieran pasar las fiestas. Así, año tras año, el camión de la empresa maderera que manejaba la tala de los árboles que crecían alderredor de los aserraderos Los Cipreses, partía con el enorme pino, y sin pasar por la Ciudad de México, se dirigía hacía Candilejas, donde los peones lo recibían con alegría y la expresión por todos compartida: «¡Qué bueno que ya llegó el árbol de la patroncita! ¡La fiesta nos va a salir más chula que nunca!».

No les faltaba razón, porque Matilde, auxiliada por Gastón júnior, Goyito

y sus tres hermanas, ponía todo su empeño para buscar en las mercerías del centro de la capital, en los expendios de artículos navideños del mercado de la Merced o en el de Sonora, así como en la ferretería Casa Boker, de la calle 16 de Septiembre, las esferas y los adornos más hermosos y lucidores que podían conseguirse para cubrir desde la base hasta la cúspide, donde se colocaba una estrella, las ramas de aquel árbol gigante.

Para Gastón era una época dichosa. Casi todos los días que precedían a su partida, su madre los trepaba en una camioneta Mercury blanca adornada con entablerados en las puertas y, una vez acomodados en los asientos de vinil rojo, ordenaba a Filemón, que también fungía como chofer, que los llevara al centro y los dejara en la esquina que forman las calles de 5 de Febrero y 16 de Septiembre, a media cuadra del Centro Mercantil, fundado en 1896 y quizás el almacén más antiguo de la capital, para, desde ahí, iniciar la caminata que les permitiría detenerse en las tiendas y comercios de su predilección.

El recorrido, hecho al azar y con una secuencia un tanto arbitraria, lo iniciaban sobre los portales del Zócalo, echaban un vistazo al comercio donde se vendían los famosos sombreros Tardán, frente a cuyas vitrinas exteriores Gastón y Goyito cantaban uno de los comerciales de la radio que más les gustaba: «*De Sonora a Yucatán, todos los paisanos usan sombreros Tardán*», echaban una carcajada y, sin perder tiempo, seguían tras de su madre y hermanas, quienes ya los esperaban en la esquina de Madero a fin de cruzar juntos la calle. Luego, y sobre la misma acera, pasaban frente al edificio del Monte de Piedad para que, invariablemente, Matilde les platicara acerca de su fundador, don Pedro Romero de Terreros, quien había forjado su fortuna en los minerales de Pachuca y Real del Monte, en el estado de Hidalgo, así como en las haciendas de beneficio de metales Santa María y San Miguel Regla. Mientras sus hijos compraban chicharrones de harina preparados con sal, limón y salsa de chile piquín, Matilde, con el ojo alerta para que se no mancharan la ropa y sin estar segura de si lo que decía era cierto, les contaba el mito que había recogido el supuesto farol de Romero de Terreros, quien sin parar en mientes de que lo que ofrecía era una extravagancia, se había comprometido frente al virrey y los miembros del cabildo de la ciudad a que, si el rey de España se dignaba visitar la colonia, él de su propio peculio adoquinaría el camino desde Veracruz hasta la Ciudad de México con barras de plata extraídas de las minas que explotaba…

Gastón júnior, por naturaleza escéptico ante los mitos y leyendas que les contaba el maestro de Historia de México, don Federico, *Fritz*, Müggenburg —apellido que nunca pudo pronunciar y menos escribir—, con mayor razón dudaba de los asertos de su madre que, según él, atribuía a tontas y a locas los sucesos a quienes no les correspondían o, como en este caso, lo más probable es que confundiera a Romero de Terreros con el minero de Taxco y Zacatecas José de la Borda, constructor del Templo de Santa Prisca, el Jardín Borda de

Cuernavaca y uno de los hombres más ricos y poderosos del siglo xviii.

Llegaron, por fin, a la tienda de juguetes El Jonuco, ubicada en la tercera calle de Tacuba. Un establecimiento venerado por los niños y jóvenes de aquellas familias que habían emigrado de las colonias San Rafael, Guerrero y Santa María la Ribera a las mansiones edificadas por la constructora del presidente Miguel Alemán Valdés, Fraccionamientos México, en las urbanizaciones trazadas en los llanos de Anzures hasta su colindancia con la Hacienda de los Morales, y en el rancho de Polanco, ambas en las inmediaciones de donde arrancaban las colinas de las Lomas de Chapultepec.

La variedad de juguetes era, a los ojos de los chicos, asombrosa. Había para todas edades y gustos. Las niñas Suplice se lanzaron directamente a donde estaban amontonados las muñecas y los animales de peluche. Kurticia, sin pensárselo dos veces, pepenó una muñequita de estilo victoriano con rulos dorados y unos ojotes azules cuyos párpados abría o cerraba de acuerdo con la inclinación que se diera a la cabeza. *La Zanahoria*, por su parte, agarró un mapache peludo de colores estrafalarios, con un antifaz anaranjado y una cola que semejaba un bastón de caramelo en tonos verde perico y amarillo carioca, un esperpento que a los ojos de la niña no era otra cosa que una delicia para pasar las tardes enteras prodigándole caricias. *La Garnacha,* que aunque todos la llamaban con ese apodo a fin de cuentas había sido bautizada con el nombre de Felícitas, heredado de una bisabuela de Matilde, fue la más abusada. Desdeñó los monigotes que habían atraído la atención de sus hermanas y escogió un pequeño gramófono que reproducía las canciones de Cri-Cri impresas en unos pequeños discos de acetato de cuarenta y cinco revoluciones, para enseguida hacer girar el que contenía la canción del *Negrito Sandía*, y con su música excitar a muchos de los clientes que no sólo se pusieron a bailar sino entonaron, al ritmo de una samba tropicalona, aquello de: «Negrito Sandía, ya no diga picardías, o ya verá, o ya verá…», creándose en el interior de la tienda una atmósfera festiva que, hasta las dependientas más amargosas, acabaron disfrutando.

Goyito, ajeno a la algarabía, se mostró enloquecido con un enorme castillo gótico armado de manera artesanal con decenas de piezas de madera en color natural, de suerte que sus adquirentes pudieran pintarlo con los colores al óleo que contenían unos pequeños tubos de metal. Contaba, además, con una buena provisión de caballeros andantes recortados en cartoncillo y copiados de las películas que por entonces se exhibían: Ricardo Corazón de León, Juan Sin Tierra, Ivanhoe y otros de las leyendas artúricas, incluyendo a Merlín y a la Maga Morgana; así como corceles briosos y robustos, y un arsenal de cañones, culebrinas, ballestas, lanzas, espadas y sus respectivos escudos.

Gastón, consciente de que su padre era un hombre rico al que había que sacarle toda la raja posible y que, además, nunca se daba cuenta del dispendio que su mujer hacía con el dinero que le daba, se metió en la sección de juguetes

importados donde seleccionó un mecano alemán diseñado para construir aviones, automóviles y una montaña rusa. También se hizo de una navaja suiza de la marca Victorinox igual a la que portaban muchos de los chicos del colegio, provista con una decena de pequeñas herramientas: lima, cortaúñas, punzón; y ya medianamente satisfecho llevó de la mano a su madre hasta donde estaban las bicicletas inglesas, y señalando la más lujosa, dijo: —¡Quiero ésa!

—¿Una bicicleta Raleigh, Gastón? ¿No son las más caras, cariño?

—¡Sí, mamá, pero fíjate en los colores con que están pintados el cuadro y las salpicaderas, la resistencia del metal con que está hecha, el cromado del manubrio, de los pedales, de los rayos de las llantas y el dibujo que éstas tienen…! —explicó de un tirón sin poder contener la ansiedad que lo embargaba—. ¡Además, mamá, es la que yo quiero!

Matilde no discutió. Pagó el precio de aquello que sus hijos deseaban como regalo del Niño Dios y encargó a un empleado de la juguetería que, una vez envueltos con papel lustroso y estampado con figuritas navideñas y sus respectivos moños y tarjetas, se los enviara a su casa.

—¡Vámonos porque se nos hace tarde! —anunció sin contemplaciones y salieron del Jonuco.

Caminaron hasta la calle de Bolívar. Matilde quería pasar a la zapatería El Borceguí, ubicada en el número 27, para comprar a sus hijos choclos informales, zapatos de charol para las comidas y cenas que compartirían con los invitados de su esposo, y botas de montar; y a las niñas botines hechos con piel de gamuza y antílope, zapatillas de raso y las chinelas que ellas escogieran. Sin embargo, en la esquina, y antes de doblar por Bolívar, se vio obligada a hacer un alto en el tendejón de Las Sorpresas, casi enfrente de la peletería especializada en maletas y artículos de cuero Las Petacas de Miguel, para cumplir con una demanda impostergable de sus hijos: —¡Queremos comprar canicas, mamá!

Revueltos en unos cajones de madera, Gastón y su hermano se dedicaron a seleccionar los *cayucos* de porcelana que estaban mejor esmaltados, fuertes y resistentes para que no se abollaran con los golpes que iban a recibir en los juegos de rayuela o de hoyito que se practicaban en la escuela; *agüitas* de vidrio soplado, transparentes y que aún conservaban burbujas en su interior; *balines* de acero bruñido, idóneos para partir en pedazos las canicas de sus contrincantes; ágatas redondeadas con primor, cuyos colores minerales las hacían codiciables; canicas de cerámica y unas bolitas hechas con barro y barnizadas con cola llamadas *tierritas* que se apostaban en cada partido y cuya posesión, aunque no muy significativa, daba lustre a aquellos que las conservaban en bolsas del material que fuera y las mostraban con orgullo: «¡Tengo cincuenta canicas blancas con espirales de todos colores!», solían presumir. «¡Así es que vamos a apostar en este partido quince por piocha!

¿Quién sale?»

«¡Yo!», se imponían casi siempre Mario Rojas Pacheco o Pepe Corral porque eran los únicos que tenían *ojos de gringa* —canicas translúcidas y con rebabas muy hermosas en su interior, como si fueran réplicas pequeñas y redondeadas de los pisapapeles de cristal de roca o de vidrio horneado que se fabrican en Murano, un pueblecillo cercano a Venecia—, que sus padres les compraban en San Antonio o Tijuana durante los viajes «de negocios» que efectuaban a los Estados Unidos.

Gastón y Goyo, como todos los jóvenes sin excepción que participaban en este juego, tenían su *tirito*: la canica que mejor se amoldaba a los dedos de su mano, tanto en peso como en forma, y que, por ser la más fuerte y resistente de su montón les permitía ganar los partidos. El tirito jamás se apostaba, a menos que a su poseedor le hubieran *pelado* o *despelucado* todas las demás y decidiera arriesgarla por un prurito de dignidad que era bien apreciado.

Doña Matilde tuvo que armarse de paciencia y entretener a sus hijas un buen rato, antes de que los chicos terminaran de atiborrar las bolsas de sus pantalones, para poder seguir su camino. El Borceguí olía a cuero y al betún que se usaba para lustrar los zapatos. Un olor que en lugar de ser repelente gustaba a su clientela y que en los Suplice despertó el apetito. Comenzaron a preguntar a qué hora iban a comer y Matilde, que tenía bien armado su itinerario, sólo esbozó una sonrisa.

Las cajas que contenían un buen número de piezas de calzado fueron entregadas a Filemón, que se la pasaba rondando las manzanas del centro a bordo de la camioneta y más o menos sabía dónde se detendría su patrona. Matilde aprovechó su llegada para encargarle que, mientras ellos comían, fuera al callejón de Dolores y comprara cohetes, luces de Bengala, espantasuegras, silbatos, dos bolsas grandes de confeti, así como una docena de títeres que repartiría entre los hijos de los peones y la servidumbre de Candilejas. ¡Ah, y una bolsa de lameta, cuyos hilos plateados esparciré entre las ramas del árbol...! ¡Para que quede brillante y tan lucidor como siempre, Filemón!

Quince minutos más tarde ingresaron al Café de Tacuba, restaurante de comida mexicana capaz de satisfacer los gustos más exigentes de los *bon vivants* decididos a consentir sus prominentes barrigas. A los chicos, Matilde lo sabía de sobra, les fascinaba el lugar no sólo por la variedad y calidad de los manjares, sino porque las meseras estaban vestidas con trajes y mandiles regionales, albeantes y almidonados, y usaban con ellos una terminología cariñosa a la hora de tomar la comanda y servirles los platillos seleccionados: «Sí, mi rey, ¿los pambazos de papa y chorizo? ¡Buenísimos, tesoro! ¿Agua de Jamaica, princesa? ¿Una jarra, señora? ¿Van a beber horchata estos primores? ¿Quieren su consomé de pollo sin mollejas? ¿Con una pata y pechuga? ¿Cuántas tostadas de carne deshebrada? ¿De manitas de puerco a la vinagreta? ¿Cinco, mi reina, una para cada uno? ¿Con cebolla y lechuga? ¿Tú, pelirrojita,

prefieres sopita de fideo y dos tamales verdes? ¡Claro, nomás faltaba! ¡Para eso estoy, para servirles lo que se les antoje a mis consentidos!».

Comieron en abundancia, como pelones de hospicio. No sólo lo que habían ordenado, sino también las gorditas, los taquitos crujientes, los sopes y los chicharrones que, acomodados en un platón al centro de la mesa, fueron solicitados por su madre. Matilde se negó a que les sirvieran postre por más que las natillas, el arroz con leche y los plátanos machos fritos con crema estaban de rechupete. Ella les tenía una sorpresa.

—¡Pero mamá! —quisieron repelar Kurticia y Felícitas, sólo que Matilde no les dio la oportunidad de hacerlo.

—¡No, no voy a permitirles que rezonguen y pongan caras de fuchi! ¡Caminen y no hagan retobos! ¡Gastón, dale la mano a la Zanahoria porque vamos a cruzar la calle y los camioneros que pasan por aquí son unos cafres!

Llegaron más o menos rápido a la calle de 5 de Mayo. En el número 39, y bajo un portal en cuyo frontón se leía «Fundada en 1874», estaba la entrada del venero de golosinas más famoso entre los sibaritas de la Ciudad de México, capaz de satisfacer cualquier demanda de los paladares más exigentes: la famosísima Dulcería de Celaya.

Nada más ver los aparadores de encino que contenían las vitrinas donde se exhibían los dulces, los chicos comprendieron en qué consistía la sorpresa prometida. Asombrados y no sin cierta timidez, avanzaron por el piso de azulejos de color verde hasta quedar parados frente a las charolas que ofrecían cocadas, manzanitas de limón, puerquitos de piloncillo y príncipes de nuez. Un suspiro de admiración salió de sus bocas, mientras sus dedos, reflejados en unos enormes espejos franceses empotrados en marcos de madera tallados a mano, intentaban pepenar uno o dos de los dulces para llevarlos, de inmediato, a sus labios y engullirlos con lentitud a fin de disfrutar de sus exquisitos sabores.

Decorado en estilo *art noveau,* el interior de la dulcería bien podría ser una gruta con estalactitas de caramelo donde albergar al artista praguense Mucha, o un templo de azúcar dedicado al arquitecto neoyorquino Tiffany, en el que las joyas de sus vitrales se habrían derramado sobre las fulgentes bandejas o, como imaginaba Gastón, el arcón del pirata Barbarroja repleto y desbordado por monedas de chocolate, doraditos de higo, peladillas de almendra, polvorones de cacahuate, turrones alicantinos, frutos secos cristalizados, pasas cubiertas de chocolate amargo, galletas de jengibre, mazapanes de Lübeck, rodajas de naranja de Christstollen. —¡Un tesoro de suspiros —expresó Matilde—, membrillos y ciruelas pasa prensados, charamuscas y merengues cubiertos con azúcar glas de todos colores!

Los dependientes del establecimiento se vieron copados por los gritos de los chicos y no se daban abasto para seleccionar y envolver en bolsitas de celofán transparente los manjares que habían escogido. La provisión de dulces resultó

enorme, de suerte que Matilde y sus hijos tuvieron que esperar parados en la banqueta a que llegara Filemón para subirlos al interior de la camioneta Mercury.

Mientras el chofer se estacionaba enfrente de la Dulcería de Celaya, Gastón júnior aprovechó para contar a su madre cómo él y otros muchachos acostumbraban echar volados con los merengueros a la salida del colegio: —¡Se apuestan cinco centavos contra seis merengues, mamá! ¡Águila o sol! La moneda vuela en el aire y si cuando cae al suelo resulta que le atinaste, te llevas un merengue de gorra. Si no, pues pierdes tus cinco centavos y te quedas con las ganas. El *Gordito* de la Borbolla ha llegado a perder hasta un peso. ¿Te imaginas?

—¿Y tú? —replicó Matilde.

—¿Yo? Mejor ni te digo.

Filemón salió del centro, tomó la avenida del Paseo de la Reforma y enfiló hacia las Lomas de Chapultepec. Sin embargo, al llegar a la glorieta del Caballito —escultura ecuestre del rey Carlos IV de España, monarca de infausta memoria, esculpida por el arquitecto Manuel Tolsá, director de la Academia de San Carlos y constructor del Palacio de Minería—, dobló a la izquierda y se metió por el Paseo de Bucareli hasta encontrar un expendio marcado con el número 8.

—¡Aquí es, mamá! —dijeron al unísono Gastón y Goyito.

—¿Aquí es donde venden los números atrasados de las revistas de monitos?

—¡Aquí mero! —respondió Gastón, quien cada año y por esas fechas aumentaba sus colecciones de *El Príncipe Valiente*, *Tarzán de la Selva*, *Dick Tracy* y *Superman*, revistas que después de devorarlas hasta dejarlas arrugadas y salpicadas con pringas de lo que había comido mientras las leía, intercambiaba con sus amigos por otras también usadas y en el mismo estado, o por las de reciente aparición, al dos por una.

El señor Chong, dueño del estanquillo, era, como definiría Rafael Bernal en su novela *El complot mongol* a todos los de su raza afincados en el callejón de Dolores y la calle de López de la capital, un «pinche chino». Hierático y a la vez sonriente, desplegaba una cortesía obsequiosa con todos los jovencitos que llegaban a comprarle pasquines. Listo, el comerciante había escogido una miscelánea enclavada entre los puestos y amontonaderos de los voceadores de periódicos para tener a la mano y más baratas las publicaciones de *La Prensa* y de otros diarios y revenderlas con una ganancia que, aunque magra, según sus cálculos era suficiente.

Gastón y Goyo se tomaban su tiempo al escoger los libelos. No sólo tenían que seleccionar los suyos sino también los que llevarían a su padre como regalo de Navidad. Don Gastón Suplice, quién iba a decirlo, era aficionado a leer las vírgulas de los pasquines de *La pequeña Lulú* y del *Pato Donald*. Los primeros porque aún era un romántico baboso y los segundos porque admiraba la

ideología subyacente del capitalismo salvaje expresada por *Rico McPato* y soñaba, como el personaje, con poder bañarse con monedas de oro.

Matilde, quien también tenía su corazoncito, al igual que muchas amas de casa de la alta burguesía, encargaba que le comprasen algunos números de *La familia Burrón*, editada por don Gabriel Vargas desde 1948, con el objeto de desarrollar cierto sentido crítico respecto de la conducta de la oligarquía a la que ella pertenecía y poder burlarse de sus amigas, ésas sí no sólo ignorantes sino verdaderamente pendejas.

El señor Chong, para decirlo en términos comerciales, contaba con un plus en sus transacciones que era particularmente atractivo para los jóvenes Suplice: distribuía chamoys chinos extremadamente salados y no era tacaño, *codo*, decían los muchachos, como los franceses y los escoceses, a la hora de compartirlos de manera gratuita con aquellos clientes que le eran fieles y lo visitaban cada mes de diciembre.

La jornada terminó felizmente. Matilde y sus hijos habían conseguido aquello que necesitaban para festejar con bombo y platillos las fiestas en Candilejas. Sin embargo, el jolgorio no se agotaba con las compras de los regalos. Todavía les quedaba tiempo, antes de su partida, para asistir durante cuatro o cinco tardes a las posadas que sus amistades organizaban en sus respectivas mansiones, en las que, además de cantar la letanía con una vela en la mano frente a los pesebres colocados sobre una mesa para conmemorar el nacimiento del Niño Dios en Belén, los chiquillos, entre confites y canelones, acudían a los jardines a romper las piñatas de barro cocido, repletas con frutas de la estación: tejocotes, cañas de azúcar, mandarinas, jícamas, cacahuates, así como dulces de colación, y adornadas con papel de china de colores estridentes, cuyas figuras podían reproducir a los personajes de la revistas de monitos: Popeye, Pluto, Daisy, Toby, entre otros; o responder a la imaginación caprichosa de la señora de la casa que, experta en manualidades, creaba algún esperpento con el objeto de apantallar a sus invitados.

Los niños, formados de acuerdo con su edad y su estatura, esperaban su turno para que les colocaran una venda en los ojos, les entregaran un palo de escoba o un garrote, y con un ligero empujón los situaran por debajo de la piñata que, colgada de una cuerda, era balanceada a fin de que les fuese difícil atinarle con sus golpes, de suerte que la mayoría tuviera su oportunidad, hasta que uno de los grandulones, con un golpetazo certero, acababa por romperla. Una tradición añeja aquello de romper piñatas que se remontaba a la época de la Colonia y a la que eran afectas todas las clases sociales y no sólo las populares.

Goyito, quizá por su ascendencia paterna, era más pícaro que sus «hermanos» y había inventado una estrategia infalible para quebrar las piñatas con un golpe contundente en el asiento de la olla. Mientras los demás niños entonaban, con gran entusiasmo y muchas veces a grito pelado, el estribillo:

«¡Dale, dale, dale, no pierdas el tino, porque si lo pierdes, pierdes el camino!», él se encogía y esperaba a que la piñata pasara por encima de su cabeza para atizar el leñazo. Así, lograba que ésta se partiera por el centro en dos mitades y que una cascada de frutas y dulces cayera sobre su persona, lo que le daba ventaja para meterlos debajo de su barriga y acaparar una porción notable.

Los demás niños, que de inmediato se aventaban sobre la colación desparramada, apenas y alcanzaban a llenar la mitad de los cucuruchos de cartón que para tal efecto se les habían dado, y no tardaban en protestar: «¡Gandalla! ¡Pinche Goyo, así no se vale!», y uno que otro que algo había escuchado sobre el comportamiento de los políticos conocidos por su parentela, no dudaba en llamarlo «¡Carranclán de mierda!», o exclamar «¡Este buey ya nos carranceó a todos!».

Era el momento en que Gastón júnior intervenía para reprender a su hermano y, con el argumento de «los Suplice somos gente honesta», obligarlo a repartir su ganancia mal habida entre los más pequeños que se habían quedado con las manos vacías.

Si bien las posadas eran amenas y divertidas, sobre todo la que se hacía en la casa de su compañero de clases Guillermo Tamez López Ostolaza, cuya madre era cronista de los eventos relevantes —bodas, bautizos, cocteles, pasarelas, *garden parties*— organizados por las señoras de las Lomas, Anzures, Polanco y San Ángel, y quien firmaba sus artículos, que salían publicados los viernes en los periódicos *Excélsior*, el *Universal Gráfico* o en el semanario *Sociales*, con el seudónimo *Trixi* y que, para cumplir con el lema de «nobleza obliga», echaba con elegancia la casa por la ventana, a Gastón lo que más le gustaba era hacer el recorrido de los nacimientos que se montaban en los jardines exteriores de las casonas de las Lomas, entre los que sobresalía el del poeta tabasqueño y sobreviviente del grupo de los Contemporáneos, don Carlos Pellicer.

Pellicer, hombre agudo, filoso, sumamente inteligente, con un vozarrón que no dejaba traslucir sus preferencias sexuales —a pesar de ser vox pópuli—, compartidas con el vate y dramaturgo Salvador Novo, a quien sus enemigos llamaban *Nalgador Sobo*, y que en esos tiempos eran repudiadas por todos aquellos que se creían machos entre los machos, recibía a sus visitantes enfundado en una bata hecha con brocado color vino, con una mascada blanca en el cuello y con la mejor disposición para explicarles los orígenes de las figurillas de barro polícromo que conformaban el pesebre, representaban a los Reyes Magos y a una multitud exuberante de pastores y pastoras rodeados siempre de borregos, vacas, bueyes, camellos, caballos y unas cuantas gallinas.

Su afición por las culturas prehispánicas que, según decía, derivaba de sus antepasados olmecas, en cuyo homenaje había creado el jardín-museo llamado La Venta en la ciudad de Villahermosa, capital del estado de Tabasco, y otro dedicado a la cultura náhuatl en el poblado de Tepoztlán, en las faldas del

cerro ceremonial del Tepozteco, lo había convertido en un experto en la imaginería hecha con cerámica, marfil, porcelana, madera y todas aquellas tallas y grabados que sobre el tema de la natividad de Jesús se habían elaborado en los países vinculados con el cristianismo. A Gastón le fascinaban sus explicaciones y el detalle y erudición con que hablaba de sus piezas, al grado de que podía pasar horas escuchándolo sin parpadear ni un segundo.

Otro nacimiento que también lo atraía era el que le habían recomendado Julio Ituarte y su amigo Manuel Beltrán Galván Duque y que montaba la familia Aguirre Romano en la calle de Cordobanes, en la colonia clasemediera San José Insurgentes —que comenzaba a adquirir cierto prestigio debido a que el secretario de Gobernación, don Adolfo Ruiz Cortines, quien sucedería en la presidencia de la república a Miguel Alemán Valdés, había construido su finca particular en dicha colonia y sobre la Avenida de los Insurgentes—, no precisamente por su ortodoxia y respeto a las tradiciones católicas, sino por el desenfado herético, prácticamente blasfemo, de la composición del pesebre y de las figuras colocadas. En él, departían *tête-à-tête* el Niño Jesús con el Llanero Solitario, la Virgen María con la Mujer Maravilla, san José tiraba al arco junto con el Indio Tonto, los Reyes Magos: Melchor, Gaspar y Baltasar —los tres pintados de negro por aquello de que era indispensable combatir la discriminación racial y otras deviaciones nazis de los *wasps*, bóers y sudafricanos— cabalgaban sobre los lomos de *Silver*, *Lassie* y un hipopótamo. En el remanso de un río, simulado con las envolturas metálicas de los chicles Adam's, lentejuelas y polvo de diamantina, y cubierto con un trozo de vidrio, nadaban y se refocilaban varios pastores con las sirenas, gnomos y otras figurillas de plástico que venían como regalo dentro de las cajas de Corn Flakes de Kellogg's. Una pachanga alucinante ese nacimiento, una versión disparatada y aún más enloquecida de la película *El ángel exterminador* de Luis Buñuel, capaz de hacer reír a beatos, réprobos, monjas descarriadas, luteranos, obispos y sacerdotes de la Iglesia mexicana inventada en la época de Plutarco Elías Calles y que, amén de ser el deleite de los adolescentes, podía haber hecho sonreír a Friedrich Nietzsche y no se diga a Carlos Marx, colocado de pie frente a una reproducción del mural de Diego Rivera que ostentaba la leyenda «Dios no existe».

Por si todo ello no fuese suficiente, los cables de las series de foquitos que debían iluminar el nacimiento estaban chamuscados. La humedad del musgo y el heno mojado puestos al ahí se va, ocasionaban año tras año cortocircuitos que no habían llegado a provocar un incendio gracias a la intervención oportuna de la hermana menor, la celebérrima *Fufucia*, a la que apostaban en el sitio provista con una cubeta llena de agua durante un par de semanas.

Para poder visitarlo, dada la lejanía entre la calle de Cordobanes y su casa en las Lomas, Gastón tenía que seducir a su madre a fin de que le otorgara el permiso y sobornar a Filemón con tres chamoys chinos para que se diera maña

con don Gastón sénior —algún desperfecto mecánico del Packard que era indispensable arreglar— y accediera a llevarlo. Filemón, aunque sería incapaz de confesárselo al júnior, también se sentía atraído por el nacimiento profano y se divertía de lo lindo, por lo que sus refunfuños no pasaban de eso y siempre acababa cediendo ante la demanda del chico.

Candilejas, como dijo Hemingway de París, era una fiesta. Los invitados de don Gastón Suplice se presentaban por turnos a fin de no encimarse unos con otros o evitar encuentros, bajo el mismo techo, con personajes que no les eran simpáticos o con los que, por razones oscuras vinculadas con el ejercicio del poder, no se llevaban bien y mantenían rencillas políticas capaces de contaminar el ambiente.

Matilde, con el tiempo y mediante la observación de la conducta de los amigos de su marido, así como de sus parejas —ya fuesen esposas, concubinas o amiguitas de ocasión— en los ágapes y festejos a los que con frecuencia acudían, había desarrollado un sexto sentido social que le permitía poner en juego sus intuiciones y hacer un calendario con nombres y fechas, mismo que sujetaba a un estricto protocolo, con el que se libraban de posibles fricciones y lograban mantener una atmósfera cordial y placentera que a todos satisfacía.

Así, el primero en llegar a bordo de una avioneta de seis plazas Beechcraft fue don Jorge Pasquel, acompañado de la actriz Gloria Marín, de su sobrino Paco y de una niña llamada Maruca que, de inmediato, fue entregada bajo la tutela de la nana de las niñas Suplice, a fin de que se le acomodara con ellas.

El arribo de la avioneta fue un acontecimiento. Tanto el patrón como sus caporales acudieron a la pista de terracería improvisada para recibir a sus ilustres pasajeros. Gastón júnior y Goyito aprovecharon el entusiasmo y se colaron con ellos; el primero dio la bienvenida a su compañero del colegio y, sin mayores rodeos, lo llevó a las caballerizas para presumirle a la *Turquesa*.

—¡Tienes que comprarte una de éstas, Gastón! —profirió Jorge Pasquel aun antes de abrazarlo—. Es una maravilla: segura, ligera y gasta poco combustible. Ya le vendí una al general Gilberto Limón y otra a don Nazario Ortiz Garza para que las usen en sus giras de trabajo. ¡Puedo decirte que están más que satisfechos con su desempeño…!

Don Gastón sólo se atrevió a sonreír con cierta beatitud. No se imaginaba a sí mismo piloteando una Beechcraft, como lo hacía Pasquel —un individuo intrépido, acostumbrado a arriesgar el pellejo ante cualquier capricho del presidente Miguel Alemán, su íntimo amigo, quien le confiaba la selección de «muchachas» para su regocijo y otros encarguitos personales—, y tampoco correr con los gastos de un piloto privado —un capitán de la Fuerza Aérea—, que con toda seguridad resultarían onerosos.

—¡Piénsalo bien, gordinflón! —insistió su amigo—. Con estos aviones se pueden hacer buenos bisnes. Ya ves Pedrito Infante… —Y no tuvo que dar más explicaciones para que don Gastón vislumbrase las ganancias que producía el

contrabando.

La estancia de Jorge Pasquel y su comitiva resultó efervescente y llena de diversión para todos quienes la compartieron. La cena de Navidad, además de ser deliciosa, se vio engalanada con el repertorio de las canciones que cantó Gloria Marín, deslumbrante con su simpatía y su belleza; con las bromas, algunas subidas de tono, de don Jorge, quien sabía imitar la voz de don Pedro de Lille —el locutor de radio que estaba de moda—, las gesticulaciones histriónicas de Jesús Martínez, *Palillo*, y recrear los *sketches* políticos del cómico Fernando Soto, *Mantequilla*, con los que hacía escarnio de diputados y miembros del gabinete presidencial, y con los que los comensales se desternillaron de risa.

Don Gastón, sin mirar a Matilde para que ésta no lo reconviniera, confesó que se sentía en un cabaret de postín…

—¿Será el Sans-Souci o el Rendez-Vous? —lo interrumpió Pasquel, dándole un codazo.

Pregunta a la que don Gastón no respondió porque en ese momento surgieron del gramófono las notas del mambo dedicado por Dámaso Pérez Prado a los ruleteros. Jorge y Gloria, bailarines consumados, sin pedir permiso a sus anfitriones se lanzaron a bailarlo sobre el piso ajedrezado del comedor de la hacienda. Don Gastón quiso imitarlos, pero Matilde lo paró en seco. Estaba que trinaba de rabia. Cómo era posible que la noche de Navidad, en lugar de cantar villancicos o escuchar música sacra, cantos gregorianos, por ejemplo, su marido y sus invitados se contentaran con mambos, esa música para pelados que fascinaba a las cabareteras y a las mujeres de la vida alegre.

No, ella no quería, por más que por instrucciones de don Gastón los hubiesen relegado a una esquina, detrás del inmenso pino, que los muchachos sacaran malas ideas con los contoneos de Gloria Marín, que, tuvo que reconocerlo a pesar de la envidia que le causaba, tenía un cuerpazo de antología. Además —esto ya lo pensó con rencorosa malicia— no deseaba que don Gastón se calentara y adelantase su coito anual para esa noche que exigía templanza y comedimiento.

Empero, las previsiones de doña Matilde no surtieron el efecto que ella deseaba. Paco Pasquel y Gastón —a instancias del primero, quien era un puñetero profesional y ya tenía experiencias sexuales— pasaron parte de la noche trepados en un altillo desde el que se podía ver la recámara destinada a don Jorge, admirando las proezas que éste hacía con la anatomía de su pareja.

Sin embargo, la atención de los jóvenes no sólo se concretaba a los aspectos eróticos que acuciaban sus hormonas adolescentes. Ambos eran buenos jinetes, y acompañados por el sargento Héctor Pochola hacían largas cabalgatas hasta un ingenio llamado La Gloria, propiedad de la familia Romandía, que ostentaba pretensiones aristocráticas, a fin de reunirse con su amigo Alfonso y visitar los trapiches donde, además de participar en la molienda de la caña de

azúcar, se les convidaba a beber limonadas endulzadas con piloncillo que tenían un sabor exótico y delicioso, y era, con mucho, la bebida predilecta de la refinada *Turquesa*.

Después, el sargento Pochola los conducía por entre los cañaverales hasta un montículo desde donde podían divisar las aguas del Golfo de México y, si no había neblina y el cielo estaba despejado, el inmenso ojo de agua cristalina conocido con el nombre de Laguna Verde, un portento todavía virgen de la madre naturaleza. De ahí descendían a un poblado llamado Cardel, sitio privilegiado por ser un corredor de paso de muchas aves migratorias, entre ellas águilas y halcones, donde generalmente comían caldo de camarón y tostadas de ceviche de pescado en el caserío habitado por los peones acasillados que trabajaban en La Gloria, y donde existía una especial veneración por el *patroncito* Alfonso Romandía.

Los chicos devoraban sin remilgos la comida que se les ofrecía, aunque siempre rechazaban, de común consenso, las pequeñas cazuelas repletas de frijoles bayos.

—Si comemos esos frijoles se nos va a inflar la barriga y a dar una pedorrera que para qué les cuento —externaba Romandía entre fuertes risotadas—. Vamos a apestar como si fuéramos pelados hacinados en un camión de línea y los caballos van a protestar con relinchos y reparos que nos van a poner de nalgas en el meritito suelo.

El sargento Pochola nada más movía la cabeza y refunfuñaba una que otra maldición para su coleto. Los comentarios clasistas de Alfonso, celebrados por los júniors, le resultaban odiosos, pero la disciplina militar adquirida lo obligaba a tragar dichos desplantes y a digerirlos sin mover un músculo que pudiese delatar su disgusto.

Después de comer y dormitar un rato en las hamacas que, entre un revuelo de enaguas pizpiretas que se agitaban al amparo de las sombras, colgaban de los postes de las humildes cabañas, se despedían de Romandía e iniciaban el regreso a Candilejas. Llegaban al anochecer molidos, con las piernas y los glúteos entumecidos y un hambre de los mil demonios. Matilde los recibía con cariño, pero les negaba la entrada al comedor de la hacienda para evitarse los dicterios de su marido y los confinaba en la cocina, donde compartían la merienda con Goyo y sus respectivas hermanas.

Las niñas los veían con curiosidad. Cuchicheaban entre sí y hacían confidencias por lo bajo que les teñían el rostro de rubor. Era evidente que Kurticia Suplice y Maruca Pasquel, pubertas que después de tres días se confesaban íntimas, sentían cierta atracción por los «intrépidos aventureros» y se desvivían por que éstos las tomaran en cuenta o, al menos, les echaran un lazo. Sin embargo, por más que ambas eran hermosas, sobre todo Maruca, cuya ascendencia materna era un misterio que permanecía entre las neblinas que don Jorge Pasquel tendía a su alderredor para ocultar sus deslices, los

varones apenas y las veían, y las ignoraban al igual que hacían con aquellos objetos decorativos colocados en las vitrinas que les resultaban insustanciales, si no es que chocantes.

Terminada la merienda, sin despedirse o siquiera agradecer a las mucamas que los habían atendido, los chicos mayores salían al patio para enchufarse un cigarrillo en los labios y comentar las experiencias del día. Paco Pasquel se burlaba de Gastón porque éste no se había dado cuenta de que algunas de las indígenas de Cardel andaban, en sus palabras, «con las chiches de fuera», y hacía énfasis en que estaban buenísimas. —¡De lo que te perdiste, pendejo! —acotaba sin dejar de darle un puñetazo en el pecho. Gastón júnior, entonces y a fin de sobreponerse al deseo de responderle con un madrazo en la jeta, expresaba que estaba muerto de sueño y se retiraba, arrastrando aún las espuelas, a su recámara. Caía sobre el camastro como si fuese una piedra, muchas veces sin quitarse las botas ni llegar a desvestirse.

La visita de los Pasquel terminaba transcurrida una semana. Muy de mañana, para aprovechar la ausencia de vientos y la claridad del aire que garantizaba una visibilidad perfecta, Jorge Pasquel conducía a su prole al interior de la avioneta, ponía en marcha el motor que hacía girar las aspas, y con la seguridad que le daba su experiencia se elevaba hasta perderse de vista. Gastón júnior se quedaba con un brazo levantado en señal de despedida. La convivencia con Paco le había servido para conocer el carácter veleidoso de su amigo, de quien esperaba un apoyo más decidido, cuando volvieran a clases en el mes de febrero, para ser aceptado entre el grupo de los Exquisitos.

Dos días después arribaba a Candilejas la familia de don Antonio Ruiz Galindo, exsecretario de Economía, quien desde el principio del gobierno alemanista en 1946 había demostrado ser un hombre de confianza, leal e incondicional con el presidente, y sumamente hábil para los negocios.

Don Gastón Suplice lo consideraba uno de sus mejores amigos y consejero áulico en sus inversiones financieras y sus proyectos inmobiliarios. No en balde lo había asesorado para obtener un contrato de suministro de cemento destinado a la construcción del multifamiliar Miguel Alemán, «primera vivienda vertical del país con doscientos pequeños apartamentos», que edificaría el arquitecto Mario Pani siguiendo los principios del funcionalismo de Le Corbusier con los que se había edificado la Cité Radieuse en Marsella, Francia. Don Gastón le hizo caso, se puso en contacto con don Manuel Suárez, dueño de una de las cementeras más importantes de la capital, y adquirió varias revolvedoras para trasladar el cemento al predio situado en la avenida Coyoacán, entre Félix Cuevas y Parroquia, donde se levantaría la obra. Él sabía que su utilidad iba a ser sustanciosa y la calculó en un poco más de trescientos mil pesos, pero cuál no sería su sorpresa cuando se enteró por boca de Ruiz Galindo que el arquitecto Pani había convencido a su patrón de que él podía elevar el número de viviendas a mil en el mismo espacio.

—¡Vamos a ganar el quíntuple, Gastón! —manifestó don Antonio sobándose las manitas e incluyéndose en el reparto.

—¡Más de un millón de pesos, Toño! —reviró su socio con el rostro encendido y un pujido que amenazó con ablandarle el mastique—. Un millón, ¿te imaginas lo que podremos hacer con eso?

—¡Meternos al negociazo de Acapulco, donde el presidente quiere levantar un emporio turístico, y muchos de nuestros cuates esperan forrarse de lana! Pero para ello, mi querido Suplice, suplicio de mi corazón y mis bolsillos, antes vamos a reunirnos con Pani y con el ingeniero Bernardo Quintana que acaba de fundar la empresa Ingenieros Civiles Asociados, la ICA, de la cual ya habrás oído, a fin de que nos permitan asociarnos con ellos. ¡Ahí está uno de los negocios más prometedores del país y no podemos quedarnos al margen!

Don Gastón no lo pensó dos veces. El oráculo de su compinche no tenía pierde. Entraron a la feria de los billetes por la puerta grande y, desde entonces, Antonio Ruiz Galindo contó con un lugar preferente en su estimación y en la hacienda de Candilejas para disfrutar de una semana de vacaciones.

Por su parte, Matilde esperaba con ansias la llegada de doña Enriqueta Bárcenas, media naranja de don Antonio y su compañera de mesa de canasta uruguaya en el Country Club, para iniciar siete días de chismorreo en los que se dedicaban a destazar a sus amistades y a comentar los giros impuestos por los diseñadores del llamado corredor de la moda: París-Roma-Londres-Nueva York. Tampoco podían faltar en sus conversaciones los progresos de los hijos que, en el caso de los Ruiz Galindo, andaban en los veintitantos años y sus proezas y desvaríos eran palabras mayores: —Los muchachos, Toño y Mauricio, se fueron a esquiar con los Díaz Barriga a Cortina d'Ampezzo; la Nena se fue a Nueva York para pasar las navidades con su tía Concha, patinar en la pista de hielo del Rockefeller Center y, no me lo vas a creer, gastarse varios miles de pesos en prendas de lencería sofisticada que, a mí me da vergüenza decirlo, me parece que está bien para las putas con las que se revuelcan los amigotes de mi marido, pero no para una chica decente.

—¡Ay, Quetita, qué puedo decirte! Las chicas de hoy no saben ni lo que quieren… —comentó Matilde con la máscara de hipocritona que usaba en las reuniones sociales—. ¿Te acuerdas de Roberta Loefler, la entenada del doctor que vive en la calle del Árbol, allá por San Ángel? ¿Sí? Pues fíjate que se la encontraron en la azotea del Hotel Reforma, en el *roof garden*, bailando de cachetito la música suavecita, pegajosa, que toca la orquesta de Everett Hoagland, con un sobrino de Atenor Patiño, el rey del estaño, tan, pero tan amartelados que quien me lo contó (me perdonarás que no te diga su nombre) jura que la niña Loefler parirá un bebé en no más de ocho meses.

—¡Qué barbaridad! ¡De seguro le estaba metiendo mano y, de pasada, el paquete! No, no se vale. ¿Te imaginas a la pobre madre? ¿Lo que va a sufrir la desgraciada? Por eso yo les tengo prohibido a mis hijas que se paren en ese

hotel del pecado que, con razón, llaman «el Capricho de don Alberto Pani», ese viejo rabo verde que utiliza el Reforma como si fuera un hotel de paso.

—Pero fíjate…

Y en esos «fíjate» se les iban las tardes con sus respectivas noches, mientras sus maridos, encerrados en el salón fumador elucubraban sobre sus finanzas, las acciones que habían adquirido de tal o cual compañía, el comportamiento de la Bolsa de Wall Street y los equilibrios que hacían muchos de los ministros para mantenerse en sus carteras y no perderse los apapachos del presidente; pero también para hacer comentarios procaces acerca de sus amantes, de esa secretaria del director de Aduanas que está buenérrima y todos le quieren entrar y sólo se abstienen porque saben que el presidente la tiene en la mira, si no es que ya se la recogió, y hay que andarse con cuidado, no les vaya a suceder lo que le pasó al *Flaco* Ferretis que quiso pasarse de listo con una rumbera cubana que Jorge Pasquel le había prometido a don Miguel y no sólo le costó la chamba sino que, bueno eso dicen por ahí en las nopaleras, le cascaron los güevos.

A Gastón chico le resultaba indiferente la visita de los Ruiz Galindo. La ausencia de sus hijos varones la privaba de sentido. Él hubiera querido codearse, de lejecitos y sin ser encimoso, con Toño, Armando y Mauricio, a los que admiraba por todo lo que se contaba en el colegio acerca de sus andanzas y aventuras amorosas, compartidas éstas con el *Chope* Albarrán júnior, con Rafael Etienne —cuyo padre, un francés de porte distinguido y maneras exquisitas, administraba el Club France— y los galanes de la Facultad de Derecho, Adolfo Buitrón, Saúl y Emilio Varela Pindter y otros *grandes* de quienes se sabía que acudían a las tardeadas que organizaba Jorgito Alemán en el Hotel Presidente, a las que asistían la chicas más guapas de México, entre ellas las Blázquez Coppel, las Rivera Torres y las hijas de Melchor Ferrusquía, no sólo para bailar sino para romper corazones. También, a Gastón le interesaba, si es que podía sonsacárselos, que le contaran sobre una finca ubicada por la carretera a Toluca, llamada La Escondida, de la que se decía —aunque esto nadie había sido capaz de comprobarlo— era la leonera del primogénito del presidente y donde algunos jóvenes actores y artistillas del cine, novilleros con cartel, vedettes con la fama de Tongolele, dispuestas a entrarle a todo, y varios júniors con pedigrí, celebraban las orgías más rumbosas de las que podía presumirse.

Por ello de nada servía, y en ningún sentido lo compensaba, el hecho de que cada mañana, sin la presencia de don Gastón, el tío Toño le picara el ombligo en señal de aprecio y buena voluntad, le diera una palmada en la espalda o le preguntara sobre sus lecturas y avances en el colegio. A él, la verdad, la presencia de aquel oso rubicundo que usaba, como los escoceses, unas patillas espesas sobre las mejillas y cuyos ojos azules reflejaban inteligencia y astucia, lo tenía sin cuidado. Tampoco le causaban alegría ni le eran simpáticos los

aspavientos que hacía la tía Queta para exclamar siempre lo mismo: «¡Ay, pero qué guapo estás mi niño! ¡Y mira cómo has crecido, ya mero alcanzas a tu papá! ¡A mí, ya ni se diga!».

Sin embargo, no todo era aburrido ni desagradable. Don Antonio, como buen veracruzano, era simpático y mal hablado y se sabía uno y mil chistes colorados que soltaba sobre la mesa o donde se le daba la gana, sin importarle el parecer ni los remilgos de las damas que lo rodeaban o que hubiese niños presentes. En medio de sus carcajadas, Gastón júnior aprendía albures y vulgaridades dignas de un mecapalero que, estaba seguro, le redituarían prestigio si los soltaba en los corrillos del colegio.

Uno de esos días extraños en que, por caprichos del clima, el calor soporífico se apoderaba de Candilejas, el tío Toño se sacó de la manga un as espléndido y prometedor, y para alegría de sus anfitriones, propuso: —¡Vámonos a Fortín de las Flores para que estos chicos conozcan el aroma de las gardenias!

—¿A Fortín? —inquirió don Gastón—. ¿No está muy lejos?

—¡No, hombre, sólo son tres horas y la carretera, ahora que la recorrimos, está en bastante buen estado! Podemos llegar a comer, pasamos ahí la noche y mañana por la tarde nos regresamos. ¡Vámonos, no se diga más!

El entusiasmo se generalizó y en un santiamén estuvieron listos y repartidos en los asientos de la camioneta Mercury de Matilde y del automóvil híbrido construido en los talleres de la fábrica de muebles de acero D.M. Nacional, con un motor y chasis de Ford V8 y una carrocería parecida, con sus asegunes, a la del Bentley inglés que manejaba el tío Toño.

Tres horas —bueno, tres y media— más tarde llegaron al paraíso que Antonio Ruiz Galindo y sus hermanos habían construido en terrenos de selva húmeda, tropicalona y jacarandosa, muy cerca de la ciudad de Córdoba, para crear un vergel de plantas y flores que eran un verdadero regalo, entre las que destacaban por su olor, el color blanco de sus corolas y las hojas verde esmeralda de sus hojas, las maravillosas gardenias.

La propiedad, en cuya entrada se leía un letrero con el nombre de Hotel Ruiz Galindo, se adivinaba enorme. Dos rejas de ingreso, una para los huéspedes del hotel y otra para los dueños de la propiedad, dividían el sendero por el que los coches avanzaron hasta quedar aparcados frente a una edificación señorial semejante a los cascos de las grandes haciendas ganaderas de Puebla y Tlaxcala. Varios mozos salieron a recibirlos. Algunas criadas se asomaron por entre las columnas que flanqueaban el corredor de la Casa Grande, cuchichearon entre sí y se metieron aprisa por una puerta que, explicó doña Enriqueta a Matilde, conectaba con la cocina.

Los Suplice fueron conducidos a unas habitaciones enormes, ricamente decoradas con muebles hechos con maderas tropicales, para que pudieran lavarse, cambiar el atuendo arrugado y polvoriento que habían usado en el

viaje y quedar listos para degustar una comilona, así lo anunció don Antonio, que no los iba a defraudar y los haría chuparse los dedos.

Una vez aseados y vestidos con la ropa de repuesto limpia, se reunieron con sus anfitriones en una terraza amplísima rodeada de laureles de la India, árboles de mamey, tabachines y algunas palmeras reales que estiraban sus troncos como si fuesen cuellos de jirafa. La terraza, donde a los adultos les sirvieron caballitos de tequila acompañados con sus respectivos vasitos de sangría, y a los chicos jarritos que contenían, para elegir, agua de horchata, de guanábana y limonada, tenía una vista magnífica que, sin obstáculo que lo impidiera, permitía ver a lo lejos y entre la selva el viejo puente de Metlac, una joya de la ingeniería porfirista.

—¡Una preciosidad, el puente! —exclamó don Antonio—. No me canso de mirar sus enormes columnas y las torretas de hierro fundido con las que fue levantado por don Thomas Braniff, quien construyó el tramo que une a Córdoba con Orizaba y luego continuó la vía del ferrocarril hasta el puerto de Veracruz.

—¡Obra titánica, Antonio! Hecha para consolidar uno de los pilares del progreso de México durante la dictadura de don Porfirio —acotó don Gastón, refiriéndose a la importancia que habían tenido los ferrocarriles para comunicar el país.

Don Antonio, por un momento, se quedó pensativo. Luego dijo como si cumpliera con una manda: —Mucho he trabajado para darle a Fortín una promoción turística relevante a nivel internacional. Tú sabes que el turismo es una actividad prioritaria para el presidente Alemán y yo, como uno de sus hombres de confianza, no puedo quedarme a la zaga. Si las cosas marchan bien, el gobernador Marco Antonio Muñoz me ha prometido que va a elevar el pueblo de Fortín a la calidad de villa. Pero no te creas que su promesa ha sido de a gratis; he tenido que darle su consentidita… Ya te contaré —agregó pendiente de que las señoras no lo escucharan.

—¡Has trabajado como una mula, compadre! —ratificó don Gastón empleando un término que, en su caso, no venía a cuento, pues ninguno de los dos había sido padrino de bautizo de sus respectivos hijos y, por lo tanto, no podían ser compadres. No obstante, lo usó para recalcar la estimación que le tenía y al amparo de las costumbres populares que habían permeado en las altas esferas de la sociedad criolla—. Desde que consolidaste, en 1940, la D.M. Nacional —continuó Suplice—, y estableciste la fábrica en el parque industrial de San Juan de Aragón, no has parado de batallar; vamos, ni siquiera cuando la fábrica de muebles de acero alcanzó un capital social de quince millones de dólares y tus contratos y convenios para surtir de muebles al IMSS y a la SEP se pusieron viento en popa… Hoy, mi querido Toño, todo México conoce y visita la sala de exhibiciones que tienes en el Paseo de la Reforma, ahí junto a la glorieta de Colón, y esa otra joya que te construyó el arquitecto Juan Sordo

Madaleno en las calles de Gante…

Don Gastón se tomó un respiro para paladear su segundo caballito de tequila Orendáin, gesto que doña Enriqueta aprovechó para sugerir a Matilde que, como la preparación de la comida todavía iba a tardar más de una hora, dieran una vuelta por los jardines y de paso permitieran a los jóvenes echarse un chapuzón en la alberca que compartían con los huéspedes del hotel. —¡Será una delicia, ahora que los rayos del sol han calentado el agua y las gardenias soltado todo su perfume!

Matilde, a la que aburrían los excesos verbales que su marido solía propalar frente a sus camaradas, no lo dudó ni un tantito. Ordenó a sus hijos que fueran a cambiar su ropa por los trajes de baño nuevos, de la marca Catalina que estaba de moda, y que las alcanzaran en el borbollón que surtía de agua a la piscina.

—¡Óyeme, no! —protestó la tía Queta—. ¡Nosotras también nos merecemos un clavado!

Llegaron a la alberca enfundados en unos trajes de baño flamantes y, a la vez, graciosos, hechos con telas de nailon importadas de los Estados Unidos y de colores brillantes. Las señoras envueltas en unas batas recién adquiridas en el Puerto de Liverpool y cada uno de los chicos con una toalla de La Josefina enrollada en el cuello. Una *troupe* de modelos retratados en la página frontal de la revista *Life*.

Gastón júnior y Goyo arrojaron sus toallas sobre el césped y echaron a correr alderredor de la piscina. Llegaron hasta donde había un par de trampolines, subieron a las tablas, ejecutaron cada cual varios saltos y se arrojaron al agua con la gracia de un sapo. Mientras, Kurticia, la Zanahoria y la Garnacha, quienes tenían resquemores respecto de la temperatura del agua y se sentían soñadas con sus nuevos trajes en tonos lisos de rojo, anaranjado y amarillo, y sus gorras de hule blanco con margaritas estampadas, prefirieron esperar a que las señoras entraran a la alberca y les rogaran que se metieran.

Las mujeres adultas, de forma instintiva, adoptaron una especie de cortejo. Ambas se despojaron de sus batas y expusieron sus cuerpos ante la mirada escrutadora de la otra. Las dos, Matilde menos y Enriqueta más, acusaban barriga por muchos esfuerzos que hacían para que no se notara. El traje de baño, de una sola pieza y bien entallado, resaltaba en un caso pequeñas y en el otro grandes lonjas. Por un prurito de elemental decencia, ninguna quiso fijarse en la celulitis que marcaba estrías en las piernas de su amiga. Empero, las dos tuvieron que reconocer que estaban jamonas; más cuando unas jóvenes americanas pasaron caminando a su vera haciendo ostentación flagrante de unos cuerpos esbeltos y muy bien proporcionados. —¡Pinches gringas! —exclamó Enriqueta, y a Matilde no le quedó de otra que tirarse de risa, a la vez que hacía unos gestos con la cara y las manos que significaban: «¡Ni modo, Quetita! ¡Ya estamos medio pasadas y no hay nada que podamos hacer!».

El agua, tapizada por miles de pétalos de gardenia, les alivianó el momento de pequeña crisis. El perfume no tardó en embriagar a Matilde y sumergirla en ensoñaciones eróticas en las que se veía rodeada por los brazos de un galán incógnito que la desnudaba y penetraba con la misma fuerza empleada para embutir un corcho, gordo e impregnado de vino, dentro del cuello de una botella. Una sensación harto agradable, diferente y muy excitante que la hizo mover los brazos sobre el manto de flores y, consciente de que nadie podía verla a través de los pétalos, acariciar su entrepierna hasta provocarse un pequeño orgasmo.

Las voces agudas de los chicos, que jugaban como pequeños salvajes, irrumpieron en sus oídos para quebrar el encanto. «¡Carajo,» pensó, «cómo jamás se me ocurrió coger en el agua! ¡De lo que me he perdido! ¡Ah, si no seré pazguata!»

Enriqueta, que la vio mover los labios, supo leer en ellos su reclamo y se felicitó por haber descubierto antes que la mayoría de sus amigas, quienes se venían en seco, los placeres del agua, a los que se había entregado con singular alegría hasta que la menopausia llegó para cancelarlos y, como ella confesaba, relegarla a quedarse con las ganas.

Perfume de gardenia, escuchó Matilde que su hijo Gastón entonaba, mientras curioseaba con los ojos, lenta y sensualmente, los cuerpos de las odiosas gringas y conminaba a Goyo para que no dejara pasar la oportunidad:

—¡Míralas, hermanito! ¡Están buenísimas! ¡Parecen de calendario!

La reacción de Goyo no fue de entusiasmo. Levantó los hombros con displicencia y no mostró interés alguno por las sílfides que, echadas encima de unas tumbonas, se embarraban cremas bronceadoras y sorbían el agua de unos cocos.

Una mucama vino a anunciarles que la comida estaba lista y que los señores ya los esperaban en el comedor de la casa. Matilde, con mucho trabajo, tuvo que poner en juego toda su energía para que su hijo Gastón aceptara dejar su atalaya y, no sin refunfuñar, se desprendiera de las imágenes harto depravadas en las que se hallaba inmerso.

—Es una empresa delicada, que requiere de muchos recursos y una imaginación desbordada, Gastón —comentó Ruiz Galindo mientras esperaban la llegada de sus respectivas esposas—. En un principio no estaba convencido del todo, pero la insistencia de mi hijo Antonio me hizo doblar las manos y entregarle el capital necesario para fabricar los primeros automóviles mexicanos. Una inversión…

—Que, si no me equivoco, debió ser bastante cuantiosa, Toño.

—Prefiero no darte la cifra exacta, pero para no dejarte en ascuas… estamos hablando de más de medio millón de pesos.

—¿Y ya los están fabricando?

—Bueno, fabricar no es la palabra correcta. Los estamos ensamblando.

—¿Ensamblando?

—¡Sí, ahora te explico! Mi hijo, creo que es notorio, es un admirador del diseño automotriz, un verdadero fanático. En un viaje que hicimos a Europa hace dos años cayó enamorado de los modelos que vimos en París, Londres y Roma. Tanto que su cerebro y su boca quedaron impregnados con las imágenes de los prototipos Lancia, Lamborghini, Maserati, Ferrari, Citroën, Renault, Rolls Royce, Bentley, Jaguar… ¡Uf, la lista se queda corta! Y de ahí le nació la idea de crear un coche mexicano.

—Una idea magnífica, sobre todo si consideras que Miguel Alemán en su campaña presidencial aseveró que todos los mexicanos deberíamos tener «un boleto para los toros, un cigarro puro y ¡un Cadillac!».

—Sí, muy gracioso el señor presidente; aunque un poco fuera de la realidad —acotó don Antonio con una sonrisa sarcástica que implicaba una adjetivación más fuerte que hizo reír a su amigo.

—Bueno, te decía… Sin embargo, Toñito hizo ciertas pesquisas durante su estancia en la Universidad de Northwestern, en Evanston, Illinois, y advirtió que no podríamos competir con las fábricas norteamericanas dedicadas a producir automóviles en serie, nada que hacer contra la Ford o la General Motors; y tomó la decisión de que nos concentráramos en la producción de autos de calidad…

—¿De calidad?

—Sí, hechos a pedido de cada cliente.

—¡Oye, pero eso sí que es una idea nueva!

—¡Y muy ingeniosa!

Matilde y Enriqueta se presentaron a la mesa vestidas con modelos vaporosos hechos por Ferruca, la costurera madrileña que estaba causando sensación entre las damas de postín mexicanas, mas sus maridos apenas y les hicieron caso, enfrascados, como estaban, en su charla. Los jóvenes fueron absolutamente ignorados mientras se escurrían para ocupar un lugar lejano y desapercibido.

—Verás —continuó don Antonio, acaparando la atención de su huésped—. Nosotros compramos los chasis y los motores gringos, que pueden ser Ford V8, Mercury o Chrysler, las opciones más populares, y nuestros ingenieros ensamblan sobre ellos las carrocerías de tipo europeo que el comprador escoja de un catálogo impreso al efecto. Así, te doy unos ejemplos: un cliente ordenó instalar en nuestro Lamborghini un bar de cocteles; otro, un estudiante rico, júnior de uno de los Beteta, pidió que en la parte trasera de su Mercedes Benz se empotrara un cojín de cuero para amortiguar los efectos de los baches en las asentaderas de la mamá de su novia; la amante de Pablo Manas, el gobernador de Sinaloa, compró una limusina Cadillac con un compartimento especial para que sus compras diarias de ropa no se arrugaran de camino a casa…

—¿Cualquier capricho, por muy extravagante que sea, queda satisfecho? —

inquiere don Gastón con la cuchara en la mano, todavía sin haber probado el chilpachole de jaiba, del cual, salvo los señores, los demás han dado cuenta y elogiado su delicioso condimento.

—Hasta ahora no hemos fallado, Gastón. Ni siquiera con un pinche tejano que exigió en su Austin Martin vestiduras moteadas de cuero de vaca, cuernos de *longhorn* adosados a la parrilla del cofre, los asientos con todo y estribos, y un volante con forma de estrella.

—¿Quería un caballo el desgraciado?

—¡Un *mustang* de las praderas, pero con la pinta elegante de los Austin Martin!

Todos rieron con la salida de don Antonio, quien por fin engulló el caldo de cinco cucharadas y, enseguida, se abalanzó sobre el platón que contenía tacos de gusano de maguey y sopes de acociles bañados con una salsa de mantequilla y ajo, espolvoreados con venas secas de chile de árbol y trocitos de cilantro.

—¿Y cuánto cuestan esos coches, tío? —se atrevió a preguntar, no sin disgusto de su señor padre, Gastón júnior.

—El motor y el chasis valen entre tres mil y seis mil pesos, hijo —respondió de inmediato don Antonio, a fin de evitar que su socio regañase al joven e hiciera una pataleta—. Un Cadillac importado, por ejemplo, cuesta en México unos cincuenta y seis mil pesos, siete mil dólares. El nuestro, en cambio, con todo y los aditamentos, vale cuarenta mil pesos, una ganga, sobrino…

Gastón hijo comenzó enseguida a contar con los dedos, a la vez que sus labios iban sumando las cifras. —¡No, no me alcanza! —exclamó por lo bajo—. ¡Necesitaría juntar los domingos de los próximos cuatrocientos años!

Don Antonio lanzó una carcajada y Matilde miró a su hijo con infinita ternura. —Pídeselo a tu papá como regalo para cuando cumplas los ochenta años, hijito! —dijo con tan mala leche que don Gastón estuvo a punto de atragantarse con el bocado de guacamole que masticaba.

Ya en la sobremesa y al calor de postres y digestivos, Enriqueta hizo un elogio a su marido por haber convertido las instalaciones del Hotel Ruiz Galindo en el destino predilecto de los recién casados para pasar ahí su luna de miel. —¡Cómo disfrutan la alberca siempre cubierta con pétalos de gardenia! ¡Ay, se dan unos agarrones que hasta dan envidia! Si vieras, Matilde, a esas vírgenes recatadas Pastrana, Palazuelos, Gutiérrez Cortina, por citar unas cuantas, cómo se transforman en unas hetairas fogosas una vez que se sumergen en los efluvios de las flores… De sus mariditos ni se diga… Salen del agua derrengados y con una sonrisa que apenas les cabe en la cara…

—Les damos un trato faraónico —interrumpe don Antonio con una mueca empalagosa en los labios—. Una chimenea enorme en la habitación que no sólo da calor sino que propicia un sinnúmero de sombras y claroscuros cachondos y estimulantes. Platones con ostiones de los esteros de Isla del Carmen, con almejas rojas de Zihuatanejo y boquerones de la laguna de Chapala, frescos y

suculentos. Unos fruteros que darían envidia a los huéspedes del Plaza, del Ritz o del Villa Magna. Música ambiental de las Islas del Sur. En fin, todo aquello que provoca el deseo sexual a un grado incandescente. Ahora, debo decirles que los viernes, desde las cinco de la tarde, somos casa abierta no sólo para los lunamieleros, sino para todos aquellos que anden de movida y con la noviecita que les dé la gana… No hacemos preguntas embarazosas. Para qué. Los que quieran mover el bote, que lo muevan. Si vieran que el gobernador Muñoz no falla ni uno solo, vamos, ni siquiera el viernes de Cuaresma, cuando la Iglesia nos somete a un ayuno estricto respecto de la carne roja.

Don Gastón Suplice toma nota y hace apuntes en su memoria, por detrás de los párpados abotagados, y aunque Matilde lo advierte finge demencia, pues ella ya ha inscrito en sus planes darse una escapadita.

Regresaron a Candilejas al filo de las doce del día siguiente. Iban felices y complacidos, cada cual por distintas razones. El más feliz: Gastoncito. Su tío Toño le había regalado un prototipo en escala de un Jaguar Mark VIII descapotable que lo tenía fascinado, mucho más que las tetas de las famosas gringas.

Las vacaciones terminaron más rápido de lo que habían pensado. Todavía recibieron la visita de Gonzalo N. Santos, el célebre *Alazán Tostado*, cacique de San Luis Potosí y conocedor a fondo de todos los tejemanejes y trafiques de la política nacional desde hacía varias décadas y que —cosa rara en él— sentía cierta afinidad con don Gastón Suplice, con quien le encantaba platicar de negocios que podían redituarle. También le gustaba echar carreras a galope tendido sobre los caballos que le facilitaba el sargento Pochola, en compañía de Gastón júnior montado sobre la *Turquesa*, hasta que se perdía en el horizonte en medio de los remolinos de polvo que levantaban los cascos de su montura.

III

Los cursos de la secundaria se fueron volando. Muchos acontecimientos, que coincidieron con las transformaciones del país y de la Ciudad de México propiciadas por el desarrollismo de las políticas de los gobiernos de Miguel Alemán Valdés y de su sucesor, Adolfo Ruiz Cortines, vendrían a influir en el comportamiento de los miembros de las generaciones de la alta sociedad a las que pertenecían tanto don Gastón Suplice como su primogénito.

Los anuncios con la leyenda «Estamos haciendo patria», colocados frente a las obras públicas del gobierno, no sólo significaban voluntad de progreso sino que eran representativos de la derrama de dinero que, a manos llenas, caía dentro de los bolsillos de quienes se beneficiaban con ellas. Muchos constructores y empresarios, propietarios del gran capital, como Ramón Beteta Quintana, Eduardo Ampudia del Valle, Bernardo Quintana, Carlos Trouyet, Carlos Novoa y Emilio Azcárraga sénior, entre otros, se abocaron a desarrollar empresas en los sectores más dinámicos de la economía, tales como Condumex, ICA, Grupo Chihuahua —en el ramo de la celulosa—, Telesistema Mexicano —que introdujo la televisión con el canal 4 (XHTV)—, Industrias Resistol, Industrias Nacobre, fábricas textiles, laboratorios químicos, carreteras con más de once mil kilómetros en el sexenio, presas y la joya de la corona: el puerto turístico de Acapulco.

Don Gastón Suplice, a la sazón accionista de la mayor constructora del país, se vio involucrado, por invitación expresa de don Fernando Casas Alemán, jefe del Departamento del Distrito Federal, en la construcción de los camellones que dividirían en dos carriles a las avenidas División del Norte y Universidad, que ya habían sido trazadas y recubiertas con la primera capa de asfalto; así como en la ampliación de la Avenida de los Insurgentes y en el entubamiento del río de la Piedad para transformarlo en la primera vía rápida de la ciudad que todavía la cruza de oriente a poniente y que, a la postre, llevaría el nombre de Viaducto Miguel Alemán.

Más feliz no podía estar el hombre. «Ahora sí me voy a volver millonario», pensaba mientras se frotaba las manos y colocaba una servilleta por debajo de su papada dispuesto a meter el tenedor en unos huevos rancheros que le habían servido como desayuno. «Voy a comprar un Cadillac convertible nuevo, del mismo color verde que el que usa los jueves Maximino Ávila Camacho para que combine con su traje; a invertir más en el negocio de las revolvedoras de

cemento; y, ahora sí, a meterme de lleno en los inmuebles que se construyen en Acapulco. Estoy seguro de que, si le invierto mucha lana, Carlitos Trouyet me invitará a ser su socio en el fraccionamiento Las Brisas, cuyas residencias van a tener la mejor vista sobre la bahía de Acapulco. ¡Sí, claro que sí, porque además me voy a divertir como enano del circo Atayde en el hotel Villa Vera!»

Las preocupaciones de Gastón júnior eran de otra índole. Él, como la mayoría de sus compañeros, no daba pie con bola en la comprensión de las matemáticas, materia seriada que era necesario dominar para poder pasar al siguiente grado. Las clases que impartía *el Chorrito grande*, el más alto de los hermanos Franco, le resultaban indescifrables. No había forma de que entendiera el trasfondo de los logaritmos y menos los teoremas que, como espirales al viento, lo dejaban con los ojos cuadrados. Sin embargo, a mediados del curso se presentó, de forma inesperada, una solución que vendría a alivianarle la vida. *El Chorrito* tuvo que ocupar un puesto administrativo en el plantel y fue sustituido por un matemático de origen uruguayo, el profesor Héctor Chaparro, quien se ofreció a darles clases particulares dos veces a la semana en su propia casa, en la colonia Condesa.

El grupo de alumnos que requerían de sus servicios se formó en un instante. Gastón hizo una alharaca enorme porque Matilde se negó a que lo llevara Filemón en el coche. Gritó y pataleó durante quince minutos hasta que su madre, que nunca había dado muestras de contar con una mente pragmática, lo sorprendió con una frase que le congeló la sangre: —¡Tienes que aprender a moverte en camiones de línea!

—¿En camiones de línea, mamá? —reclamó—. No sé ni por dónde pasan ni tampoco las calles por las que circulan. Me vas a condenar a viajar con pelados, mamá… dicen que apestan a rayos. Además, ¿quién me va a enseñar? ¿Tú? ¿Tú que nunca te has subido en uno?

Matilde entendió que su hijo tenía razón y que la había cogido en falta. Empero, no se amilanó y se mantuvo en lo dicho. —Voy a pedirle a Filemón que te ayude a dar los primeros pasos. Nada más eso. Lo que siga va por tu cuenta. ¡Ya tienes edad, Gastón, y no quiero que te vuelvas un inútil!

Filemón no se hizo del rogar. Él conocía la ciudad de cabo a rabo y estaba acostumbrado, durante los días que le tocaba salida, a trasladarse en los transportes públicos. Llevó a Gastón a la esquina que forma Paseo de la Reforma con Prado Sur, en la parte baja de las Lomas y cerca de donde está la Fuente de Petróleos, y le indicó que esperara un camión de color verde grisáceo adornado con una franja amarilla, mismo que debería llevar en la parte frontal, por encima del parabrisas, un letrero con la palabra «Zócalo». —Lo abordas, pagas al chofer diez centavos y le pides que te baje en el cruce con la calzada de la Antigua Verónica. ¡Ahí te bajas, Gastón! ¿Me entiendes? Luego te subes a otro camión de color gris acero que lleva en los costados unas franjas de color azul y negro, de la línea Circunvalación y Anexas, cuyo letrero dice

«Azcapotzalco», mismo que pasa frente a tu colegio; te pones bien abusado y ahí te bajas. Para el regreso haces lo mismo, sólo que en sentido contrario.

Gastón memorizó las instrucciones y se sintió presa de un miedo cerval porque comprendió que no había entendido nada. La mochila de cuero que por primera vez llevaba colgada en los hombros comenzó a pesarle como si estuviera llena de tabiques. Los calcetines se le deslizaron por debajo de las canillas. Dos lagrimones escurrieron por sus cachetes, pero no le impidieron ver la palabra «Zócalo» que señalaba la ruta de un transporte que más que camión parecía una carcacha. Se prendió de un tubo y trepó al pescante.

El camión arrancó echando una humareda por el escape. Gastón, ante la impaciencia del chofer, rebuscó en el montón de morralla que llevaba en uno de sus bolsillos, misma que le había dado Matilde, hasta que encontró la moneda de plata que cubría el importe del viaje. Penetró al interior y ocupó un asiento junto a un señor que, para su sorpresa, no se parecía en nada a los pelados que él había imaginado. Miró a su alderredor y constató que el camión iba ocupado por oficinistas aseados y bien vestidos, por amas de casa de la clase media cuya apariencia, aunque modesta, no demeritaba frente a la de las secretarias de su padre, y por sirvientas que, con la cara reluciente y las trenzas negras bien peinadas y ajustadas por listones de colores chillones que semejaban la pulpa de las nieves de fruta que vendían en La Michoacana, viajaban absortas pendientes del paisaje que se veía a través de las ventanillas, y una que otra, canturreando por lo bajo nanas al bebito que, como si fuese tamal de Oaxaca, cargaba envuelto entre los pliegues de su rebozo.

No supo cómo le hizo, pero logró llegar al colegio un poco antes del toque de campana que señalaba la hora de ingreso. Una proeza para un personaje que, dado su estatus social, desconocía el entorno callejero, popular, proletario, de la ciudad en la que había nacido y vivido ya para entonces casi catorce años. Un riesgo sin mayor importancia, pero que una vez superado le abriría las puertas a infinidad de aventuras.

Las reacciones de sus compañeros de clase, al escuchar su experiencia y la postura intransigente de su madre, fueron de muy diversos matices. Los Exquisitos opinaron, cada cual con sus variantes, que Matilde estaba loca. Que eso no se le hacía a un júnior de una familia encumbrada, a menos que se le quisiera imponer un castigo ejemplar por haber perpetrado una chingadera mayúscula. —¡Ni que te hubieras cogido a una de tus primas, Gastón, y te hubieran cachado! —expresó Coco Ruyán indignado—. ¡O que le hubieras robado a tu papá el último número del *Vea*, donde sale encuerada Ana Luisa Peluffo y dicen que, además de las tetas, se le ve el mono! —agregó Guillermo Tamez con picardía y una carcajada. Empero, no todos fueron tan explícitos o llegaron a verbalizar su enfado. Algunos levantaron sus narices y pusieron cara de huelepedos en señal de desprecio, y otros simplemente lo miraron como un sujeto sospechoso que estaba a punto de caer de su gracia.

Sin embargo, Gastón encontró entre los Duros y otros compañeros que no habían sido educados para sentirse como la divina garza envuelta en huevo, simpatía y el deseo de ayudarlo. Julio Ituarte e Hilario Rivas Heyles —el primero hijo del director general de Laboratorios Colliere, un hombre no sólo respetado en su gremio sino admirado por su educación exquisita, y el segundo sobrino nieto del arquitecto Antonio Rivas Mercado, constructor de la Columna del Ángel de la Independencia y sobrino carnal de María Antonieta Rivas Mercado, mecenas del grupo de los Contemporáneos, creadora del Teatro Ulises y, en su momento, amante y sostén económico de José Vasconcelos— se transportaban hacía un par de años en camiones de línea: Julio desde su casa en la calle de Recreo, en la colonia Del Valle, e Hilario desde San Ángel, donde vivía en un dúplex situado a un costado del Convento del Carmen, justo por donde pasaba la línea del tranvía colocada sobre un talud que corría a lo largo de la avenida Revolución y llegaba hasta Tlalpan, pueblo también conocido como San Agustín de las Cuevas. Ambos conocían las particularidades de cada una de las líneas de los camiones urbanos que circulaban en la ciudad y sus respectivas rutas.

—Vamos a vernos en un punto intermedio, Gastón —se comprometió Julio — y desde ahí le seguimos juntos para llegar a la casa del maestro Chaparro. Poco a poco te voy a enseñar cómo manejarte en esos armatostes y algunas cosas que en ellos suceden.

—Yo, por mi parte —intervino Hilario— te haré conocer el sur de la ciudad, más ahora que ya se alargó la Avenida de los Insurgentes hasta donde se levanta el nuevo campus de Ciudad Universitaria; algunos rincones de Coyoacán y, si nos da tiempo, hasta te llevaré a los Dinamos de Contreras, adonde a veces, en fin de semana, yo y un grupo de amigos nos vamos de excursión y hacemos campamento.

Las peripecias de Gastón comenzaron inmediatamente. Fue con Julio a las clases privadas de matemáticas que, por cierto, le resultaron fascinantes —no cabía duda de que el maestro Chaparro tenía el don de la enseñanza— y, una vez terminada la primera, su amigo le mostró una mansión donde se afirmaba que había vivido el expresidente Plutarco Elías Calles, el Parque México, y, a manera de remate, fueron con otros de sus compañeros hasta el quiosco de una heladería de nombre Yom-Yom, situada al comienzo de la avenida Veracruz, para comer un barquillo con el helado de crema de vainilla que expulsaba una pequeña máquina americana en forma de churros entrelazados; una novedad que comenzaba a causar furor entre los adolescentes.

Gastón júnior retornó a su casa encantado no sólo por lo que había visto, sino porque en el trayecto de regreso subió al camión un terceto de cantantes, que se presentaron como el trío Samperio y entonaron un par de canciones de Guty Cárdenas, cuyas letras le parecieron hermosas. Así, de pronto y en una forma totalmente inesperada, el chico comenzó a entender que los camiones,

además de ser el transporte urbano más socorrido por la población, eran escenario de muchas actividades artísticas —cantantes, merolicos, poetas populares, imitadores, magos, ilusionistas—; tendajones ambulantes en los que se comerciaba con infinidad de chucherías —billetes de la Lotería Nacional, plumas fuente («Para escribir las mejores cartas de amor y ¡para que hagas tus tareas, muchacho de porra!»), fotografías pornográficas impresas en papel color sepia, costureros portátiles, listones, ligas, dulces, chicles y caramelos, navajas de rasurar, etcétera—; y el mejor medio de difusión de las noticias del día, de los rumores que surgían de las oficinas públicas respecto de quienes gobernaban la ciudad y los políticos destacados del régimen, así como de los chismes y reparos que cada cual hacía en relación con lo que acontecía en las vecindades donde vivían —el asunto de las rentas congeladas acaparaba la atención de quienes gozaban de ese privilegio y habitaban las viejas casonas del centro—, y la relación de los crímenes más notorios que aparecían en las secciones de nota roja de los diarios de mayor circulación —las columnas *Reportero de Policía* del Güero Téllez y *Siguiendo Pistas* de Alberto Ramírez de Aguilar, entre otras— y en algunos de esos pasquines amarillentos que escurrían sangre y costaban cinco centavos.

Matilde no tardó en percatarse de la sonrisa que adornaba la cara de Gastoncito y, sin hacer preguntas, se felicitó por haber tomado una medida acertada. Ella quería que su hijo entendiera que la vida no sólo consistía en gozar de sus privilegios de clase en ámbitos y actividades diseñados exclusivamente para los de arriba. Que si quería superarse intelectual y emocionalmente tenía que penetrar en los arcanos de una realidad plural, diversificada, en muchos aspectos incomprensible y hasta surrealista, que hacía del país un caleidoscopio en el que se proyectaban múltiples diferencias, algunas superficiales, otras profundas, a fin de poder amarlo. Quería, asimismo, que su aprendizaje fuera a través de la experiencia directa, en carne propia, a pesar de que con ello tuviera que arriesgarse y, no se atrevía ni a pensarlo, quedar expuesto a peligros en los que tendría que defenderse con uñas y dientes, igual que un gato bocarriba. Lo que Matilde no quería, y eso lo tenía muy claro, era que su hijo adoptara la conducta prejuiciosa de su marido, don Gastón Suplice, y menos que respirase sus mismos aires de grandeza para convertirse en un mamón de porquería que, al igual que muchos de sus congéneres, confundía el deber ser con el ser y se regía por una conveniencia retrógrada y reaccionaria y una doble moral a todas luces deshonesta. La sonrisa de Gastón hijo y el brillo que iluminaba sus ojos eran para su madre los indicios de que se iniciaba por un buen camino.

—Te invito a comer en mi casa mañana, Gastón —anunció Julio durante el recreo—. Quiero presentarte algunos amigos y por la tarde llevarte a caminar por la avenida Coyoacán hasta el río Churubusco.

—¿Y cómo nos vamos a ir hasta la colonia Del Valle? —preguntó un tanto

inquieto.

—Hay dos maneras, pero una de ellas depende de si tenemos suerte. Lo más sencillo es viajar en camión, pero lo más divertido es pedirle aventón a un señor que maneja un tractor y pasa frente a la entrada del colegio. La última vez me llevó hasta la glorieta de Chilpancingo y, ya ahí, tomé un Bellas Artes que corre por Insurgentes para bajarme en Parroquia. Mi casa está a una cuadra.

Tuvieron suerte. Al grito de don Susano: —¡Agárrense bien, muchachos! —ocuparon los estribos del tractor John Deere, nuevo, limpio y de color verde, cruzaron el lado oriente de la nueva colonia Anzures, el inicio de la avenida Ejército Nacional y bajaron por Río Tíber hasta la glorieta de la Diana.

Todo era novedad para el joven Suplice. Las construcciones en obra; los camellones y glorietas saturados con gladiolas y azucenas en plena floración —gracias al empeño del regente Ernesto P. Uruchurtu, cuya obsesión era tener una ciudad ordenada, limpia y bien reforestada—; los edificios y parques de la colonia Condesa, misma que todavía era atravesada por las vías de un trenecito de mulas que recalaba en la Hacienda de Los Morales, propiedad de la familia Cuevas; el edificio Basurto en estilo *art déco* sobre la calle oval de Ámsterdam; los nuevos postes que sostenían las luminarias colocadas en calles y avenidas; y, especialmente, el enorme escaparate esquinero, sobre la Avenida de los Insurgentes, de los almacenes comerciales de la compañía Sears Roebuck, en el que «Durante la época de Navidad se coloca un enorme Santa Claus», comentó Julio, «que mueve los brazos y se ríe a carcajadas, y es el terror, pero al mismo tiempo la delicia, de todos los niños que con las narices pegadas a los cristales le piden a gritos los regalos que quieren recibir en su arbolito navideño el día veinticuatro de diciembre».

«No debo perdérmelo», piensa Gastón, mientras don Susano hace una parada junto a un montón de cascajo y dos cerros de grava que, por encima de un atado de varillas corrugadas, se derraman sobre la banqueta que colinda con la obra negra de un negocio, se apea y los invita a echarse un taco con los albañiles que están sentados alderredor de un anafre.

El olor de las tortillas quemadas les abre el apetito y los muchachos se acercan despacio hasta quedar parados a espaldas de un hombre prieto y robusto, al que don Susano saluda con deferencia y llama maestro Porfirio.

—Aquí le traigo unos invitados, maestro —anuncia el tractorista—. ¿A poco nos va a convidar un taquito?

—A poco —responde el aludido, echándoles una mirada—. No va a ser un banquete, pero sí un bocado para que aguanten hasta llegar a su cantón. Ya nos acabamos el arroz y los frijoles —acota señalando un portaviandas de peltre color azul con las tapas levantadas—, pero todavía tenemos sal y chile serrano. A ver, extiendan las manoplas…

Los tres reciben un taco bien caliente que sólo contiene los ingredientes

mencionados por el maestro Porfirio. Julio y don Susano lo muerden con gusto. Al primero le encanta y el segundo se aguanta la frugalidad del pedazo.

Gastón lo sostiene en las manos y mira el chile con desconfianza. No está acostumbrado a comer picante y duda si debe morderlo.

—¡Ándale chamaco, métele el diente para que te vuelvas hombrecito! —lo urge el maestro de obras—. No hay mexicano que no coma chile… ¿O me vas a decir que eres del otro lado?

El chico lo muerde y no tarda ni un segundo en dar un respingo. —¡Está picosísismo, uj, ah! —exclama con lágrimas en los ojos y un escurridero de mocos. Sin embargo, después de limpiarse la cara con un pañuelo que le pasó Julio, reconoce—: ¡Tiene un sabor delicioso! —y termina de comerlo con un placer que ignoraba que podía llegar a sentir.

Una lámina de metal de setenta centímetros por cada lado, pintada con colores negro y blanco sobre un fondo rojo mate y que contiene la leyenda Sindicato de Trabajadores de la Construcción, llama su atención y pregunta por qué está colocada en un lugar tan visible.

—¡Pues para que los inspectores del sindicato no la hagan de tos y nos suspendan la obra, güero! —responde el maestro Porfirio—. ¿Qué no sabes…?

—No creo que esté enterado ninguno de los dos —interviene Susano atusándose el bigote—. A estos muchachitos apenas les están quitando los pañales, y cómo se te ocurre, Porfirio, que sepan de estas chingaderas…

—¡Órale, don Susano, qué pasó! —replica Porfirio—. ¡Es una obligación estar afiliados y contar con la aprobación del sindicato! ¡No sólo del nuestro sino también el de la Confederación de Trabajadores de México, la CTM, pues!

—¿La de don Fidel Velázquez? —inquiere Julio, quien se había mantenido al margen.

—¡Ah, güerejo…! ¿A poco? —se asombra Porfirio.

—¡Pues sí! Algo he escuchado decir a mi padre, cuando nos platica de lo que ha sucedido en México…

—¡No!

—¡Ahí le voy maestro Porfirio! —anuncia Julio Ituarte con una sonrisa—. Vicente Lombardo Toledano, filósofo, orador, editor, maestro y el hombre de izquierda con más prestigio en México, creó la Confederación Nacional Obrera Mexicana, la CROM. Luego, con la participación de Fidel Velázquez, su alumno dilecto, y el grupo de los llamados Cinco Lobitos, crearon la CTM, organización que agrupó a todos los sindicatos existentes, les dio poder y coherencia, y los puso al servicio del PRI, el partido en el poder, y, por ende, del gobierno que encabeza don Miguel Alemán Valdés…

—¡Mira Susano, este chamaco sí sabe! —exclama Porfirio, a quien se han sumado otros albañiles picados por la curiosidad.

—Hasta ahí, don Vicente tenía las riendas de la política en sus manos —

continúa Julio con aplomo—; pero no contaba con que don Fidel le iba a comer el mandado. Éste esperó a que Lombardo hiciera otra jugada, la fundación en 1948 del Partido Popular, «un partido de masas para defender y elevar la vida del pueblo y promover e impulsar la verdadera industrialización del país… En fin, un partido democrático, nacional, revolucionario y antiimperialista». ¡Y así fue como Lombardo regó el tepache de a feo! Al presidente Alemán, quien ya se había distanciado de los miembros del Partido Comunista que lo apoyaron en su campaña, e incluso había metido al bote a muchos de sus dirigentes, entre ellos al líder ferrocarrilero Valentín Campa, no le gustó para nada eso de *antiimperialista*; una crítica terrible a sus planes de gobierno y un peligro para sus relaciones con los gringos, de quienes esperaba inversiones cuantiosas. Se puso de acuerdo con Fidel Velázquez y éste, que es más astuto y hábil que sus compañeros, un verdadero zorro, se alzó con la CTM y comenzó a controlar a todos los líderes con el método de «pan o palo», incluso con el sometimiento de Jesús Díaz de León, el primer líder charro, vendido completamente al gobierno. Una jugada maestra que, como dice mi padre, concentró dentro de las fuerzas vivas de la Revolución en las que se apoya el partido, a las masas proletarias y campesinas que andaban desbalagadas.

—¡Vamos, chiquillo…! La verdad no esperaba que supieras tanto —reconoce el maestro Porfirio—. Por eso, desde ahora y cada vez que vengas a comerte un taco, te voy a llamar don Julio. ¡Faltaba más!

Llegaron a casa de Julio pasadas las dos y media de la tarde. Tomaron sus alimentos en el antecomedor porque la familia Ituarte sólo utilizaba el comedor en eventos especiales —fiesta de cumpleaños de alguno de sus miembros, las reuniones decembrinas— o en las cenas que el padre organizaba para congraciarse con sus amigos y algunos clientes del laboratorio Colliere, mismo que dirigía con la precisión de un reloj fabricado en Suiza.

Las normas en esa familia, pronto advirtió Gastón, eran tan estrictas y arbitrarias como las que imperaban en la suya. Debieron comer casi en silencio y usar los cubiertos con absoluta propiedad. Nada de sorber la sopa o degustar el mole con trocitos de pan, mucho menos chuparse los dedos o hablar con la boca llena. El mismo protocolo que se exigía en todas las mesas donde se sentaban las *personas decentes*. También, el papá de Julio mantenía segregadas y para su uso exclusivo algunas habitaciones, como era el caso de su estudio-biblioteca que, amén de los libreros ingleses empotrados en las paredes y atestados de volúmenes encuadernados en pergamino, un par de cuadros del volcán Paricutín firmados por Gerardo Murillo, el *Dr. Atl*, sillones forrados de piel de vacuno en color verde oscuro y un magnífico escritorio copiado del modelo que tenía el magnate P.G. Morgan, en su oficina de la Morgan Library, en Nueva York, contaba con un equipo de sonido japonés Hitachi de última generación con el que escuchaba los discos de acetato de setenta y ocho

revoluciones o las cintas grabadas con las versiones más recientes de la Deutsche Grammophon de la música clásica consagrada, todos adquiridos en la Sala Margolín que, en su sucursal de la calle de Orizaba, en la colonia Roma, contaba con un acervo de importación siempre actualizado.

—Con mucho gusto te invitaría a escuchar los *Conciertos de Brandenburgo* de Bach, o la *Quinta Sinfonía* de Beethoven, o las *Canciones para los niños muertos* de Gustav Mahler, mi querido Gastón; pero si mi padre se da cuenta de que hemos entrado a su gabinete, así le dice el muy mamón, me da una cueriza, me suprime el domingo, o de plano me mata.

Para alivio de Julio, Gastón confesó que no tenía interés en escuchar dichas piezas que, la neta, le parecían aburridas y ni siquiera tenían la gracia de un mambo o el cachondeo del chachachá.

Ituarte no hizo ningún comentario, se concretó a menear la cabeza, a darle una palmada en la espalda y a invitarlo a que salieran a la calle para que conociera a algunos de sus amigos. Dado que era la hora en que la mayoría comía en sus respectivas casas o ya iban de salida para tomar clases particulares, Julio sólo pudo presentarle rápido y de pisa y corre a Gustavo *Gozo* González Reina («Lo mejor de este cabrón son sus hermanas, Susana y Patricia», acotó Julio), quien alegó que tenía mucha tarea; al *Gordo* López, que se trepó tras el volante de un pequeño Anglia, hizo derrapar sus llantas y salió disparado; y a Leandro, mayor que ellos, hijo de un general en retiro, y con la facha de un sardo malhumorado que no se tomó la molestia de saludarlos.

—Bueno, otro día te vienes de nuevo a comer, de preferencia un viernes, Gastón, para que conozcas a Susana, una niña de diez años a la que ya le salieron chichis y le gusta besuquearse y tener novio… Quién quita y pegas tu chicle. ¡Eh, eh!

Julio echó a andar hacia el sur y su amigo lo siguió como perrito faldero. Llegaron a la calle de José María Rico y caminaron hasta encontrar un portón de metal gris y con los bordes oxidados, colocado en medio de una larga malla de tela de alambre.

—Aquí está la fábrica de rifles de municiones marca Mendoza —explicó Julio—. Los mejores que puedes conseguir en México. ¡Son una chingonería! Los hay de cañón cromado y con la culata de madera barnizada en tono claro. Su mira está muy bien calibrada y, si aprendes a disparar con ellos, te aseguro que no vas a fallar ningún tiro. Un buen regalo para tu cumpleaños, ¿no te parece?

Continuaron con su recorrido para llegar a la esquina con la avenida Coyoacán y toparse con la fábrica de refrescos Jarritos, un establecimiento moderno —fundado en 1950 por Francisco, *el Güero*, Hill— que contaba con grandes ventanales que daban a la avenida y a través de los cuales los viandantes podían observar, todo el tiempo que se les diera la gana, la circulación de las botellas sobre las bandas de llenado con refresco de frutas,

cuyos colores correspondían a los de su contenido: rojas las de grosella, rosas las de tutifruti, anaranjadas las de mandarina y naranja, amarillas las de piña, verdes las que contenían limonada, y una que otra de color negro que supuestamente estaban llenas con refresco de cola.

—¿Qué te parece, Suplice?

—¡De pelos, mi cuate! —respondió sin titubeos—. ¡Un espectáculo que ni de relajo se puede ver en las Lomas!

—¡Para nada! Esa zona de la ciudad está muy desmantelada. No hay comercios, ni cines, ni taquerías; puras casotas. Me vas a perdonar, que no tienen otro chiste que conformar guetos donde los riquillos, como ustedes, juegan al tenis, nadan en sus piscinas y se tiran pedos que huelen a jamón serrano, percebes o, y ya es mucho decir, a caviar ruso de hueva de esturión del Báltico. ¡Puf!

—Lo único que no me gusta de esta empresa —agregó Julio— es su publicidad. Todos los sábados y domingos por las mañanas, a la hora en que puedes asolearte en tu jardín y leer un buen libro, echan a volar una avioneta provista con un altavoz tamaño caguama sobre las colonias Del Valle, Florida, San José Insurgentes, Guadalupe Inn y los barrios de Coyoacán, que emite una pinche cancioncita: «¡Jarritos, qué buenos son, de sabores exquisitos…!». Y no me acuerdo qué otras jaladas que me ponen de un malhumor asesino. Con decirte que el otro día le disparamos con los rifles de municiones, pero nada más para quitarnos la muina, porque, como comprenderás, la potencia de los fulminantes no da para más de diez metros.

Las carcajadas de Gastón los siguieron hasta que llegaron a la fábrica de chocolates Ferback e ingresaron a un pequeño expendio sobre cuyo mostrador estaban expuestas las cajas de metal con un diseño europeo y el grabado en color café de alguna plaza o fuente alemana sobre un fondo amarillo mate que contenían un surtido delicioso.

Una señora, más que regordeta, robusta, los miró con curiosidad y con un acento alemán cerrado, les prrreguntó qué querrrían.

—¡Cien gramos de recorte de chocolate, señora! —respondió Ituarte.

—¿Dulce o amargo?

—De los dos, señora. Campechano.

La mujer escogió varios trozos de una charola repleta. Los introdujo en una bolsa de celofán transparente e informó que su precio era de quince centavos.

—¿Quince? —balbuceó Julio, mientras rebuscaba en su bolsillo moneditas de a un centavo.

—Bueno, niño; te lo voy a dejarr en diez porrque estamos a mitad de semana y sé que debes andarr medio aprretado.

Dejaron el expendio con los cachetes inflados y saboreando, eso sí, los pedazos del mejor chocolate que se podía degustar una vez que se caían los dientes de leche y brotaba la nueva y definitiva dentadura.

La avenida Coyoacán estaba profusamente arbolada con fresnos, truenos, jacarandas y una que otra acacia. La fronda de los árboles formaba un túnel vegetal acogedor y reconfortante, especialmente en los días soleados, cuando los rayos del sol la atravesaban y con una sonrisa calurosa acariciaban las cabezas y los hombros de aquellos que caminaban sobre sus aceras.

Gastón júnior desconocía el placer que significaba el simple hecho de transitar por una calzada arbolada que, aunque era de doble sentido y por ella circulaban camiones y automóviles particulares y había necesidad de fijarse antes de cruzarla de un lado a otro, era confiable y segura. Ahí —a diferencia de las calles y avenidas de las Lomas de Chapultepec, donde estaba ubicada su casa, que contaban con enormes camellones, en particular los de la parte alta del Paseo de la Reforma en los que muchos jinetes y charros montaban a caballo los fines de semana, pero sobre los cuales la gente no caminaba— los peatones podían pasear desde el Multifamiliar Miguel Alemán hasta los viveros de Coyoacán —un primoroso vergel creado por el ilustre botánico Miguel Ángel de Quevedo— con la absoluta certeza de que nada malo podía sucederles. Una zona de la ciudad exenta de malhechores y en cuyas colonias y barrios adyacentes sus habitantes ni siquiera cerraban con llave las puertas de sus casas y viviendas, y permitían que sus hijos anduvieran sueltos, a la buena de Dios, hasta que la puesta del sol los invitaba a recluirse. Una demarcación, asimismo, en la que nadie temía la presencia de robachicos, como había sucedido en las colonias Juárez y San Rafael, que se habían visto sacudidas por el reciente secuestro del niño Fernando Bohigas, mismo que tanto los ciudadanos, en particular las madres, como la prensa sensacionalista, asociaron con el secuestro y asesinato del hijo del celebérrimo aviador Charles Lindbergh, quien a bordo del monoplano *Spirit of Saint Louis* había hecho, en 1927, la primera travesía sin escala Nueva York-París; y, por ende, se temía por su vida.

—¡Aquí viven los hijos del actor argentino de cine Alejandro Ciangherotti! —informó Julio de sopetón en el momento en que ambos arribaron a la entrada de una vecindad que contaba con seis o siete viviendas—. ¿Sabes quién es, Gastón? No, ¿verdad? Te apuesto a que nunca has visto las películas *Los tres huastecos*, *También de dolor se canta* o *Vivillo desde chiquillo* en las que Ciangherotti actúa y hace muecas como para matarte de risa… ¡No, pues cómo! Con ese padre que te cargas, quien no se preocupa de darte una educación completa, pues estás jodido, mi bróder. Pero, vamos, no pongas esa cara… Mira, estos cuates son bien reatas. Con ellos jugamos al beis en ese terreno que ves ahí enfrente y el segundo, que no sé por qué se hace llamar Fernando Luján, es un pícher de primera…

—¿Será porque la gente ha de pronunciar su apellido *Changuerote*, como si fuera un chango grandote, y le cae en la punta de los güevos, Julio? ¿O porque lo de Luján le viene de parte de su mamá?

—¿De la mamá? ¡No, ni madres! La señora se llama Mercedes Soler y es

hermana de Fernando, Andrés, Domingo y Julián que, eso sí lo sabes, pinche Gastón, son actores consagrados y con una cartelera increíble.

—¡Ah!

—Ahora, déjame que te cuente. Aquí, en una de las casitas, viven unas muchachonas, retebuenas, a las que todos los del equipo de beisbol les decimos, inclusive sus novios Alejandro II y Fernando, *las Brutas*... No, no sabes... Son bien cogelonas, pero no les pidas que escriban su nombre o que pronuncien palabras comunes y corrientes, como Mixcoac, porque la cagan de todas, todas. Creo, pero no me hagas caso, que Fernando las bautizó así porque se parecen a una güereja despampanante que sale en la revista de monitos *Little Abner* y que es tan bruta que sólo puede platicar con los puerquitos con los que se revuelca en un chiquero.

—¿De plano?

—¡Mira, si no! Hace poco que salió una película muy cachonda y sólo para adultos que se llama *No desearás a la mujer de tu hijo*. Pues vas a creer que una de las Brutas le dijo a Fernando que le tenía miedo a su padre porque si había aceptado hacer un papel de viejo degenerado se debía a que él era uno, y no quería que se le acercara. ¿Qué te parece?

—¡Que la vieja esa está más que pendeja! —respondió Gastón, mientras caminaban hasta donde un guardia estrafalario, vestido como si fuese uno de los soldados que resguardan el palacio de Buckingham, sólo que con unos pantalones cortos bombachos de tela blanca de algodón, medias largas hasta las rodillas adornadas con pompones y cintas de colores rojo y negro, botines de charol, y provisto de un fusil con bayoneta calada, estaba parado sobre la banqueta enfrente de una enorme verja que tenía en el centro una placa con el escudo imperial de Etiopía. —¿Órale, qué es esto?

Julio soltó una carcajada sonora que, así lo esperaba, no alteró para nada el semblante del guardia, quien permaneció firme e impertérrito.

—Es la quinta donde vive, desde que llegó exiliado, Tafari Makonnen, más conocido como Haile Selassie I, de quien mi papá afirma que es «el último descendiente del rey Salomón en ocupar el trono imperial de Etiopía».

—¿Un emperador que vive aquí en la avenida Coyoacán? —inquirió Gastón.

—¡Para que veas con quiénes nos codeamos los vecinos de la colonia Del Valle! —presumió Julio—. ¡Y no sólo eso! ¡A este cabrón, entre otras mamadas y títulos, también se le llama Rey de Reyes, Señor de Señores, León Conquistador de la Tribu de Judá...!

—¿Y tú lo has visto? ¿Lo conoces?

—¡Ni en pintura, Suplice! Hace como tres meses vi en el noticiario de Agustín Barrios Gómez, *Mesa de celebridades*, que pasan en los cines dentro de la sección de los cortos, que doña Amalia Castillo lo mencionaba como un personaje espectacular, apuesto, alto, con una barba negra cerrada que parece

vellón de antílope, y con el trato más distinguido que un ser humano puede tener. Eso me picó la curiosidad.

—No es para menos.

—Vamos, y si además te enteras que tuvo que exiliarse en Bath, Inglaterra, a causa de la invasión de su patria por las tropas italianas que mandó el dictador fascista Benito Mussolini, lo menos que puedes hacer es sentir simpatía por su persona. Así es que decidí apostarme en una mesa de ese restaurante que ves ahí enfrente, el Oaxaca, y me pasé como seis horas esperando a que saliera de su mansión e intentar verlo de lejitos siquiera… Me he de haber comido un kilo de chapulines con sal y limón, un tompeate de tlayudas con guacamole y tasajo, pero nada que salió el desgraciado. No pude verlo, pero no he querido repetir el intento. Además de que me dio diarrea, sino que me gasté tres domingos en vano.

Todavía impresionado y sin quitar la vista del guardia y del escudo heráldico, Gastón cruzó la avenida para reunirse con Julio frente al restaurante Oaxaca. Lo rodearon y se internaron en una callejuela de terracería flanqueada por una barda de piedra, señalizada con una placa azul que tenía impresa con letras blancas la palabra «Comunal».

—Aquí es la entrada del fraccionamiento Las Acacias —informó Julio—. Esta calle, en la que desembocan las calles Dos y Tres, remata al final con la fábrica de aceite comestible de don Miguel Blázquez, padre de un chavo güero y muy alto que estudia en el colegio y, lo debes de haber visto Gastón, siempre está jugando balero o trompo con Ponchito López Baz, el hermano de Jorge, nuestro compañero.

—Sí, lo conozco. Su mamá, doña Gabriela, es amiga de la mía y, hasta donde sé, pertenece a una familia muy encopetada de Mazatlán, los Coppel, dueños de una flota camaronera que les deja toda la lana del mundo.

Penetraron por la calle Dos y fueron a dar a la calle Uno, donde torcieron a la derecha. Julio caminó en silencio por el empedrado hasta topar con una reja que protegía un enorme jardín y a través de la cual era posible ver una casa campestre de estilo inglés y unos mastines napolitanos que dormitaban sobre los escalones de ingreso.

—Ésta es la Quinta Acacias que da nombre al fraccionamiento —enunció —. Aunque para serte sincero, no sé quiénes son los dueños. Sólo conozco a los hijos del mozo, con los que a veces juego pelota en un frontón que no se ve desde aquí, o nado con Abel, el hijo mayor, en una alberca situada en el fondo, detrás de la casa. Son bien compartidos, y cuando no tenemos la novena completa los invito a que jueguen al beis con los Ciangherotti y otros de los cuates. Ahora, vámonos de regreso para que te cuente quiénes son los vecinos de esta calle… Bueno, no todos, pero sí aquellos a los que conozco.

Gastón, no era para menos, sintió una curiosidad enorme. «Qué barbaridad», pensó, «yo no conozco a ninguno de nuestros vecinos. ¡Vamos, ni

a los de las casas que están a los lados de la mía!»

Pasaron frente a un terreno baldío donde estaba un bosquecillo con unos pinos muy altos. —Son árboles de piñón —señaló Ituarte—. Los poquitos que aún quedan en la Ciudad de México. Los piñones se dan dentro de las piñas que caen de los árboles cuando están maduras. ¡Son exquisitos!

Su amigo quiso detenerse para recoger algunos y Julio se lo permitió, no sin meterle prisa. —Apúrate, Gastón, si no, no me va dar tiempo de explicarte... En la casa que sigue vive la familia de Lupita Latapí, una señora muy católica de las Damas de San Vicente. Cruzando la calle, en la que tiene muchos árboles frutales y un eucalipto junto a la reja viven los Aguirre... Creo que el hijo también es nuestro compañero en el Franco. En la de junto vive la señora Rueda, que da clases particulares de inglés, y a la que, supe de buena fuente, le mataron a su único hijo, Carlos, en un paraje del cerro del Ajusco.

—¿Lo mataron? ¿Pero cómo?

—Dicen que fue de cacería y que por robarle el rifle se lo echaron al plato. Unos de esos bandidos cabrones, tú sabes, que se esconden en las cuevas y se aprovechan de aquellos que, con toda inocencia, andan papando moscas y no se cuidan lo suficiente.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Suplice, y no supo decir nada más.

—Ésa, la de color rosa y ventanas pintadas de blanco —prosigue Julio—, es la de Sami y Franco García Cuéllar. Samuel es más grande que nosotros y no nos pela. En cambio, Francisco está en nuestro equipo y, además, le encanta jugar a los indios y vaqueros en los sets abandonados que nos prestan en los Estudios Azteca...

La curiosidad de Gastón subió de tono. —¿Estudios de cine? ¿Dónde?

—¡Sí, ahí donde se han filmado muchas películas y que te voy a enseñar tan pronto terminemos con Las Acacias!

Ya casi para llegar a la esquina con la calle Dos, Julio le mostró la casa del arquitecto Gustavo Gallo y de su bellísima esposa Gina —mezcla de sangre gitana con austriaca—, y de sus cinco hijos, puros varones, que aunque de menor edad, eran parte de la palomilla. —Son buenos para jugar bote pateado y a las escondidillas —informó Julio—. Y creo que son ricos porque en las ocasiones que me han invitado a merendar me han dado sándwiches de jamón cocido, de ése que traen de los Estados Unidos y que no se consigue ni en El Sardinero ni en las otras tiendas de abarrotes de los gachupines.

—¿Y es sabroso? ¿Muy rico? —pregunta Gastón con sorna.

—¡Para chuparse los dedos! ¿Pero no me digas que no te lo dan en tu casa? —dice Julio con seriedad porque no llegó a captar el tono burlón de su amigo.

Julio se da un coscorrón en la frente. —¡Ah, si no seré pendejo! —se recrimina ante a la sonrisa burlona del compañero—. Mira, ésa es la privada de los Garza —se sale por la tangente—. Una familia que llegó de Nueva Rosita, un pueblo fronterizo del norte del país, y compraron varios terrenos. Don Paco

y su hermano Pepe se dedican a promover el turismo. Tienen una agencia, Garza Tours o algo por el estilo, y se han relacionado con el presidente Miguel Alemán, quien a través de su secretario particular, Rogerio de la Selva, les ha dado todo su apoyo para que manejen algunos hoteles de Cuernavaca y los que se están desarrollando en Taxco. Se han vuelto ricos en un santiamén, y el otro día escuché decir a una señora que les alquila una de las casitas de la privada, que están en tratos para hacerse socios de César Balsa, el hotelero valenciano que administra los hoteles Del Prado, Alameda y María Isabel, y es multimillonario.

Por fin atraviesan el empedrado y se detienen en medio de la calle Dos. Julio voltea hacia la derecha y, con júbilo, señala el bordo del río que colinda en la parte sur con el fraccionamiento. —¡Ahí lo tienes, Gastón! Ahí está el río Churubusco que corre de oriente a poniente, cruza la ciudad, si no me equivoco, desde los llanos de Balbuena, por donde está el aeropuerto, atraviesa la Avenida de los Insurgentes y va a perderse en las colonias Molino de Flores y Alfonso XIII, por detrás del barrio de Mixcoac. ¡Una maravilla de paseo, el recorrido del río, que algún día tendremos que hacer en nuestras bicicletas!

Gastón júnior está abrumado con tanta información que le proporciona Julio. Su cabeza gira para todos lados y sólo se detiene hasta que mira una construcción pequeña de forma singular. —¿Qué es eso? —pregunta.

—Es la bomba que surte de agua al fraccionamiento. Como está junto a la casa de Daniel, Chabela y Félix Gómez, su papá, ingeniero o arquitecto, no lo tengo muy claro, la administra y cobra las cuotas… Chabela, quiero que lo sepas, es un supercuero. Tiene unas piernas preciosas cubiertas por una pelusilla dorada que en mucho se parece a la piel de los duraznos. ¡Uf, están de rechupete! Lo único malo es que tiene novio. Un cabroncete más grande que nosotros, Arnaldo Cohen, y es una fiera con las viejas. Quién sabe cuántas novias tenga. Pero lo que sea que suene, a la Chabela se la trae cortita.

—Una caja llena de sorpresas, Las Acacias —enuncia Gastón cada vez más confundido.

—¡Y eso que todavía no te cuento lo mejor! —avisa Julio con cierta malicia.

—¿Más?

—¡Ni te imaginas! Esta barda enorme que casi rodea la manzana, protege la propiedad del general Limón; una finca que nunca hemos logrado mirar por dentro, ni siquiera cuando se abre el portón para que salga el Packard negro, reluciente y con placas que sólo utilizan los carros de los militares de altísimo rango. El general usa gafas negras debajo de su quepis y es imposible verle la cara. ¡Tiene, así de lejos, una facha de cabrón, de esos con los que es mejor no meterse! Sin embargo, en la misma cuadra se da un contraste que nadie podría imaginarse. A un lado de su mansión, en el departamento de la planta baja de ese dúplex que está en la otra esquina, viven… ¡vamos, eso sí que es divertido!, los cómicos más vaciados del mundo: Tin Tan y su carnal Marcelo, quien es su

comparsa o patiño, como más te guste llamarlo, en las canciones que interpretan juntos y que se difunden en las estaciones de radio XEJ o XEW, en los vodeviles del teatro y en películas como *El rey del barrio* o *¡No me defiendas compadre!*, que los han hecho famosos… El departamento de arriba lo ocupan el hermano de Tin Tan, Manuel *el Loco* Valdés, y el enano Tun Tun, quienes se distinguen por las travesuras que hacen, cada vez que se les da la gana, a los vecinos desprevenidos.

Gastón aplaude con un gesto instintivo. —¡Cuéntame, cuéntame! —exige —. ¿Qué hacen cuando salen a la calle?

—¡Muchas locuras! Bueno, no todos. Tin Tan y Marcelo son discretos. Tienen que cuidar su imagen y se dejan ver muy poco. La fama de que gozan los obliga a ser cautelosos y no exponerse a tontas y locas. Yo creo que ellos reservan sus atributos y simpatía para enriquecer las películas en las que actúan. Sí, a veces cometen alguna excentricidad, como cuando salen vestidos de pachucos, personaje típico de la frontera cuya imagen cobró celebridad cuando Tin Tan lo interpretó en la película *El hijo desobediente*, y antes de abordar sus respectivos automóviles ejecutan unos pasos de baile al estilo de *El bello durmiente* o de *Tin Tan en La Habana,* o se expresan en voz alta con los giros verbales que usaron en *El Ceniciento* y, quienes los escuchan, no pueden evitar carcajearse.

—¿Hacen poco escándalo?

—¡Así es, mi bróder! En cambio, el Loco Valdés y Tun Tun son incorregibles. El primero espera a que dé la hora en la que la gente sale a trabajar para, sin decir agua va, treparse en los cofres o en el techo de los autos y, a través de los parabrisas o de las ventanillas laterales, replicar los mismos dengues que acostumbra hacer en los programas de televisión en los que participa. Saca la lengua, se mete los dedos en la boca para estirar los cachetes y al son de: «¡Ahí les va un dengue, mi familia!», emite ruidos asquerosos y babea los cristales, cuando no se saca un moco que embarra ante la mirada atónita del piloto. Por supuesto, el tráfico se detiene, y mientras unos se ríen a carcajadas, las víctimas de su desfachatez le mientan la madre y lo bajan de su coche a empellones. El segundo es, en apariencia, menos agresivo pero más astuto. Tun Tun, dada su pequeña estatura, cultiva perversiones sofisticadas. Le encanta, por ejemplo, atacar a las sirvientas que salen a o regresan de comprar el pan o la leche y caminan con bultos en las manos que les impiden defenderse. Se les mete bajo las faldas y les pellizca las nalgas…

—¿No se mide, el muy cabrón?

—Para nada. Una vez satisfecha su maldad, echa a correr y no es posible atraparlo, ya sea porque se esconde debajo de los autos estacionados o se cuela entre las varas de un seto de truenos o por los agujeros de las rejas. Otras veces se disfraza de pastorcita, se cuela en las propiedades que tienen gallinero o estanque con patos y gansos y, provisto de un pequeño fuete, los arrea y los

saca a la calle. Ésta, en un ratito, se llena de aves de corral y no hay forma de circular a menos que las aplastes. Deberías ver los corajes que hacen el licenciado García Cuéllar y el viejito Pruneda, quienes siempre llevan prisa y no pueden llegar a tiempo a sus compromisos y citas.

—¡Qué bola de locos! —resume Gastón júnior, en el momento en que Julio le informa que ya es tarde y deben retornar a la calle de Recreo para despedirse en su casa.

—Ahí por el camino te sigo contando, Suplice —dice contento por lo que han compartido—. Fíjate que al final de la calle Uno también viven un organista ciego, creo que se llama Ernesto Hill Olvera, que dizque puede emular el sonido de las vocales con ciertas combinaciones de teclas y hacer hablar a su órgano Hammond con una voz que parece humana, y un fulano forzudo, de esos que van a hacer pesas en los gimnasios de la colonia Narvarte, que tiene un león enjaulado y que, por las tardes, ya que está oscurito y no hay nadie, lo saca a pasear así como si nada…

Los dos amigos regresan a la avenida Coyoacán y enfilan hacia el norte a fin de retomar los pasos que los llevarán a casa de Ituarte. —Otro día que vengas a comer —recalca porque no le gusta dejar grumos en el tintero— te voy a llevar a los Estudios Azteca para que conozcas la reproducción de un pueblo típico del lejano Oeste, con su *saloon* que es, a la vez, cantina y hotel, su barbería y esa calle que lo parte en dos en la que se han filmado muchos duelos a balazos en el mejor estilo del director John Ford y que mis amigos y yo recreamos de tanto en cuando. También quiero que veas las obras que se están haciendo para abrir la avenida Universidad en el punto donde cruzará al río de Churubusco, y puedas admirar, aunque sea por fuera, el casco de la hacienda que el gobierno regaló al general Juan Andrew Almazán para compensarlo por haberle robado el triunfo de las elecciones celebradas para el periodo 1940-1946, y en el que viven dos compañeros del colegio, unos güerejos deslavados de rancho de apellido Andrew que habrás visto mezclados, cerca del frontón, con el grupo del Átomo Villegas y de Sada Madero durante los recreos.

IV

Nadie preguntó al júnior dónde se había metido desde que partió por la mañana rumbo al colegio hasta que regresó ya bien entrada la noche. Doña Matilde porque era día de canasta uruguaya en el salón de las Tovar-Lizárraga y no tenía tiempo para ocuparse de sus hijos, y Filemón porque después de recoger a las niñas en el colegio Francés, se había lanzado en el Cadillac, con su patrón a bordo, a la carretera que los conduciría al puerto de Acapulco.

Don Gastón Suplice iba bien forrado y mejor acompañado por dos *rubias superior* que le encomendó Graciela Olmos, dueña y madrota del burdel de La Bandida, para que las condujera hasta el hotel Papagayo y las depositara en los brazos amorosos de don Carlos Trouyet y sus amigos, involucrados en la construcción del fraccionamiento Las Brisas.

Por instrucciones de don Gastón, Filemón condujo el auto por la calzada que atraviesa la ciudad de Cuernavaca a un costado del jardín de la Casa Borda. Quiso aprovechar —nunca perdía la oportunidad de pavonearse delante de mujeres hermosas— para, mientras circulaban lentamente, presumirles que en dicha casa el emperador Maximiliano de Habsburgo había sostenido un *affaire* con la esposa del jardinero, Concepción Sedano, a la que llamaba la India Bonita y de la cual se había enamorado.

—Un asunto turbio —acotó el empresario, al tiempo que humedecía sus labios con la lengua en un ademán goloso.

—¿Por qué, señor? —preguntó una de las rubias.

—¡Ah, sí! Me explico —respondió con voz ampulosa—. Ya para cuando Max se metió entre las piernas de la Sedano, se había difundido el rumor de que el emperador padecía de sífilis, enfermedad que contrajo en Brasil, lo que le impedía cohabitar con la emperatriz Carlota, a la que de plano tenía abandonada. Sin embargo, al parecer la afección no fue obstáculo para que se acostara con la India y nunca manifestó escrúpulos para meterle la verga, a pesar de que sabía que podía infectarla…

—¡Señor! —protestó la otra rubia con un mohín de escándalo.

—¡Así se llama la pirinola, niña! ¿No me digas que no lo sabías? —replicó el hombre con una sonrisa pícara.

La mujer guardó un silencio pudoroso que, de alguna manera, la hizo aún más atractiva.

Don Gastón, entonces, posó su mano derecha sobre uno de los muslos de la

mujer, por encima de la rodilla, para constatar que había logrado romper el hielo y que a partir de ese momento el viaje le sería sumamente agradable.

—Maximiliano, les decía, apasionado hasta las cachas, comprometió su virilidad, o lo que de ella quedaba, en una cogienda frenética, hasta que Concepción le comunicó que estaba embarazada. ¿Pueden imaginarse la cara que puso ante una noticia que por un lado lo halagaba, pero que por el otro, y él lo entendía muy bien, le iba a ocasionar un agarrón de padre y señor mío con Carlota? Dicen, porque el asunto se supo en la corte imperial, que Carlota, humillada, descorazonada, sabiéndose con un marido adúltero, decidió, con pretextos que le venían muy a cuento, largarse a Francia, que a Max no se le volvió a parar, que los güevos se le encogieron y que por ello aceptó de buen grado ser fusilado en el Cerro de las Campanas.

—¡No! —acusaron ambas rubias.

—¡Sí! —defendió el magnate la versión condensada que había leído en la revista *Selecciones del Reader's Digest*, una de esas publicaciones maniqueas destinadas a divulgar la ideología del Departamento de Estado del gobierno de los Estados Unidos, anticomunista y retardataria, con cuyos artículos rellenaba los enormes huecos y carencias de su deficiente cultura.

Poco después entroncaron con la carretera federal y Filemón metió el acelerador para llegar a Taxco antes de que se pusiera el sol. Las torres de la iglesia de Santa Prisca, construida a finales del siglo xviii bajo el patrocinio del minero Manuel de la Borda, les dio, desde lejos, la bienvenida. Se hospedaron en el parador Los Canarios, que años después, ya con el rango de hotel, emigraría a Cuernavaca, y lo primero que hicieron fue darse un baño en la alberca. Don Gastón propuso a las rubias el juego de los bucitos, y encubierto con dicho ardid no tardó en meterles mano por debajo del traje de baño con el objeto de enardecerlas y conseguir que una de ellas, la más alocada y menos prejuiciosa, le pepenase la polla y le diese una mamada submarina que, en el momento del clímax, le aceleró el corazón y le hizo temer un infarto.

No, no sucedió nada que pusiera en peligro su vida. Al contrario, se le abrió el apetito y no tardó en acudir, acompañado por las güeras, al restaurante Los Comales, a un costado de la Platería Sterling, para ocupar una mesa en la terraza que, amén de tener una vista preciosa del pueblo colgado de las montañas y sus calles empedradas, contaba con un menú para chuparse los dedos. —¡Tres margaritas *frappé*! ¡Tres! —ordenó para iniciar una ronda que cuatro horas más tarde, a pesar de ser guiados por Filemón, los haría dar de bandazos contra las puertas y las paredes de unas callejuelas vaginales dotadas con una intimidad acogedora que no llegaban a perturbar ni las luces de los faroles ni los destellos de los cigarrillos agazapados en las esquinas.

La habitación del parador, amplia y espaciosa, contaba con una cama *king size*, una novedad introducida hacía unos cuantos meses por la empresa Colchones América —fábrica que se había sumado al programa gubernamental

destinado a incrementar el crecimiento demográfico con un *slogan* de Salvador Novo que rezaba: ¡Haga patria en colchones América!— en algunas cadenas de hoteles, capaz de cobijar a tres o cuatro personas, siempre y cuando no fuesen obesas. Don Gastón y las suripantas, nada más entrar, cayeron en calidad de fardos. Revueltos y uno encima de otro.

Filemón vino a despertarlos a las siete de la mañana. Salieron rumbo a Iguala a las nueve en punto, bañaditos, atildados con ropa ligera, después de desayunar pozole guerrerense preparado con maíz cacahuacintle, carne de cerdo y chile piquín espolvoreado, sumamente picante, especial para curarse la cruda que amenazaba con partirles el cráneo. Durante el trayecto dormitaron un rato y sus cuerpos, poco a poco, se fueron impregnando de sudor, cuyo aroma hedía igual que el que despiden las barricas de vino.

—Huelen a moronga —musitó Filemón mientras cruzaban el puente recién inaugurado por Miguel Alemán sobre el río Mezcala—. No, apestan a hígado encebollado —rectificó setenta kilómetros más adelante—. Hieden a cadáver —concretó al entrar a Iguala y dirigirse a los baños La Iguana que, al borde de la carretera, se anunciaba con un letrero de hoja de lámina, oxidado y destartalado, que mostraba la imagen de un saurio del periodo jurásico.

—¿Por qué te has detenido aquí, Filemón? —quiso saber el amo, acurrucado en las tetas de una de sus compañeras.

—Con el perdón de usted, para que se den un baño, patrón. ¡Apestan a pedo y no quiero entrar al calor del Cañón del Zopilote con ese olor que me marea y provoca náuseas!

—¡Óigame, Filemón! —protestó Suplice, mas tuvo que calmarse porque las mujeres, de acuerdo con la opinión del chofer, salieron del auto, avanzaron hasta la caseta de ingreso a los baños y, sin dar explicaciones innecesarias o tomar en cuenta a su acompañante, se desnudaron y metieron debajo de las regaderas protegidas por unas cortinas de plástico.

Don Gastón, que vislumbró una ocasión propicia para engolfarse con sus cuerpos, se deshizo de la ropa que le estorbaba y las siguió para disfrutar del agua y regodearse con sus protuberancias. La teja del jabón Jardines de California —o sería, cantadito, ¡Palmolive que le da suavidad!— resbaló por los cuerpos, y su espuma fue el lubricante idóneo para que el varón las penetrara, a una primero y a la otra después, de pie y en posiciones harto cachondas.

Envueltos en toallas, y con el cabello todavía chorreando, se introdujeron a la parte trasera del Cadillac. Filemón observó a las rubias a través del espejo retrovisor y, aunque se le puso duro el fierro, maniobró con pericia para encender el motor y continuar con el viaje. El Cañón del Zopilote, tal y como lo había previsto, se convirtió en un horno. Enclavado entre las montañas semidesérticas de la sierra de Guerrero, fue por muchos años el coco de los viajantes. Los autos se calentaban, el agua de los radiadores hervía, los niños se

deshidrataban, los espejismos engañaban a los pilotos y las cactáceas, abundantes en los cerros, exacerbaban la sed, y en los pasajeros maduros, el sentimiento insano de morir momificados.

Un paisaje inhóspito y hostil cubría más de cien kilómetros hasta rematar en un mugre pueblo —no podía ser calificado como ciudad, dado su trazo horroroso salpicado de casuchas, talleres mecánicos dudosos en los que se cambiaban bujías, se reponían el agua y el aceite gastados y se arreglaba toda clase de desperfectos; vulcanizadoras especializadas en parchar llantas agujeradas por clavos, tornillos, vidrios y trozos de alambre tirados sobre el pavimento de la carretera; así como una, la única, gasolinera de Pemex en la que se tenía que hacer cola a fin de llenar el depósito— llamado Chilpancingo y capital del estado.

Filemón lanzó un suspiro de alivio en el momento en que llegaron. Habían librado lo peor del camino, y aunque el Cadillac era nuevo y le habían dado un servicio puntilloso, tenía el mismo defecto que todos los carros americanos: se calentaba y era necesario reponer el agua, tarea que el chofer pudo satisfacer dos veces gracias a los bidones que llevaba en la cajuela.

Estaban molidos y hambrientos. Don Gastón se acordó de un lugar llamado Las Cúcaras, en honor de un dueto femenino de cantantes cómicas que había causado furor en las estaciones de radio del interior del país, donde se servía cecina de venado enchilada, pescado ahumado y enfrijoladas con mole.

La fonda estaba debajo de una enramada y con mesas al aire libre dispuestas sobre unos petates de palma tejida. Una rocola proveía con estridencia de música tropical, y un mesero maricón, más amanerado que Pituca de Foronda, servía cervezas Superior —*¡La Rubia que todos quieren!*— y Negra Modelo, muy acordes con la presencia de las güerejas.

Estaban a media comida cuando aparecieron en el patio dos pelados de rostro cetrino y con el bigote atusado. Don Gastón sintió un miedo instintivo tan pronto como advirtió que llevaban machetes colgados de la cintura, pero se mantuvo quieto. La belleza de las rubias no podía pasar desapercibida y, sin quitar la mirada sobre Filemón, quien estaba a la expectativa sentado en una mesa pegada a la cerca de varas que delimitaba el terreno de la fonda, esperó a que los fulanos terminaran de echarles un ojo y se acodaran en la barra.

Un momento de tensión que no pasó a mayores. Los macheteros pidieron mezcal y brindaron a la salud de las «señoritas» que «¡Con su permiso, patrón, y sin querer ofenderlo, la neta es que están bien buenas!».

Don Gastón celebró el brindis con una carcajada falaz e hipocritona para salir del apuro. Luego pagó la cuenta, en la que incluyó los tragos de los arrimados, tomó por los brazos a las rubias oxigenadas y echó a andar hacia donde estaba aparcado el auto. Filemón, a manera de escolta, los siguió sin retirar la mano de la culata de la pistola que ostensiblemente llevaba consigo, y no la soltó hasta que estuvieron adentro.

—No te sabía armado, Filemón —comentó Suplice—. ¡Pero qué bueno que trajiste tu cuete, así me siento más seguro!

—En estos parajes más vale andar bien empistolado, jefe —explicó el chofer —. Hay mucha inconformidad entre los campesinos debido a las medidas tomadas por el gobierno para despojarlos de sus tierras con eso de los llamados *certificados de inafectabilidad* y muchos andan levantados. Nunca se sabe cómo van a reaccionar frente a quienes, como usted, se les ve a la legua el dinero —agregó, antes de tomar una curva cerrada que hizo derrapar las llantas del Cadillac.

Al pasar por Tierra Colorada, Filemón se detuvo para comprar unos cocos que, abiertos por la punta, ofreció a sus pasajeros a fin de que bebieran el agua y refrescaran las gargantas. Las mujeres chorrearon sus vestidos con el líquido. Nunca antes lo habían bebido. Les pareció delicioso y la pulpa que alcanzaron a pepenar con las uñas a través de la abertura, un manjar con una textura afrodisiaca.

Subieron por una cuesta flanqueada por decenas de chabolas perdidas entre los cerros en las que vivían cientos, si no es que miles, de acapulqueños sumidos en una miseria oprobiosa. Un baldón flagrante del desarrollismo alemanista, cuyos responsables no hacían nada para resolverla. Mujeres desarrapadas, muchas semidesnudas, siempre rodeadas de niños lombricientos, con los vientres abultados y éstos sí desnudos, estiraban las manos al paso del automóvil para pedir «Una limosna por el amor de Dios» que, obviamente, nadie se detenía con la intención de satisfacerla. Perros callejeros y cerdos descarriados cruzaban la cinta de asfalto de la carretera con los hocicos abiertos y los ojos extraviados. Algunos burros y caballos enflaquecidos miraban los reflejos de las salpicaderas y pajareaban igual que si sus imágenes fugaces fueran pinceladas del diablo.

Llegaron, por fin, a la cúspide desde la que podía verse a plenitud la bahía de Acapulco. Un contraste lujurioso que opacaba y dejaba atrás la impresión lamentable que habían recibido.

Don Gastón respiró profundamente. Las rubias aplaudieron contentas. El océano Pacífico con un color azul intenso, el tono más bello y contundente que existe en la Tierra y que define en las paletas de los pintores el azul marino, aun en los días nublados, se extendía ante su mirada hasta la línea de un horizonte soportado por tortugas gigantescas. Varias lanchas de pescadores y dos pequeños veleros flotaban en lontananza. Una visión marina grabada con aguafuerte capaz de entusiasmar a cualquiera que tuviese en el cerebro un mínimo de capacidad de asombro.

—¡Síguete por esta calle que va de bajada, Filemón, hasta que encuentres una pequeña glorieta! —ordenó don Gastón—. Ahí, tuerce a la derecha por la calzada que llaman la Costera y yo te indicaré cuál es el hotel Papagayo.

Filemón condujo hasta la glorieta y, antes de dar vuelta, se detuvo para que

su patrón explicara a las mujeres que, sobre la misma, se iba a levantar un pequeño pedestal que sostendría una escultura con la réplica, más pequeña por supuesto, de la Diana Cazadora que adornaba el Paseo de la Reforma en la Ciudad de México. —¡Mira, Filemón! —llamó la atención del chofer—. ¡Por fin terminaron de construir la gasolinera que está ahí en la esquina, y parece que ya funciona! Qué bueno, porque antes sólo podías conseguir gasolina de muy bajo octanaje que hacía cascabelear los motores y a veces te dejaba tirado.

La avenida Costera Miguel Alemán, terminada en unos tramos y en otros en construcción, bordeaba las playas de la bahía desde la base naval de Icacos hasta la playa Caletilla. Don Gastón señaló el hotel Papagayo, localizado en un enorme terreno frontero a la playa de Hornos.

No les tomó mucho tiempo ser hospedados. El señor Trouyet, según indicó el conserje, los esperaba en la piscina para beber unos tragos. El calor reinante y los rayos del sol invitaban a desnudarse. Las rubias aparecieron en el vestíbulo con sonrisas de gacela, portando unos trajes de baño escotados y ceñidos que dejaban poco a la imaginación, pero que todavía no tenían el atrevimiento de los llamados *bikinis*, y calzadas con zapatos de tacón alto, un desplante para elevar su estatura y, al mismo tiempo, realzar el volumen de las nalgas para hacerlas codiciables. «Artilugios de mujer de la vida airada», pensó don Gastón, mientras les ofrecía ambos brazos para conducirlas a la alberca.

Carlos Trouyet los saludó desde lejos y les hizo una señal ambivalente para que se aproximaran a la mesa blanca de fierro colado donde estaba en compañía de varias personas. Suplice, versado en las convenciones sociales de sus congéneres que aconsejaban «juntos pero no revueltos» a fin de evitar escenas que dieran pie a una chismografía que pudiese comprometerlos, ordenó a las chicas que ocuparan unas tumbonas, tomaran el sol y se entretuvieran hasta que él les indicara que podían acercarse y departir con los hombres.

—Vamos a tratar de negocios. El placer vendrá después. Disfruten de la piscina y no se preocupen por nosotros —deslizó con la voz baja que la prudencia exigía.

—¡Qué bueno que llegaste, Gastón, y tan bien acompañado! —expresó Trouyet tendiéndole una copa que contenía un líquido transparente, a todas luces helado, y una aceituna enorme—. ¿Te gusta el vodka martini o prefieres otra cosa?

Don Gastón agradeció con una sonrisa y bebió el primer trago, al tiempo que saludaba a don Raúl Baillères, al empresario Manuel Suárez y Suárez, y a un hombre moreno, de facciones aindiadas, que resultó ser el gobernador Alejandro Gómez Maganda, que por esas fechas, nadie se hubiese atrevido a dudarlo, era dueño y señor del estado de Guerrero.

Don Gastón fue presentado como amigo y socio de Antonio Ruiz Galindo, referencia más que suficiente para los otros: —Y lo he invitado para que participe en la construcción de Las Brisas y el fraccionamiento que queremos

hacer en la zona de la playa Guitarrón —comentó don Carlos, a la vez que le palmeaba la espalda—. Gastón tiene una flotilla de revolvedoras y puede transportar el cemento que vamos a requerir…

—¡Mismo que yo te voy a vender, Carlitos! —intervino Manuel Suárez, quien era dueño de la empresa Techo Eterno Eureka, que fabricaba las láminas de asbesto utilizadas para techar las viviendas populares, y de una enorme cementera en el poniente de la Ciudad de México, y al que el presidente Alemán —declaró con orgullo y evidente alegría— había encargado la construcción de la carretera Escénica que debía comunicar a la Costera con la carretera Cayaco-Puerto Marqués y la bahía de Puerto Marqués, uno de los lugares más bellos del mundo.

—Autopista cuyo trazo y primeros tramos nos han permitido avanzar con las obras de Las Brisas y, en la medida en que se alargue, nos facilitará la edificación de varias mansiones, sólo para millonarios, en los terrenos del banquero gringo William O. Jenkins, en la zona que está antes de llegar a Puerto Marqués —terció el gobernador y enseguida agregó—: Ya he platicado con el empresario Manuel Espinosa Yglesias, gerente general de la Compañía Operadora de Teatros y accionista mayoritario del Banco de Comercio desde que le compró al gringo el cincuenta y uno por ciento de sus acciones, y, en principio, está totalmente de acuerdo.

—Además, en la franja que sigue, donde está la playa de El Revolcadero, mis socios y yo queremos instalar un hotel estilo europeo que cuente con un campo de golf y unas casas…, por ahora las hemos diseñado como pequeñas villas francesas, en las que los huéspedes puedan disfrutar de las bondades de la naturaleza y compartirlas con personas que tengan intereses afines —explicó don Raúl Baillères sin alterar la voz y con ademanes elegantes que lo confirmaban como uno de los hombres adinerados más finos y poderosos de México.

—¿Y ya tiene nombre el hotel? —inquirió Trouyet, quien con una de la primeras plumas fuente Sheaffer con tapa y punta de oro macizo que la fábrica había lanzado al mercado, un lujo muy cotizado, tomaba nota de los datos que le parecían importantes.

—Hemos pensado, debido a que entre los posibles inversionistas están John y Jackie Kennedy, ésta de ascendencia francesa, como tú bien sabes; Elizabeth Taylor, a la que por ahora corteja Mike Todd; y el multimillonario Howard Robard Hughes Jr., que planea que sus aviones Lockheed Constellation de la Trans World Airlines vuelen de París a Acapulco, llamarlo Hotel Pierre Marques —respondió Baillères con la condescendencia de quien se sabía dueño de una fortuna estimada en más de tres mil millones de pesos, representada por sus inversiones en Metalúrgica Mexicana Peñoles, Cervecería Moctezuma, La Nacional, Compañía de Seguros, y Manantiales Peñafiel, así como las acciones del Banco de Comercio que compartía con su fundador, don Salvador Ugarte.

—¿Pierre Marques? —formuló Gastón Suplice—. ¡Me gusta, y mucho, don Raúl! Supongo que, dadas sus aficiones y la clase de huéspedes que piensan albergar, va a contar con una biblioteca muy bien surtida y con libros en varios idiomas… —añadió con la intención de complacer a quien por sus conocidas inclinaciones culturales le merecía respeto.

—No lo había pensado, pero es una magnífica idea, señor Suplice… ¡Miren! —dijo dirigiéndose a todos—. Les voy a confesar algo que me ha rondado por la cabeza durante algunos años. Si la vida me da tiempo, quisiera construir con los mismos materiales y diseño que fueron usados para levantar la Torre Eiffel, una majestuosa biblioteca que sea el orgullo de la nación mexicana… ¿Y saben cómo me gustaría llamarla? ¡El Palacio de Hierro! ¿Qué les parece?

No hubo necesidad de palabras. Mientras los meseros acudían para servirles nuevos tragos y reponer la botana y canapés consumidos, guardaron un respetuoso silencio en homenaje al empresario que, así lo reconocían, tenía una estatura cívica y moral muy superior a la suya.

El gobernador Gómez Maganda, político al fin, remató la reunión, antes de que decidieran retirarse, señalando: —Creo que todos los aquí presentes, queridos amigos, estamos trabajando en Acapulco con el objeto de realizar el sueño más codiciado por el presidente Alemán. ¡Salud, señores!

Las rubias, más profesionales de lo que don Gastón hubiera esperado, se aproximaron tan pronto los vieron solos con el pretexto de que requerían «que esos hombres tan apuestos» —Trouyet y Suplice— «les untaran crema bronceadora sobre sus bellas espaldas».

—Ahorita mismo, muñecas, nos vamos a bañar a la playa Caleta, donde podremos embarrarles toditito el cuerpo con aceite de coco, lo mejor que se ha inventado para que uno se broncee hasta quedar con la misma piel dorada de los avechuchos rostizados que venden en Pollos Río —expresó don Carlos en medio de una carcajada y sin ocultar su lascivia.

La playa Caleta los recibió con los brazos abiertos. Uno extendido sobre el agua transparente que entraba desde el mar abierto, a través del canal de Boca Chica, al enorme estanque que formaba la bahía, y el otro reclinado sobre un manto de arena blanca, fina, limpia, de una textura inigualable que invitaba, nada más mirarla, a tumbarse encima sin necesidad de utilizar una toalla o, si se era de piel delicada, a ocupar una pequeña palapa para cubrirse de los rayos del sol, a unos cuantos pasos de donde rompían, más bien se deslizaban, unas olas que semejaban caricias.

Un sitio, Caleta, apacible, armonioso, desprovisto de cualquier riesgo o peligro que pudiese alterar el ánimo de sus visitantes y que, por ello, se había convertido en el lugar favorito de quienes visitaban Acapulco. Una playa que, además de sus atributos naturales, ofrecía varios rincones propicios para compartir la intimidad en una playita contigua, llamada Caletilla, tan sólo

separada por una lengüeta de arena firme, donde algunas turistas, en especial norteamericanas, se despojaban de la parte superior de sus bañadores para broncearse los pechos o borrar de sus espaldas las huellas blanquecinas de los tirantes que se los sujetaban.

Alentadas por don Gastón, las rubias se metieron al agua poco profunda a fin de refrescarse y chapotear un rato, mientras él y Trouyet acudían a confirmar la reservación que el segundo había hecho en el Hotel Caleta y cerciorarse de que sus habitaciones tuviesen vista al mar y una terraza sombreada.

Las rubias, no pasó mucho tiempo, comenzaron a ser cortejadas por un grupo de lancheros, una modalidad de gigolós vernáculos dedicados a satisfacer las demandas sexuales de las visitantes que viajaban solas o que con ademanes coquetos daban muestras de andar *en busca de pelea*, entendiéndose ésta como un revolcón ocasional en las camas de sus cuartos o, de plano, donde les agarraran las ganas.

—¡Les enseñamos a esquiar, muchachas! —dijo en un inglés rudimentario y sin mayor preámbulo, un fulano que parecía ser el más atrevido, al tiempo que extraía un peine de carey de la parte trasera de su minúsculo traje de baño y peinaba su cabello engominado con crema Glostora.

—¡O las llevamos en la lancha para dar una vuelta y luego, si quieren, pues nos invitan a comer...! —propuso otro donjuán tilico que imitó los gestos, como si fuese una réplica, de su compañero.

Las mujeres, en lugar de ofenderse, celebraron con sendas sonrisas el atrevimiento de los jóvenes, a todas luces pescadores ociosos, que se iniciaban en el oficio de padrotillos para sobrevivir en condiciones más amables y, por qué no, cohabitar con unas güeras calenturientas que, fuera de ese contexto, ni siquiera les tirarían un lazo.

—¡Estamos aquí por razones de trabajo, muchachos! —explicó una de las rubias—. Fuimos contratadas por unos vejestorios para, ¿cómo se dice?, alegrarles el viaje... Mejor no pierdan el tiempo con nosotras y métanle leña a esas gringas que están asoleándose frente al hotel. Puede que con ellas sí peguen su chicle y hasta acaban enamoradas de ustedes, unos *mexican machous*, como escuché que les dicen...

La playa ofrecía premios inesperados. Tan pronto como regresaron los hombres y los cuatro, por insistencia de don Carlos, ocuparon unas sillas de madera con respaldo reclinable debajo de una palapa, las jóvenes fueron bautizadas a fin de poder diferenciarlas. —¡A ti —dijo Trouyet— te voy a llamar Perla, pues eres la más blanca! ¡Y tú, morenita preciosa, te vas a llamar Rubí! ¿Estás de acuerdo, compadre? —inquirió con Gastón, quien se sintió halagado por el término utilizado.

—¡Sí, claro, compadre! —respondió Suplice con la misma confianza.

Las chicas se vieron entre sí y, como su parecer sobraba, una de ellas se

puso una mano en el pecho y declaró: —¡Yo Perla, *Buana*! ¡Ella, Rubí!

Un mozo del hotel Caleta llegó con una mesa que dispuso frente a ellos. Otro más trajo una bandeja que contenía cuatro cocos, una botella de ginebra marca Gordon's, otra de Ron Potosí y varias cazuelitas con cacahuates, pepitas, nueces de la India y pistaches.

—¡Ah, esto es vida! —exclamó don Carlos con un tono de autocomplacencia que fue secundado por Suplice.

Los vendedores ambulantes comenzaron a desfilar frente a ellos como por arte de magia. El que no vendía cucuruchos con tiras de jícama y pepino adobadas con sal, limón y chile piquín o pulpa de coco lista para ser paladeada, ofrecía hamacas, camisas bordadas, vestidos para las damas y una infinidad de trapitos y trapotes bordados con flores que parecían explotar en las telas con sus intensos colores, casi incandescentes. La mayoría eran barridos del mapa con un ¡No! perentorio que brotaba de las gargantas masculinas; pero otros, en particular las mujeres morenas, prietas, con facciones que denotaban su ascendencia aborigen y que vendían joyería de plata, piezas hechas con chaquira y otros artículos de concha nácar o de concha de tortuga carey, mismos que deslumbraban a las mujeres, eran toleradas.

Perla y Rubí miraban con apetencia los collares, aretes, broches y brazaletes que contenían los estuches abiertos por las marchantas, pero apenas y se atrevían a tocarlos, a señalarlos, frente a la mirada escrutadora de los hombres. No se arriesgaban a preguntar por los precios ni a comprometerse en adquirir alguna de las piezas. Sí, lanzaban una que otra exclamación para denotar que les gustaría tener esos aretes de filigrana dorada o el collar de corales rojos preciosamente tallados con forma de pez, aquel brazalete con varios hilos de perlas entreveradas con bolitas de oro o cualquier otra joya cuya posesión las haría felices, sobre todo porque podrían presumirla con sus compañeras del burdel o con las amistades de sus lugares de origen.

—¡Ándenle, niñas! ¡Anímense, que están baratas! ¡Cómprenme una para que me persigne! —presionaba la vendedora con la intención de que los señores, que obviamente andaban de picos pardos, se portaran generosos y les regalasen aquella pieza que más les había gustado.

No tardó mucho don Carlos en hartarse ante la insistencia de la impertinente, a la que se habían sumado otras dos que agregaron un surtido impresionante de baratijas doradas, y en autorizar a Perla para que escogiese una.

—¡Toma la que más te guste, preciosa! —ordenó con una sonrisa.

Perla, entonces, titubeó. Se mostró indecisa. Una de las nativas, la más lista de las tres, vino en su auxilio. Tomó varias de las joyas y se las colocó en las manos.

—Este collar y este brazalete hacen juego, niña. Se te van a ver hermosos —aseguró la mujer—. Son amatistas y ojos de tigre. Están engarzados en plata de

buena ley… Y como son para ti, y ya me caíste bien, te los voy a dejar en treinta pesitos…

—¿Treinta? —dijo Trouyet con un tono seco para indicar que no estaba de acuerdo—. Te ofrezco quince —añadió, dando pauta al inicio de un regateo que no sólo era una tradición, sino un placer del que nadie debía privarse.

Otro tanto sucedía, de manera simultánea, con Rubí, Gastón Suplice y una zapoteca morena, de ojos verdes y una lengua avezada para, sin perder la clientela, convencer al más remolón de sus compradores. La mujer, a fin de cuentas, se salió con la suya y obtuvo el precio que había pedido, esgrimiendo argumentos contundentes: —¡Mira, mi rey, no seas codo! Por una diferencia de cinco pesos vas a dejar aquí a la reinita de tu corazón sin este collar que ya quisiera la princesa Donají para días de fiesta. ¡Ándale, no seas rascuache! Ella te lo va a saber agradecer con sus encantos, mi rey. ¿O no, muñeca?

Gastón pagó con monedas sonantes y contantes, más que nada porque no sabía quién demonios era la princesa Donají y no quería exponer su ignorancia. Don Carlos fue un hueso más duro de roer y, al final, liquidó lo que le dio la gana.

Un pescador provisto con una cubeta y una redecilla en la que llevaba un cuchillo, varios limones y una botella de salsa picante Búfalo, se aproximó a ellos con paso cansino. Trouyet se puso nervioso. —¡Ahí viene lo mero bueno! ¡Lo más mejor!, como dice mi ayudante Monsreal. ¿Ay, no se te hace agua la boca, Gastón?

—¿Por qué? —respondió su amigo.

—¿Cómo que por qué, compadre? ¡Almejas rojas de Zihuatanejo! Un manjar digno de cardenales. ¿Pero qué digo? ¡Hasta el mismo Papa querría meterles el diente! —expresó, al tiempo que con los dedos bendecía a las mujeres.

—¡Almejas, almejas rojas de Zihua…! —gritó el güevón a un paso de distancia sin terminar de pronunciar el nombre—. ¿Cuántas docenas, mis jefes? ¿Cuán…? —Y antes de que le respondieran, comenzó a abrir las valvas y a pasarles una por una. Primero los señores, faltaba más.

Perla y Rubí apenas vieron cómo se retorcían los moluscos dentro de sus conchas al contacto con el jugo de limón, y de inmediato mostraron su reticencia a comerlas. —¡Puaf, qué asco! —manifestó Rubí de entrada.

—¡Están vivas! —rezongó Perla y simuló una arcada.

—¡Y ustedes más que pendejas! —tronó Gastón, después de sorber el jugo mezclado con limón y salsa—. Esto es lo más delicioso que puede comerse en estas latitudes. ¡*El corazón de las tinieblas*! —agregó para darle sabor al caldo, sin advertir la imprecisión que había cometido al confundir el título de la novela de Joseph Conrad que estaba leyendo, con la expresión «el corazón de la alcachofa», que era lo que él había querido decir para destacar, en sus preferencias gastronómicas, un sabor sutil, delicioso, aromático, afrodisiaco,

capaz de transportar las sensaciones de las papilas gustativas a grados enajenantes y prepararlas para, si se daba el caso, uno nunca sabe, degustar el mismito culo de los ángeles.

Don Carlos fue más prosaico. Él, con los ojos clavados en las pupilas de Perla, comparó la almeja que se retorcía, en su sabor y textura, con la vulva de las hembras. —Tiene los labios parecidos, igual de sensuales —dijo—. Su color entre rosado y rojo anaranjado empalidece o se intensifica en la medida en la que uno la muerde. El sabor se convierte en un arrebato marino donde estallan los fluidos de las sirenas, tal como sucede tan pronto como se palpa el clítoris con la lengua. Estas almejas, Perlita, me proporcionan un placer semejante al que disfruto cuando *me bajo al agua*. ¿Qué te parece? ¿Te atreves a probar una?

—Me parece, mi rey —respondió la muchacha—, que eres un viejo degenerado al que le fascinan las mamadas… ¡Y sí, me voy a tragar una, pero con un buche de agua!

Cuatro docenas y media más tarde, los hombres se dieron por satisfechos. Sus baterías, eso dijeron, estaban cargadas, listas para lo que les deparara la noche. —Pero antes, mi querido Gastón, muchachas, quisiera llevarlos de excursión a la isla que está ahí enfrente. La célebre Roqueta que, como todo aquí en Acapulco, esconde algunas sorpresas —propuso don Carlos, a la vez que hacía señas a un hombre parado junto a una lancha para que se acercara.

—¿Cuánto por llevarnos a la Roqueta y darnos una vuelta? —preguntó al fulano.

El precio fue lo de menos. Treparon a la lancha y se acomodaron en las tablas que servían de asiento. El pescador puso en marcha un pequeño motor de cuatro caballos que hizo burbujear el agua. La propela giró y la proa enfiló rumbo a la isla. El mar, transparente, claro e impoluto, permitía ver los pececillos que se movían en el fondo. Perla y Rubí, cada una asomada por la borda que le quedaba próxima y con las manos dentro del agua, intentaban en vano pepenarlos con esa alegría infantil que provocan las primicias.

Surcaron más de cien metros y la profundidad del mar se hizo patente. La vista podía abarcar a lo mucho veinte metros. Por debajo de esa longitud, el color azul se tornaba negro y era imposible observar los que sucedía en su seno.

—Llévanos a ver la Virgen de los Mares —ordenó Trouyet—. Debe estar ahí donde se ven las boyas que dejaron unos buzos. ¡Ahí, cerca de la playita de la isla! —agregó, señalando unos pequeños globos de color anaranjado.

La lancha se aproximó al sitio y comenzaron a rodear las boyas. No tardaron en percibir las cabezas de dos buzos, provistas de gorras y visores, y los brazos con los que levantaban sus respectivos arpones.

—Están pescando, patrón —informó el lanchero—. No puedo acercarme mucho porque les espanto los peces y los pulpos, y *aluego* se van a encabronar

conmigo. Déjeme darles la vuelta para llegar adonde está sumergida la virgencita.

El hombre maniobró con pericia hasta un sito desde el cual era posible divisar la imagen. Puso el motor en punto muerto y con agilidad quitó del centro de la lancha una tapa de madera que cubría un cristal adosado. Los pasajeros arrimaron sus narices al hueco. Pudieron ver, con cierta nitidez, los contornos de una escultura de casi tres metros de altura que representaba la imagen de la Virgen de los Mares.

—La anclaron con varillas a una base de cemento… —comentó don Carlos —. Una tarea complicada, difícil, porque la escultura es muy pesada y su colocación requirió de la participación de los dos buzos más experimentados de México, Apolonio Castillo y Clemente Mejía; el primero de los cuales, no sé si varios meses o uno o dos años después, moriría en un accidente escabroso vinculado con un asesinato que ocasionó un conflicto entre el Departamento de Estado de los Estados Unidos y las autoridades policiales mexicanas…

—Se murió gacho, el Apolonio, y eso que era el buzo más abusado de Acapulco —intervino el lanchero, quien, pronto quedó claro, era lenguaraz y le gustaba el chisme.

—¡Ah! —respingó Suplice—. ¿Y tú qué sabes?

—Pos que tuvo que subir muy rápido a la superficie… y ya sabrá usted jefecito, la pinche descompresión hizo que se le tronaran los pulmones.

—Nooo…

—¡Pues sí! ¡Así como lo oye! Dicen que lo metieron a una congeladora, pero que no le sirvió de nada. Cuando al fin lo recogieron, ya nada más boqueaba y al rato se quedó bien *morido*…

Don Gastón volteó para semblantear la expresión de la cara de su amigo. Quería conocer más del asunto y era evidente que lo que el pescador sabía no había pasado del umbral de los rumores del pueblo.

El rostro de don Carlos tenía un gesto mezcla de impaciencia y desagrado por la intromisión del lanchero metiche. —Según recuerdo, Suplice —dijo con un tono severo—, dos turistas gringos, un tal Joseph Mitchel y su compañera, Edith Hallock, fueron asesinados a machetazos en un lugar conocido como la Yerbabuena, en esta misma bahía, y sus cadáveres arrojados al mar.

La reacción de Perla y Rubí, al escuchar lo dicho por Trouyet, fue instantánea. Ambas palidecieron y se tomaron con aprensión de las manos. Gastón se dio cuenta y, de inmediato, hizo un gesto que quería decir «No se preocupen, muchachas, que aquí no pasa ni puede pasarles nada mientras estén con nosotros», con el que pudo calmarlas un poco.

—La desaparición de los gringos llamó la atención de sus conocidos, quienes dieron parte a la policía —continuó don Carlos, sin que los temores de las rubias le importasen un comino—. Varios días les tomó determinar lo sucedido y el sitio aproximado donde fueron tirados los cuerpos. Un problema

mayúsculo, Gastón, porque para encontrarlos en el lecho del mar, más o menos a sesenta metros de profundidad…, se habló incluso de ciento cincuenta metros…, ¿te imaginas?, no contaban con otro recurso que no fuese un buzo experimentado, «un gran deportista, buceador y nadador», de la talla de Apolonio Castillo.

—¿Y éste, supongo, aceptó sin reparos?

—Podríamos decir que por solidaridad con el puerto. «Por el bien de la imagen internacional de Acapulco», fue su argumento frente a la prensa. Apolonio se aprestó e hizo varias inmersiones y hasta donde recuerdo, y a costa de su propia vida, logró enganchar los fiambres para que pudiesen sacarlos. Lo demás ya lo sabes gracias a la intervención de aquí nuestro valedor y piloto —remató con una risotada y un coscorrón que propinó al lanchero en la frente.

Sin embargo, el pescador no quedó conforme. El relato de su patrón le pareció demasiado simplista y apeló a su imaginación para contar que, como alguien había dicho, el interés de Apolonio por el rescate se había debido al pitazo que le dieron en el sentido de que «un gran tesoro estaba envuelto entre las ropas de la pareja asesinada» y que no dudó en arriesgarse.

Las mujeres pararon oreja al escuchar aquello de «gran tesoro» y, aunque no se atrevieron a hacer pregunta alguna, se mantuvieron atentas a la respuesta que darían los señores.

—¡Jaladas! —opinó don Gastón.

—¡Truculencias de la gente que siempre ve moros con tranchetes! —replicó Trouyet, quien para afirmar su dicho agregó—: Tiempo después de la muerte del buzo, uno de sus sobrinos que andaba bien pedo en una cantina de la Zona Roja salió con la especie de que los gringos trabajaban para la CIA norteamericana y que su asesinato no era otra cosa que un ajuste de cuentas de los agentes de la KGB soviética…

Después de tales sandeces, ya nadie hizo comentario alguno. La lancha recaló en la playa de la Roqueta y los pasajeros bajaron. Se dirigieron a un cobertizo improvisado para pedir unos refrescos de la marca Yoli, bebida gaseosa de limón que sólo se embotella en el puerto y es típica de Acapulco y, mientras los bebían, divertirse con un burro pintado de color de rosa que vagaba en la arena y al que unos júniors malosos, vástagos de la familia Espinosa Braniff, le habían inculcado el vicio de beber cervezas a fin de que sus rebuznos semejaran eructos de gigante y sus coces fuesen más peligrosas que las rabietas de un cíclope.

Los efectos de las almejas comenzaron a surtir efecto y, con el objeto de aprovecharlo, don Carlos dispuso que fueran a visitar el faro localizado en una pequeña montaña en el centro de la isla.

—Es una hermosura que no podemos perdernos. ¡Ah, y la vista es simplemente soñada! ¡Soñada! —recalcó, y para descubrir sus intenciones, dio un piquete de ombligo a Perla con el dedo índice, y con la mano una golosa

sobada de nalgas.

Caminaron por una senda en medio de una vegetación exuberante. Palmeras, árboles de limón, almendros y otros menos frondosos de tamarindo y chaya crecían y se prodigaban por todos los rincones de la isla. Mientras ascienden, cuidando de no rozar con las piernas las matas espinosas que pueden causarles cortes y salpullidos, Trouyet hace partícipe a Gastón de su intención de levantar una cruz enorme en la parte más alta del fraccionamiento Las Brisas para rendirle culto y veneración a la crucifixión de Jesús.

—Quiero una cruz monumental que se vea desde todos los ángulos de la bahía de Acapulco, Gastón… Ya he hablado con el ingeniero Manuel Senderos para que se hagan los cálculos y, al mismo tiempo, se contemple la construcción de un mausoleo, al pie de la cruz, en el que, cuando me llegue el momento, deseo ser sepultado.

—¿Una réplica del monumento del Valle de los Caídos erigido en España por el generalísimo Francisco Franco? —inquiere Suplice, a sabiendas de que su pregunta no sólo está formulada con mala leche, sino que levantará ámpula en el ánimo de su amigo.

Don Carlos, sin embargo, se cuida de responderle. No quiere comprometer la megalomanía que con tanto esmero ha cultivado a lo largo de los años con nadie que pueda abusar de su confianza y esparcir rumores que, aunque podrían resultarle halagüeños, de acuerdo con el rechazo manifiesto del gobierno mexicano y del sector social de vanguardia a la dictadura franquista, lo harían quedar en ridículo.

Llegan, por fin, al pie del faro. Una torre hexagonal de quince metros de diámetro y treinta de altura, pintada con franjas de color azul y blanco, dotada en la parte superior con una bóveda circular hecha con ventanales y provista, en su interior, de un potente fanal que por las noches despide un haz enorme de luz destinado a guiar a las embarcaciones que se aproximan al puerto.

Perla y Rubí no tardan en descubrir la puerta de ingreso y, sin aviso ni permiso, se meten en su interior con la intención de recorrerlo y subir por una escalera circular hasta el sitio donde está el fanal. Son rechazadas de inmediato por un torrero iracundo, quien les impide el paso con una barbulla ininteligible.

—¡Jijas de la tiznada, adónde creen que se están metiendo! ¡Pinches gallinas culecas! ¿Qué no saben, pues? ¿Qué…? —les grita al tiempo que las empuja.

Corren a esconderse detrás de los hombres, quienes se carcajean con ganas. El torrero levanta los puños y echa espuma por la boca. Semeja un chilaquil cubierto con crema de chicharrones. Ve a los señores, reconoce a don Carlos y, como por arte de magia, recompone sus dislates.

—¡Ah, caray, vienen con usted, don Carlitos! ¿Las viejas, digo? ¡Habérmelo dicho! No, pos así, pásenle.

Trouyet desliza un billete retorcido en las manos del vigía. Empuja por las

nalgas a Perla y todos ingresan en bola. El faro alberga, distribuidas en cada piso, tres habitaciones pequeñas diseñadas para que los enanitos de *Blancanieves* puedan hacer de las suyas. Empero, no se entretienen. Suben hasta la bóveda para contemplar el paisaje. Trouyet no había exagerado. La vista es magnífica. Recorren el pasillo que rodea un barandal hecho con postes y cuerdas marinas. El ocaso, allá por los horizontes de Pie de la Cuesta, promete que será, como cada día, portentoso. El olor salobre que sube de la marisma y se mezcla con el de las plantas que rodean la montaña es tonificante. Les alebresta las glándulas y los dispone para entregarse a ritos sensuales, perversos, a favor de travesías delirantes. Las chicas son incapaces de controlar el erotismo que las impregna y se desnudan con un balanceo sensual, excitante, que las humedece. Los hombres, cada cual por su lado, se aprestan a cumplir con su cometido. Perla y Rubí se agarran de las cuerdas del barandal como si fuesen los mascarones de proa de una embarcación bicéfala. Abren las piernas y elevan el trasero. Al grito de Gastón: «¡Icen velas, marineros!», son penetradas con fuerza, al descubierto y bajo la iluminación anaranjada del atardecer. Una bandada de pelícanos cruza en perfecta formación por debajo de las nubes que cambian de coloratura a cada minuto.

Los movimientos de cada pareja se intensifican. Pareciera que disputan el premio de un concurso de maracas. Las mujeres, profesionales al fin, rotan los glúteos con un frenesí alocado. Suplice se golpea el pecho con los puños e imita los gritos selváticos que ha escuchado en las películas de *Tarzán, el Hombre Mono*, proferidos por el atlético Johnny Weissmüller. Don Carlos no quiere quedarse atrás y, mientras se corre, emite aullidos que no pueden competir con los de Tarzán en su vigorosa sonoridad, pues más bien parecen alaridos de coyote.

Los cuatro quedan exhaustos. Ellos, al parecer, satisfechos. Ellas contentas porque han asegurado el estipendio de la jornada y, quizás, una generosa propina. Todavía desnudos, se abrazan y toquetean entre sí para calentarse, cambiar de pareja y continuar la cogienda. El torrero hace presencia con una tos ostentosa a fin de cumplir con el papel de galopín asumido frente a los señores.

—¡Los cuartos están listos, don Carlitos! —dice para confirmar que, si lo desean, pueden ocuparlos—. Les dejé unos cocos con ginebra sobre las mesitas de centro, toallas, jabón y una palangana con agua fresquecita.

Descienden por la escalera. Carlos y Rubí se meten en el primero. Gastón y Perla ocupan el del siguiente nivel. La carne explota sin prolegómenos. No son necesarios. Tardan media hora para, una vez saciados sus desfiguros sexuales, salir de los cubiles y reunirse alderredor de una mesa provista con botana y tragos, colocada en la rotonda que rodea al faro.

El sonido de las chicharras y otros miles de insectos es ensordecedor. Les toma unos minutos acostumbrarse e imponer su tono de voz.

—El grito que echaste, Gastón, ése de ¡Bundolo mata! que utiliza Tarzán para enfrentarse a los leones y a la pantera asesina en los cómics y las películas, me recordó que antes de ir a La Quebrada para cenar en el hotel El Mirador, debemos pasarnos por Los Flamingos para que conozcas el hotel y puedas ver la colección de fotografías de un titipuchal de artistas de cine que exhiben en su galería. ¡Un lugar que no podemos perdernos!

—¿El hotel que construyeron John Wayne y Johnny Weissmüller? —sondea Suplice.

—¡El mismo, compadre! Un lugar que, con una vista prodigiosa de la bahía, levantaron los miembros de la llamada «Pandilla de Hollywood», entre los que todavía recuerdo, además de los dos mencionados, a Errol Flyn, Richard Widmark, Cary Grant, Tyrone Power, Roy Rogers y Red Skelton… ¡Puras luminarias de la pantalla! Los mejores espadachines, vaqueros y galanes del cine gringo.

—¿Y qué esperamos, Carlos?

—¡A que tú y las niñas se acaben las margaritas que nos preparó aquí nuestro cuate! —responde, al tiempo que sonríe al torrero—. Bueno, y también a que nos cambiemos de ropa. No podemos presentarnos así en un lugar… —agrega, sin acabar la frase.

El hotel Los Flamingos, a pesar de mostrar cierta decadencia, no los defrauda. El vestíbulo, que en alguna forma recuerda el ambiente de los *saloons* de las cintas del Oeste —debido quizás a la influencia de John Wayne, cuya interpretación del *cowboy* duro, ascético y más bravo que un toro *longhorn* lo convirtiera en un ícono de la pantalla— es, sin embargo, elegante. Una elegancia que los decoradores lograron mediante la incorporación de enormes ventanales con emplomados discretos, al estilo británico, candiles franceses distribuidos convenientemente en el techo y unas alfombras mullidas de color vino. La atmósfera del lugar es agradable y más la de los salones que lo rodean como si fueran aspas y dentro de los cuales aún se perciben las auras de Frank Sinatra, Sammy Davis Jr., George Hamilton y otras celebridades, así como la belleza de las actrices Elizabeth Taylor, Gloria Grahame y Ava Gardner, y el rastro de los perfumes creados para ellas por Coco Chanel, Christian Dior, Paul Guerlain y otros artífices perfumeros localizados en la población francesa de Grasse, centro mundial de los más exquisitos y extravagantes aromas.

—¡Este lugar es maravilloso, Carlos! —reconoce Gastón, quien quiere, pero no se atreve, a compararlo con el hotel Coronado de San Diego, California, célebre por haber sido escenario de la filmación de la película *Los caballeros las prefieren rubias*, estelarizada por Jane Russell y una actriz en ciernes llamada Marylin Monroe, cuya estrella apenas y comenzaba a cintilar en el firmamento de celuloide—. ¡Me siento en la Riviera Francesa! —declara para salir del paso.

Mientras las chicas Perla y Rubí se entretienen mirando las joyas y relojes exhibidos en unas vitrinas, ellos pasean por la galería con el objeto de ver las fotografías de Kirk Douglas, Richard Burton, Donna Summer, Sean Connery, Farrah Fawcett, Rex Allen, Tom Jones, Dean Martin y de otros personajes que como John F. Kennedy y su esposa Jackie, John Rockefeller y J.P. Morgan han destacado en los mundillos de la política y las finanzas o entre los empresarios, llamados *tycoons,* estadounidenses.

—¡Tal y como puedes ver, aquí hay de todo, igual que en botica de pueblo! —comenta Trouyet en tono de broma, mas enseguida acota—: Con estas prendas y el apoyo del presidente Alemán, Acapulco va que vuela para convertirse en el destino más codiciado por los miembros del *jet-set* internacional. Mañana nos vamos a cambiar de hotel para hospedarnos en uno de los lugares más exclusivos del mundo. ¡Ya verás, Gastón!

—¿Con todo y las chamaconas?

—¡No, compadre! Ahí no creo que las dejen entrar. Se les nota lo raspa. Además, como dice mi maestro de obras, qué ganamos con llevar tortas al banquete. Ya entenderás lo que te digo tan pronto como veas a las mujeres que ahí se hospedan… Bueno, vámonos a La Quebrada. Nuestra reservación en El Mirador es a las nueve y sólo contamos con media hora para llegar derrapando.

El camino que conduce a La Quebrada, a pesar de haber sido parchado con asfalto, les resulta infame. Aparcan el auto con diez minutos de retraso y el *maître* del Mirador, un franchute que se siente y gesticula como Maurice Chevalier, los recibe con cajas destempladas.

La mesa reservada por Trouyet está sobre una terraza que mira directamente al afamado acantilado de cuarenta y cinco metros de altura, contados a partir del nivel donde rompen las olas. Varios reflectores lo iluminan a fin de propiciar que los comensales del restaurante puedan admirar el valor y la destreza de los clavadistas, todos nativos de Acapulco, que se lanzan al mar desde una plataforma excavada en la pared de roca a treinta y cinco metros, junto a la que está dispuesto un cuadro con la imagen de la Virgen de Guadalupe, a la cual se encomiendan los valerosos tritones.

—Es un espectáculo notable que ha acaparado la atención no sólo de quienes se hospedan en El Mirador, sino de todos los visitantes del puerto, Gastón —comenta don Carlos, mientras él y sus acompañantes degustan un gazpacho andaluz delicioso, acorde con la temperatura reinante—. Requiere de mucha concentración y una gran precisión por parte de los muchachos que se arrojan al agua. Como van a darse cuenta, Perla y Rubí, ellos tienen que calcular el movimiento de las olas, la marea y el viento. Deben escoger el instante adecuado para lanzarse al vacío y caer, en el término de tres segundos, sobre la ola que rompe para no estrellarse contra las rocas del fondo y literalmente partirse la madre.

—¿Tres segundos? —pregunta Rubí, quien limpia sus labios para dar un sorbo al daiquirí que sostiene con la mano izquierda—. ¡Han de caer con la velocidad de un rayo!

—¡Exactamente! —confirma don Carlos—. ¡Por eso es tan peligroso!

El capitán de meseros y dos galopinas se aproximan con unas bandejas que contienen el segundo tiempo. —¡Langostas a la Thermidor! —exclama Suplice con alegría porque le fascinan, y a la vez con cierta congoja, pues sabe que la mitad de la consumición correrá por su cuenta—. ¡Y además champaña! ¡Vaya, Carlitos, que te has puesto espléndido!

Trouyet le guiña un ojo, acaricia un muslo de Perla y proclama: —¡Pero vale la pena! ¿O a poco no, compadre?

Gastón responde dando el primer bocado entre suspiros que confirman su aquiescencia. Un hilito de mantequilla escurre por su mentón con la desfachatez propia del dispendio.

—¡Miren, miren! —grita de improviso Rubí, quien con su brazo señala en dirección a las rocas.

Dos jóvenes morenos, esbeltos, fornidos como si fuesen esculturas griegas, con la piel lustrosa y unas antorchas en las manos escalan por las hendiduras naturales del acantilado. Ascienden con cuidado patente. No pueden arriesgar el pellejo a tontas y a locas. Llegan al pequeño santuario y se hincan para rezarle a la Virgen. Luego se paran al borde del precipicio y, mientras miran los movimientos del mar, esperan. Uno de ellos levanta el brazo derecho en señal de que está listo para dar el salto. Las rubias contienen el aliento. No se atreven siquiera a masticar el manjar que reposa en sus bocas.

El clavadista se lanza. Con los brazos extendidos en forma de cruz, vuela con la pericia de un halcón. A pesar de la velocidad, tiene tiempo para unir las manos y en el último instante sumergirse igual que una flecha y dar en el escudo de espuma que, a manera de ofrenda, le entrega el mar con sus rugidos habituales.

El aplauso es generalizado. Las exclamaciones, acompañadas de grititos y otras onomatopeyas: «¡Qué bárbaro!», «¡Una proeza digna de ser filmada!», «¡Se necesitan unos güevos de oro para exponerse de esa manera!», surgen espontáneas de las bocas de quienes ocupan las mesas distribuidas en la terraza. El clavadista agradece con el puño en alto.

Su compañero se apresta para el segundo salto…

Don Carlos —su ego le impide abstenerse— los distrae para comentarles que él conoce al clavadista y puede contarles algo interesante: —El hombre que acaba de echarse se llama Raúl García, aunque todo mundo lo conoce con el mote de *el Chupetas*. Es con mucho el mejor de todos, incluyendo a Apolonio Castillo, que también se la jugaba…

—¿Y? —interviene Perla con impaciencia.

—¡Espera niña, no comas ansias! —regaña Carlos. Da un largo trago a la

bebida espumeante, eructa y retoma su cuento—: Estos clavadistas pertenecen a familias que desde hace mucho, 1934 para ser exacto, se dedican a lo mismo. El padre del Chupetas, don Ramón *nadiesabesuapellido*, se hizo cuate de Johnny Weissmüller cuando éste vino a Acapulco, en 1948, para estelarizar la cinta *Tarzán y las sirenas*, después de haberse consagrado como *Tarzán de la selva*, creo que en compañía de la actriz mexicana Lupe Vélez, con la que estuvo casado, aunque no estoy seguro, pero no tiene importancia. Johnny, un atleta verdadero, campeón de natación en los Estados Unidos, quedó admirado de las proezas que hacían los clavadistas de La Quebrada y se empeñó en arrojarse desde el acantilado…

—¡Nooo! ¿A poco?

—¡Pues sí, Rubí! ¡Con un carajo, dejen ya de interrumpirme! —exclama el magnate encolerizado. Pide otra botella, empina su copa hasta el fondo y pica el ombligo de Gastón para que éste le preste la atención que reclama—. Sólo que don Ramón se negó a enseñarlo. Le dijo algo así como: «Mira, pinche güerejo, esto es cosa de hombres. ¡No puedes rajarte a la mera hora porque de seguro te matas! El menor titubeo te cuesta la vida. Y, la verdad, no quiero comprometerme y menos ir a dar con mis huesos a la cárcel por andar de comedido».

—¿Así que no es cierto que Tarzán se echó un clavado desde La Quebrada? — inquiere Gastón.

—¡Pérate, compadre, que aún no se termina la historia! —dijo Trouyet con la voz aguardentosa—. El Chupetas, que apenas andaba por los doce años, se prestó a ayudarlo. «Yo te enseño a echar clavados, Tarzán, y tú me enseñas a platicar con *Chita*, el monito araña que tengo en mi cantón.» Lo más probable es que Weissmüller no haya entendido lo que el chamaco le pedía a manera de cambalache, pero el caso es que se pusieron en marcha. Comenzaron primero a los diez metros de altura con saltos *de paradito* que, luego, convirtieron en clavados… El Johnny, la verdad sea dicha, se comportó bien macho, hasta que llegaron a la plataforma… Corren dos versiones, Gastón: una, que el gringo, al apercibirse de la altura, se culeó de lo lindo y decidió mejor no menearle la colita a la suerte. Otra, que sí se echó, una vez nada más, pero que la foto que le tomaron salió velada…

—¡Cosas de la vida, Carlitos, difíciles de aclarar…!

—Bueno, te diré que Tarzán siempre anduvo presumiendo su famoso clavado. Y que el Chupetas, si bien nunca pudo platicar con *Chita*, aprendió lo suficiente del lenguaje de los monos como para convencer a los diputados del congreso local de que lo apoyaran en la realización del Campeonato Mundial de Clavados de Altura y que le pusieran su nombre.

—¡Ah, cabrón! —remató Suplice.

Perla y Rubí, así con esos sobrenombres impuestos por la prepotencia que otorga el dinero, todavía crudas y desveladas, abandonaron el hotel Papagayo a las siete y media de la mañana para reunirse con un ingeniero de la ICA, que por órdenes de don Bernardo Quintana las trasladaría en su Chevrolet Coupé a la Ciudad de México.

Cinco horas más tarde, el músico suizo Teddy Stauffer, convertido en empresario desde 1942, cuando fundó y se hizo dueño del hotel más glamoroso de Acapulco, recibía a don Carlos Trouyet y a don Gastón Suplice a las puertas del hotel Villa Vera y, después de ofrecerles un opíparo almuerzo, digno de los paladares más exigentes, los hospedaba en la *Villa Flor de Canela* de su «discreto» emporio.

Las villas del Villa Vera, por aquel entonces unas treinta, que más tarde llegarían a sumar sesenta y ocho, estaban distribuidas en un inmenso jardín que, sobre un promontorio, colindaba con la calle de Caltecas. Stauffer había seleccionado el terreno debido a que éste tenía una vista privilegiada de la playa La Condesa y nada se interponía para solazarse con un horizonte que bien podía rivalizar con el que ofrecían las islas de los mares del sur.

Cada villa, construida en un espacio de doscientos metros cuadrados rodeado por setos que la aislaban de las demás y le procuraban una intimidad inviolable, contaba con un par de recámaras equipadas con muebles de maderas tropicales de color claro, un espléndido salón de baño con tina, regadera y enormes espejos, y, lo mejor, unos ventanales de techo a suelo que daban al jardín y desde los cuales se podían mirar las aguas de la bahía. Tenían, además, una sala y un comedor para recibir invitados, una cocina provista de todo lo necesario, así como un frigorífico repleto con botellas de las bebidas especialmente finas y exquisitas más demandadas por los huéspedes: champaña de varias marcas, vinos tintos y blancos con denominación de origen, vodkas rusos y suecos, ginebras inglesas, así como whiskys escoceses *blend* o de malta pura; carnes frías, quesos y embutidos. Además, y por si fuera poco, la cocina tenía adosada a la pared una despensa de regular tamaño donde se abarrotaba una latería surtida con los manjares que llegaban en los barcos que tocaban puerto en el litoral del Pacífico americano provenientes del Oriente.

—¡Un agasajo para los sentidos! —opinó don Gastón, ataviado con unos *shorts* y una bata de baño que tenía bordado el escudo del hotel en la solapa derecha.

—El mejor lugar para hacer relaciones públicas y obtener clientes que compren las casas que estamos construyendo en Las Brisas, Gastón —acotó Trouyet mientras se calzaba unas sandalias que estaban a su disposición en el clóset de la recámara donde se había instalado—. Aquí llega lo más granado del *jet-set* internacional, y no sólo pasan unas vacaciones o su luna de miel, como hicieron los Kennedy, sino que algunos se quedan de plano a vivir.

—¿A vivir?

—¡Claro! ¿En qué otro lugar puedes vivir más consentido? Con un clima excepcional. La compañía de tus pares. La gente más hermosa y rica de la Tierra. Todo lo que desees, Gastón: desde un desayuno en la cama hasta un acompañante ocasional acorde con tus preferencias sexuales para pasar los días y las noches que se te pegue la gana. Lo que se te ocurra. Teddy Stauffer, además de ser un sibarita de cinco estrellas, es la mejor Celestina que haya imaginado la literatura de no ficción. Aquí, para no ir más lejos, te puedes tirar a Brigitte Bardot o a Liza Minelli, siempre y cuando puedas pagarlo…

—¡Estás exagerando, Carlos!

—¿Exagerando? ¡No, compadre! Pregúntale a Rock Hudson cuántos chamaquitos se ha enculado en la Villa Azucenas cada vez que viene. Mira, ahora que vayamos a la piscina, si estamos de suerte, podrás encontrarte con Lana Turner, quien está por cumplir tres años viviendo en este paraíso.

—¿Tres años? ¿Cuánto habrá gastado?

—¡Mejor no hagas cuentas porque te vas a sentir niño pobre! Rita Hayworth no falta a ninguna Semana Santa desde mil novecientos cuarenta y seis, cuando llegó con su esposo Orson Welles para la filmación, en el cuarenta y siete, de la película *La dama de Shanghái* que protagonizaron junto con Everett Sloane…

—¿Un buen *thriller* negro de Wells, o me equivoco?

—No me atrevo a darte una opinión, compadre. Los críticos la denostaron con el pretexto de que la novela *If I Die Before I Wake,* de Sherwood King, es muy floja, que le falta colmillo y que los guionistas no supieron darle una vuelta de tuerca que fuese convincente… Te sugiero que, nomás volvamos al Distrito Federal, nos reunamos con don Ignacio Durán para que nos diga qué opina.

—¡Órale!

La alberca del Villa Vera sí que es un agasajo. Rodeada por generosos espacios laterales que conforman una terraza de bloques de cantera blanca, provistos éstos con tumbonas austriacas para que la gente se asolee, la alberca mantiene un nivel que coincide con el azul del mar, de suerte que el bañista sienta que está nadando en sus olas… Pero eso es quizá lo de menos. Lo que realmente sacude los nervios y conmociona los sentidos es la hermosura de la fauna que, ya sea en la barra del bar o encima de los camastros, exhibe sin tapujos la perfección de sus cuerpos semidesnudos… Gastón logra reconocer la espalda bronceada de Lana Turner, sus nalgas y piernas prodigiosas, y se imagina lamiendo la pelusilla dorada que adorna su nuca y haciéndole otras cositas que no tardan en ponérsela dura.

Don Carlos, a quien atraen más la riqueza y el poder que los prodigios corporales, barre el entorno con la vista a fin de detectar a quienes tienen cara de dólar y pueden ser sus clientes potenciales. Ve, por allá, al arquitecto Mario

Pani —quien está construyendo el primer condominio del puerto sobre la Costera, a un lado del Club de Yates recientemente inaugurado por el presidente Alemán, y que llevará el nombre de Condominio Los Cocos— en plena chorcha con Howard Hughes —quien trae la boca cubierta por una mascarilla quirúrgica a fin de que no penetren en su cuerpo los gérmenes, inventados por él, que puedan provocarle enfermedades imaginarias—, Agustín Legorreta García, alias *Tintino*, y don Manuel Espinosa Yglesias, rodeados de unas modelos gringas contratadas para anunciar los trajes de baño Catalina, dispuestas, pero eso sí en privado, a quitárselos y quedar en cueros por una módica corta en la divisa verde corriente.

Descubre, un poco más cerca de donde está tumbado, a Frank Sinatra y Dean Martin, quienes ya van por el cuarto vodka martini y depositan, cada cual por su lado, unas enormes aceitunas en los escotes de Marilyn Monroe y Kim Novak —una más rubia que la otra, la segunda casi albina—, y ellas se muestran encantadas. Es evidente que la Novak disfruta con la fama de *sex symbol* recién adquirida entre el público cinéfilo gracias a la belleza rutilante exhibida en sus dos primeros filmes —*Pushover* y *Phffft*—, y que si permite que Sinatra le acaricie las chichis es para asegurarse un papel estelar en las películas *Pal Joey* y *El hombre del brazo de oro* que éste ha negociado con los productores de Hollywood, de las cuales él será el protagonista principal y el responsable de seleccionar el *casting*.

Trouyet no cuestiona la moralidad de Sinatra ni sus métodos para obtener favores fáciles de las actrices con las que departe. Él ve en el cantante a un tipo forrado de lana con el que, en su debido momento, podrá hacer negocios —la venta de una de las mansiones de Las Brisas, por ejemplo— y, sin sentir envidia alguna, con eso se da por satisfecho.

Gastón Suplice, por su parte, se encuentra acodado en la barra del bar donde Elvis Presley departe con el camarógrafo Charles Lawton Jr., quien se contorsiona para imitar con los brazos su manera de pulsar la guitarra cuando canta el *Rock de la cárcel* y ambos se mueren de risa. Unas suecas —o serán suizas— invitadas por Stauffer se sientan a su lado, lo soban y apretujan, y no tarda en destaparse un carnaval de tetas en el que participa con silbidos y agudezas que nadie comprende; como si eso hiciera falta.

Un grupo de golfos, guapos y bien emperifollados, aparece en plena francachela. Todavía no es la hora de la comida pero ya están bien zumbados. Trouyet logra identificar a algunos con los que se ha reventado o resultan ser amigos de sus hijos. Carlos Artigas y Mariano Vértiz se acercan a saludarlo. El primero, así revela su fama, es un joven simpático, carita, de muy buena familia que cultiva el oficio de padrote con las mujeres, mexicanas o extranjeras, que se liga en el Beachcomber Club, famoso por sus cocteles y ceviches de pez sierra, o en la pista de baile del *night-club* La Perla, mismas que no sólo lo consienten sexualmente sino que le regalan polos y camisas —

algunas veces sustraídos de los roperos de sus respectivos maridos—, joyas, en particular esclavas de oro con su nombre grabado, relojes, automóviles deportivos o, como sucederá más adelante con una señora rica de la alta sociedad a la que traerá enculada y de la que pudo ocultar su nombre, un restaurante que se llamará La Cabaña, construido con un diseño europeo y situado en la entrada del pasaje Toulouse Lautrec, corazón de la Zona Rosa de la capital de México.

¡Un triunfador, Carlitos Artigas! Que, sin embargo, no impresiona a don Carlos Trouyet. A él lo que le interesa es que éste puede conectarlo con su hermano, el arquitecto Francisco Artigas —quien ha comenzado a destacar con los diseños y proyectos inspirados por la obra de los arquitectos norteamericanos Frank Lloyd Wright y Albert Frey, así como del brasileño Oscar Niemeyer, en el caso de este último gracias a las revistas que le enviara desde São Paulo su cuñada Emilia del Olmo— al que desea contratar para que le proyecte unas mansiones en el fraccionamiento Las Brisas.

En un principio ignora la presencia de Mariano Vértiz, debido a que éste, después de saludarlo, ha puesto los ojos en blanco y enfocado sus pupilas sobre las posaderas suculentas de la actriz Tere Velázquez —ícono del cine mexicano que destacó con su actuación como cantante y bailarina en la película *La sombra del otro*, y a la que Jean-Paul Sartre definió como «la mujer más insoportablemente femenina de la farándula»—, quien parada al borde de la piscina espera a su hermana Lorena, otro bombón, para meterse al agua. Dedica, por tanto, su atención al joven Artigas, que ya se las pela por caerle encima a una gringuita de no malos bigotes.

—¿Qué está haciendo tu hermano Pancho, tocayo? ¿Dónde anda metido? —pregunta con el tono inquisitivo que utiliza en los negocios.

—Hasta donde entiendo, se asoció con el arquitecto Santiago Greenham del despacho de Luis Barragán para trabajar en el desarrollo del Pedregal de San Ángel.

—¿El Pedregal…?

—¡Sí! Ese enorme fraccionamiento para *millonetas* que con el apoyo y entusiasmo del presidente Alemán se urbaniza y levanta sobre los terrenos de lava volcánica en el sur del Distrito Federal, don Carlos. Muy cerca de donde está la Ciudad Universitaria.

—¿Y cómo le va a Francisco?

—¡Muy bien, señor! Mi hermano es un chingón. Lo último que hizo fue construir un puente de concreto para unir dos montículos de lava, en un terreno muy difícil en la calle de Farallón, y hacer una casa hermosísima a la que sus dueños han bautizado con el nombre de Casa del Puente…

—¡Ah, sí! He escuchado que es una maravilla que acuden a ver todos los que han comprado terrenos en la zona. Seguramente tu hermano…

—Se ha vuelto el arquitecto de moda y se está hinchando de lana… ¿Pero

por qué le interesa?

—¿No has oído hablar de lo que estoy haciendo, muchacho? ¿De las Brisas Guitarrón? —responde Trouyet sorprendido.

—No, don Carlos, pero no se ofenda, que a mí lo que más me interesa es… ¿cómo se lo pongo…? ¡La nalga, pues…!

Mariano Vértiz —que además de ser galán y bueno para los madrazos, cuenta con una sensibilidad diplomática que le abre todas las puer… no, las piernas, y ha advertido el tono refunfuñón de Trouyet— se acerca para hacer el quite a su cuaderno del alma.

—¿Ya invitaste a don Carlos al Normandie para cenar con nosotros, Carlos? ¿No? ¡Pues yo lo invito, señor! Para que no sólo cene como príncipe, sino conozca a la dueña del mejor comedero que hay en Acapulco, una francesita de rechupete llamada Nicole, a la que cuando le entra lo jariosa le doy masajitos japoneses.

Los chapoteos en la alberca se han puesto de a peso. Es difícil distinguir el género de los cuerpos porque están revueltos y encimados unos en otros. Muchos, con una copa o vaso en la mano, miran y aclaman felices las piruetas que hacen Agustín Salvat y Talina Fernández, a la que sostiene por las pompas con una de sus enormes manos y hace girar igual que si fuese un trompo. Unos más se regocijan empujándose entre sí para provocar una pequeña colisión con los cuerpazos de la Piri Gay o de la Chela Braniff que ríen como descosidas… De pronto, cual ballet acuático, algunos júniors reculan hasta quedar parados en un semicírculo y dejar penetrar en su centro a la divorciada más codiciada de México: la actriz Silvia Pinal; una mujer que por su belleza y su talento rivaliza en las marquesinas de los cines con Dolores del Río y María Félix, *La Doña*, considerada ésta de manera unánime como la mujer más bella del mundo.

Silvia Pinal hace solita la fiesta del Villa Vera. El simple hecho de compartir el baño de sol con los jóvenes descarriados que la admiran hasta el frenesí después de haberse divorciado de don Rafael Banquells para comprometerse en el rodaje del filme *Un extraño en la escalera*, del cineasta Tulio Demicheli, quien la dirigirá en otra docena de cintas, captura toda la simpatía y los aplausos que le brindan.

No hay varón alguno, entre ellos Gastón Suplice, capaz de sustraerse a la atracción física que emana de la belleza de la diva ni de la oportunidad de lanzarle piropos, unos brillantes y otros demasiado sandios, que ella escucha con absoluta complacencia y gratifica arrojando besitos con la punta de los dedos.

—¿Cuáles son tus planes, Silvia? —pregunta Armando Sotres en voz alta y entre las burbujas de un *bloody Mary* que bebe al mismo tiempo, más que nada para darse paquete.

Silvia Pinal lo mira con una sonrisa y una ceja levantada. Duda si debe

contestarle y divulgar asuntos que todavía se guardan tras bambalinas.

—¡Ándale, Silvita! ¡Aquí nada más para los cuates! —insiste el galán, quien se ha metido en los entresijos de unas inversiones para crear una discoteca que piensa llamar Armando's Le Club, a imitación del Whisky a Go Go de Los Ángeles, California, o del Tequila a Go Go vernáculo, y le es conveniente llamar la atención.

—Estamos en tratos con el director español Luis Buñuel para, durante la próxima década, rodar tres películas que él quiere filmar en México —confiesa la actriz, y la curiosidad hace rebullir el agua—. Gustavo Alatriste, por el momento mi compañero sentimental, está haciendo los trámites para obtener el apoyo del Banco Cinematográfico a fin de contar con los recursos para iniciar la preproducción de la cinta *Viridiana* y… ¡Hasta ahí se los dejo!

El mundo de las ilusiones se queda en la alberca porque Silvia Pinal la abandona y, enfundada en una bata que no sirve más que para resaltar su figura, se dirige hacia un grupo de tumbonas ocupadas por personajes cuyos nombres, nada más pronunciarlos, despiertan escalofríos entre los poderosos, y no se diga entre los jóvenes arribistas que se codean con ellos.

Don Gastón, aunque se guarda de comprobarlo, cree adivinar desde donde está parado los rostros de Atenor Patiño, del naviero griego Aristóteles Onassis, el príncipe Rainiero III de Mónaco y —«¿Será posible? ¡No, eso ya es demasiado!»— del legendario *playboy* Porfirio Rubirosa, al que sus esposas y amantes llaman cariñosamente *Rubi*.

—¿Crees ver lo mismo que yo, Gastón? —pregunta Trouyet, quien se ha metido al agua provisto con los dos vodkas martini que preparó Teddy Stauffer con sus propias manos para agasajar a ambos huéspedes.

—¿Te refieres al tipo que se parece a Porfirio Rubirosa…?

—¡El mismo!

—¿El famoso gigoló dotado de una verga descomunal, en palabras de Truman Capote? ¿Al que su segunda esposa Doris Duke, la multimillonaria norteamericana, le asignó una pensión de veinticinco mil dólares por año, mientras estuvieran casados, le regaló una flota pesquera en Sudáfrica, varios Ferraris, un bombardero B-25, *La Gansa*, y una casa del siglo diecisiete en la rue de Bellechasse, en París?

—¿Cuál otro, Gastón? Sólo a Rubirosa, quien se ha cogido a las actrices más bellas del mundo, entre las que aún recuerdo, debido a los escándalos que armaron en los lugares más exclusivos que frecuenta el *jet-set* internacional, a Dolores del Río, Rita Hayworth, Joan Crawford, Veronica Lake, Judy Garland y Zsa Zsa Gabor, su tercera esposa. Barbara Hutton le regaló una plantación de café en República Dominicana, otro bombardero B-25, una cuadra con caballos de polo, joyas para repartir y una suma de dos millones quinientos mil dólares. ¿Habrá otro vergudo con tanta suerte? ¿Lo conoces?

—¡No! ¿Pero tú crees…? ¿Él, aquí?

—¡Ay, Gastón! ¡O estás muy pedo o de a tiro eres muy pendejo! ¿No te has dado cuenta de dónde estás? ¿Adónde te traje, compadre?

No tiene caso que Gastón responda. ¿Para qué si su paso por las páginas de *Las mil y una noches* lo han sumergido en la más fabulosa de las realidades: el Villa Vera de Acapulco? Mejor esperar a que nunca se termine. Mejor ir a cenar en compañía de Carlitos Artigas y Mariano Vértiz, dos modelos gringas y tres vedettes cubanas del Tropicana que les endosó Agustín Espinosa Braniff, especialista en el tema, al Normandie y dejarse ir en un oleaje de bellas sorpresas.

¡Que nunca faltan en Acapulco! Si la cocina de la *madame* Nicole Balzac es deliciosa: los ostiones convertidos en *huîtres*, los caracoles panteoneros en e*scargots*, las cebollas y los betabeles en sopas gratinadas con quesos *gruyère*, el lomo de carne de caballo en espuelas de gaucho maceradas con pimienta negra o con granos de mostaza de Dijon, y así toda una pléyade de platillos; los comensales no dejan de ser menos atractivos.

Ahí, en una enorme mesa cubierta por un mantel de cuadros rojos y blancos que igual podría decorar un mesón de Normandía que una tasca de Bretaña, sentada a la cabecera está *la Diosa Rubia* del toreo, la rejoneadora Conchita Cintrón, flanqueada por los personajes que desde 1939, fecha en que debutó en la plaza de El Toreo, son sus mejores amigos mexicanos.

El diestro Chucho Solórzano, su padrino en la corrida donde se le dio la alternativa, así como su apoderado don Rafael Vallejo, brindan con ella con copas de manzanilla La Ina, importada directamente de Sanlúcar de Barrameda. El resto, los toreros Fermín Espinoza, *Armillita*; Lorenzo Garza; Luis Castro, *el Soldado*; Luis Procuna y Silverio Pérez —a quien siempre le cantan a la menor provocación el paso doble que dice: «*Silverio, Silverio Pérez, ídolo de las mujeres…*»— beben manzanilla de la marca Pochola, vino fino Tío Pepe o algún amontillado de Jerez de la Frontera.

Don Carlos Trouyet y sus acompañantes intentan ocupar una mesa aledaña, pero no los dejan. Chucho Solórzano los reconoce y, de inmediato, los invita a que departan con su grupo y participen en una charla destinada a rememorar las hazañas de sus compañeros de lidia Juanito Gallo, Alberto Balderas y José González, *Carnicerito de México*, espadas que, amén de haber compartido muchas tardes de trasteos con los capotes y suertes con las muletas con Conchita Cintrón, mismos que electrizaban al honorable y lo hacían ponerse de pie y con pañuelos blancos pedir colas y orejas o, si el buril había demostrado casta y nobleza, su indulto, habían dejado la vida en el ruedo.

Gastón aceptó gustoso y fue a ocupar una silla próxima a la del Soldado, quien le susurró al oído que se jalara a las gringas para tenerlas a mano. Los demás se intercalaron en los lugares donde les hicieron hueco y se incorporaron a los alardes de la fiesta brava, en los que cada cual opinaba, muchas veces a gritos, para ponderar un pase de pecho, una gaonera, un par de banderillas o

los estragos causados por un picador que acostumbraba excederse en su tercio.

Las botellas duran a lo mucho una ronda. Nicole Balzac y las meseras a su servicio deben multiplicarse para satisfacer tantas gargantas profundas. Mariano Vértiz aprovecha cada vez que pasa a su vera para alabar su belleza y, si nadie lo mira, meterle mano de gato. Trouyet platica animadamente con Chucho Solórzano y escucha con atención cuando la Diosa Rubia le dirige la palabra.

La voz de la rejoneadora es plácida, dulce, un poquitín trabada por sus resabios andaluces, mas lo suficientemente clara para comunicar que sus tres amigos sacrificados en aras del pundonor, la valentía y el arte taurino habían dejado escritas con su sangre páginas de gloria memorables para la historia del toreo.

—Nunca imaginé, Conchita, que una mujer de su estatura, con un valor que hace empalidecer al de muchos hombres, pudiese ser tan fina en sus maneras y tan dulce en su trato —suelta don Carlos convencido de que sus frases serán bien recibidas.

Antes de que la interpelada responda, don Rafael Vallejo interviene para dejar en claro que: —¡Conchita es una señora de la mejor alcurnia, don Carlos! No en balde es apreciada, recibida y festejada por reyes y mandatarios de muchos países. Para no ir más lejos, el príncipe consorte de la corona británica, Felipe, duque de Edimburgo, con quien comparto las instalaciones del Campo de Tiro al Pichón, en Lomas de Bezares, y acompaño a sus partidos de polo con su dilecto amigo Pablo Rincón Gallardo Corcuera, marqués de San Cristóbal, en el Campo Marte, la adora y procura cada vez que coinciden en México.

Trouyet se siente —algo raro en él— cortado. No sabe si le atinó con su comentario o la regó de plano. Lo viene a salvar en su apachurrada autoestima una frase de Conchita: —Yo le agradezco, señor Trouyet, y lo tomo como un halago.

Mientras, al otro lado de la mesa Luis Castro, el Soldado, confiesa a Gastón que está casado con una españolita preciosa, con la que tiene un hijo que lleva su nombre: un chaval más fuerte y atrabancado que un toro de Miura, y que con ellos vive, en la casa de la colonia Florida, su cuñada Rosario, madre de un chiquillo llamado Juan Peña, que quizá conozca a Gastoncito júnior porque son de la misma edad y pertenece al equipo de basquetbol del Colegio Simón Bolívar.

Don Gastón, quien detesta las referencias alusivas a su primogénito, se sale por la tangente y sólo atina a preguntar qué es un toro de Miura.

—¡Cómo! ¿No lo sabes? —se sorprende el Soldado—. ¡Eres un villamelón de mierda! ¡Un ignorante! —continúa enojado—. ¡Para que lo sepas, es el nombre de una ganadería sevillana cuyos toros, desde mil ochocientos cuarenta y dos, tienen una merecida reputación de bravura!

La gringa que está a su lado —puede ser Sally, Peggy o Hillary— a pesar de

que ha bebido vino de Jerez como si perteneciera a la familia dueña de las bodegas de González Byass o de la casa de Osborne, en Jerez de la Frontera, emparentados por cierto con los aristócratas sevillanos de la familia de Borja y Almudena Melgarejo, y, de refilón, con los Vallejo Nájera, advierte la cólera de Luis Castro y, a fin de calmarlo, le planta un beso en la boca que no sólo deja patitieso a Gastón sino le provoca una envidia que lo pone al borde de la apoplejía.

La cena termina a las tres de la madrugada entre libaciones de brandy de Jerez Veterano o de Magno, marca con la que Osborne lo comercializa en México. Salen del Normandie dando tumbos. Carlos Artigas, Luis Procuna y Silverio Pérez, escoltados por las tres cubanas, abordan un auto de alquiler y piden al chofer que los lleve al sector de Aguas Blancas, donde se ubica la zona roja de Acapulco, a fin de seguir la francachela en el cabaret La Huerta al son de los mambos de Dámaso Pérez Prado, de los danzones jarochos, y departir con las putas y el proletariado guerrerense, así como con la intención de presenciar el espectáculo del Negro Tomaso y doña Flor, la *Viuda Negra*, que a las cinco de la mañana practican, delante de los asistentes, un sesenta y nueve.

Mariano Vértiz, acompañado de Nicole Balzac, se encarga de trasladar a Gastón y a Trouyet hasta la Villa Flor de Canela. Los dos van beodos hasta las trancas. Cantan y expresan puras idioteces. Mariano los arroja dentro de la suite y para que no le cobren ojeriza al día siguiente, pide a dos «suecas», mismas que metió de contrabando en la cajuela del auto, que los acompañen durante la noche.

Por la mañana Teddy Stauffer, quien siempre está pendiente del bienestar de sus huéspedes, envía un *valet* a las once para que barra a las «suecas» y despierte a los señores. Éstos, con caras desencajadas y una cruda que se les nota en cada poro de la piel que recubre sus rechonchos cuerpos, son conducidos a una de las terrazas con vista al mar a fin de que compartan el desayuno con dos júniors de la mejor cepa: *el Negro* López Negrete y Enrique Corcuera, a los que acompañan *la Bibi* Palazuelos y la descomunal belleza Martha Alpízar.

Ambos ocupan sus sillas un tanto despatarrados. Antes de saludar o presentarse con los jóvenes, Trouyet exige a un mesero que les sirva un par de *bloody Marys* bien picantes, unos platos con piña, toronja y sandía, y unas tazas con café cargado.

Gastón Suplice, quien ha notado en las caras de los otros el gesto de disgusto que provocó el desplante descortés de su amigo, trata de remediarlo. Se presenta y expresa su gusto por estar con ellos, en particular por iniciar el día en compañía de dos chicas tan hermosas, a las que se les nota el chic que emana de su donaire.

Enrique Corcuera agradece el cumplido y explica que no es una casualidad que los hayan sentado con ellos.

—López Negrete y yo sabemos que ustedes son los dueños de Las Brisas y queremos proponerles un negocio —explica.

El mal humor de don Carlos ha menguado por el efecto de las bebidas y muestra un semblante asequible. Es notorio que su carácter comienza a amoldarse a las buenas maneras, sobre todo al escuchar la palabra negocio.

—¿Y de qué se trata, Corcuera? —inquiere en un tono que ya no es despectivo.

—Presumimos de ser muy buenos jugadores de tenis, don Carlos —informa y señala al Negro—. Nos gusta, como a la mayoría de la gente que va a comprar las mansiones que están construyendo, contar con una cancha de tenis en el mismo predio, ya sea para jugar en familia o compartirla con los amigos. Sólo que…

—Son demasiado grandes, tanto que pueden resultar estorbosas —objeta el empresario.

—¡Exacto! —interviene López Negrete con una sonrisa que permite ver su dentadura perfecta—. Pero Quique tiene la solución, señor —agrega con entusiasmo.

—A ver, ¿cómo está eso? —dice Gastón, mostrando interés.

—¡He descubierto una nueva versión de dicho deporte y una cancha idónea para jugarlo, sin que siquiera se note! —asevera Enrique—. Se llama *paddle-tennis*, la cancha es mucho más chica, se utilizan por lo pronto las mismas raquetas y pelotas menos rápidas…

—Es un juego que exige mayor concentración, velocidad y destreza por parte de quienes lo practican. ¡Muy divertido, y pueden participar dos o cuatro jugadores! —añade el Negro para que su propuesta sea convincente.

—¿Me están sugiriendo agregar a cada casa una cancha? —inquiere Trouyet—. ¿Es fácil construirlas? ¿Cuánto pueden costar?

—¡Ésa es, precisamente, la idea, señor! De hecho, Teddy nos ha pedido que construyamos una aquí mismo, a fin de que el Villa Vera sea el primer hotel en el mundo con un espacio en el que sus huéspedes, después de tomar clases con Quique Corcuera, puedan jugar al pádel-tenis.

Los plazos y las cifras comienzan a fluir. Los varones hacen cuentas y discuten los números. Trouyet opina que se construya una cancha por cada tres solares para balancear los gastos. Gastón, sobre una servilleta, dibuja la forma en que deben quedar distribuidas. Las chicas se aburren de lo lindo, aunque aguantan vara. Por fin, el negocio se concreta. Los jóvenes empresarios quedan más que satisfechos y las chicas los felicitan. López Negrete pide una ronda de mimosas, copas de champaña mezclada con jugo de naranja, para que todos brinden.

Dos días más permanecerá Gastón Suplice en Acapulco. Dividirá su tiempo para atender los asuntos del fraccionamiento: una importante junta con el ingeniero Luis Bustamante, capitalista que ha metido una buena parte de su

patrimonio en el desarrollo del Pedregal de San Ángel y desea diversificar sus inversiones en los proyectos inmobiliarios de don Carlos Trouyet en el puerto; otra más con el gobernador Gómez Maganda para que las instancias administrativas del estado otorguen los permisos necesarios y garanticen el entubamiento de agua potable y el sistema de atarjeas; y una visita al condominio Los Cocos a fin de escoger un departamento e iniciar los trámites de compraventa.

Decide, asimismo, aprovechar el tiempo que le queda libre para, en compañía de algunos amigos, hacer un paseo en lancha por la laguna de Coyuca y, por la tarde, acudir a Pie de la Cuesta para ver el atardecer, experiencias ambas que le son desconocidas.

La laguna es un remanso salvaje rodeado de manglares que sólo conocen los pescadores que viven a su alderredor. Miles de aves exóticas y con plumajes hermosos proliferan entre las ramas de los árboles o cruzan al vuelo sobre las aguas translúcidas. A nadie se le ha ocurrido hasta entonces que puede ser un lugar idílico para practicar el esquí acuático, y Gastón prevé que ahí hay un buen negocio si se le invierten unos cuantos pesos. La lancha en la que bogan se desliza en un plácido silencio. Es tan bello el panorama que nadie osa alterarlo con comentarios banales. Llegan cerca de un islote y piden al lanchero que los acerque para poder bajarse. El lanchero se niega con el pretexto de que está embrujado. Los ocupantes se asombran y algunos, Gastón entre ellos, protestan.

—¡Qué embrujado ni qué ocho cuartos! —manifiesta enojado—. Yo quiero, cuando menos, echarle un ojo. ¡Acércate para que me baje! —ordena.

—¡Conste que se lo advertí, patrón! —refunfuña el lanchero.

Gastón y una pareja de norteamericanos caminan unos metros sobre un suelo fangoso. Tratan de abrirse paso entre las ramas de los mangles, pero éstas están muy cerradas y además maúllan con un tono agresivo. Decenas de gatos, que en sus orígenes fueron domésticos, pero que al cabo del tiempo y el aislamiento se han vuelto salvajes, surgen entre el follaje. Miran a los incautos que alteran su espacio con furia y con el pelo erizado. No dudan en atacarlos y se disponen a hacerlo. Gastón y los gringos reculan despacio. El miedo les reseca las bocas. Los gatos se mueven en las ramas y muestran los colmillos y las uñas listos para el ataque.

Los que quedaron a bordo de la lancha intentan asustarlos con gritos y ademanes que no surten efecto. Un gato con el pelo atigrado se arroja sobre el cuello de la mujer y clava sus garras en la nuca. Ella chilla aterrorizada. Su pareja desprende al animal a punta de puñetazos. Gastón, como puede, logra llegar a la lancha y trepar en ella. Voltea para saber qué ocurre con los gringos. Una maraña de gatos pardos los cubre casi por completo. Los gritos pidiendo auxilio son sobrecogedores. Nadie hace nada para salvarlos. Caen al suelo en un revoltijo desalmado que levanta una polvareda siniestra. Los paseantes

sufren un colapso nervioso que raya en la esquizofrenia cuando el polvo se asienta y la imagen espeluznante ha desaparecido sin dejar rastro alguno.

Atónito, Gastón mira interrogante al lanchero. Éste alza los hombros. —¿No se lo dije, patrón? —reclama—. ¿Que el islote está embrujado? Ya ve lo que pasa por andar de metiche. ¡Pinche gordo, si me hubiera hecho caso!

Gastón Suplice sabe que hay murmullos y rumores que es mejor no develar, vamos, ni siquiera levantarles la punta y asomarse por debajo, para evitar perturbaciones mentales. No se suma al parloteo que, una vez superado el susto, acusan sus compañeros. Entiende que regresan al hotel aterrorizados, y al mismo tiempo fascinados, por su incomprensible experiencia. La recepcionista del Villa Vera constata que no falta ninguno. Ahí están todos los que salieron a la visita de la laguna de Coyuca. ¿Entonces…?

El oleaje en Pie de la Cuesta, una playa de muchos kilómetros de extensión en una zona de mar abierto, provoca escalofrío. Olas de entre cinco y siete metros de altura que se rizan con un estruendo profundo y revientan con la fuerza de una aplanadora, paralizan las piernas de Gastón y lo hacen sentirse un culero: «No me meto ahí ni de relajo», piensa. Sin embargo, le sucede algo similar que a los que padecen de aerofobia: experimenta un vértigo y una atracción fatal que lo impulsa a correr y sumergirse en el agua. Debe agarrarse de uno de los postes de una palapa a fin de controlar sus nervios y no dejarse llevar hacia una muerte inminente.

Mientras sus amigos caminan sobre la arena y se alejan de él, una chamaquita de las muchas que rondan por ahí para vender chucherías a los visitantes, le ofrece un coco. Suplice bebe el agua y disfruta del confort que le proporciona, al tiempo que escucha las explicaciones de la niña respecto del peligro que implica nadar en esas olas.

—¡Muchos se han ahogado, patrón! —dice con una sonrisa que no viene a cuento, pero que a ella le sirve para establecer confianza con sus clientes—. Se ponen bien pedos, se sienten muy machos, y como quieren presumir con las *damitas* que los acompañan, ahí van de pendejos. ¡Claro, la ola los revuelca y los azota contra el piso de arena! El madrazo los deja de a tiro sin aire y cuando quieren levantarse, pues les llega la siguiente, los remata y los arrastra mar adentro. De ahí ya no salen, jefecito, hasta que la marea arroja sus cuerpos morados y *amortecidos* varias horas después a la playa, de donde los recogemos y los llevamos a enterrar a ese panteoncito que queda a la izquierda. ¡Mire, patrón, ese que se ve desde aquí, a la entrada del pueblo!

Gastón gira la cabeza y, tan pronto lo enfoca, se sorprende con la exótica belleza del cementerio. Desparramadas al desgaire sobre la pendiente de un terreno de arena blanca, las tumbas están pintadas con colores chillones que el sol se encarga de matizar hasta darles el aspecto de casitas de muñecas. Son muchas las lápidas que cobijan los restos de quienes han muerto en el seno del océano. Agradece, en sus adentros, haber vencido la tentación que sintió al

principio.

Decide alcanzar a sus amigos que se han detenido y sentado en un promontorio de arena para, desde ahí, vislumbrar los misterios que cruzan, fugaces, los muros de agua y las crestas de las olas.

Mauricio Soler, parado entre quienes conforman el grupo, señala con el brazo un punto en lontananza. —Es una manada de ballenas. ¡Cuando menos ocho!

—¡Son orcas! —corrige la Beba Gaitán—. Negras y con los lomos blancos. ¡Hermosas! —añade, y se alegra con un palmoteo infantil que zangolotea sus tetas y la hace sumamente atractiva.

Gastón la ve con lascivia. «¡Antes de salir hacia México me gustaría darle un planchazo!», medita y se impone una manda. Un tiburón martillo cruza frente a sus narices. Ejemplar magnífico de color azul acero, cuya forma aerodinámica y aleta dorsal son una cuchillada en la existencia. Apenas le da tiempo de señalarlo y avisar a sus amigos.

La tarde avanza. Comen una tanda de cincuenta almejas rojas de Zihuatanejo y varios pescados zarandeados a fuego lento encima de las brasas de una enorme fogata que alguien, Gastón no se ha enterado quién, mandó encender frente a las palapas donde están reunidos. Beben, eso sí con moderación, varias botellas de vino blanco seco del Rin, de una cosecha invernal de Alsacia y un sabor que a todos gusta.

El sol inicia su descenso en el horizonte. Las nubes se incendian con un tono anaranjado sublime y desparraman jirones rosas, dorados, morados y azul cobalto en todas direcciones. El espectáculo es sobrecogedor, de una hermosura esplendente. Un prodigio que se ha repetido todos los días desde la creación del mundo. Guardan silencio y, como las tortugas, se recogen en la intimidad más noble de sus sentimientos… Aunque en el caso de Gastón Suplice eso de noble viene a ser un exceso porque él se concreta a hacer cuentas y a regodearse con la imagen de un patrimonio considerable, en cuyos tentáculos no caben los sentimientos humanos y, por ende, no tiene referentes emocionales en los cuales cobijarse.

Filemón pone en marcha el motor del Cadillac. Su patrón y al mismo tiempo hermanito de leche —ambos han compartido la cama con doña Matilde Creel y Zuinaga—, se despide de Carlos Trouyet y Teddy Stauffer con un fuerte apretón de manos. Ahí queda el puerto de Acapulco bien nutrido por el gobierno alemanista para transformarse, en unos cuantos años, en la joya más apreciada de los litorales del océano Pacífico.

V

Para un joven de la edad de Gastón júnior, adolescente inmaduro, rebelde, lleno de inquietudes, ávido de conocimientos sobre la vida real, esa que él concibe como la verdadera con sus emociones y aventuras, misma que ha comenzado a vislumbrar durante sus trayectos al colegio en camión de línea y bajo la tutoría espontánea y generosa de su amigo Julio Ituarte, la zona que comprende las Lomas de Chapultepec donde vive, dada la reclusión de sus habitantes en mansiones señoriales, siempre rodeadas de enormes jardines bardeados, quienes además viajan ocultos dentro de las carrocerías de sus automóviles y es muy raro que caminen sobre calles y avenidas, no representa ni una vía de convivencia ni un aula de aprendizaje.

Él sabe que, tarde o temprano, tendrá que ir rompiendo ataduras y librarse del control, aunque ciertamente laxo, de los candados familiares, a fin de poder quebrar los barrotes y escapar de la jaula dorada que le proporciona un nicho de confort, pero sólo eso.

—Es increíble —comenta con Eduardo Sosa, uno de sus compañeros del colegio que vive en una casona sobre Paseo de las Palmas— que nunca veamos a un grupo de chicos jugando en la calle bote pateado, a las escondidillas, o en alguno de los camellones o pequeños parques a las canicas, al trompo o al balero. Así, no hay forma de conocer a nuestros vecinos y hacer amistad con ellos. También, y eso me da más coraje, es frustrante no contar con una librería decente, una sala de cine, o un teatro a los que podamos acudir andando para divertirnos, conocer muchachos y chicas de nuestra edad y establecer relaciones…

—¡Vivimos en un páramo, Gastón! —interrumpe Sosa—. Como no sea el restaurante Loma Linda que está sobre la parte alta del Paseo de la Reforma, donde se efectúan tés danzantes a los que sólo acuden a bailar nuestros abuelos y algunos carcamanes, y además no se nos permite la entrada, no hay siquiera un café o una callecita donde se reúna gente de la bohemia que hable y discuta cosas interesantes… Por eso los jóvenes de las Lomas nos resultan sosos, aburridos; no piensan ni hablan de otra cosa que no sean los alardes que hacen de la fortuna de sus familias. No me gusta asistir a sus tardeadas y reuniones donde me aburro igual que una ostra. Prefiero quedarme a leer en casa o pedirle al chofer que me lleve a la colonia Juárez para codearme con la gentuza —como llama mi mamá a todos los que no pertenecen a su clase social—,

meterme en una de las librerías de Porrúa o simplemente dar una vuelta.

—¡Espero que algún día me invites, Eduardo! ¡Me gustaría compartir contigo esos paseos que, de entrada, suenan interesantes!

—Cuando quieras, bróder, nos damos una escapada…

Eduardo Sosa le ha abierto una puerta. Una salida que, no tiene dudas, podrá ser muy atractiva. Sin embargo, sus inquietudes van más allá de una simple escapada. Él sabe, porque ha oído hablar a Hilario Rivas, Luis Ricaud y Gerardo *Jerry* Contreras, que la vida en el sur de la ciudad, en lo que fueron los barrios de los pueblos de San Ángel y Coyoacán, es mucho más atractiva e intensa. Que sus habitantes se han preocupado por crear espacios culturales que satisfagan sus ambiciones: el Teatro de la Capilla, del poeta y dramaturgo Salvador Novo; el Teatro de la Conchita, administrado por la Universidad Nacional Autónoma de México, y el recién inaugurado Teatro de los Insurgentes, que cuenta con un mural frontero de Diego Rivera hecho con mosaicos venecianos de incalculable belleza, así como jardines donde se celebran algunas fiestas populares, como la Feria de las Flores que se monta en el atrio del Convento del Carmen, en pleno corazón de San Ángel, o que, como sucede en los viveros de Coyoacán, la gente disfruta con la flora de la zona y, al mismo tiempo, puede caminar y trotar en sus inmensos corredores flanqueados por árboles milenarios, hacer deporte y, durante los fines de semana, contemplar los entrenamientos de las cuadrillas de novilleros y matadores en los círculos de arena trazados en su interior.

Muchos atractivos ofrece el sur de la Ciudad de México, sobre todo ahora que se ha prolongado la Avenida de los Insurgentes hasta el pueblo de Tlalpan; que se terminó la construcción de la avenida Universidad; que está a punto de entubarse el río Churubusco para convertirlo en una arteria vial; y se le ha dado vida e incorporado a la cotidianidad a muchos rincones con resabios coloniales o con importancia histórica, como el Convento de Churubusco y la Plaza de San Jacinto. Un universo de posibilidades que están al alcance de la mano y que Gastón júnior desea disfrutar hasta la saciedad.

«¿Pero cómo?», se pregunta. Necesita un pretexto lo suficientemente plausible para que sus padres no le pongan obstáculos. La respuesta se la viene a dar, así como caída del cielo, su condiscípulo Julio Ituarte:

—Oye, Gastón, ¿no te gustaría pertenecer a un grupo de boy scouts? —inquiere éste de manera casual durante un recreo.

—No lo sé, Julio. Algo he oído hablar acerca de ellos. Pero si te soy franco, no tengo la menor idea.

—Ahora te cuento… Es una asociación mundial creada por el lord inglés Robert Baden-Powell con la finalidad de dar a los jóvenes, bueno también a los niños, a los que desde un principio llamó *lobatos*, la oportunidad de vincularse con la naturaleza por medio de la práctica de excursiones y campamentos en lugares poco concurridos. En México están organizados en grupos que, a su

vez, se dividen en patrullas, cuyo número depende de la cantidad de muchachos inscritos. Yo, por ejemplo, pertenezco al Grupo Cinco de esta ciudad y a la patrulla llamada Jaguares.

—¿Y dónde se reúnen, Julio?

—Nos reunimos los sábados por la tarde en un local anexo a la iglesia Emperatriz de las Américas, en la calle de Cordobanes, en la colonia San José Insurgentes. El jefe de grupo se llama Felipe Ochoa y sus segundos de a bordo son los hermanos Armando y *Chucho* González, muy simpáticos y buenas personas. Armando es el jefe de tropa y el subjefe es Federico Loefler, un cuate de origen alemán que vive allá por la calle del Árbol, en San Ángel Inn, un poco altanero, ya sabes pagado de sí mismo, quien presume, aunque no abiertamente, su admiración por los nazis.

—¿Un mamón trasnochado, como quien dice?

—Más o menos. Es muy exigente y nos obliga a vestir el uniforme, ya sea de color gris rata o beige, planchado a la perfección y el sombrero de cuatro pedradas y barbiquejo, semejante a los que usan los elementos de la Policía Montada de Canadá, muy bien cepillado. Siempre vigila que la pañoleta que llevamos amarrada al cuello, en nuestro caso de color azul marino con franjas rojas y blancas, esté inmaculada y sujeta a la nuez por un aro que puede ser de metal o madera labrada; que el bordón, esa rama de madera con una punta de acero que usamos para caminar en las excursiones y que cada cual debe pulir y tallar a su gusto, tenga la perfección de un tótem. Las botas bien lustradas y las medias con sus respectivas borlas del color de la patrulla a la que pertenezcas…

—Casi como si fueran soldaditos de plomo, Julio.

—Eso quisiera el buey… Quiere imitar, oye bien lo que te digo, a las juventudes hitlerianas, pero con nosotros se la pela… ¿Te imaginas? Con lo desmadrosos que somos los mexicanos… Sí, nos impone una disciplina estricta, pero le damos el avión un rato y tan pronto como se descuida, le pintamos un violín y lo mandamos a tiznar a su progenitora.

—Una joyita, el tipo. ¿Y tú crees que yo…?

—¡Pero claro, Gastón! Yo te llevo y me encargo de presentarte con la banda. ¡Te vas a divertir a lo grande!

Gastón Suplice júnior ingresó a los scouts. Fue agregado a la patrulla Linces al mando de quien sería uno de sus grandes amigos, Manuel Beltrán Galván Duque, mismo que lo recibió con cordialidad y lo presentó con los demás miembros: Guillermo *Billy* Aguirre Romano; Jorge, alias *la Teoría*, con los mismos apellidos; los hermanos Jorge, *el Gordo*, y Benjamín, *el Caballo*, Ibarra González, y Javier Ochoa, hermano del jefe del Grupo Cinco, al que llamaban *el Jefe*. Asimismo, le encomendó que, durante las reuniones de los sábados, se encargase de revisar que los utensilios que empleaban en los campamentos —casas de campaña, sogas, cordeles, postes y estacas; mangas impermeables y lonas; ollas y sartenes, cantimploras y cubiertos— estuviesen limpios y listos

para ser empleados. Pronto participó en algunas excursiones a los Dinamos de Contreras, a los llanos del valle de La Marquesa, al Pico del Águila en la serranía del Ajusco y a los campamentos que se hacían alderredor del vaso de la presa de Valle de Bravo, en los bosques de coníferas; sitio privilegiado en el que los ricos de la Ciudad de México comenzaban a construir sus casas de campo y algunos, los más viajados y atrevidos, a practicar el esquí acuático y el velerismo en las hermosas naves que importaban de los Estados Unidos.

Gastón comenzó a vivir una etapa plena de entusiasmo y alegría. No sólo le fascinaban las actividades en las que participaba, sino la relación con aquellos jóvenes activos y vigorosos que, siendo de su misma edad, tenían personalidades definidas que los hacían singulares y sumamente atractivos. La mayoría cursaba la secundaria, misma que no tardaría en convertirse en el Bachillerato Único cuando las autoridades de la Secretaría de Educación Pública decidieron unir la secundaria con la preparatoria y destinar esos cinco años de estudios como antesala previa y forzosa al ingreso a las carreras universitarias, de suerte que muchos chicos tuvieron que decidir desde el primer año del bachillerato, esto es, a los trece años de edad, a qué profesión dedicarían su talento y su vida en el futuro.

Gastón y la mayoría de sus compañeros del colegio fueron asignados caprichosamente, por las autoridades del mismo, a las áreas de ciencias con el objeto de que, a la postre, pudieran estudiar cualquier rama de la ingeniería, la medicina, economía, comercio y, una novedad, la carrera de administración de empresas. Otros, en cambio, fueron destinados a las «humanidades» que comprendían, entre otras difícilmente definibles, las carreras de leyes, filosofía, arquitectura, antropología e historia. La arbitrariedad era patente y los estudiantes, cada cual por su lado y con el auxilio de sus padres, siempre y cuando éstos tuvieran la disposición de ayudarlos, se vieron obligados a aprender materias que les eran indiferentes o de plano vomitivas. Sin embargo, algo que no pudo alterar los planes de estudio fueron los intereses que a esa edad preocupaban a los jóvenes.

—¿Estudiaste para los exámenes de física, química y matemáticas? —una pregunta recurrente que podían hacer Carlos Reygadas o Pablo Martínez Gallardo o cualquiera de sus condiscípulos a Pepe Carral, a Agustín Mateos Gay o quien estuviese a mano y que sería contestada con el lenguaje soez propio de los jóvenes, con toda naturalidad y aplomo—: ¡Ay, no, qué flojera! ¡Pinches materias aburridas! Prefiero hojear el *Playboy* de mi papá y verles las tetas a las viejas buenísimas que trae adentro, o tejerme una puñeta con las chamaconas del *Vodevil* o del *Vea* que me presta el mozo.

Sexo incipiente, despelote desbocado, reventón a cualquier hora, automóviles deportivos, revistas de encueratrices, noviazgos sensibleros de manitas sudadas y chaperones aborrecibles, pleitos callejeros con muchachos de otras pandillas rivales que vivían en colonias aledañas, en ese orden o con

variantes que dependían del carácter de cada puberto, eran, entre otros menos evidentes, los intereses cuya satisfacción debía, a toda costa, privilegiarse. Para ello, Gastón encontró dentro del colegio y en el grupo de scouts que se reunía en la calle de Cordobanes la plataforma idónea, casi hecha a su medida.

No descuidó, nunca lo hizo, sus estudios para cumplir, aunque fuese medianamente o siquiera de panzazo, con las calificaciones requeridas para pasar el año lectivo. No obstante, ello no le impidió estrechar sus vínculos con los condiscípulos que tendían a ser más o menos inquietos o cuya sed de aventurillas era insaciable.

El cuartel general de los compañeros del colegio que vivían al sur de la Ciudad de los Deportes, la Plaza de Toros y la Fuente de Insurgentes, quedó establecido en la casa de Ituarte, en la calle de Recreo, a una cuadra de donde se levantarían el edificio suntuoso del Puerto de Liverpool y el primer supermercado, llamado Sumesa, de la capital. Ahí se reunían los muchachos de la cuadra, varios scouts, y aquellos que, a bordo de sus bicicletas, recorrían distancias considerables desde las colonias Crédito Constructor, Florida, San José Insurgentes y Mixcoac. Para llegar, Gastón, a menos que contase con un aventón del chofer de la familia, debía trasladarse en un camión de la línea que conducía a Coyoacán o en el tranvía que recorría de sur a norte la avenida Revolución y, desde ahí, en dirección al oriente, caminar a marchas forzadas.

—¡Vengo con las patas hechas pinole! —era la fórmula que utilizaba para saludar a los cuates que mataban el ocio sentados en la banqueta y fumando como chacuacos—. Tuve que caminar las quince cuadras que hay de aquí al Mercado de Mixcoac, donde está la parada del tranvía.

—¡Te van a salir callos, pinche Gas! —acotaba el Gordo Ibarra con una sonrisa—. ¡En un chico rato vas a parecer chichicuilote dando brinquitos!

—¡Más bien vas a parecer pingüino! —intervenía su hermano, el Caballo, quien estiraba las falanges de sus dedos porque los traía adormecidos debido a las prácticas cotidianas de sus clases de pianola, un artefacto semejante al piano que tenía incrustado en su interior un cilindro dentado al que se le adherían unas hojas perforadas en los lugares correspondientes a las notas de la escala musical y que, al ser activado con unos pedales, giraba y reproducía las melodías.

Poco a poco los demás iban llegando. Si era domingo o un día feriado, se dirigían en bola al Tom Boy a fin de desayunar *hot cakes* con una buena porción de mantequilla y bañados con harta miel de maple. También, nadie les hacía el feo, comían molletes de frijoles con salsa pico de gallo y bebían leches malteadas de su sabor preferido.

Charlaban a grito pelado y quitándose la palabra unos a otros sobre los temas, no muchos, todavía eran bastante limitados, que más les atraían: que si alguien había visto o hablado con las niñas González Reina y creía que les gustaba lo suficiente como para hacerse novio de alguna de ellas; que si era

mejor cambiar los rayos de las ruedas de su bicicleta o comprarse una nueva; que no podían perderse la Carrera Panamericana porque ese año iban a competir Piero Taruffi y Alberto Ascari en sendos Ferraris último modelo; que si el maestro de Lógica, *el Chocolate*, llegaba borracho a impartir sus clases; que si Leandro, además de ser un grandulón abusivo, era medio puto; que el más reciente acetato de Los Platters que se difundía en la estación de radio conocida como La Pantera de la Juventud era mucho mejor que el de Ricky Nelson, aunque todos preferían que en las fiestas se tocaran los discos de cuarenta y cinco revoluciones de la banda de Ray Conniff porque con sus melodías se podía bailar de cachetito y hasta meter mano en *las cosas* de las chicas; que si la mamá de García Pimentel estaba buenísima y todos fantaseaban con cogérsela… Una retahíla de estupideces que les servía, a esa edad, para pasar la mañana antes de que Gozo o el Gordo López los aturdieran con la obligación de asistir a misa de doce.

Así, imbuidos de cierta inocencia, pasaron juntos muchas mañanas y tardes, hasta que el chamuco despertó en ellos una comezón que los llevó a tomar iniciativas que, sin dejar de ser travesuras, implicaban una innegable transgresión a las reglas y cánones pequeño-burgueses con los que habían sido educados.

Comenzaron por robar cajetillas de cigarrillos Raleigh azules y Lucky Strike sin filtro, Belmont mentolados, Del Prado, Elegantes, Delicados y Faros —estos últimos preferidos por el proletariado debido a que eran sumamente baratos— de los anaqueles de Sumesa. Tanto Julio como el Jefe supieron manejar rostros de impavidez y agilidad en los dedos.

Pasaron de la contemplación casta y aparentemente honesta a los tocamientos físicos de los cuerpos de las sirvientas que salían a comprar el pan, la leche, o sólo a dar una vuelta, y desarrollaron destreza a fin de poder hacerlo desde el cuadro y el manubrio de sus respectivas bicicletas. El pálpito burdo de la carne y el cosquilleo en la entrepierna los condujo a incursionar en las azoteas donde, amparados por una impunidad de clase, penetraban a los cuartos de las criadas y, sin llegar a consumar el coito, sobajaban a las *gatitas*.

—¡Le agarré las nalgas y le arrimé la pistola! —presumía Manolo Beltrán, apretando la tela de su bragueta—. No saben, pero está dura y retebuena esa criadita de los Ibarra. ¡Con razón, tu padrastro, Benjamín, no nos deja entrar a tu casa a menos que él esté presente! Se nota, se nota…

—¿Qué, pinche Manolo? —respondía el Caballo.

—¡Pues que el vejete le tiene ganas pero no se lanza! Si lo agarra tu mamá trepado en la escalera de servicio… ¡puta, lo corre a patadas!

—¡No seas ojete, buey! ¿Cómo te atreves a…?

Manolo se atrevía a eso y más, sobre todo cuando hacía mancuerna con Gastón y entre los dos inventaban una y mil chingaderas.

—¡Vamos a espiar a la vecina de Gozo, ahorita que se está bañando! —

proponía Manolo y ambos se agazapaban en un lugar desde donde podían verla sin que se diera cuenta. Sus comentarios eran soeces, léperos y perdularios. Su excitación formidable terminaba siendo paliada con la práctica del onanismo.

—¡Son tremendos! —decía la conseja vecinal y cómo no habían de serlo si siempre estaban sobrados y listos para elucubrar nuevas y sofisticadas infracciones. Todos ellos recibían cada semana un óbolo que en la jerga juvenil se denominaba *domingo*. A pesar de que la mayoría eran hijos de familias pudientes, el valor del *domingo* variaba de acuerdo con la generosidad o el estado de ánimo del padre de familia en el momento de darlo. Oscilaba desde los cincuenta centavos hasta los dos pesos semanales y el chico podía utilizarlos con absoluta libertad. El meollo del asunto era qué hacer con esas monedas. ¿Gastarlas individualmente o crear una causa común y destinar lo reunido al pago de una actividad que, de acuerdo con el interés más acuciante, les resultase más atractiva?

—¡Podemos ir al cine los sábados y comprar palomitas y refrescos para todos! —propuso el Gordo López, quien era un glotón de primera.

—¡No! —negó Manolo—. Es mejor usar esa lana para pintar y componer el techo del local de nuestra patrulla. Cada vez que llueve se filtra el agua, se empapa el suelo y se echan a perder las cosas… —Una propuesta práctica que de inmediato fue desechada porque: —¿Qué chiste tiene? —rezongó Javier Ochoa, quien agregó—: ¡No sean babosos, nenotes!

Todos fijaron la mirada en sus ojos pícaros. El Jefe —por algo lo reconocían con ese mote—, al ser de mayor edad tenía más malicia y, como él mismo propalaba, era más cabrón que bonito. —¡Yo sé lo que nos conviene hacer con los pinches domingos!

—¿Qué? —la pregunta generalizada.

Ochoa no movió un músculo de la cara. Metió las manos en los bolsillos de los pantalones de mezclilla azul que no se quitaba ni para bañarse, alzó el mentón, lanzó un gargajo, y dándose importancia, pronunció: —¡Ay, nenotes!

Luego decidió soltar la lengua. —El otro día fui con *el Flaco* Julián Gamoneda, ese primo de Manolo Beltrán por el lado de los Tamborrel, a un burdel que está en Insurgentes, enfrente de la Durking Motors. Ahí donde termina el Parque Hundido en la calle de Porfirio Díaz…

—¿Fueron a un burdelito, Jefe? —exclamó Jorge Ibarra asombrado.

—¡Clarín, buey! ¡Un lugar que ni soñado! Las putas parecen modelos y andan semiencueradas, sólo con un *negligé* transparente, por las salas y salones… Estuvimos como media hora dándonos taco de ojo, hasta que nos echaron con el pretexto de que éramos menores de edad. Sin embargo, el Flaco le cayó bien a la portera y ésta le dijo que fuéramos un lunes a la hora de la comida y que ella nos dejaría entrar para que disfrutáramos con una muchachona… ¡Sólo que hay que darle una lana!

—¿Y tú quieres que te demos nuestros domingos para que puedas pagar una cogida, Jefe? —inquirió Gastón—. ¿No crees que te estás pasando de listo?

—Además con los cinco pesos que hemos juntado no te alcanza ni para... —intervino Manolo.

Ochoa frunció el gesto. Después, imitando a Mario Moreno *Cantinflas*, el cómico consagrado por el cine nacional, soltó: «¡Ahí está el detalle!», y dejó a sus amigos pasmados.

Aguardó, el Jefe tenía un sentido dramático de la vida, un par de minutos para explicarles cómo era la jugada, misma que pusieron en práctica el lunes de la siguiente semana.

Montados en sus bicicletas, cinco chamacos, los que más dinero habían aportado, entre ellos Gastón y Manolo, pedalearon por la Avenida de los Insurgentes hasta llegar a la puerta del Paraíso Terrenal.

Una casa con visajes californianos, de aspecto distinguido y al mismo tiempo discreta, que desmentía el giro al que estaba destinada y ocultaba con verdadera eficacia las transgresiones nocturnas que en ella se cometían. El Flaco pulsó el timbre y los demás esperaron nerviosos a que alguien los atendiera. La portera lo reconoció nada más verlo.

—¡Ah, muchachito del diablo, tomaste en serio lo que te dije! —expresó con una sonrisa—. ¡A ver, cuántos son! —inquirió a la vez que contaba—. Las bicis me las dejan aquí en la entrada para que no ensucien las alfombras y me causen problemas. ¡Ahora pásenle rapidito, no vaya a ser que alguien los vea!

Atravesaron un enorme salón recibidor y, precedidos por la portera, subieron por los escalones. Gastón júnior no quería perder detalle y se fijaba en cualquier rendija con la intención de atisbar lo que le fuese posible: la esquina de una cama; el espejo de un tocador que reflejaba los frascos de lociones de colores sugerentes, los potes de las cremas que usaban las prostitutas; unas medias de malla tiradas en el suelo junto a unos zapatos con tacones de aguja de un tamaño impresionante; un brasier, unos fondos... y otras cosillas que, a pesar de su atención, no alcanzaban a incentivar sus calambres sexuales.

—Las putas, o salieron de compras, o están comiendo a estas horas —explicó la portera, consciente de la desazón que sufrían los chicos ante su flagrante ausencia—. ¡Pero no coman ansias, pues no los voy a dejar irse en blanco!

Quedaron confinados en un cuarto amueblado con un sillón grande y un par de sillas, y, asimismo, adosado un lavabo y un escusado de cerámica blanca de la marca Portland. Todos, sin excepción, tenían la boca seca y las palmas de las manos sudadas. Cada uno con una expectativa distinta, pero hasta el más tímido sentía el tolete parado.

La portera no tardó en volver. Venía acompañada de una joven güera de rancho, rubicunda y titubeante. —¡Ésta es Susanita, muchachos! —anunció—. Ella los va a atender... Bueno, los va a dejar que jueguen con ella, pero ojo, no

se la pueden coger.

—¿No? —protestaron el Flaco y Manolo enfadados—. ¿Entonces, qué?

La portera no respondió. Se retiró en el momento en que Susanita se quitaba la blusa y el portabustos, a fin de soltar al aire unas tetas prodigiosas. —Tienen media hora para lamerme las chichis y probar el jugo de mis pezones, muchachos —dijo al tiempo que tomaba al Gordo Ibarra por la nuca y lo llevaba a sus senos—. ¡Chupa fuerte, gordito! —ordenó—. ¡Date gusto!

La respuesta fue instantánea. Se le treparon encima, igual que si fuesen monos araña, y cada cual lamió y chupó los huecos de carne que los otros dejaban al descubierto. Un amasijo de pujidos y gemidos, de escurrimientos y onomatopeyas semejantes al hozar de los cerdos hasta que, ¡oh, tragedia!, transcurrió el tiempo y Susanita, con un movimiento contundente, los apartó de su cuerpo. —Ahora, muchachos, ¡vengan los cinco pesotes! —exigió mientras se sujetaba un tirante y, enseguida, les explicaba que para poder cogerse a una puta necesitaban reunir cuando menos cien monedotas de plata.

—¿Cien pesos? —musitó Gastón con una mueca de impotencia—. ¡Son los domingos de un año entero!

Un año en el que su ingenio y desfachatez les iban a procurar otros ingresos que no por mal habidos harían mella en su conciencia. El Jefe, quien tenía más de matacuás que de muchacho decente, los orilló a perpetrar el robo de los tapones cromados que los autos de lujo llevaban adheridos a los rines de las llantas y los escudos colocados encima de las parrillas, en la punta del cofre o en la tapa de la cajuela, para distinguir las marcas. Él y Julián Gamoneda establecieron contacto con el jefe de una banda dedicada al robo de coches y autopartes de la colonia Buenos Aires, quien se comprometió a comprarles las piezas que le llevaran, mismas que, él conocía bien su negocio, vendería en su momento a los dueños de los carros despojados.

La especie se divulgó en la cuadra y por toda la colonia. El hurto de cromos y adornos se convirtió en un hábito redituable. Hubo quienes se especializaron en Cadillacs, Oldsmobiles y *fordcitos*. Otros más en las partes de automóviles europeos, más raras y cotizadas, que, como los Alfa Romeo, Mercedes Benz, Jaguar y MG, debían conseguir en las zonas de la ciudad habitadas por gente de postín y cuyos autos quedaban, por un descuido o indolencia de los choferes, aparcados al borde de las banquetas y eran presa fácil de esos ladronzuelos que, según sus padres o quienes no se veían afectados, sólo cometían «chamacadas» que no valía la pena denunciar, y menos exigir su castigo: «¡Pues quién quita, compadre, y resulta que el pinche ladrón es tu propio hijo!».

Gastón se mantuvo al margen de los latrocinios de algunos de sus amigos. Bastó con que en una de sus incursiones arrancara la estrella simbólica del cofre de un Mercedes Benz plateado para sentirse culpable y, peor, sucio. No le agradó en absoluto la experiencia y prefirió, para hacerse de recursos, dedicar

muchas de sus horas libres a los trazos de aquellas tareas que les encargaban en las clases de dibujo constructivo y que sus compañeros, por carecer de talento o paciencia para utilizar reglas T, escuadras y compases, no podían llevar a cabo y le pagaban por ello.

Muchos eventos, hacia esas fechas, conmocionaron el ambiente más o menos tranquilo que imperaba en los salones de clase y en los patios del colegio: el primero, acaecido durante el trimestre inicial del año escolar, fue el accidente automovilístico que sufrieron Manuel Ávila Camacho, Carlos Reygadas y Jorge López Baz en la curva coincidente con la salida a la calle de Xola del Viaducto Miguel Alemán. Manuel, sobrino del expresidente del mismo nombre, había recibido como regalo de cumpleaños un precioso Cadillac Eldorado descapotable que cuando lo llevó al colegio deslumbró a sus condiscípulos. Un portento que no sólo causó una envidia africana sino despertó en muchos el deseo de abordarlo y dar una vuelta. Manuel, quien tenía sus amigos predilectos, convenció a dos de ellos a que se fueran de pinta un martes por la mañana con la idea de correr el coche a la mayor velocidad posible. Para hacerlo, escogieron el Viaducto por ser la única arteria que dentro de la mancha urbana se los permitía. Tomaron la curva a ciento cuarenta kilómetros por hora. El auto comenzó a derrapar sobre el pavimento y Manuel perdió el control del mismo. Después de golpear contra un pequeño talud, el coche dio varios giros sobre su propio eje hasta que volcó y se puso a dar marometas, en una de las cuales Jorge López Baz salió disparado para ir a estrellarse contra un muro y perder la vida instantáneamente.

La noticia fue un baldazo de agua helada entre la comunidad de estudiantes. Jorge, hermano mayor de Alfonso y cuyo padre era un periodista prestigiado del periódico *Excélsior*, era un chico muy querido entre sus compañeros y las autoridades docentes, en particular por la señorita Gloria Chanfón, secretaria académica del plantel. Se le hizo una misa de cuerpo presente en el patio principal del colegio y sus honras fúnebres obligaron a los estudiantes a vestir de luto, con saco y corbata negros. Gastón júnior echó algunas lagrimillas y luego se fue con Paco Pasquel, Carlitos Bracho y el Átomo Villegas a la fonda María Bárbara, a unas cuadras del colegio, para cafetear al muerto.

La enfermedad sólo le pegó a uno de los hermanos Foncerrada, pero su aparición fue suficiente para alarmar a todo el mundo. «¡Poliomielitis!», dijeron, cacarearon, mas nadie sabía un carajo al respecto. «¡Te deja paralítico de por vida! ¡Es una chinga!» «¿No se supone que ya quedó erradicada desde finales de los años cuarenta?» «¿Oye y quedas también cacarizo?» Rumores y especulaciones que amén de sacarlos de quicio hicieron pensar a los directores en la conveniencia de imponer una cuarentena y una campaña de vacunación, propuesta la última que quedó desechada porque, en su momento, la vacuna se había aplicado a miles de niños mexicanos y no venía al caso.

Tres semanas de terror pasmaron a estudiantes y maestros. Mas también a muchos padres de familia, por supuesto adinerados, quienes decidieron llevar a sus hijos al otro lado de la frontera hasta que el asunto quedara aclarado. Ernestito Foncerrada se alivió de improviso gracias, según el médico de cabecera, a la ingestión de una dosis masiva de pastillas de calcio fabricadas por los laboratorios Mead Johnson. «¡No, no era poliomielitis!», dijeron. «¡Fue güeva!» «¿Cómo?» «¡Sí, al chico Foncerrada le chocan las clases de educación física y con tal de no asistir simuló estar paralítico!» «¡Hijo de la...!», calificaron y su expulsión fue inmediata.

Llegó la época en que, por fin, se celebrarían las sucesivas versiones de la Carrera Panamericana durante los meses de noviembre de cada año, ya para terminar el periodo de exámenes, y Gastón y sus amigos Federico de la Chica, Fernando Martín del Campo, *Francis* Martínez Gallardo —quien presumía haber descubierto en su árbol genealógico ser descendiente del duque de Cornualles, apellido que no sabía pronunciar, y que su familia tenía derechos sucesorios en un castillo construido en uno de los cantones de Suiza—, Beto Cortina, Pepe Carral y otros más habían contemplado la posibilidad de verlas en los lugares más peligrosos del trayecto a fin de ser testigos de las proezas de los pilotos y, si contaban con suerte, de los madrazos que con seguridad se darían.

Vieron, así, el estrellón y volcadura del Pontiac piloteado por el *Che* Estrada Menocal antes de llegar a Oaxaca, accidente en el que también perdió la vida su copiloto, Miguel González, quienes habían ignorado el uso obligatorio de casco y cinturones de seguridad. El hecho consternó a la afición mexicana, que había puesto sus esperanzas en el triunfo del Che, a quien se consideraba un gran piloto y, se creía, contaba con muchas posibilidades de ganar la carrera. Por si fuera poco, en la segunda etapa con trayecto de Oaxaca a Puebla, el volante mexicano Carlos Panini perdió la vida en otro dramático accidente. Una versión desastrosa, pues de los noventa y un autos que arrancaron en Tuxtla Gutiérrez sólo llegaron a la meta final treinta y cinco.

La tercera edición tuvo un mejor destino, tanto para los pilotos como para los amigos de Gastón júnior. Esta vez los muchachos, en lugar de tener que viajar en sus propios autos o de aventón los que no contaban con ellos para asistir a los puntos críticos del trayecto, consiguieron que el padre de Juan y Jorge Vázquez del Mercado les prestara un camión de la flotilla de la empresa Autobuses de Oriente, de la cual era socio, para que con dos días de anticipación los fuese trasladando a la Curva del Diablo, al Desfiladero de cuatrocientos metros, a la recta donde los bólidos alcanzaban una velocidad de doscientos dieciocho kilómetros por hora y a otros lugares peligrosos en los que, debido a las condiciones de la carretera, necesariamente tendrían que jugarse el pellejo.

Los autos fueron divididos en dos categorías: Sport y Standard. Por primera

vez quedaron agrupados por marcas y los países que representaban: Ferrari y Lancia por Italia; Mercedes Benz y Porsche por Alemania; Jaguar por Inglaterra; Gordini por Francia; Cadillac y Oldsmobile por Estados Unidos, y Supremo Especial y Del Campo por México. Un tutifruti de carrocerías hermosas, pistones, bielas y caballos de fuerza cuyos relinchos les harían duplicar la dosis de adrenalina en su torrente sanguíneo.

Para fortuna de todos no hubo incidentes trágicos. Sólo, quizás, una anécdota para el recuerdo que atestiguaron Gastón y Fernando Martín del Campo: el piloto alemán Karl Kling, que por cierto acabó en primer lugar, sufrió el percance de que, después de haber cruzado Tehuantepec, se le incrustara un zopilote en el parabrisas de su Mercedes Benz, mismo que tuvo que proteger con unas barras de hierro para poder continuar en la liza.

El último accidente que pudieron presenciar la mayoría de los escolares que seguían los avatares de la Carrera Panamericana como si en ello se les fuese la vida, sucedió en el poblado del Bajío llamado La Chona, cercano a Silao: Felice Bonetto, reacio a usar cinturón de seguridad, atravesó un vado a más de ciento cuarenta kilómetros por hora, de suerte que salió proyectado hacia arriba. Su cabeza golpeó contra el marco de fierro de una ventana que estaba abierta en la esquina de una casa y se partió en dos a semejanza de una sandía. Una escena escalofriante que les tomó mucho tiempo desprender de su memoria.

Gastón júnior, como muchos de sus compañeros, regresó desolado a su casa. Ya no quiso presenciar, aunque sí se enteró por las notas de los diarios, el arranque inicial de los automóviles agrupados en nuevas categorías: Sport Mayor, Sport Menor, Turismo Mayor, Turismo Especial y Turismo Europeo, para dar cabida a los motores que modificaban las escuderías. Tampoco, admirar la velocidad del impresionante auto español Pegaso, patrocinado por la fábrica de aceites comestibles 1-2-3, que en algunas etapas superó a los Ferraris, ni ser testigo de su tremendo accidente en Río Hondito, antes de llegar a Toluca. Lo que no dejó de hacer fue celebrar con sus amigos, en un salón del colegio, el triunfo del piloto italiano Umberto Maglioli, ganador absoluto con un tiempo de diecisiete horas y cuarenta segundos, y el reconocimiento que se hizo a Moisés Solana, de 18 años de edad, quien al volante de un Dodge fue considerado como la revelación de la carrera.

El gobierno de Miguel Alemán había llegado a su fin entre la humareda de los mofles y de los puros que fumaban sus amigos. La consigna grabada en la mentalidad de aquellos que se dedicaban a hacer negocios en connivencia con los políticos fue: «Ser rico y ser de oposición es una locura». Debían, por tanto, apoyar la continuidad del partido gobernante, como lo hacía Martín Luis Guzmán desde su revista *Tiempo*; no hacer caso a las diatribas que en las funciones del Teatro Lírico lanzaba Jesús Martínez, *Palillo*, quien fustigaba en

escena a «los políticos inmorales, pulpos chupeteadores del presupuesto nacional»; y sí estar muy atentos a los escarceos encantadores de Miguel Alemán, el hombre de la sonrisa eterna e irresistible que, después de construir el Club de Golf México, en el sur de la ciudad, coqueteaba con la posibilidad de reelegirse en la presidencia de la república.

Sin embargo, las cosas no le iban a ser fáciles ni a corto ni a mediano plazos. La oposición mostró su rostro de inconformidad. Lombardo Toledano, al frente del Partido Popular, adelantó su candidatura para las elecciones de 1952; los generales Lázaro Cárdenas, Francisco J. Múgica y Cándido Aguilar se opusieron rotundamente y apoyaron la candidatura de Miguel Henríquez Guzmán. Para acabarla de joder, el Partido Acción Nacional, siempre ninguneado y marginado en la arena política, tuvo la osadía de lanzar la candidatura de Efraín González Luna para la contienda electoral.

Miguel Alemán, que veía cómo se le escurrían entre los dedos sus pretensiones cesáreas y que ni siquiera podría imponer en las preferencias de sus allegados la figura de su delfín Fernando Casas Alemán, tuvo que claudicar y optar por su secretario de Gobernación, *el Viejito* de sesenta años, don Adolfo Ruiz Cortines.

El tapado, tal y como se le llamaba al candidato del PRI elegido por el presidente para sucederle, quedó *destapado*. Ruiz Cortines, quien se había distinguido por sus virtudes morales: honradez, disciplina y probidad, así como por su proclividad hacia los datos estadísticos, mismos que aplicaba bajo cualquier circunstancia, ganó las elecciones de calle —con el 74.31% de los votos—, igual que hacía en todas las partidas de dominó que jugaba —una afición que le fascinaba y a la que dedicaba todo su tiempo de ocio.

Don Adolfo se sentó en la silla después de *tragarse muchos sapos* durante su gira política y poner en su lugar a uno de sus simpatizantes que, en la campaña en el estado de Veracruz, gritaba animosamente «¡Que viva el viejito!», al que se vio obligado a calmar con una frase muy jarocha y jaranera: «Compañero, agradezco profundamente su apoyo, pero quiero decirle que ¡viejita su chingada madre!».

Hombre de una modestia ejemplar, Ruiz Cortines, en lugar de fijar su residencia oficial en el Castillo de Chapultepec o en Los Pinos, compró una casa en la colonia San José Insurgentes, en la esquina de la Avenida de los Insurgentes con Barranca del Muerto, misma que fue decorada por su segunda mujer, doña María Izaguirre, «sin candiles, porcelanas ni tapetes persas». Nada de lujos frívolos. Cero ostentaciones. Quienes lo visitaban, como era el caso de don Jaime Torres Bodet, se asombraban de encontrarlo «en una sala pequeña, con muros de escasa altura; más despacho que sala y realmente más vestíbulo que despacho. Una lámpara eléctrica que proyectaba una luz tenue y una máquina de escribir rodeada invariablemente por fichas de dominó que tentaleaba mientras escuchaba. Un paradigma de austeridad».

Entretanto las damas del *jet-set* mexicano que vivían en las Lomas de Chapultepec, como doña Matilde Creel y Zuinaga, participaban en todos los ágapes, bautizos y bodorrios que salían reseñados con fotografías a color en la revista *Social* con el boato propio del periodo alemanista o cuando asistían a las fiestas del Jockey Club, los partidos de golf en el Country Club o a las carreras hípicas que los fines de semana se celebraban en el Hipódromo de las Américas, doña María Izaguirre, la Primera Dama de la Nación, mujer madura y un tanto desabrida, mantenía un perfil discreto y dedicaba su tiempo al exigente pastoreo de una cadena de casas de mala nota, muy redituables por cierto, y a la atención personal de su marido.

Don Adolfo sabía que su mujer era criticada por las esposas y amantes de otros políticos pues consideraban que no cumplía con las exigencias y hábitos impuestos por los varones respecto de la belleza, la clase social, las buenas maneras, la elegancia y otras múltiples demandas. Acostumbradas a los monumentos que acompañaban a Miguel Alemán, Jorge Pasquel y Rogerio de la Selva, entre otros muchos que solían departir y acostarse con verdaderos forros sacados de los sets cinematográficos, los teatros de revista o burdeles como el de Graciela Olmos, la célebre *Bandida*, veían en doña María a una mujer feúcha, desfachatada, tímida —aunque comentaban en secreto que había trabajado como puta en el salón de Villa del Mar adonde, en sus mocedades, acudía Ruiz Cortines a bailar danzón— y que, por su edad, ni siquiera podía ser capaz de procrear hijos con el presidente.

Cada vez que Ruiz Cortines se enteraba de tales dislates fingía demencia y los dejaba pasar. No permitía que lo importunaran y sólo en una ocasión, viéndose acorralado, respondió con el ceño fruncido y la voz encabronada: «¡No me eligieron para semental, carajo, sino para presidente!». El Viejito, a quien muchos reprochaban ser un personaje rústico, sin más mundo que el del hotel Diligencias en el puerto de Veracruz, pronto demostró que tenía más tablas que una troje michoacana. Así, y para que no hubiera dudas sobre la relación excelente que mantenía con su esposa, ambos decidieron pasear por las tardes solos, sin escoltas o guaruras, igual que si él fuese un estadista sueco, noruego o danés, por la Avenida de los Insurgentes y la calle que comunicaba a ésta con el Parque de la Bola, punto de encuentro de quienes vivían en San José Insurgentes.

Estos paseos fueron la pauta para que los jóvenes del grupo que se había formado en la calle de Cordobanes, entre ellos Gastón y Manolo Beltrán, saludaran e intercambiaran noticias con el señor presidente.

—¡Qué gusto verlo, don Adolfo! —saludaban—. ¿Cómo está usted?

—¡Bien, muchachito, gracias! ¿Y tú, cómo vas en la escuela? ¿A qué año vas a pasar? —se interesaba el mandatario.

Preguntas y respuestas breves para cumplir con la cortesía que se le debía y reconocerle méritos que estaban muy por encima de lo acostumbrado. La

mayoría de los muchachos habían escuchado en casa comentarios, algunos en un tono amargoso, acerca de los cambios que iba a imponer durante su mandato: «[…] no permitiré que se quebranten los principios revolucionarios ni las leyes que nos rigen […] seré inflexible con los servidores públicos que se aparten de la honradez y de la decencia […]», discurso con el que puso los puntos sobre la íes y una advertencia para que Miguel Alemán y sus paniaguados dejaran de robar a manos llenas o que, al menos, lo hicieran con disimulo.

La primera reacción de los políticos y empresarios millonarios fue restringir el uso de automóviles último modelo entre sus primogénitos: «¡No puedes circular en un MG deportivo del año, Zutanito júnior, cuando el presidente anda en un Lincoln modelo 1948!».

—¡Papá, pero si el preciso es un vejete! ¡Date de santos que no se transporta en una carreta de mulas! —protestaban—. ¡Ay, papá! ¡No se vale!

Sí, sí se valió. El paisaje urbano tuvo que desplazarse hacia atrás. Desempolvaron las lujosas carcachas que habían utilizado en los dos o tres años anteriores y guardaron en las cocheras los primorosos Cadillacs, Oldsmobiles, Mercedes, Jaguares y otros demasiado llamativos. La oligarquía tuvo que ser paciente e ir retomando sus privilegios poco a poquito.

Entre los jóvenes, la austeridad presidencial no tuvo muchos efectos. Continuaron haciendo de las suyas, involucrados en aventuras que para los mayores pasaban desapercibidas. La Ciudad de México era un pañuelo. Un lugar seguro en el que se respetaba irrestrictamente a los niños, los ancianos y las mujeres. Al final de cuentas hasta los delincuentes más protervos, amén de que operaban en territorios ajenos a las clases altas, adoraban a su mamacita. Así, como en muchas otras colonias emergentes de la clase media, los muchachos podían discurrir con absoluta libertad y disfrutar de espacios que no estaban constreñidos a la vigilancia de sus padres o de los guaruras que más tarde aparecieron.

El grupo de amigos de Gastón júnior que se reunía en Cordobanes se incrementó con la presencia de muchachos llegados desde las colonias, todas con personajes influyentes, comprendidas entre el río Churubusco al norte y San Ángel al sur. La casa de los Aguirre Romano, en el número 25 y frente a la casa de Patricia Uribe, alias *la Espía*, funcionaría muchos años como su cuartel general.

Procedentes de San Ángel, ya fuese de la calle empedrada de La Amargura, de la Plaza de San Jacinto —donde está colocada una placa que conmemora a los héroes del Batallón de San Patricio compuesto por irlandeses que se distinguieron en la defensa del convento-fuerte de Churubusco durante la intervención norteamericana de 1846-1848— o de cualesquiera de las

callejuelas del pueblo en las que campeaban por su estrafalaria belleza la mansión de las Valdés y la de la familia Larrea, mineros de abolengo y socios de muchas empresas, llegaron al grupo Tomás, sobrino del pintor y arquitecto Juan O'Gorman —diseñador y constructor del monumental mural que adorna la Biblioteca Central de la Ciudad Universitaria y de la casa de Diego Rivera y Frida Kahlo, localizada frente al casco de la hacienda de San Ángel Inn, ocupado en ese entonces por la escuela de Arquitectura e Historia del Arte de la Universidad Iberoamericana, a la que acudían muchas niñas bien, como era el caso de Alicia González y Amaya Escudero, entre otras—, y del insigne historiador Edmundo O'Gorman —autor, entre muchos otros ensayos, del libro *La invención de América*, y célebre por sus aforismos ingeniosos—; Aníbal de Iturbide, cuyo padre era uno de los banqueros más influyentes de México; Óscar Culhuac, gran lector de las obras de Aldous Huxley, Thomas Mann y de *La rama dorada,* de William Frazer, en traducciones que comenzaban a circular y a atraer la atención de los jóvenes; y Jorge Hammeken, a quien distinguían sus ataques irascibles y por ello se le llamaba *el Peligroso*, melómano furibundo, acompañado de su perene acervo de discos de música clásica que sólo compartía con Julio Ituarte, porque los demás, y se refería a todos, «de esto no entienden ni un carajo. ¡Tienen las orejas sucias de todas las porquerías roqueras que escuchan por la radio!».

Desde Coyoacán hacían su arribo Javier Ochoa y, sólo muy de vez en cuando, su hermano Felipe, al que los del grupo consideraban un galán prodigioso: —¡Sale con las gringas que patinan en el *Holiday on Ice* que se presenta durante los veranos en la Arena México! —externaba, enfático, su hermano—. Unos cuerazos, nenotes, que se acuestan con los caritas de moda o con aquellos que se les nota que están forrados de lana. Felipe se aprovecha de su cara de niño indefenso, tierno, al estilo de James Dean en *Al este del paraíso*, y cuando las gringas se dan cuenta y sin saber por qué, ya están bien, ¡pero bien! enculadas.

—Oye Jefe, ¿y es cierto que le pagan por cada cogida? —quería saber el Gordo Ibarra, cuestión que Javo satisfacía con una simple sonrisa.

Las colonias Crédito Constructor y La Florida, en las que vivían Manolo Beltrán —en adelante *el Congorila,* para empatar su talante con el King Kong de la película— y los hermanos Ibarra, aportaron a Johnny Peña —alias *Tarzán* y muy parecido al actor Kirk Douglas en la cinta *Espartaco*, españolito de origen y bueno para los madrazos—, al *Flaco* Gamoneda y a los hermanos Gustavo y *Belel* Galván Duque —hijos del arquitecto—, de fina estampa y maneras educadas.

San José Insurgentes estaba representada por los hermanos Aguirre —Billy, guapo y varonil en el estilo de Gary Cooper, y Jorge, la Teoría, horroroso el pobrecito, con sus lentes de botella y un acné despotricado—; los Arana García —José Luis júnior, *el Falso*, y Eduardo, hijos del licenciado nicaragüense a

quien apodaban *Victor Hugo* por haber procreado a *Los Miserables*, y sobrinos del subteniente piloto aviador Guillermo García Ramos, que a bordo de un avión caza P-47D del Escuadrón 201, bautizado con el nombre de *Águilas Aztecas*, de la Fuerza Aérea Mexicana, combatió en el Pacífico, a la par que el capitán Radamés Gaxiola, a los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial—, y también por Gabriel Monterrubio, *Viborín*, siempre vestido con atuendo de *cowboy* y con un rostro impávido que calcaba al del actor francés Alain Delon, al que su actuación en el film *Rocco y sus hermanos* lo había consagrado como *sex symbol* de la pantalla.

Una nómina nutrida, la de esa colonia en la que se reunían, además de los citados: Guillermo Zambrano, alias *el Amarillo*, quien desde chiquillo se parecía a Ernest Hemingway y más conforme fue creciendo; Pancho Artigas júnior, neurótico, exigente, informado siempre de lo que estaba de moda entre los niños popis; Javier Elizalde, llamado *el Cocodrilo* debido a la dimensión de sus quijadas y cuyo mejor atributo eran unas hermanas preciosas —Gloria y Graciela— que, como la mayoría de las chicas de ese rumbo, estudiaban en el Colegio del Sagrado Corazón, localizado frente al Parque de la Bola, o en el Instituto Miguel Ángel de la colonia Del Valle; Carlos Cárdenas y el sinaloense *Coco* Covarrubias, que no soltaban las manos de Gaby y Patricia Blázquez, hermanas de Miguel, ni para lavarse las propias; y Nacho Cobo, *el Mormón*, púgil aguerrido que pasaba muchas horas entrenando en el gimnasio para competir en el concurso boxístico de los Guantes de Oro y que, aunque parezca un dislate, aún sin haber cumplido quince años se interesaba en los movimientos bursátiles de la Bolsa de Valores.

Miembros asimismo del grupo eran los hermanos Martín, Francisco y Enrique Giménez Jimeno, que vivían en una casa solariega en la calle de Ángel, rodeados de personajes ilustres: Jorge Negrete y María Félix, que quizá como un guiño de promiscuidad compartían una pequeña glorieta con la casa del músico poeta Agustín Lara; el licenciado Arturo González de Cosío, queretano con ínfulas de gobernador o de secretario de Estado; los procónsules de la familia Hernández Pons, dueños de las fábricas de alimentos enlatados y jugos de verduras envasados que se vendían bajo el sello de la marca Herdez, mismos que competían en el mercado con los Productos del Fuerte, empresa que manejaba un *jingle* publicitario pegajoso y divertido que se tocaba en las estaciones de la radio: *Estaban los tomatitos / muy contentitos / cuando llegó el verdugo / a hacerlos jugo. / «¡No me importa la muerte!» / dicen a coro / «si muero con decoro / en los productos del Fuerte»*.

Los hermanos Giménez, en especial Enrique, alias *el Cha-cha-cha*, fueron el vínculo del grupo con otros muchachos de la colonia, siempre mayores y que, como *Quico* Vélez, *el Superratón* Víctor Mancilla y los terroríficos Paco y Memo Gaitán, formaban la pandilla de Los Gatunos, que se distinguía por su fiereza desalmada y por haber madreado a otras bandas aguerridas procedentes

de la colonia Roma, la Condesa y otros lugares de la ciudad de fama sospechosa en los que, como dice la canción, *la vida no vale nada*. Famosos fueron los agarrones protagonizados en el vestíbulo del cine Metropólitan, a un lado del bellísimo piano de cola de color blanco, por estos cafres que, armados con boxers de metal, manoplas y pequeños garrotes, se atizaban hasta que la sangre llegaba al río y la chota hacía su aparición para meterlos al orden a base de toletazos y, a bordo de la julia —camioneta-crujía—, llevarlos a las bartolinas de la Sexta Delegación de Policía, en las calles de Revillagigedo.

Sin embargo, bajo circunstancias especiales y con el objeto de repeler a los granaderos de la policía, estas pandillas solían unirse en un frente común, tal y como sucedió en el Cine de las Américas el día que se proyectó por primera vez en la ciudad la película de James Dean *Rebelde sin causa*. Una película excepcional que retrata los conflictos de los jóvenes con el principio de autoridad, con sus familias disfuncionales, con el abuso sexual de las jovencitas desamparadas, con la embriaguez de los adultos, y las respuestas que éstos buscan desesperadamente mediante la ejecución de acciones con las que ponen en peligro sus vidas. Ejemplos que venían muy al pelo para que los adolescentes mexicanos los hicieran suyos y tomaran la rebeldía como emblema para su existencia, misma que normaría su conducta.

Nadie supo a ciencia cierta qué fue lo que propició el vandalismo: si un pleito entre dos fulanos, si la falta de respeto a las jovencitas que miraban con arrobo los sucesos de la cinta, si una mentada de madre al cácaro porque no se escuchaba el sonido; el caso es que en un santiamén se desató una batalla campal de proporciones mayúsculas. Los descontones se atizaron a la orden del día. Las patadas a los güevos con una contundencia rotunda. Narices y bocas reventadas. Comenzaron a desbaratar las filas de los asientos, a usar los descansabrazos como armas de combate, las botellas de los refrescos a manera de proyectiles, los gritos feroces para amedrentar al prójimo. Los asistentes que habían ocupado las galerías, las gayolas, de la parte superior de la sala cinematográfica arrojaron una hilera de asientos a la parte de abajo y aplastaron a quienes no pudieron quitarse a tiempo.

De pronto entraron los granaderos con la consigna de golpear a los jóvenes sin hacer distinciones de sexo, religión o credo político. Todos por parejo. Se inició la estampida y salieron a la calle para ir a caer derechito en las jaulas —esta vez fueron varias— de las julias, donde se les golpeó sin consideración alguna y se les trasladó a las crujías de varias delegaciones.

Gastón salió con la nariz fracturada. Jorge Hammeken con un brazo dislocado, los hermanos Giménez con los nudillos hechos papilla, el Flaco, Manolo y los Ibarra con las ropa desgarrada y los testículos inflamados. No se dio el caso de uno solo que saliera ileso. Algunos lograron escapar y en el camino apedrearon dos o tres escaparates. Un fenómeno social que las autoridades no podían entender y menos los mentores, muchos de los cuales

pagarían las consecuencias de una lección fílmica que haría cambiar radicalmente las actitudes de sus hijos.

Durante la semana siguiente los miembros del grupo de Cordobanes comenzaron a reunirse y a manifestar su inconformidad ante las reglas impuestas por las familias de la alta burguesía que los obligaban a comportarse como «personas decentes» y acatar un estricto protocolo con una sumisión perruna.

—¡Ya no tolero a mi padre! —decía Javier Elizalde—. Cada vez es más estricto y se niega a darme permiso para jugar beisbol. El otro día estuvo a punto de darme una bofetada dizque porque soy un majadero y un rezongón.

—¿Y qué hiciste? —preguntaba alguno.

—Cerré los puños y le grité «¡A ver, atrévete!».

—¿Y?

—¡Se puso de color morado y se largó de mi cuarto dando un portazo!

Como él, muchos comenzaron a manifestar una rebeldía patente. Se volvieron insolentes, contestatarios. Las reglas de cortesía fueron relegadas al tambo de la basura. Descuidaron sus estudios e incorporaron a sus hábitos cierta vagancia que para los adultos resultaba repugnante. Gastón júnior dio por imitar las actitudes de James Dean y Sal Mineo en la película y se paseaba por las habitaciones de la casa provocando escándalo en sus hermanas, vestido con unos *jeans* y una camiseta blanca que nunca antes se hubiese atrevido a usar. Hablaba por el colmillo sin mirar a nadie a los ojos. Traía, como el Jefe y el Flaco Gamoneda, un mondadientes prendido a los labios y en la cocina —había dejado de acudir al comedor— pasmaba a las sirvientas bebiendo la leche a pico de las botellas de vidrio. Asimismo, hacía cosas estrafalarias, como embadurnar las paredes de su recámara con pintura de colores chillantes; desenrollar los carretes de papel higiénico y dejar serpentinas por toda la casa; aventar su ropa al desgaire sin cuidarse de doblarla y guardarla, como siempre lo había hecho, en los cajones de su clóset; y todo para llamar la atención de unos padres que, para bien o para mal, lo ignoraban y lo mantenían en un impreciso abandono.

El tiempo que llevaban juntos y la frecuencia diaria con que se reunían habían propiciado entre los jóvenes del grupo de Cordobanes una empatía mimética casi fraternal. Ahí Gastón había encontrado un refugio que le permitía resolver sus conflictos emocionales y le daba un sentido de pertenencia que lo anclaba en el mundo y le proporcionaba un sentido gratificante de la vida. Ahí se sabía aceptado, seguro y con la confianza de que nadie osaría defraudarlo. Por ello, los desafíos familiares fueron relegados a un segundo plano y dejaron de tener importancia. Gastón se transformó en un rebelde *con* causa.

Al amparo de la condescendencia de la madre de Billy Aguirre, *doña Morticia* —apodo derivado del programa de televisión, todavía en blanco y

negro, llamado *Los locos Addams*—, quien les permitía entrar y salir de su casa como les viniese en gana y, además, los dejaba fumar, los jóvenes inventaban procederes comunes que, en alguna forma, los unificaban. A raíz de que vieran la película *Rebelde sin causa* y otra más llamada *West Side Story*, y por iniciativa de Manolo, Pancho Artigas y Juan Peña, decidieron adoptar un atuendo que los identificara con los actores y les proporcionara un aspecto que no sólo les serviría para significarse sino para atraer a las chicas.

Consiguieron una peluquería donde les cortaran el pelo a todos parejo: copete elevado sobre la frente, a los lados el cabello embarrado y fijado con brillantina Glostora o con una crema de marca Wildroot que acababa de salir a la venta. Loción Old Spice o English Leather o, si andaban cortos de dinero, la famosa Siete Machos.

Por supuesto, no todos se vieron agraciados. Algunos quedaron con cara de guajolote; otros, los que tenían orejas prominentes, semejantes al elefantito *Dumbo* de la cinta de Walt Disney; los de cabello rizado como negros de Chicago; y sólo unos cuantos, muy pocos, Gastón, Billy y Benjamín Ibarra, se vieron beneficiados. Sin embargo, todos se sentían soñados, debido a la alta estima que tenían de sí mismos.

Luego, no podían haber hecho menos, unos por el lado izquierdo, otros por el derecho, se dirigieron a las tiendas de ropa Macazaga donde compraron camisas blancas de la marca Arrow, pantalones de lana de color gris rata, zapatos Hush Puppies en tonos beige y tabaco, y lo mejor y más atractivo: suéteres reversibles tejidos en máquina con nailon o alguna otra fibra sintética en colores rojo y negro, y con un cuello que podían levantar por detrás.

—¡Ay, nenotes! —exclamó el Jefe tan pronto los vio vestidos con sus nuevas prendas—. ¡No sé si parecen muñequitos de pastel de bodas o pachucos de una película de Tin Tan!

—¡Pinche envidioso! —respondieron unos y con un desplante de desprecio lo dejaron plantado.

Algo tenían que hacer para lucir su nueva fisonomía. Julio Ituarte, Gozo y otros más de la calle de Recreo, tomaron sus bicicletas y se lanzaron a recorrer los bordos del río de Churubusco que se había empezado a entubar por órdenes del regente de la ciudad, don Ernesto P. Uruchurtu, pero que aún conservaba tramos ideales para correr sin peligro y, al mismo tiempo, hacer competencias. Asimismo, hicieron acto de presencia en las instalaciones deportivas del Club España, levantadas sobre la Avenida de los Insurgentes, poco más al sur de donde estaba la mansión de Fernando Casas Alemán y a la altura de la juguetería ARA, a fin de jugar frontenis, boliche, futbol y, si se daba la ocasión, departir con las guapas hermanas Villanueva, una de las cuales, quizá la mayor, era novia formal de Hilario Rivas H., aunque no tenía empacho en prodigar sus labios y dar besos de lengüita a aquellos que le gustaban.

En cambio, Manolo, Gastón, el Flaco y Óscar, que tenían más mundo o eran más pervertidos, decidieron ir a lucirse a la Feria de las Flores, donde era probable anduviesen muchas chicas de perifollo en los andadores y, dentro de las carpas, levantadas ex profeso, mujeres de la vida alegre dispuestas a enseñar aquellas partes candentes de sus cuerpos ondulantes.

La Feria de las Flores se montaba cada año para satisfacer los gustos de todos sus visitantes. En ella los niños podían disfrutar comiendo algodones de azúcar batida, merengues de mil colores, chicharrones de harina con limón, sal y chile piquín; tirando aros o bolas de madera en los puestos de baratijas y ganar, por sólo diez centavos, un muñeco de peluche, un artículo de cerámica, un soldadito de plomo, una regadera o un plato de peltre y muchas otras chucherías. Las mujeres, en particular las señoras casadas, adquirían adornos florales, racimos de flores y frutas secas para adornar sus hogares, así como manteles, carpetas, baberos, mandiles y una gama extensa de prendas bordadas en punto de cruz o con encajes primorosos para incrementar el ornato de sus recámaras, comedores y salitas de estar. Los hombres no compraban nada para sí; ellos se concretaban a pagar los consumos de sus familiares y, sólo cuando éstos se retiraban al caer la noche, se metían a algún garito para jugar a las cartas, la ruleta y echarse unos alipuses que les daban el valor para colarse en las carpas, ocupar un silla y, comenzado el espectáculo, gritar a las tipas que, mediante contoneos, exhibían su carne: «¡Pelos, mamacita, enséñanos la pelusa de tu monte de Venus!», y otras procacidades.

Los adolescentes, era obvio, no tenían acceso a las carpas; en primer lugar porque no contaban con dinero para pagar la entrada, y en segundo porque estaba prohibido por los bandos de moral y salud pública que, por órdenes de Uruchurtu, expedía el Departamento del Distrito Federal. Sin embargo, Óscar y Julián, expertos en artimañas, conocían los puntos flacos de las carpas y los agujeros a través de los cuales podían asomarse y echar un vistazo, harto sabroso, al interior de las mismas.

Gastón y Manolo no tuvieron que esforzarse mucho para encontrar uno de aquellos sitios descosidos, rotos o desgarrados en las lonas e introducir sus narices. Quedaron, una vez que lograron enfocar las pupilas, embelesados. Los amplios escotes, las piernas y nalgas cubiertas con medias de malla, los tacones que hacían resaltar las pantorrillas y elevar los glúteos como si fuesen almohadas de turco, se convirtieron en estampas eróticas que, en un santiamén, desbordaron su imaginación y con ello su lascivia.

—¡Fíjate en la güera, Gastón! —exhalaba Manolo con un suspiro enervante —. ¡Mira qué tetas, hermano…!

—¡Y qué pompas! —interrumpía Suplice con los ojos desorbitados—. ¡Mira, mira, tiene un agujero en la malla! ¡Se le ve la carne rosada! ¡Tiene pecas en una nalga! ¡Está buenísima!

—¡Seguramente coge como pantera! ¡Se te echa encima y te desgarra con

sus uñas! ¡Ah, mamacita, yo te chupo la panocha, la cola, todo! ¡Ahhhh!

—¡No grites, buey, que nos van a cachar y a sacar por los pelos!

—¡Es que ya me vine, Gastón!

—¡Está bien, pero no grites!

Se desprendían de ahí con los puños crispados y los chones embarrados; inmersos en una ansiedad que les sacaba los chamucos que traían en el alma. Se reunían con los demás y, si encontraban rivales de su edad, les buscaban camorra.

—¿Qué me vez, buey? —interpelaban con gestos de pocos amigos y en posición de combate.

—¡La cara de pendejo con la que te parió tu reputísima madre! —era la respuesta.

Con eso bastaba para que se arriaran a matacaballo. Puños y piernas en un remolino. Mole rojo y lamparones que les dejaban la cara como chiles en nogada. Muelas trabadas, miradas que matan… Empero, no se lastimaban con gravedad, sólo rasguños, chipotes con sangre y moretones que no llegaban a ser lesiones tipificadas en el Código Penal. Mantenían ciertas reglas que era muy mal visto si se transgredían: jamás patear al caído, evitar los descontones, no usar botellas de vidrio, ni palos, ni cachiporras; en fin, evitar el abuso y la cobardía.

La Feria de las Flores tenía sus secuelas. Al día siguiente, si habían ido en domingo, se presentaban en bola a la salida de los colegios de niñas. Ahí, parados frente a la reja del Sagrado Corazón o del Regina con cara de *cowboys* o gánsteres enfadados, mostraban con ostentación el ojo morado, la nariz aplastada, o el brazo con un cabestrillo, para que las hermanas Compeán, las Makuset, las Arana, las Vélez, las Monterrubio, las Loaeza Tovar, las Tamborrel y las Diener, entre previos cuchicheos, preguntaran: «¿Qué te pasó, Manolo?», «¿Quién te rompió la nariz, Óscar?», y, como solían decir, pegaran su chicle.

¿Rebeldes? Algo, pero faltaba tiempo para que adquirieran ese rango con sus implicaciones profundas. Más bien eran unos cabroncetes traviesos. El Regente de Hierro los traía cortitos, a ellos y a todos los ciudadanos. Nada de pasarse de listos o de infringir los reglamentos. Se impusieron varias medidas para controlarlos: sin excepción, a menos que no sacaran bola negra en el concurso previo, todos los jóvenes mexicanos debían prestar el Servicio Militar obligatorio, jurar a la bandera y obtener su cartilla; la edad para poder conducir un vehículo de motor se fijó en los dieciocho años; se censuraron y catalogaron las películas por la edad de los asistentes; fue cerrada la mayoría de los prostíbulos; se acuñó el término *menores de edad* y con ello se jodieron quienes no habían pasado de la pubertad.

Los ojos vigilantes del presidente Ruiz Cortines y de los miembros de su gabinete abarcaban los rincones más insospechados de la realidad social. No

era extraño encontrarlo en compañía de Antonio Ortiz Mena, director del Seguro Social, en la calle del Factor para vigilar los precios del pan y la tortilla, a fin de que los comerciantes no abusaran. Tampoco inspeccionando los mercados de la Merced, de San Juan, de Sonora, de Peralvillo o el Rastro de Ferrería, tomado del brazo de Ignacio Morones Prieto, secretario de Salubridad, y seguido por Antonio Carrillo Flores, de Hacienda, y Ernesto P. Uruchurtu, con el objeto de verificar la higiene de los establecimientos, la frescura de verduras, legumbres y cárnicos, su procedencia de origen, así como las reglas de su mercadeo, entre las que eran importantes las pesas y medidas que arrojaban las balanzas, los puñados y puñitos, y muchas arrobas que más parecían jorobas para joder al marchante o a la marchantita. «¡Nada de cachirulos, señores!»

Adolfo Ruiz Cortines había hecho una radiografía del país que era preocupante si no se atendían las demandas sociales más acuciantes: «¡Somos todavía un país muy pobre! El cuarenta y dos por ciento de los mexicanos es analfabeta; diecinueve millones de campesinos viven al margen del progreso; el sesenta por ciento de la población percibe apenas la quinta parte del ingreso nacional...». Un desequilibrio humillante que los padres de los jóvenes de la oligarquía soslayaban con expresiones de desprecio, a la vez que metían las garras en las bolsas del dinero que producían sus negocios al amparo de un Estado complaciente y, por demás, corrupto.

Era necesario que las cosas cambiaran y el presidente tomó algunas medidas que, a juicio de los expertos, iban en la dirección correcta. Devaluó el peso de 8.50 a 12.50 por dólar a fin de poder continuar con la aceleración económica impulsada por su antecesor. Inició el programa *Marcha al mar* para incorporar a los pescadores y las flotas pesqueras, tanto en sus beneficios como en sus aportaciones, a la economía nacional. Con el apoyo de Antonio Ortiz Mena llevó el Seguro Social a todo el país, lo hizo extensivo a los campesinos y exigió que no hubiese dispendio del gasto médico y medicinas, y que se aseguraran los recursos para las pensiones de los incapacitados y jubilados. Junto con el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, *Ike* Eisenhower, inauguró la Presa Falcón con el objeto de irrigar grandes extensiones de tierras fronterizas e incorporarlas a la agricultura.

A pesar de sus muchas inquietudes, Gastón júnior no perdía la pista de su gestión y cada vez se volvía más crítico respecto de la postura ideológica de su padre y de los empresarios de que se rodeaba. «¡Son, al igual que los curas, unos capitalistas de mierda!», pensaba mientras estudiaba Historia de México en un texto de Lucas Alamán que las autoridades del colegio habían escogido porque coincidía con sus ideas conservadoras y reaccionarias, y que a él le resultaban poco satisfactorias. Pensamiento que compartía con los amigos que, como Jorge Hammeken, Óscar Culhuac, Tomás O'Gorman, Julio Ituarte y Enrique Giménez, tenían más cacumen y se preocupaban por asimilar las ideas

progresistas que pescaban al desgaire.

Las discusiones entre ellos llegaban a ser álgidas. El derecho de voto concedido a las mujeres, mediante la iniciativa presidencial para reformar los artículos 34 y 115 de la Constitución y otorgarles la plenitud de sus derechos políticos fue aplaudido por unos y rechazado por otros.

—¿Pero cómo está eso de que las viejas ya pueden votar? —soltaba Jorge Aguirre con la intención de encender los ánimos.

—¡Pues claro que sí! ¡Ya era hora! —respondía Hammeken a botepronto—. ¡Es un derecho que les han negado los reaccionarios y los timoratos de este país con argumentos idiotas! ¡Mi abuela sueca comenzó a votar en los años veinte!

—Como la mayoría son bien mochas, los gobiernos liberales siempre han pensado que pueden ser influidas por los curas y asociarse a sus posturas retrógradas —intervenía Gastón con el dedo levantado—, lo que podría detener el progreso ideológico de los mexicanos.

—¡Puras pendejadas para impedir su libertad y asegurar las cadenas con que los hombres las tienen atadas! —reclamaba Tomás O'Gorman, cuya ascendencia británica le hacía hervir la sangre—. Los presidentes anteriores a éste fueron unos ignorantes que no conocieron ni por el forro los movimientos sufragistas de las inglesas a principios de siglo.

—¡Ruiz Cortines es un chingón! —afirmaba Óscar—. Les dio madruguete a los del PAN que pretendían lo mismo y se quedó con la gloria de ser el presidente que igualó a los dos sexos en los quehaceres de la polaca.

—Vamos a ver los resultados de esta medida en las próximas elecciones en el estado de Yucatán, en las que va a contender Elvia, la hermana de Carrillo Puerto, la famosa *Monja Roja*, para una diputación federal —apuntaba Ituarte con seriedad.

—¡Pues sí! ¡Vamos a ver qué sucede cuando las viejarronas que salen en las películas quieran ser senadoras o las rumberas o las exóticas como la Tongolele se apoderen de las curules! —metía su cuchara Pancho Giménez para hacerse el gracioso y provocar una desbanda porque el tema lo tenía aburrido.

La música de Billy Haley, Chuck Berry, Elvis Presley y otros pioneros del *rock and roll* era la cadencia adecuada para que los jóvenes vivieran en el frenesí epiléptico de bailes que a los adultos les parecían desquiciados. También, para que cada temporada se involucraran en los partidos de futbol americano que sostenían los equipos de la UNAM y del Instituto Politécnico Nacional. *Pumas* contra *Burros*, blancos o rojos, en la cancha; gente decente contra pelados, proletarios indecentes, en las gradas y en los terrenos adyacentes al estadio. «Goyas», «cachunes», «güelums» y otras invenciones fonéticas se escuchaban a todas horas en los campus universitarios. La división de clases se hacía notable. Los güeros, riquillos y bien trajeados, que estudiaban profesiones libres —abogacía, medicina, ingeniería, arquitectura, contaduría, filosofía y letras— no podían compararse, y lo demostraban con

desprecio, con los hijos de los obreros, de los burócratas de tercera, con aquellos a los que no les quedaba más recurso que acogerse al aprendizaje de oficios técnicos —electricistas, plomeros, carpinteros, soldadores, por nombrar unos cuantos— y siempre querían ganarles en el terreno de juego donde el primero y diez daba comienzo a un enfrentamiento deportivo que se volvería ancestral y definiría en muchos casos las relaciones obrero-patronales y los sentimientos de una población dividida por un capitalismo que aún no se volvía salvaje.

El poder presidencial y la influencia del partido en el gobierno habían alcanzado su apogeo. Las fuerzas vivas de la Revolución, que eran pilares del PRI y lo mantenían en la cúspide contra viento y marea, se fortalecieron con la creación de la Confederación de Trabajadores de México, la CTM, por su líder sindical Fidel Velázquez, en la que aglutinó a la anarquista CGT y la CROM del viejo líder Luis N. Morones. A partir de ese momento «el Partido de la Revolución —en palabras de Gabriel Leyva— proclamó que el pueblo era su guía, la Constitución su lema y Adolfo Ruiz Cortines su bandera».

El regente Uruchurtu, duro e intransigente para otorgar permisos de nuevas urbanizaciones, seguramente por la influencia de periodistas del más alto nivel como Regino Hernández Llergo, Gilberto Figueroa, José Pagés Llergo y Miguel Lanz Duret, autorizó la creación del fraccionamiento Pedregal de Carrasco, que se destinaría a dotar de vivienda a los articulistas, redactores y empleados de los periódicos y revistas, como *Siempre!*, que se publicaban en la ciudad. Sin embargo, él no sabía —porque no había leído la obra de Eugenio Sue, *Los misterios de París*—, y nunca supo, que en las entrañas de las calles, por debajo de las atarjeas, más o menos a cinco o siete metros de profundidad, se establecería un comercio sexual clandestino, desenfrenado y bullanguero, mismo que fue descubierto en beneficio de sus cuates por Julián el Flaco Gamoneda:

—¡Los voy a llevar a las catacumbas del placer! —anunció la tarde de un jueves—. El sábado por la mañana —agregó con la puntualidad de un cartógrafo— nos vamos en las bicicletas a la avenida Taxqueña y la recorremos, a partir de su unión con Insurgentes sur, hacia el oriente. El lugar no está muy lejos. Son como dos o tres cuadras después de cruzar la Avenida Universidad.

Siete muchachos, uno detrás de otro, partieron de Cordobanes. Una hora después estaban parados frente a la tapa enorme de una coladera localizada en un predio extenso en el que todavía no se construía casa alguna.

—¡Ayúdenme a levantar la tapa! —ordenó el Flaco—. Tengan cuidado al bajar por los escalones de varilla, están resbalosos y no vayan a darse un madrazo —advirtió.

Descendieron y se reunieron en la oquedad que estaba debajo. José Luis Arana y Jorge Ibarra temblaban de frío. No habían tenido la precaución de

traer un suéter. La penumbra reinante apenas dejaba ver los dientes en la sonrisa de Billy. Gastón llevaba pantalones cortos y unas medias inglesas con rombos de colores que, si bien eran elegantes, no le servían para proteger las piernas. Julián los guio por el interior de los gigantescos tubos del drenaje. Despacio, y en fila india, caminaron quince minutos hasta que, a lo lejos, divisaron una luz parpadeante y escucharon el sonido de una melodía que tenía acordes orientales.

—¿Adónde nos llevas, Flaco? —preguntó Arana, dejando traslucir su miedo.

Gamoneda lo ignoró y le dio un empellón en la espalda. —¡Camina, buey!

Llegaron, por fin, a un espacio de regular tamaño donde convergían varios tubos. Una lumbrera grande, en la que fueron recibidos por una mujer alta, regordeta, con facciones agraciadas, cabello negro espeso, y ataviada al igual que una gitana, quien les aplaudió y mostró alegría al darles la bienvenida.

—¡Pasen, pasen querubines! —dijo feliz por su compañía—. Aprecio que me vengan a ver, pues ya me sentía solita.

Los chicos la saludaron de mano. Ella les propinó varios besos. —Me llamo Rosario, como la musa del poema de Manuel Acuña —dijo con una sonrisa—, pero cuando se exhiba la película *Zorba, el griego*, con el actor Anthony Quinn, se me conocerá con el remoquete de *Bubulina*...

El aposento *sui generis* de Bubulina estaba decorado con algunas alfombras que colgaban de las paredes y una, a todas luces persa por sus colores y entramado, de tamaño enorme se extendía en el suelo. Un par de sahumerios humeaban en los rincones. Un narguile compartía una tarima con una cítara, un laúd, dos panderos y un par de castañuelas. Muchos cojines de brocado oriental estaban desparramados. Tienda árabe que podía ser marco de cualquiera de los cuentos de *Las mil y una noches*.

Bubulina chupeteó el narguile, aspiró profundamente e inició un baile mediante el movimiento cadencioso de sus caderas. Los jóvenes tomaron asiento sobre los almohadones. El calor de su cuerpo fue envolviendo a los muchachos y se sintieron inquietos. Dos giros y sus pechos brotaron como girasoles. Sus pezones, morenos y abultados como si fuesen uvas, refulgieron frente a los ojos del *Chaparro* Arana. Éste quiso atraparlos y extendió las manos. Un manotazo del Flaco lo obligó a retirarlas. —¡Cobra quince pesos por palo y no da cachucha! —advirtió enseguida—. Ahora que si eres quinto, puede que te lo rebaje a cinco...

José Luis Arana rebuscó en sus bolsillos, miró a los demás con alegría y declaró: —¡Tengo siete y todavía no me desquinto!

Bubulina, sin inmutarse, continuó bailando. Tomó un pandero y lo agitó con fuerza. Sus tetas cantaron al unísono. Arana comenzó a sudar, más cuando ella se levantó la falda y le mostró el felpudo que tenía en la entrepierna.

El Chaparrito no pudo soportar más tiempo. Sacó su tolete por entre los

pliegues de la bragueta y se le arrojó encima igual que un mapache tras un zapote prieto. Bubulina lo ayudó a ensartarse para evitar que se viniese en seco o encima de sus percales. El coito duró cuarenta y dos segundos. Los demás hicieron turno. Bubulina recaudó dieciocho pesos con treinta y cinco centavos. Cuando los muchachos salieron de las entrañas de la tierra a la luz del día no sólo estaban felices por la satisfacción obtenida, sino orgullosos por haberse convertido en hombres gracias a las habilidades de aquella noble hetaira que iban a recordar por el resto de sus días.

A partir de esa experiencia su anatomía iba a disfrutar de muchos movimientos telúricos, tantos que por simbiosis contagiarían a la Ciudad de México que, durante la madrugada —2:44 a.m.— del 28 de julio de 1957, se sacudió terriblemente bajo los efectos de un terremoto de 7.7 grados en la escala de Richter, cuyo epicentro se localizó en Acapulco, Guerrero.

«¡El temblor me agarró dormido! ¡Estaba soñando con *fulanita de tal*, cuando de pronto la cama comenzó a brincar, salí disparado y fui a darme de cabeza contra la puerta del cuarto!», era el comentario recurrente entre los boy scouts que a las ocho de la mañana, convocados por Felipe Ochoa, ya estaban reunidos en el recinto del Grupo Once.

—¡Tenemos que colaborar con la Cruz Roja en el rescate y auxilio de las personas atrapadas bajo los escombros de los edificios que, como el Rioma, se colapsaron! —anunció Felipe con el rostro pálido y una voz jadeante—. Hay muchos heridos y muertos que están siendo trasladados a hospitales públicos y privados.

Armando González y su hermano Chucho separaron a los muchachos en sus respectivas patrullas. Federico Loefler repartió impresos con las rutas críticas y les dio instrucciones. Manolo Beltrán entregó paquetes de primeros auxilios que, entre otros medicamentos, contenían picrato de butesín —una pomada espesa de color amarillo y olor nauseabundo— para que lo aplicaran en las llagas de aquellos que hubiesen resultado quemados. La patrulla Linces quedó fragmentada en tres pequeños cuadros. Gastón júnior, el Gordo Ibarra y la Teoría deberían recorrer la parte sur de la colonia Roma y la colonia Juárez, en la zona cercana a la Columna de la Independencia.

Uniformados con su vestimenta tradicional para que fueran reconocidos y les dieran facilidades, los jóvenes partieron de Cordobanes a bordo de sus bicicletas. Al llegar a su primer destino encontraron un panorama desolador. Sólo en la plaza de Río de Janeiro, dos edificios y tres casas estaban colapsados. Los escombros, derramados sobre las banquetas, eran testigos mudos de la muerte y desolación. Los equipos de rescate que se improvisaron momentos después de que sucediera el terremoto quitaban piedras, vigas, vidrios y estructuras metálicas con la mayor velocidad posible esperando todavía encontrar algunos sobrevivientes. El ulular de las sirenas de las ambulancias era el canto fúnebre para los cadáveres que iban apareciendo en

condiciones horrorosas. Gastón sufrió un vahído, pero se repuso pronto.

Metieron las manos entre los cascotes y escarbaron con desesperación sin encontrar otra cosa que no fuesen ladrillos mezclados con polvo. A un costado, uno de los rescatistas pudo extraer el cuerpo derrengado de un perro que jadeaba a punto de expirar. Gemía con un tono lastimero y mantenía los ojos abiertos. Los muchachos pudieron ver en su mirada una tristeza infinita que se les metió en el alma. Los tres se cimbraron. Nunca antes habían enfrentado el dolor a flor de piel y su reacción ante el hecho no hizo más que llamar la atención de los hombres que, como si fuesen topos, entraban y salían por la oquedades que habían abierto para perpetrar los rescates.

—¡Váyanse a otro lado, muchachos! —dijo el topo que actuaba en calidad de jefe—. ¡Ésta es una tarea para hombres hechos y derechos! No quiero que se me desmayen y perder el tiempo atendiéndolos. Miren —se dirigió a Gastón—, aquí cerca está el hospital de la Cruz Verde, a una cuadra de la avenida Oaxaca, y ahí podrán ser más útiles.

Las salas del hospital de la Cruz Verde estaban atestadas de moribundos y heridos. Semejaba un hospital de campaña. Médicos y enfermeras se afanaban para atenderlos con la mayor rapidez posible. Cánulas, vendas, camillas, sondas y otros artefactos quirúrgicos jugaban el papel de una escenografía macabra donde los actores gesticulaban, corrían y proferían órdenes a grito pelado: —¡Aquí —bramaba un doctor—, aquí necesito gasas, antisépticos y unas jeringas! ¡Acá espátulas, bisturís y suero antitetánico! ¡Enfermera, enfermera!

Los jóvenes boy scouts fueron desplazados hasta los rincones donde estaban apiñados aquellos que habían resultado quemados. Las explosiones de los tanques de gas, calentadores y estufas colocados en las viviendas derrumbadas por el sismo habían sido terribles. Jorge Ibarra reconoció a un compañero de trabajo de su tío Mario en los almacenes del Puerto de Liverpool y, después de vencer el asco que le provocaban sus pústulas, se dedicó a consolarlo y a auxiliar a la enfermera que hacía hasta lo imposible por calmarlo con inyecciones de morfina. Gastón y la Teoría, cada cual por su lado y bajo las instrucciones que les daba un médico, se dedicaron a aplicar pomadas, el famoso picrato y otros medicamentos a diestra y siniestra.

Decidieron retirarse del nosocomio pasada la media tarde. Pedalearon duro para llegar hasta donde estaban los restos del Ángel caído y asombrarse con los fragmentos desperdigados en la base del monumento y el asfalto del Paseo de la Reforma. Muchos ciudadanos, al igual que ellos, recorrían la glorieta del Altar de la Patria a fin de atestiguar los destrozos que la columna-pedestal había sufrido.

—¡Qué chingadazo se dio! —declaró Gastón, montado a horcajadas sobre el cuadro de su bicicleta—. A Hilario Rivas Hayles le va a dar un infarto cuando vea cómo quedó aplastada la cara de bronce de su tía María Antonieta

Rivas Mercado, quien fuera la modelo que utilizó su padre, el arquitecto Antonio Rivas Mercado, para esculpir el rostro del Ángel.

La Ciudad de México estuvo conmocionada durante varios días. El saldo oficial de setecientos muertos y dos mil quinientos heridos quedó como una fractura espeluznante, difícil de digerir y más de olvidar, en la conciencia nacional.

Gastón, Manolo, Billy, el Jefe y muchos otros scouts de diferentes grupos estuvieron involucrados, durante varios días, en el acopio de ropa, alimentos y medicamentos que se concentraron en los patios de la Cruz Roja, localizados en la colonia Polanco, sobre la avenida Ejército Nacional.

Ahí, confundidas con el pueblo solidario de México, muchas damas ricas de las Lomas —entre ellas la madre de Gastón júnior y sus amigas de apellidos rimbombantes— y demás colonias de postín, acudieron a bordo de sus automóviles de lujo para entregar las donaciones hechas por sus maridos empresarios y llevar a su servidumbre para que donaran la sangre que necesitaban los damnificados.

—¡Mi sangre ni de relajo se la doy a esos pelados! —declaró doña Concheta Tovar y Longoria con la nariz respingada—. Para eso están mis criadas, esas indias robustas que me traje de Oaxaca a las que ordené que se dejaran pinchar las venas. Vieran cómo se portaron y aguantaron la friega. ¡No cabe duda de que los mexicanos son bien estoicos! —Todas las señoras estuvieron de acuerdo y, sin rechistar, siguieron su ejemplo.

Gastón Suplice júnior terminó el bachillerato con buenas calificaciones. La ceremonia de graduación, además de solemne, fue muy entretenida. El patio del colegio a reventar con la presencia de los familiares. Doña Matilde Creel y Zuinaga, elegante y un tanto distraída con el recuento de las señoronas que conocía o le imponían respeto, se mostraba, sin embargo, oronda. Un pavo real más entre la parvada. Don Gastón padre, como siempre, ausente.

—¡Pudo haber venido! —reclamó el chico—. ¡Soy el primero de sus hijos que se gradúa, mamá!

—Está en una junta muy importante en el Banco de México con don Agustín *Titino* Legorreta, hijito —respondió la madre—. Un asunto de la hacienda de Candilejas. ¡No vayas a creer que no le importas! Tan pronto lleguemos a casa enséñale tus calificaciones, las medallas y el diploma que te dieron.

—¡Le voy a enseñar pura madre, pinche viejo! —rumió Gastón para su coleto.

Pura madre que no le pudo enseñar hasta el día siguiente, cuando su padre, sin permitir que lo interrumpiera en sus múltiples conversaciones telefónicas, se dignó recibirlo en su despacho y prestarle una atención precaria.

—¿Cómo me dice, señor licenciado José Ángel Ceniceros, secretario de Educación...? —escuchó el chico que don Gastón Suplice decía con la voz engolada y la mirada perdida en el artesonado de su despacho, y supo que tendría que soplarse una cháchara que para él sería insustancial, pero que para su padre, quien había iniciado la construcción de varias escuelas primarias, debería ser importante—, ¿... que los maestros, soliviantados por los líderes Othón Salazar y Encarnación Pérez, han convocado a una movilización magisterial en búsqueda de mejoras salariales y el reconocimiento del Movimiento Revolucionario del Magisterio dentro del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación?... ¡Una barbaridad, licenciado Ceniceros! Me parece que estos revoltosos no conocen ni por el forro el contenido de su libro *Educación y mexicanidad,* donde usted plantea una reforma a fondo de la tarea magisterial... ¡Sí, tiene usted razón, son unos izquierdosos de porquería! ¿Y qué medidas tomará el señor presidente Ruiz Cortines?... ¡Ah, qué bueno! ¿La manifestación en el Zócalo será reprimida?... ¿Sí? ¡Magnífico! ¿El regente Uruchurtu tiene listos a sus granaderos para darles leña?... ¡No, pues así se impedirán los disturbios! ¿Y qué con los líderes? ¿Se les encarcelará en Lecumberri?... ¡Mejor que mejor, licenciado Ceniceros!... ¿Lo de las escuelas sigue adelante?... ¡Maravilloso, señor secretario? ¡Ya sabe usted que cuentan conmigo!

Don Gastón colgó el teléfono y se relamió los labios. Las elecciones de 1958 estaban próximas y más le valía quedar bien apalancado. Por fin reparó en la presencia de su hijo y decidió tirarle un hueso: —¿Qué te trae por aquí, muchacho?

Gastón júnior se sintió injuriado. Estuvo a punto de levantarse y retirarse no sin antes mentarle la madre. Sin embargo, se contuvo. —Terminé el bachillerato —dijo como respuesta—. ¡Con muy buenas calificaciones! ¡Estoy listo para matricularme en una universidad!

Su padre lo miró con curiosidad y, sin modificar las líneas de su semblante o el tono de voz, masculló: —¿Una universidad? Tendrá que ser la Iberoamericana que dirigen los jesuitas. ¡No quisiera verte entre los alumnos de la UNAM que, hasta donde sé, son puros grillos y unos vagos de cuarta!

Don Gastón no dijo más. Se quedó callado en espera de lo que su hijo quisiera decirle. El júnior guardó silencio. No sabía qué opinar, sobre todo si a su padre no le importaba un comino qué era lo que quería estudiar; cuál carrera elegir de acuerdo con sus intereses. Cómo definir su destino.

—¡Ya sé lo que vamos a hacer, hijo! —dijo enfático el hombre—. Para que veas que sí me preocupo por ti. El otro día, en un almuerzo en el Club de Banqueros, escuché que se ha puesto de moda mandar a los júniors, antes de que se inscriban en una universidad mexicana, a estudiar en un colegio o academia militar en los Estados Unidos. Ahí podrás aprender el inglés como Dios manda y, además, te harán hombrecito. La disciplina militar es lo mejor

para los jóvenes que se inician en la vida de los adultos… ¡Mira! —tronó, mientras rebuscaba entre los papeles que estaban sobre su escritorio—, aquí tengo algunos folletos con información de varias academias gringas.

El chico miró los folletos con cara de plato. No le significaban mayor cosa y ni siquiera los entendía. Don Gastón, con un aire prepotente y una notoria impaciencia, se abocó a explicarle: —He desechado la Academia Militar de West Point, fundada en 1802 y ubicada en el estado de Nueva York, porque en ella sólo admiten a los descendientes de los próceres americanos y a aquellos que cuentan con una fortuna multimillonaria notable. La *crème* de la *crème,* como quien dice. También a la Saint John Military School, localizada desde 1887 en la 110 West Otis Avenue, en Salinas, Kansas, que está a seis horas de Denver, Colorado, lugar que ya conoces, porque en ella sólo aceptan dos alumnos de procedencia extranjera al año y la cuota ha sido colmada. Creo, pero quiero que revises bien los catálogos, que la mejor opción, por lo pronto, es la New York Military Academy que ofrece algunas ventajas…

—¿Cuáles, papá? ¿Para ti o para mí? —inquirió el joven en tono malhumorado.

—¡Para los dos, Gastoncito! En tu caso, pienso que te resultará agradable saber que no se trata de una academia de castigo como son las que están situadas en Saint Paul, Minnesota, en las que la disciplina es excesiva y se maltrata con lujo de violencia a los muchachos que ingresan en calidad de cadetes. Son más que nada cuarteles adonde son enviados muchachos con problemas severos de conducta y cuyos padres no saben qué hacer con ellos. Con decirte que a uno de los hijos de don Gilberto Flores Muñoz lo regresaron con un brazo roto y todo golpeado…

Gastón júnior quedó impresionado. Sintió la boca seca y la garganta irritada. Imaginó lo que podía esperarle en una institución de esa naturaleza y no le gustó nada. Sin embargo, su estado de ánimo cambió cuando escuchó que su padre decía: —Por eso he escogido una academia más laxa donde se te tratará con cierta benevolencia. Sí, no puedo engañarte, se te va a disciplinar con rigor, pero sin ser maltratado. Otra cosa que es importante que sepas, es que la NYMA es una academia mixta en la que se admite por igual a hombres y mujeres… juntos pero no revueltos. No vayas a creer que en el campus priva la disipación ni que los alumnos celebran orgías cada vez que les viene en gana. Las chicas viven en una sección y los varones en otra. No conozco más detalles, pero eso tendrás que averiguarlo por tu cuenta…

Así como se le planteaban las cosas, el joven no vio el panorama tan negro como había pensado. Empero, continuaba dando vueltas sobre las ventajas que atañían a su padre y quiso, aunque preveía que podían ser brutales, conocerlas.

—¿Los beneficios que voy a recibir, hijo? —dijo el empresario con la misma cadencia que usaba para atender sus negocios—. El costo anual me va a salir en tan sólo treinta mil dólares, que si los comparas con lo que cobran en otras

academias, resulta ser bastante barato. Logré, entre otras ganancias, que te admitan en la rama de caballería sin tener que comprar un caballo ni pagar su manutención. Va incluido en el precio. No me dirás que no es una ganga… Por otro lado, muchachito —añadió el hombre con un matiz amargo—, podré desafanarme de tu presencia y tus cuitas por un par de años. Deberás regresar hecho todo un hombre, con un criterio bien fincado sobre lo que quieres hacer en la vida, y entonces veremos cuál carrera profesional elijo para que hagas tus estudios de acuerdo con mis previsiones. Aunque te parezca extraño, te quiero a mi lado en los negocios que manejo y para que cuides los intereses de la familia.

Gastón júnior entendió. Su padre lo quería convertir en su amanuense, en el chichifo que le cumpliese todos sus caprichos. Un esclavo de cuello blanco que bajo su subordinación fuese su calca y el reflejo de su personalidad atrabiliaria. Sintió una bola de pelos en el estómago que le impidió, por el momento, rebelarse. Tendría que esperar una oportunidad adecuada.

Varios de sus amigos se encontraban bajo circunstancias similares. Era la moda entre los riquillos. Los padres de Manolo Beltrán, Jorge Hammeken, Tomás O'Gorman y Flavio Sánchez Fogarty decidieron enviar a sus hijos a la misma academia militarizada. Viajaron juntos y, con una curiosidad patente mezclada con mil temores, cruzaron las verjas de hierro, el enorme jardín frontero, y se entretuvieron con la presencia sobria y amenazadora de tres tanques de guerra cuyas orugas habían pisado las playas de Normandía y sus cañones disparado contra las casamatas alemanas durante los combates finales de la Segunda Guerra Mundial.

A cada uno se le asignó una barraca y un sargento responsable de su disciplina militar. Todos los días, desde que llegaron, tuvieron que madrugar para asistir a los ejercicios físicos, entrenamiento que duraba cuatro horas, y al mediodía presentarse a las clases de inglés, matemáticas, física y otras materias correspondientes al sistema de *high school* que deberían cursar antes de ingresar, eso si tenían mucha suerte y notas sobresalientes, a un *college* de la Unión Americana.

La vida cotidiana era dura, pesada, llena de deberes y responsabilidades que podían ser asignados caprichosamente, de acuerdo con la apreciación que sus superiores tuviesen de su comportamiento. No era raro que por cualquier tontería, como no acudir a tiempo para formar filas correctamente, no hacer el saludo militar cada vez que se topaban con un superior jerárquico o repetir la fórmula de «¡Sí, señor!», «¡No, señor!» en un tono inaudible, sin la virilidad esperada, fuesen acremente reprendidos y confinados para cumplir con tareas denigrantes, tales como bolear las botas de sargentos y cabos o limpiar los baños y letrinas que los demás dejaban pringados, literalmente, de mierda.

Todos los cadetes de origen mexicano eran objeto de la ojeriza de sus respectivos tutores. Éstos apenas toleraban su presencia. Les era incómodo

encargarse de la educación de unos tipos que consideraban inferiores, por muy rubios y blancos que fueran. Jorge Hammeken había protestado ante lo que consideró una injusticia del sargento John Kerry y, además de ser pasado entre las filas de sus compañeros para que lo golpearan, tuvo que apechugar con un par de días en una celda de castigo, sujeto a un régimen de pan y agua. Salió de ahí transformado en un blandengue y con la determinación de no volver a abrir la boca.

Gastón tuvo mejor suerte. No tardó en destacar en las clases de equitación y en demostrar que era un buen jinete. El entrenador le asignó un caballo brioso y un tanto indócil, quizá con la intención de que no pudiese controlarlo y lo tirase en las vallas donde practicaban el salto, pero el muchacho resultó mucha pieza. Realizaba sus recorridos completos sin tropezar con ninguna de las barras y no sólo fue aplaudido por todo el equipo sino premiado con una yegua que, hasta donde le informaron, había participado en los rodeos de Kentucky y en las filas del equipo ecuestre de West Point.

Gary O'Brian, un irlandés con greña pelirroja y un carácter rijoso que estaba a cargo de las cuadras de la academia, lo felicitó y lo tomó bajo su tutela. —*You are very good, Gasty*! —le dijo en inglés delante de todos y de nada sirvieron las rabietas del sargento Dormund, responsable de Gastón, para que cambiase de parecer. Gastón se quedó con él y su tutor tuvo que tragar camote.

Los demás amigos también lograron sobresalir en diversos deportes, hecho al que los directivos del colegio daban mucha importancia debido a que una actuación sobresaliente y una actitud competitiva podía ser la clave para que el alumno obtuviese una beca en las universidades más famosas de la liga a la que pertenecía la NYMA.

Manolo Beltrán ganó todos los encuentros de boxeo en los que participó su clase durante los meses siguientes, y en una ceremonia destinada a celebrar los campeonatos de pugilismo, artes marciales y algunas variables de la lucha olímpica, se coronó como campeón de peso welter. Recibió una medalla dorada, una corona de laurel y, lo mejor, el tributo de su sargento tutor, Cafrey MacLuhan, quien a partir de ese momento le dispensó especial deferencia debido, todo mundo se dio cuenta, a que le había cobrado un miedo que superaba sus fuerzas. No quería, en términos coloquiales, provocar su irritación y que Manolo le diera una madriza de padre y señor mío.

Tomás O'Gorman y Sánchez Fogarty se esforzaron por sobresalir en las competencias de natación, en las que la justa era reñida, y pronto formaron una cuarteta con un chico alemán y otro de Arabia Saudita, que barría con sus demás competidores en las carreras de relevos de cuatrocientos metros. Los tritones mexicanos se ganaron la simpatía de los alumnos de la academia y la admiración de varias chicas que, en diversas circunstancias, les ofrecieron sus favores y les hicieron pasar el tiempo entre delicias que no habían

contemplado.

Las clases que tomaban para su formación académica no les eran demasiado importantes. Pasaban y obtenían los créditos como Dios les daba a entender y sólo, eso sí lo hacían con esmero, se empeñaron en aprender la lengua inglesa hasta conseguir hablarla y escribirla como si se tratara de su lengua materna. Era, y ellos lo sabían muy bien, lo que esperaban sus padres. Hablar una lengua extranjera en México, en particular la inglesa, podía convertirse en el mejor pasaporte para obtener los puestos destinados a los ejecutivos poderosos y ni hablar de los salarios.

Hacia el segundo semestre del primer año, los muchachos habían perdido los temores que los acuciaran durante los primeros acomodos y tomaron la determinación de divertirse a lo grande. Descubrieron los pocos *pubs* instalados en Riverside Woods, el poblado que rodeaba el enorme campus de la academia, y los asaltaron con singular alegría. Acompañados de sus amigas y noviecitas gringas, pescadas y seducidas en los bailes de fin de semana que celebraban las fraternidades de varones y las *sororities* de las mujeres, bebían pintas de cerveza clara y comían trozos de unas pizzas de consistencia acartonada mas de gusto harto sabroso. Ahí se emborrachaban de lo lindo, se soltaban el pelo para escandalizar con desplantes que se les ocurrían graciosos y para apantallar a las féminas que no se hacían remolonas y accedían a besuqueos de lengüita y muchas babas.

Cada cual, de esa manera, pudo establecer relaciones íntimas con sus respectivas Carol Sue, Lynn Mayor, Becky Hammond u otras de nombres impronunciables con las que pasaban mañanas y tardes en deliquios amorosos clandestinos en las habitaciones de las chicas que convencían a sus compañeras de que les dejaran el campo libre y en los que aprendían las sutilezas del sexo, y, algo importante, a distinguir entre el amor y la pasión carnal, entre lo permanente y lo efímero.

Gastón se hizo de una novia más o menos convencional. Una chica alta y rubia con las características étnicas distintivas de los blancos, anglosajones y protestantes, la raza predominante en la sociedad norteamericana, que en público sólo le permitía tomarla de la mano, pero que en la alcoba era una verdadera fiera. El júnior, a esa edad, todavía no sabía manejar sus sentimientos ni controlar sus impulsos, y la mujercita lo traía por la calle de la amargura. Le decía que lo amaba y que le gustaba muchísimo, mas al mismo tiempo le daba picones con otros chicos o con sus propios amigos. Una amalgama de enamoramiento y del dolor que le producía el presentimiento de que podía perderla en cualquier momento, le causaba desosiego y lo obligaba, como si fuese un caracol panteonero, a recluirse en sí mismo y a guardar periodos de silencio que, en lugar de ayudarlo, desesperaban a su ocasional pareja.

—¡Turbulencias del corazón! —calificó Gary O'Brian las confidencias que

le hizo su pupilo, y le aconsejó que se las tomara a la ligera y aprendiese a sacar los colmillos—. Un poco de malicia, Gasty, te vendría muy bien para que esta vieja no se te trepe al copete y puedas meterla al aro.

Turbulencias en el pequeño universo afectivo de Gastón júnior que, sin que él lo supiese, o en caso de que su padre lo hubiera informado —ya que sólo le escribía breves esquelas conminándolo a estudiar—, le importarían un comino, coincidían con las que afectaban la paz social en México debido a los levantamientos populares de los grupos ferrocarrileros.

Próximas las elecciones de 1958, los ferrocarrileros independientes del grupo Hidalgo 96 que seguían a Gómez Z, y los de izquierda de los partidos Comunista, Popular y el Obrero y Campesino, decidieron rebelarse contra la impostura del líder charro Díaz de León, quien controlaba los contratos colectivos e individuales de trabajo y los mantenía sujetos a los caprichos del gobierno.

Demetrio Vallejo y Othón Salazar, educados en la línea ideológica sindical de Valentín Campa, encarcelado muchas veces por sus ideas y su posición frente al régimen, abanderaban la lucha. Las movilizaciones, multitudinarias pues el gremio agrupaba a ciento diez mil obreros del riel, exigían salarios más altos y mejores condiciones de trabajo. El presidente Ruiz Cortines ofreció ciertos paliativos, como un incremento en el salario de doscientos quince pesos mensuales para cada trabajador, pero no resolvió el conflicto a fondo. Satisfizo algunas peticiones y, luego, se lavó las manos.

Tres gallos, todos alentados por las simulaciones e intrigas palaciegas del Viejito, comenzaron a disputar por la sucesión presidencial: Gilberto Flores Muñoz, secretario de Agricultura; Ignacio Morones Prieto, de Salubridad; y Ángel Carvajal, quien detentaba la cartera de Gobernación, escucharon los cantos de las sirenas ruizcortinistas. Cada cual creyó ser el bueno y así se lo confesó el último a su «amigo», don Gastón Suplice, en una merienda del partido gobernante con plabras enigmáticas:

—¡No te me separes, Gastón, que vamos por la grande!

Lo que no sabían era que el presidente ya había escogido a quien sería su caballo negro, la mula de seis de su partida de dominó particular: Adolfo López Mateos, secretario del Trabajo; y cuando tiró la ficha, ya era demasiado tarde.

Si el lado oscuro de la política mexicana tenía un olor fétido y para muchos nauseabundo, no era mejor el aroma que despedían las sombras que, al amparo de la noche, se deslizaban entre los pasillos y corredores de las casonas ocupadas por las hermandades de muchachos de ambos sexos, cuya fama

disoluta en alguna forma maculaba el prestigio de las academias militares. Los jóvenes mexicanos tuvieron conocimiento, por experiencias ajenas y en algunos casos propias, de los abusos que los oficiales gringos cometían con los cadetes en las barracas donde pernoctaban. La fraternidad Alpha Beta Sigma se volvió, de pronto, la comidilla del campus cuando trascendió la noticia de que dos de sus miembros, un chileno apellidado Esterovich y un argentino de la familia de Bioy Casares, habían sido violados por un oficial que los arrinconó en los baños armado con una bayoneta y los amenazó con matarlos si no satisfacían sus demandas.

—¡Los obligó a mamarle la verga… —comentó Jorge Hammeken con una sonrisa nerviosa— …y luego los empinó de nalgas y se las metió por el culo hasta que Esterovich comenzó a gritar antes de caer desmayado!

—¿Y atraparon al desgraciado? —inquirió *Coco* Covarrubias, un chico de Sinaloa que hacía grupo con los amigos de Gastón júnior.

—¡Sí! —afirmó otro de los jóvenes—. Va a ser sometido a una corte marcial en la que seguramente será degradado y condenado a purgar unos años en la cárcel.

Falsas expectativas, porque era notorio que los delitos sexuales eran solapados por los jerarcas de los organismos militares entre los que, al igual que sucedía con los curas de la Iglesia católica, privaba una tolerancia que rayaba en la complicidad y la connivencia: «¡Se hacen de la vista gorda con el acoso sexual y con la práctica de la putería!», era un lugar común archirreconocido entre los cadetes. «Aprovechan cualquier descuido o las épocas de vacaciones durante las que los extranjeros se quedan dizque para no desperdiciar el tiempo, más que nada porque a sus familias así les conviene y no los quieren de vuelta en casa, para insinuarse, y con promesas o amenazas, seducir a los más desprotegidos. ¿A cuántos no se habrán cogido sin que sus víctimas se atrevan a denunciarlos? ¿Cuántos padecerán de por vida el hecho de haber sido violados y llevar encima el estigma de una dubitación sexual que les cobrará muchas facturas?»

Gastón júnior y la mayoría de sus amigos la libraron durante los dos años que convivieron en la academia. Impedían que les dieran por chicuelinas y supieron defenderse con los puños o las armas que tenían al alcance de sus manos. Sin embargo, a dos de ellos sí que se los pasaron por las armas los oficiales gringos. Los jóvenes juraron vengarse e hicieron causa común. El cuerpo desnudo, malherido y castrado de uno de los implicados fue encontrado en un bosquecillo del campus, y al otro no se le volvió a ver más, sin que se hiciera indagatoria alguna. Vergüenzas saldadas de las que nunca nadie, por solidaridad y compañerismo, se atrevió a volver a hablar.

Los cursos terminaron en la NYAM al cumplirse dos años y al comenzar el verano con una ceremonia marcial a la que, curiosamente, no fueron invitados los familiares. Los jóvenes mexicanos decidieron en consenso viajar de regreso

vestidos con sus uniformes de cadete y con las condecoraciones que habían ganado prendidas al pecho de sus guerreras grises. Querían presumir y, si la ocasión se presentaba fortuita, impresionar a las mujeres que fueran a recibirlos. Las salas de espera del aeropuerto Benito Juárez de la ciudad capital estaban atestadas con parientes y amigos de los muchachos. Descendieron, cada cual con la cara de mamón que consideraba apropiada, por la escalerilla del DC3 de Mexicana de Aviación, y caminaron juntos hasta donde estaban sus respectivas parentelas.

Gastón júnior se sintió frustrado. Con excepción de Filemón el chofer no había nadie para recibirlo. La indiferencia de que era objeto conformaba un agujero negro en su corazón. Él esperaba que, como sucedía con las familias de sus amigos, iba a ser recibido en el aeropuerto con bombo y platillo: mariachis, ramos de flores y una curiosidad rayana en la veneración. Mas, ¡uf, qué va!, ni sus padres ni sus hermanos asomaron las narices. No le resultó extraño pero sí doloroso.

El papá de Manolo, don Luis Beltrán, se le acercó y le propinó un abrazo. Su hija María Luisa, la hermosa *Chusais* casada con Jorge Altamirano, a la sazón dueño de la Sala Chopin localizada enfrente de la glorieta de Colón, en el Paseo de la Reforma, le dio un beso en la mejilla y la bienvenida. Gastón se quedó con un agradable sabor de boca y con la consciencia de que, a pesar de todo lo que pudiera sucederle, pertenecía y era aceptado como un par por esa oligarquía mexicana en la que su familia, con sus acomodos y asegunes, mantenía un sitio privilegiado.

SEGUNDA PARTE

VI

La familia Suplice-Creel, al igual que aquellas que pertenecían a la alta burguesía, se acopló a los cambios de gobierno y se cobijó al amparo de los vientos que soplaban desde las oficinas de la presidencia para flotar cómodamente en los cirros que beneficiaban sus negocios y asegurarse un sitio en las esferas del poder.

Don Gastón vio con beneplácito que su amigo don Antonio Ortiz Mena había sido nombrado por el presidente López Mateos secretario de Hacienda, y que éste, siempre y cuando él no abusara de su confianza, lo apoyaría en sus transacciones financieras y, asimismo, le proporcionaría información privilegiada para que, con la debida antelación, supiese dónde y en qué momento invertir su dinero.

—Con Toño iremos sobre caballo de hacienda, tal y como sucedió cuando estaba a cargo de la administración del Seguro Social y nos dio la oportunidad de amueblar los hospitales con los enseres metálicos que fabrica Ruiz Galindo —comentó con otros inversionistas de papadas ostentosas, quienes sobaban con gula sus respectivas barrigas a fin de hacerle lugar a las ganancias que, con seguridad, obtendrían.

—¿Y qué con Donato Miranda Fonseca? —intervino otro panzón, cuyos párpados caídos le daban el aspecto de un batracio—. Es el flamante titular de la Secretaría de la Presidencia que recién inauguró Adolfo López Mateos para controlar el flujo de los millones destinados a la inversión pública. ¿Se dan cuenta de lo que podremos hacer si ganamos su amistad? ¿Alguno de ustedes se lleva con él?

—¡No lo conozco! —confesó don Gastón con franqueza—. Pero…

—¡Yo sí! —lo interrumpió Josué Sainz, sobrino de don Aarón y primer economista mexicano que obtuvo el grado de doctor en la London School of Economics de la Gran Bretaña—. Es inteligente y simpático. Como senador jugó un papel conciliador con los líderes del movimiento ferrocarrilero. Comparto con él intereses en Financiera de Industrias y la afición por coleccionar estelas, yugos y otras piezas que se encuentran arrumbadas y sin catalogar en los centros arqueológicos abandonados en las selvas de Tabasco,

Veracruz y la península de Yucatán… Mas, por ahora, deberemos esperar y ver cuál es su línea política y cómo se comporta en el reparto de las concesiones, no sea que vayamos a regar el tepache.

Los magnates de la industria, en especial los regiomontanos y los del Estado de México, de donde era originario el presidente, así como los empresarios más activos estaban contentos con el gabinete de López Mateos, entre cuyos miembros destacaban don Jaime Torres Bodet en Educación y Manuel Tello en la cartera de Relaciones Exteriores. Sin embargo, tenían algunas reservas respecto del secretario de Gobernación, Gustavo Díaz Ordaz, por su carácter hosco y arbitrario, además de su aspecto desagradable, y con Humberto Romero, su secretario particular, debido a su adicción a las frivolidades, las bromas cáusticas y el abyecto servilismo que profesaba a don Adolfo para satisfacer sus caprichos. Muchos conocían su debilidad por las mujeres hermosas y por los viajes al extranjero, y era un secreto a voces que el presidente iniciaba sus labores cotidianas con la pregunta que hacía a su secretario: «¿Qué nos toca hoy, Humberto? ¿Viajes o viejas?».

—¡Con esos dos debemos andarnos con cuidado! —sentenció don Manuel Suárez antes de dar por terminada la reunión de los Exquisitos.

Don Gastón sénior se despidió con una sonrisa que ocultaba las cuitas que rondaban en su cerebro. Su hijo se había rebelado abiertamente a sus designios. No aceptó inscribirse en una universidad privada para estudiar la carrera de Administración de Empresas recién incorporada a los planes de estudios a fin de satisfacer la demanda de los padres de los júniors de la oligarquía y, contra viento y marea, logró matricularse en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México.

—¿Por qué me haces eso, Gastón? —reclamó airadamente el patriarca, cuando vio la causa perdida—. ¿Por qué, si muchos de tus conocidos, como Antonio López de Silanes, Vicente Fox, el *Negro* Legorreta, Beto Pani y Manolo Beltrán, a los que estimas y con los que te llevas bien, entraron a la Iberoamericana a estudiar la carrera que les dará las herramientas para administrar los negocios de sus padres?

—¡Te lo advertí, papá! —respondió con los puños cerrados y una actitud beligerante—. ¡No me interesa dedicarme a cuidar tu dinero! ¡Quiero tener una vida libre! ¡Decidir lo que me dé la gana! Pensé en la carrera de arquitectura, pero me di cuenta de que si obtengo el título de abogado podré defender las causas del proletariado, de los desposeídos por ti y tus amigos…

—¡Basta, Gastón! —lo paró en seco, a la vez que golpeaba con las manos la cubierta de su escritorio—. ¿De dónde sacas esas ideas? ¿Quién te las metió en la cabeza? No me vengas con que ahora comulgas con las teorías marxistas-leninistas. ¿Te has vuelto rojo? ¡Qué barbaridad! ¡No, no te conozco!

—¡Ni por el forro, papá! ¡Nunca lo has hecho porque jamás te he importado! —respondió con el rostro pálido y saliva en las comisuras de los

labios—. ¡Somos un par de extraños! ¡Vamos, ni siquiera, con excepción de Manolo, tengo nada que ver con esos cuates que mencionaste! ¡Esas ideas me las inculqué yo mismo! Leo, para que lo sepas —agregó con la mirada fija en los ojos de su interlocutor—, los artículos de la revista *Siempre!*, escritos por las mentes más brillantes de nuestro país. También, aunque te cause horror, los textos de Carlos Fuentes, Pablo González Casanova, Enrique González Pedrero, Víctor Flores Olea, Porfirio Muñoz Ledo y Carlos Monsiváis que se publican en *Política*, así como en *Medio Siglo*…

—¡Una caterva de rojillos! ¡Qué decepción! —asentó con desaliento y con un gesto despectivo ordenó a su hijo que se retirara.

Doña Matilde Creel y Zuinaga se mostró compungida cuando supo que su primogénito iba a estudiar en una universidad para pelados. Empero, no hizo aspavientos porque esa tarde jugaría *bridge* con las damas vicentinas en los salones del Jockey Club y sólo dijo: —¡Perdóname, hijito, pero no tengo tiempo, y además no entiendo el pleito tarugo que traes con tu padre!

Gastón júnior se sintió en una fiesta tan luego como pisó la explanada de ingreso a la Facultad de Derecho. Decenas de jóvenes la atravesaban charlando para dirigirse a los salones de clase. Ocupó un asiento en la tercera fila de un aula abarrotada por una treintena de alumnos. A su lado Rafael Vallejo y Amancio Bolaño —hijo del respetado profesor de Fonética de la Facultad de Filosofía y Letras, don Amancio Bolaño e Isla— hojeaban un libro de Derecho Romano del autor holandés radicado en México Floris Margadant; en la fila de adelante dos chicas hermosas, Lourdes Torres Valencia —hija del famoso fiscalista *el Gallo* Torres Torija— y Patricia Kursáin intercambiaban un chisme, reían e irradiaban un aura luminosa. Gastón movía las rodillas como un tic nervioso. Un hombre maduro e impecablemente vestido con un terno inglés ingresó al salón. Se presentó como su maestro de Derecho Romano y dijo su apellido empleando una fórmula que a todos les pareció peculiar: —¡Jurisconsultos insignes —exclamó—, sean bienvenidos a ésta su facultad! Soy Francisco Armas Farías —y enseguida comenzó su disertación. Los alumnos no tardaron en enterarse de que en los corrillos que se formaban en los salones se le conocía con el mote de *Paco el Elegante*.

Las clases de las otras cuatro materias que comprendía el curso del primer año de la carrera le resultaron interesantes. No se diga sus compañeros, quienes le parecieron, cada cual a su manera, portentos de ingenio y aparente sabiduría. Sin embargo, durante toda la primera semana una inquietud, expresada entre susurros maledicentes, quedó sembrada en su ánimo: «¡No tardarán en hacernos las perradas!».

Una costumbre arraigada desde tiempos inmemoriales en la que los grandulones hacían escarnio de los imberbes recién llegados: a los estudiantes de primer ingreso en todas las facultades y escuelas congregadas en el campus, con excepción de las mujeres, se les llamaba «perros». Su estatus quedaba

enmarcado en el fondo de la escala social y, como si fueran galeotes, no tenían derechos y, durante un semestre, deberían obedecer las órdenes de los de segundo grado. Éstos, deseosos de vengar las afrentas que les habían infligido el año anterior, se cebaban con los perros y lo primero que hacían era raparlos con tijeras, cuchillos, navajas o cualquier instrumento punzocortante, hasta dejarlos como soldados rasos o con mordidas de burro en el cuero cabelludo.

—¡Y no protestes, perro inmundo, porque te meto una tunda de cabronazos! —los amenazaban en medio de carcajadas y un repertorio de majaderías hirientes.

Una vez rapados se cubría su cuerpo, con todo y la ropa que llevaban puesta, con pintura vinílica o, si lo habían conseguido, con un baldazo de chapopote. Después se les cubría con plumas de gallina, los formaban en un corredor y se les hacía marchar por el circuito universitario hasta salir a la Avenida de los Insurgentes, y desde ahí, al Parque de la Bombilla, donde terminaba la conmemoración del desfile de los perros, en medio de los abucheos de los espectadores y el sarcasmo popular.

Gastón júnior tuvo suerte. Su verdugo resultó ser Luis de Pablo júnior, hijo del notario del mismo nombre y hermano mayor de Carlos, uno de sus amigos de la calle de Recreo, y éste sólo se concretó a tijeretearle el pelo, sin someterlo a más arbitrariedades. Sin embargo, se sintió humillado y protestó airadamente.

—¡No es justo! —gritó—. ¡Bola de cabrones montoneros! ¡Ya quisiera verlos de uno por uno, a ver si son tan machitos!

No tardó en recibir un sopapo en la nuca y la advertencia: —¡Date de santos, pendejo, pues si estuvieras en arquitectura o en ingeniería la perrada, como ya ha sucedido, podía costarte un hueso roto, e inclusive la vida!

—Sí, Gastón, mejor párale a tu pedo y no te busques complicaciones —aconsejó Rafael Vallejo con prudencia—. ¡Total, quedaste como chayote, pero ya te volverá a crecer el pelo!

—¡Pero mira cómo me dejó ese imbécil! ¡Trasquilado, igual que un indito pata rajada! ¡Mi padre, nada más me vea, va a vejarme y a soltar: «¡Te lo dije, hijo, no te mezcles con los léperos! ¡Eso te pasa por penitente!».

Pero no, no sucedió tal cosa. Gastón, antes de llegar a casa, pasó por una peluquería donde le cortaron el pelo a navaja y lo dejaron pelón, de suerte que hasta el peluquero le comentó que se veía guapo, pues se parecía a Yul Brynner, un actor que había depilado su cuero cabelludo y estaba de moda desde la exhibición de las películas *El rey y yo* y *Los siete magníficos*.

Nadie se fijó en él, y la única burla que a final de cuentas recibió fue de su hermano Goyo, quien al encontrarlo serio y meditabundo en el comedor, le cantó: «¡Pelón, pelonete, cabeza de cuete!», y sin esperar respuesta, tomó las de Villadiego.

La facultad era un hervidero de grillos. Muchos de los jóvenes que estaban

en tercero o cuarto año trabajaban en algún despacho de abogados en calidad de pasantes, acudían a los tribunales o eran empleados en una delegación de policía o juzgado de paz, y utilizaban la explanada para hacer negocitos, transar en un asunto o enterarse de las corruptelas que cometían los jueces y magistrados connotados, los agentes del Ministerio Público y los litigantes venales que, como Bernabé Jurado, eran verdaderos abogánsters.

El ideal de la mayoría era pertenecer a un bufete con el objeto de aprender en la práctica las marrullerías y truculencias leguleyas que no se enseñaban en clase y que, a la larga, les facilitarían ganar prestigio y dinero. Gastón júnior comenzó a cortejar a su padre para que éste le consiguiera un puesto de pasante en el despacho de alguno de sus amigotes. El empresario se negó al principio con el pretexto de que no le gustaba pedir favores, y menos para un muchacho desorientado que no sólo lo había desobedecido sino que se le había enfrentado.

—A ver, Gastón —arguyó el viejo—, ¿con qué cara voy a pedir que te acepten en un bufete de abogados que se dedica a patrocinar a los ricos en sus litigios? ¿A ti que, aunque seas mi hijo, te ostentas como un hombre de izquierda? ¿Te imaginas cómo me vas a dejar parado si sales con alguna zarandaja de ésas que andas leyendo en pasquines de porquería? —Todo eso dijo con cara de beato, más un bla, bla, bla que encolerizó al joven, quien se retiró de la biblioteca con un sonoro portazo.

Sin embargo, para su sorpresa y sin entender por qué lo había hecho, Gastón recibió una nota en la que su padre le ordenaba que se presentara en el despacho de los abogados penalistas más connotados de entonces: Felipe Gómez Mont y Raúl F. Cárdenas. La nota, obviamente garabateada con coraje, le hacía saber que don Gastón, haciendo de tripas corazón, se había puesto de acuerdo con Gómez Mont para que le diera trabajo.

El lunes siguiente, después de atender sus clases, el júnior se presentó en el despacho de marras, localizado en la calle de Vallarta número 1, casi en contraesquina del Monumento a la Revolución, donde se ubicaban los bufetes de los penalistas que dominaban los diversos escenarios de los tribunales: Aguilar y Quevedo, Ignacio Iglesias Baillet, Sergio Vela Treviño y don Víctor Velázquez ocupaban, cada cual con su pequeña corte, un piso de dicho edificio.

El traslado desde la Ciudad Universitaria hasta la calle de Vallarta fue para Gastón una experiencia que, como muchas otras que viviría mientras trabajó en el despacho, le resultaría perturbadora. Tuvo que tomar un camión de línea CU-Bellas Artes, de color gris y con unas franjas azul y verde pintadas en los costados, repleto de estudiantes y personas que se dirigían al centro. A la altura del Parque de la Bombilla —en cuyo monumento estuvo resguardada en una urna de cristal la famosa mano que el general Álvaro Obregón perdiera junto con el brazo derecho a causa de la metralla, en la escaramuza de la hacienda de Santa Ana del Conde, antes de la batalla de Celaya en contra de las fuerzas

villistas—, subió al camión un personaje legendario de la universidad conocido con el sobrenombre de *Wama*.

Wama era un gigante de más de dos metros de altura, aparentemente ciego, pues cubría sus ojos con unas gafas ahumadas y se ayudaba para caminar con una varilla de fierro corrugado, misma que esgrimía como arma ofensiva cuando, por alguna causa, se encolerizaba. Sin pagar boleto, nadie sería capaz de pedírselo, se detuvo en el estribo y desde ahí hizo su reclamo de limosnero con una fórmula verbal *sui generis*: «¡Príncipes de la luz, privilegiados por sus entendederas, cáiganse con unas monedas para que su valedor, Wama el Señor de las Tinieblas, pueda comprar hoy una comida caliente!».

Gastón quedó paralizado sin saber qué hacer mientras la gente entregaba su limosna al gigante. Su cara se demudó cuando Wama, cuya ceguera siempre estaba en entredicho, se le acercó, le pasó una de sus manazas por el cráneo y espetó: —¡No te hagas maje, pinche pelón, y afloja unos centavitos! ¡Se te ve que eres riquillo! —Gastón no dijo ni pío y entregó una moneda de veinte centavos sin chistar, pues estuvo a un pelo de zurrarse en los chones.

—¡Pásele, licenciado Suplice! —lo recibió don Felipe Gómez Mont sin levantarse del sillón donde apoltronaba su gordura y con la mirada puesta en los folios de un expediente abierto sobre su escritorio. Transcurrieron cinco minutos. Luego levantó la cara, miró con detenimiento al pelón que tenía enfrente y soltó una retahíla: —Su padre ya le habrá informado que yo soy diputado panista, del Partido Acción Nacional; amigo y compañero de fórmula de Luis H. Álvarez. Que he luchado al lado del doctor Salvador Nava en San Luis Potosí y estoy convencido de que al PRI hay que desbancarlo y partirle la madre si queremos que el país se salve de la ignominia en la que nos tienen… ¡Por lo tanto, Suplice, aquí todos somos católicos y no permitimos que nuestro personal, incluyendo a los abogados que son socios, expresen ideas exóticas como las que propalan los comunistas! ¡Los dogmas de nuestra sagrada Iglesia y la moral deben estar por encima de todo! —Luego, sin transición alguna ni dar oportunidad a Gastón para expresar lo que pensaba al respecto, exigió: —Ahora, licenciado, tráigame a Lucía de una chichi para que le dicte un escrito.

Sin saber qué hacer, Gastón cruzó la puerta de la oficina. Lucía, la secretaria de Gómez Mont, de inmediato lo sacó del apuro. —¡Ah que don Felipe! —exclamó una mujer de rostro simpático y cuerpo rechoncho—. Con todos hace lo mismo. ¡No se apure, licenciado! Las únicas chichis que el gordo agarra son las de su mujer, esa santa con la que ha procreado, hasta la fecha, catorce hijos y a la que nunca se le ha visto sin que esté embarazada. Ya usted sabrá que los católicos resguardan a sus mujeres como si fueran escopetas: siempre cargadas y abandonadas en un rincón de la casa.

El salario de Gastón se fijó en veinticinco pesos al mes. Para su inmensa fortuna fue asignado como pasante del licenciado Luis García Diego, un tipo campechano, simpático, alegre, a quien gustaba coquetear con cuanta mujer se

le pusiera enfrente, gozar de la música y, muchos se quejaban de su conducta laxa y permisiva, echar la güeva siempre que se pudiese. Gastón, así, cayó bien parado y no tuvo que soportar la rigidez de otros abogados que, como Eduardo Herrera Lazo o Hiram Escudero, oficiaban a manera de sacristanes con un dogmatismo mocho a ultranza heredado de la guerra cristera y que le hubiesen hecho la vida imposible.

Sus primeras vivencias como pasante fueron desastrosas. Se le exigió cambiar radicalmente de atuendo y vestir siempre un traje Macazaga de color azul marino, camisa blanca con el cuello y los puños almidonados, una corbata con escudos estampados de los colegios ingleses de la Universidad de Cambridge y zapatos bien lustrosos.

—Tiene usted que presentarse en los juzgados penales, si quiere que se le tome en cuenta, vestido con dignidad y elegancia —explicó Hiram Escudero, responsable de pastorear a los auxiliares del despacho—. Debe tener presente que en las diligencias en las que participe usted representa al bufete, y que nuestra imagen debe mantenerse inmaculada.

Gastón, que había observado que sus compañeros de la facultad usaban traje para desempeñar sus trabajos, acató la exigencia a costillas de su madre, quien tuvo que pagar y procurarle la ropa. Así, vestido como mono de organillero, acudió, a fin de cumplir con su primera encomienda, al Juzgado Segundo de lo Penal que, al igual que los demás juzgados, estaba ubicado en el Palacio Negro de Lecumberri, en un barrio de infausta memoria debido a que en uno de sus costados habían sido asesinados el presidente Francisco Madero y el vicepresidente Pino Suárez durante la Decena Trágica.

—Quiero que solicite en la Oficialía de Partes del juzgado el expediente 003/61, que contiene las fojas del caso de la señora Galindes, dueña de la Central Quirúrgica, presunta responsable del homicidio de su esposo, en el que estamos acreditados como defensores, y *lo vea*, licenciado Suplice —dijo Felipe Gómez Mont, dando por sentado que Gastón podría averiguárselas solo, sin darle más información o al menos una pista.

El joven no entendió ni la o por lo redondo, pero no quiso poner en evidencia su ignorancia y se fue de prisa rumbo a una dimensión desconocida. Abordó el elevador del edificio para salir a la calle y en su interior encontró a otro pasante, Eduardo Trillo, quien se prestó a informarle cómo podía llegar a Lecumberri.

Gastón hizo la parada al primer camión que se detuvo en la esquina y preguntó al chofer si en su trayecto pasaba frente a la Oficialía de Partes. El chafirete se tiró de la risa, pero en seguida se apiadó del muchacho, le pidió más información y concluyó que el chico iba a los juzgados de Lecumberri donde, por casualidad, había una parada en su ruta.

El camión iba atestado de obreros y gente del pueblo que, en medio de sudores, pestilencias y otros muchos rencores de clase, se dedicaron a criticar

«a ese pinche pelón fifí» que no sabía a dónde debería dirigirse.

Encontrar el Juzgado Segundo fue otra proeza, y cuando lo hizo se sintió abatido porque sus arrestos habían menguado y supo que debería enfrentarse a una Gorgona gorda, con cabello de Medusa, vestida rigurosamente de negro, que devoraba una torta de aguacate y lo miraba fijamente con la intención —eso sintió él— de transformarlo en piedra.

En un acto instintivo, Gastón acarició su cráneo y balbuceó un «Buenas tardes, señora». La mujer, que desempeñaba el cargo de secretaria del juzgado, frunció el ceño con coraje y reclamó: —¿Qué no sabe usted, muchachito, la diferencia entre una señora y una señorita?

El júnior, que había sido educado para referirse a las mujeres de cierta edad con el sustantivo «señora», no tenía muy clara la diferencia y respondió: —No, señora.

—¡Ay, muchacho, todavía estás demasiado verde! —dijo la matrona y con un cambio de actitud se carcajeó de lo lindo—. ¿Qué quieres? —añadió entre dos mordidas a su torta que le dejaron las comisuras pringadas de un color verde que a Gastón le resultó nauseabundo.

De una tirada, Gastón dio toda la información que había memorizado en la oficina de Gómez Mont. La Gorgona calibró el peso específico del pasante y le bastó saber de qué bufete procedía para, sin perder la mala leche que le corroía el carácter, mostrarse amigable. Metió las manos en un cajón de su escritorio y rebuscó entre restos de tamales oaxaqueños, envolturas sucias de tortas y tacos desechados, y varias botellas de refrescos Pascual, hasta que dio con el expediente solicitado.

No se lo entregó al joven de inmediato. Pidió que le diera su nombre completo y revisó las primeras páginas. —No se lo puedo prestar, porque usted, joven Suplice, no tiene personalidad…

Gastón no permitió que terminara la frase. Encolerizado, exclamó: —¡Mire usted, señora o señorita o lo que se le dé la gana, el hecho de ser joven y estar pelón no quiere decir que yo no tenga personalidad! ¡Soy, para que usted lo sepa…!

La gorda hipó con la risa que se atragantó en su garganta. Sus ojos lagrimearon. —¡Ay, muchachito, yo no he dicho que carezcas de personalidad! —exclamó por fin—. Sucede que no tienes *personalidad jurídica*. ¡No estás acreditado en el expediente de la señora Galindes!

Gastón no entendió a qué se refería e hizo un puchero. La mujer se apiadó. —¡Toma —dijo—, échale una ojeada para que puedas cumplir con lo que te encargaron y no te regañen! ¡Ah, pero te suplico que no lo maltrates porque el juez es muy quisquilloso y…!

Gastón recibió un mamotreto de trescientas cincuenta y dos páginas escritas por los dos lados, muchas de las cuales estaban manchadas con residuos sospechosos a los que se habían adherido cortezas de tortillas y migajones de

teleras y bolillos, cuando no hebras de carne que seguramente pertenecían a una degustación de tacos de cochinita pibil atacados por los servidores públicos en alguna diligencia que se había prolongado más allá de las horas laborables.

Gastón *vio* el expediente. Advirtió que tenía unas carátulas color café deslavado sobre las que estaba impreso con tinta negra el escudo nacional mexicano, el nombre del juzgado y la leyenda de Poder Judicial de la Federación. Lo sopesó y concluyó que rebasaba los cinco kilogramos. Luego hojeó las páginas, se detuvo en algunos párrafos, mas no comprendió nada de lo que estaba escrito con un metalenguaje decimonónico difícil de interpretar, mismo que, intuyó, debería aprender para ser capaz de traducirlo a la lengua franca que los mexicanos hablaban. Estaba a punto de devolverlo, cuando se percató de que las hojas estaban cosidas de una manera peculiar con un cordel muy delgado. Eso le pareció importante.

Regresó al despacho por la tarde. Gómez Mont lo recibió mientras comía unos rollitos de jamón, un bolillo y bebía unos tragos de agua mineral de sifón. —Usted perdonará, Suplice, pero es la dieta a la que estoy sometido. ¡No puedo seguir engordando así, pues soy propenso a que me dé un infarto! ¿*Vio* el expediente que le encargué?

—¡Sí, lo *vi*, licenciado!

—¿Y qué dice, cómo está? —preguntó refiriéndose a los últimos acuerdos procesales que debían haberse dictado por el juez o sus secretarios en el juicio.

Gastón hizo una descripción pormenorizada: peso, color, número de hojas, manchas de aguacate, betabel, grasa, café con leche, conchas con nata y otras menudencias, a fin de demostrar que sí lo había *visto* y rematar con la observación de aquello que más lo impresionó: —¡Ah, y además está cosido con nudos que usan los marineros!

Don Felipe escupió el jamón mezclado con agua. Su barriga se estremeció y su rostro adquirió un color púrpura. —Ah, qué bárbaro! —gritó tan pronto se recompuso—. ¡Pero qué pendejo es usted, Suplice! ¿Así es que *vio* el expediente?

—¡Pues sí, licenciado! —reclamó el muchacho sin comprender la clase de idiotez que había cometido—. ¡Usted me dijo que lo *viera* y lo *vi*! ¿No me va a decir que no es cierto, pues?

Todos los miembros del despacho fueron enterados del dislate del pasante entre carcajadas que se escucharon desde la calle de Vallarta hasta el Sanborns de Lafragua. Fue su bautizo en el ejercicio de la abogacía; sus padrinos don Luis García Diego y Eduardo Trillo, quienes, con el tiempo y sus consejos, lo ayudarían a superar la vergüenza y a convertirse en un buen abogado.

El despacho era una colmena que se agitaba y revolvía a todas horas y todos los días. Los clientes acudían por decenas para plantear sus asuntos y consultar con los abogados, de preferencia con Gómez Mont y Raúl F. Cárdenas, las acciones que debían tomar en sus denuncias o en la defensa de

sus respectivos casos. Los pasantes cruzaban con rapidez las salas y salones para llevar a las manos de los litigantes los expedientes y recibir instrucciones. Gastón pudo, así, conocer a Raúl Cárdenas júnior, a Alonso Cuevas — emparentado con la familia Morales, dueños de la hacienda del mismo nombre — y a otros júniors que hacían sus pininos en los tribunales y esperaban convertirse en postulantes famosos.

Las oportunidades estaban a la orden del día. Sobre todo cuando, por razones que no eran muy claras, se presentó una oleada de mujeres de las clases altas de la sociedad que hartas del maltrato conyugal o por intereses inconfesables, habían decidido asesinar a sus maridos, cada cual con diferente método —balazos, cuchilladas y hasta envenenamiento—, y ponerse en manos de aquellos defensores que tenían fama de ganar todos sus casos. Estas mujeres fueron señaladas en la prensa con el mote de *autoviudas*, aunque los periodistas puristas prefirieron llamarlas *uxoricidas*.

—Salomón no se contentó con golpearme, licenciado. Ya encolerizado, se me vino encima con un cuchillo que pepenó en la mesa del comedor. No tuve más remedio que disparar el revólver… —era una confesión repetida constantemente por señoras que llegaban al despacho perfectamente enlutadas, con rostros cerúleos y con un rosario en las manos.

—¡Pinches viejas hipócritas! —calificaba Luis García Diego por lo bajo—. Estoy seguro de que van tras la lana de los difuntitos o lo hicieron para tapar un adulterio del que el marido ya sospechaba y, es lo más seguro, tenía pruebas.

Por razones evidentes el uxoricidio era materia de escándalo. Las notas rojas del *Excélsior*, *El Universal*, *La Prensa* y otros diarios de circulación nacional, pasaban a ocupar las ocho columnas de la página principal, y los reporteros —*el Güero* Téllez, «reportero de policía»; Alberto Ramírez de Aguilar, en su columna *Siguiendo Pistas*; y otros que escribían con tinta amarilla— se esforzaban por estar presentes en las audiencias y conseguir, tanto de los empleados de los juzgados como de los mismos litigantes, aquellos secretos que no estaban en los autos de los expedientes a fin de darles su propia interpretación y sorprender a los lectores con ocurrencias que se quedarían pegadas en todas las lenguas.

No se trataba de tráfagos nuevos. Desde que, en 1928, la por entonces bellísima Miss México, María Teresa de Landa, le había sorrajado seis balazos a su esposo, el general Moisés Vidal, al descubrir que éste le era infiel e inclusive mantenía a otra familia, cada vez que se presentaba un caso de uxoricidio se convertía en un venero de miel para una sociedad morbosa sedienta de chismes. Cada década se había vestido de sangre con varios homicidios perpetrados por las manos «inocentes» de doncellas abusadas, de esposas que cumplían con todas las reglas de la *Epístola* de Melchor Ocampo, y de madrecitas santas. Los años sesenta, por tanto, no iban a ser la excepción.

Las audiencias de los casos Galindes, Rosas y otros que no sólo demandaban destreza procesal, sino cualidades histriónicas por parte de los abogados defensores del bufete, eran verdaderas zarzuelas. Gastón no se perdía ninguna, así estuviese comisionado en otro asunto. Para él ver a las mujeres procesadas detrás de las rejas, observar sus rostros mientras declaraban y las reacciones que manifestaban frente a las distintas preguntas de los juzgadores eran una vía que le permitía comprender en carne ajena la *condición humana* y el trasfondo de la obra de André Malraux con dicho título, que su compañero de la facultad, Guy Peter Krause, le había recomendado leer.

Asimismo, Gastón las aprovechaba para que su nombre apareciese en alguna línea ágata del diario que estuviese cubriendo la nota, como sucedió en un artículo de Carlos Ravelo, publicado en el *Excélsior*, en el que fue mencionado con el título de *licenciado* agregado a su nombre: «… y del despacho de los abogados Gómez Mont y Cárdenas, el licenciado Gastón Suplice júnior, quien, por cierto, me prestó su pluma fuente…». Su presunción se le fue al copete y, por varios días, anduvo presumiendo que, como decía la nota que traía consigo recortada y enmicada, él ya era licenciado.

—¡Bájale, pendejo! ¡No seas mamón! —lo regañaron Amancio Bolaño y Rafael Vallejo—. Apenas estás en segundo año de la carrera y te falta mucho, si es que lo logras, para que obtengas el título.

Eduardo Trillo fue menos duro con sus comentarios. Él había llegado al despacho procedente de La Piedad Cabadas, Guanajuato, recomendado por un criador de puercos amigo de Herrera Lazo. Como buen provinciano era tímido y cauteloso, y no dejaba traslucir sus pensamientos: —¡Mira qué bien, Gastón! ¡Se ve bonito! —dijo, y cambió de tema.

Gastón tuvo que acostumbrarse a la forma sigilosa con que Trillo se movía en el despacho, a su sentido del humor y a la lealtad casi perruna que le profesaba. Se habían caído bien desde que trabaron conocimiento, a pesar de que pertenecían a esferas sociales distintas.

—Tú eres un niño popis, Gastón. Un riquillo que vive en las Lomas de Chapultepec —reconoció Eduardo de inmediato—. Yo, en cambio, vengo del pueblo más apestoso del país, de La Piedad *Cagadas*. Un lugar donde la cría de cerdos es el único sustento de la población… ¿No te has fijado que mi ropa huele a caca? —preguntó jalándose los fondillos del saco—. ¿Que Alonso y Raúl me sacan la vuelta? ¡Ah, no los culpo, hermanito, tienen razón!

—¡No! ¡Te lo digo en serio, Eduardo! —respondió Suplice y llevó dos dedos a sus narices—. A caca no hueles, Trillo; hueles a mierda, pero eso es otra cosa. ¿No crees?

Ambos se tiraron de risa con la broma cruel de Gastón. La camaradería quedó establecida. Hicieron equipo con García Diego para, como él decía, ir a ver las tetas y las nalgas de las hermanas Villa que trabajaban en la Secretaría de Hacienda. «¡Están que se caen de buenas, muchachos! ¡Son hijas del

Centauro del Norte, o al menos es lo que dicen! ¡Van a ver lo que es canela fina!» También para meterse a escuchar música guapachosa en un congal de la colonia Roma, y lo mejor, ir a desayunar molletes y burritas en el Hipocampo de Insurgentes Sur.

¿Los asuntos del despacho? Al parecer se resolvían sin que fuera necesaria su presencia y menos su intervención. —¡Pues no! —tronaba Trillo—. ¡Por veinticinco pesos al mes, no pueden exigirnos nada! ¡Que se den de santos que nos presentamos después de las clases! ¡Bola de cabrones!

Gastón, aunque pensaba lo mismo, no lo secundaba por el respeto que le merecían los socios. Él prefería llegar una hora más tarde, lapso que dedicaba a regalarse en la explanada de la facultad con los chistes que contaba Enrique Fernández Perera, alias *el Cucho*; con el cotilleo que se hacía respecto de las andanzas del *Duque* Sepúlveda, quien manejaba un Rolls Royce plateado y era, además, sobrino del director de la facultad, don César Sepúlveda Amor; con la herencia que supuestamente había obtenido Nacho Durán Loera de su abuela, cuya cifra, según la labia de cada cual o su imaginación desbordada, oscilaba entre los cuarenta y los cuatrocientos millones de pesos; y con la información y recomendaciones de películas y libros que «todo el mundo» debía ver y leer para contemporizar con los ilustrados y no pasar por la vida hecho un idiota.

Gastón se autodefinía como una persona con libre albedrío, plural y dispuesto a tolerar las tendencias ideológicas. «¡No le tengo miedo a nada! ¡Mi curiosidad no tiene límites!», solía decir frente a sus congéneres. Asistía con frecuencia, en compañía de Amancio, Rafael y *Chuy* Fernández Perera, al cineclub de la universidad, organizado por el padre Gerardo Alás, un cura francés con formación jesuita que había colgado los hábitos y era la mar de excéntrico y además simpático. Gastón iba con el objeto de conocer y discutir las obras de Luis Buñuel que durante las reseñas cinematográficas que se llevaban a cabo cada año en el Cine Roble habían conmocionado al público asistente, y en especial a los llamados intelectuales que conformaban La Mafia: Octavio Paz, Elena Garro, Carlos Fuentes, José Luis Cuevas, Juan García Ponce, Amalia Hernández y Luis Guillermo Piazza, entre otros. Las películas de Buñuel, exhibidas con los títulos *Los olvidados*, *Viridiana* y *El ángel exterminador,* contenían una crítica devastadora de las instituciones que sostenían a la burguesía mexicana y la intención patente de desacralizar los dogmas católicos que tanto daño habían producido a la humanidad. Gastón y sus amigos las veían arrobados, y sus discusiones y los análisis que de ellas hacían podían prolongarse hasta la madrugada. Todos, sin excepción, estaban enamorados de Silvia Pinal, a la que consideraban una actriz de culto.

El cineclub universitario no se agotaba con dichas películas. Era muy barato y los alumnos también tenían acceso a lo mejor del cine francés con cintas como *Los 400 golpes* y *Jules y Jim*, de François Truffaut, el creador de la *nouvelle vague*; *El salario del miedo,* de Clouzot, protagonizada por Yves

Montand; *Le ballon rouge*, de Albert Lamorisse; *El descanso del guerrero* de Roger Vadim, con la cachondísima Brigitte Bardot, aceptada ya como *sex symbol* de la pantalla; así como las películas italianas *Rocco y sus hermanos*, de Luchino Visconti, con la que Alain Delon había alcanzado el estrellato; *Ladrón de bicicletas*, de Vittorio De Sica; *Roma, ciudad abierta*, filmada en 1945 por Roberto Rossellini, con Anna Magnani en el papel estelar; *Arroz amargo*, de Giuseppe de Santis, con la actuación espléndida de Silvana Mangano; y otras muchas cuyo reparto no dejaba de ser estupendo.

Combinaban e intercambiaban entre sí y con otros compañeros los libros recién traducidos y publicados que llegaban a sus manos. Una vez superada la etapa de la adolescencia y la lectura de las obras de Hermann Hesse, tales como *Narciso y Golmundo* o *Siddhartha*, o quedar conmovidos ante las propuestas existenciales contenidas en *Contrapunto* o en *Un mundo feliz* del autor británico Aldous Huxley, amén del repaso analítico inevitable de *El tercer ojo,* de Lobsang Rampa, todos se abocaron al conocimiento puntual de las obras completas de Franz Kafka; *El extranjero,* de Albert Camus; *La náusea,* de Jean-Paul Sartre; *Rayuela,* de Julio Cortázar; *El gatopardo,* de Giuseppe de Lampedusa; *Los condenados de la Tierra,* de Frantz Fanon, y *El cero y el infinito,* del otrora miembro del Partido Comunista, Arthur Koestler, cuyo texto los condujo a los ensayos de Carlos Marx, a la poesía de Pablo Neruda, Antonio Machado y Ernesto Cardenal, y los vinculó con las cintas maravillosas de Sergéi Eisenstein *El acorazado Potemkin* y *¡Que viva México!*, documental este último que sirvió para abrirles los ojos ante la realidad, muy ajena a sus familias, que se vivía en el México profundo.

Sin embargo, la existencia de Gastón no se concretó al cultivo de una parcela libresca. La vida universitaria ofrecía muchas y variadas posibilidades que le permitirían satisfacer las inquietudes que, a manera de vilanos, flotaban en el ambiente. La vida, por tanto, estaba ahí, a la vuelta de la esquina, para ser disfrutada a plenitud. La trivia del beisbol llegó en el otoño, casi al mismo tiempo que los exámenes que debería presentar al final del año. Los *play offs* habían concluido y los equipos finalistas de las ligas Nacional y Americana que se enfrentarían en la Serie Mundial de 1963 no eran otros que aquellos rivales tradicionales que sacudían a la afición y la ponían con los pelos de punta: los Dodgers de Los Ángeles, California, y los Yankees de Nueva York.

Gastón, que hasta esas fechas no había demostrado interés alguno por el «juego de pelota», tuvo una invitación para, a través de las proyecciones en vivo que haría la cadena de televisión, ya constituida en la empresa Televisa, presenciar los partidos.

—Vamos a verlos en el departamento donde viven unos estudiantes de Sonora fanáticos del beisbol, a los que conozco de hace tiempo, Gastón —propuso Eduardo Trillo—. Son unos cuates a toda madre, hijos de algunos ganaderos y empresarios de Hermosillo y Ciudad Obregón, a quienes les

mandan harta lana para sus gastos y no se andan con remilgos para festejar los partidos con cervezas y una botana que piden a la cantina La Mundial, que, te apuesto, nunca has probado y es simplemente exquisita.

Gastón se sintió tentado y no pudo ocultar su deseo de asistir y compartir aquella experiencia que prometía ser cojonuda.

—¿Y cómo se llaman, Eduardo? —preguntó a su amigo, quien no dejaba de sorprenderlo con sus *conocencias* procedentes de los diversos estados de la república—. ¿Dónde está su departamento?

—Los que son mis meros cuates se llaman Rolando Bourst y Toño Gándara, a quien llaman *el Chino* —respondió Trillo, no sin dejar traslucir cierto orgullo—. Rolando es bien parecido, es el más bronco y jefe del grupo. El Chino es cacarizo, con el pelo ensortijado y facciones negroides... Es horroroso, el bato, pero no sabes el pegue que tiene con las putas del burdel que está situado frente al departamento. Ahí en la calle de Eugenia, casi esquina con avenida División del Norte... Ah, por cierto, Gastón, las muchachas también acuden a ver los partidos. Como la transmisión es por las mañanas no están ocupadas y se dan su tiempo para...

—¡No me digas!

—¡Pues sí te digo: echarse un palito con los sonorenses y sus invitados!

—¿Conmigo también?

—¡Si te pones abusado!

Gastón ya no tuvo dudas. Durante diez o doce días pondría sus pelotas al servicio de la Serie Mundial. Organizó con sus compañeros de clase las sesiones para estudiar las materias objeto de examen en la casa de Amancio Bolaño a horas que no interfirieran con el picheo de Whitey Ford por los Yankees o de Sandi Koufax al frente de la novena de los Dodgers en el Dodgers Stadium y poder presenciar un duelo de gigantes.

La Serie Mundial inició un jueves de principios de noviembre a las once de la mañana, tiempo de México. Flanqueados por enormes carteles adheridos a las paredes de un salita de estar con las efigies de jugadores famosos, como Joe DiMaggio y *el Pirata* Fuentes, los aficionados del norte se apoltronaron, cada cual como pudo, frente a la pantalla de un televisor que, con imágenes en blanco y negro, vomitaba las estadísticas vociferadas por *el Mago* Septién, quien a la sazón era el locutor más brillante y calificado para relatar lo que sucedía en el diamante del beisbol, una autoridad en la materia y el hombre más entusiasta para comentar los pormenores del partido.

Gastón esa mañana no entendía ni madres y tampoco se esforzaba mucho para comprender las diferencias que había entre una manopla de cácher y las que usaban los peloteros que ocupaban las bases o los jardineros en el terreno de juego. Para él todos los bates eran iguales y no era capaz de distinguir entre un lanzamiento recto a la caja de bateo y una curva con la que el pícher produciría un *strik*e o, si fallaba y el bateador no abanicaba la pelota, una base

por bolas. Los gritos y aspavientos de sus compañeros lo tenían sin cuidado. Sí, reía las bromas que se hacían entre ellos y celebraba con todos las burlas de que cualquiera era objeto. También, simulaba suspenso en aquellos momentos en que el lanzamiento del pícher, según entendía por los gestos y el silencio expectante, podía definir la puntuación del juego. Sin embargo, él prefería, ahí, en medio de los sonorenses y compartiendo una silla con Eduardo Trillo, dedicarse a masticar y atracarse con las viandas que componían la botana, para él deliciosa, y esperar, con una ansiedad puñetera, a que aparecieran las putas y comenzara la fiesta.

Las chicas, así las llamaban, hicieron su aparición al filo del mediodía. Fueron recibidas con alegría y piropos destinados a alabar su belleza o la ropa que, a todas luces, recién estrenaban. Eran tratadas como «damas» y con una cortesía que no admitía ni las «malas palabras» ni alusiones a la práctica cotidiana del oficio que desempeñaban. Ocuparon sus lugares entre los muchachos y preguntaron por los avatares del partido. Gastón, que esperaba el destape instantáneo de una bacanal desenfrenada, en alguna forma se sintió frustrado. Fue necesario que Trillo le susurrara al oído: «¡No comas ansias, cabrón! ¡Espérate a que se calienten!», para que cayese en cuenta de unas reglas que, al igual que las del beisbol, le eran desconocidas.

La cogienda, discreta, comenzó en la cuarta entrada. Mientras los comerciales en la televisión anunciaban «Siga los tres movimientos de Fab: enjuague, exprima y tienda» —un *jingle* surgido del talento creativo de don Salvador Novo—; exaltaban el burbujeante sabor de «La Rubia de Categoría, la cerveza que todos quieren»; y aconsejaban la compra de acumuladores con Roberto Diener y Compañía, una de las hembras agarró a Toño Gándara de una mano y literalmente lo arrastró hasta el sitio que, Suplice entendió, era la recámara del fondo.

—¡La Mandonga ya no se aguantó las ganas! —explicó una de las prostitutas—. Se enteró, por boca de la Giralda, que el pinche Chino tiene un tolete descomunal, y nada más cruzamos el camellón comenzó a correrse.

—¿Ah, jijas, así es que es cierto lo que dicen del Toño? —bufó una mujerzuela flaca, güera oxigenada, que cumplía más que bien con la Ley del Tordo: patas flacas, culo gordo; quien agregó: —¡No, *pus* yo también me lo voy a coger! ¡Faltaba más, pues!

Para la sexta entrada la pasarela estaba en su apogeo. Tres sonorenses, en base con su respectiva damisela, hacían rechinar los colchones como si quisieran arrancarles los resortes, mientras otros esperaban su turno y protestaban cuando alguno de los *embasados*, sin consideración ni respeto, prolongaba sus coitos hasta los *extra innings*. Gastón y Trillo fueron al bate hasta que comenzó la novena entrada y, aunque muy a su pesar y aguantando el asco que les provocaba, tuvieron que remojar la tiza en esponjas que rezumaban el semen de sus predecesores.

Al terminar el partido, unos festejaban el triunfo de su equipo favorito y otros se lamentaban por el resultado adverso del suyo y, sin dilatar o hacerse los remolones, pagaban religiosamente el dinero que habían apostado. Las chicas recibían su parte, de la cual un porcentaje iba a parar a los bolsillos de *la Yolanda*, travesti que se dedicaba a administrar el burdel y se había especializado en atender a aquellos borrachos que, en su desenfreno y lascivia desmedida, no podían distinguir cuál era su sexo y la montaban o se dejaban montar para, después, arrepentirse de lo lindo, pero sin soltar palabra. Secretos que se guardaban bajo llave y la amenaza de que el delator fuese pasado a cuchillo. No sucedía lo mismo con el amor, pues todo el mundo sabía que la Yolanda estaba enamorada del Chino, al que para hacérselo saber con sutileza le había regalado cachuchas de los Mets, de los Red Sox, de los Yankees y hasta de los Piratas de Pittsburgh.

Gastón júnior no pudo resistir muchos días la compañía de los sonorenses. El departamento funcionaba como una leonera, en la que la pulcritud no era para nada exigente. Botellas vacías, vasos con residuos de ron y Coca-Cola, platos de cartón desechables sucios y pringados de salsas de texturas sospechosas, ceniceros rebasados con bachas y filtros renegridos, una playera por acá, unos calzoncillos premiados por allá, condones usados y sin usar por todos los rincones, y, en las tres habitaciones, entre las sábanas y las fundas grises y percudidas que cubrían las camas y las almohadas, un batidero de semen, sudor y exclamaciones gozosas.

A nadie parecía importar el cochinero en el que vivían. Nadie, como no fuera la sirvienta michoacana llamada Yadira encargada de «hacer la limpieza» tres veces a la semana y que, además y con desparpajo purépecha, prodigaba su sexualidad entre los más desamparados, se preocupaba de la suciedad y abandono en los que transcurrían los días orgiásticos de la Serie Mundial ni de los siguientes. Gastón quiso aprender a transitar por el pantano sin mancillar su plumaje, pero le fue imposible. Sus compañeros de clase no tardaron en quejarse del olor a perro muerto que su cuerpo despedía y del aspecto desaliñado de aquella ropa que no se había cambiado en días.

—¡Si quieres estudiar con nosotros, más vale que te bañes y que te cambies de ropa, Suplice! —reclamó Amancio Bolaño, quien fue de inmediato secundado por Lourdes, Patricia y Olguita Sánchez Cordero.

En el despacho, la reprimenda mayor se la llevó Eduardo Trillo. Fue dado de baja por Hiram Escudero y liquidado con la suma de treinta y dos pesos con cincuenta centavos: «¡Para que te mantengas mientras regresas a tu tierra, mugroso de porquería!».

Los exámenes exigieron toda la atención del pasante. Los pases por bola y los *homeruns* tan celebrados por el Mago Septién y su compañero en las transmisiones, *Sony* Alarcón, quedaron opacados por la necesidad de memorizar decenas de artículos del Código Penal, del Civil; aprender los

silogismos verdaderos y falsos que les enseñaba el maestro Abreu en la clase de Sociología, así como el derecho de huelga que era uno de los pilares del Derecho Laboral. Gastón, nunca supo debido a qué artes, pasó los exámenes con sietes y ochos, y se dispuso a disfrutar de unas vacaciones que, de acuerdo con los cánones de los estudiantes pudientes, se merecía con creces.

Unas vacaciones atípicas para lo que acostumbraba su familia. Por primera vez, y desoyendo las instrucciones de su padre, Gastón júnior no quiso viajar con ellos a la hacienda de Candilejas ni pasar la Navidad a su lado. Prefirió quedarse en la casona de las Lomas y, para comenzar, irse de juerga con Amancio Bolaño, al que su padre le había comprado un MG convertible de color negro al que, nada más verlo, las mujeres se trepaban solas.

Gastón pasaba las mañanas en las canchas de tenis del Club Deportivo Chapultepec en las que, con frecuencia, se disputaban los encuentros para calificar en la Copa Davis y donde ocasionalmente podía ver jugar al célebre *Pelón* Osuna, joven tenista mexicano capaz de competir al tú por tú con los extranjeros y, en los partidos de dobles, vencerlos y hacer puntos llenos de adrenalina que convencían a los aficionados mexicanos de que sí se podía ganar la copa y derrotar a los gringos. También, y eso lo hacía diario, nadaba tres kilómetros de crol en la alberca de dimensiones olímpicas y, al terminar, disfrutaba por quince minutos, nunca más, del baño de vapor que lo dejaba listo para comerse una vaca en la taquería de Los Panchos que, nada más doblar la esquina, quedaba a una cuadra.

Por las tardes, Amancio lo recogía en su casa a las cinco en punto para dirigirse a la Zona Rosa, «una prostituta disfrazada de virgen», y encontrarse en el Pasaje Jacarandas con Tavo Cisneros, Ricardo Paz, Julián Soler y Henry Branson. El pasaje, en cuya entrada por la calle de Hamburgo estaba el restaurante La Cabaña de Carlos Artigas, era frecuentado por los jóvenes intelectuales que, con un ensayo lúcido y picante, una novela precoz o un pequeño volumen de cuentos, habían destacado en la República de las Letras, y en el café Toulouse Lautrec del fondo —a unos pasos de la Galería Oso Blanco de Alex Duval donde José Luis Cuevas escandalizaba a la gente con sus famosos *happenings* o su *Mural efímero*— los júniors podían departir con Carlos Monsiváis, José Agustín —quien a veces llegaba acompañado de su novia Angélica María, baladista de pésimas canciones pero que salía en la tele con César Costa y Enrique Guzmán y su banda de rock Los Teen Tops, y se había ganado el título de *Novia de México*—, Gustavo Sainz, René Avilés Fabila y otros nóveles autores que, aglutinados en grupo de resistencia contra *la capilla* de Octavio Paz, habían sido bautizados de manera inopinada como los Escritores de la Onda por la profesora de la facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Margo Glantz.

Ahí, Gastón y sus amigos iban a tomar café y a parar la oreja. Era válido escuchar los comentarios, en ocasiones procaces, de los cerebritos. No se valía

abrir el buche y menos aventurar un juicio crítico que, sin lugar a dudas, sería tomado como una pendejada mayúscula. Ricardo Paz, emparentado con el poeta, cuidaba mucho de no externar su apellido y, de ninguna manera, se atrevía a defenderlo. Don Octavio era temido, mas no necesariamente respetado. Julián Soler, en cambio, disfrutaba de la simpatía de los concurrentes gracias al historial de su familia en la industria cinematográfica y a que los nombres y apellidos de su padre y sus hermanos estaban en muchas de las carteleras y marquesinas que los cines exhibían.

Tavo Cisneros y Branson, en cambio, eran ignorados. A pesar de que el padre del primero era el principal y único promotor de un concurso de baile en las horas estelares de la televisión donde se anunciaba una línea de cosméticos con la marca Vanart, y la madre del segundo era la propietaria de los esteros y tierras de la Isla del Carmen, en el estado de Campeche, ninguno de los asiduos al café los tomaba en cuenta.

Amancio y Gastón procuraban elegir una mesa contigua a las que ocupaban las voces de quienes escribían sesudos ensayos y críticas feroces en las revistas y los suplementos culturales que circulaban en tirajes más o menos pequeños para complacer el ego de sus autores y la curiosidad de sus admiradores, a fin de abrevar de su inteligencia los conceptos sobre los filósofos franceses de izquierda que comentaban y sus opiniones acerca de las obras literarias que, gracias al trabajo generoso y concienzudo de don Joaquín Díez-Canedo, propietario y director de la editorial Joaquín Mortiz, aparecían en las librerías.

Sentados frente a un café capuchino, un expreso cortado o una leche malteada, podían escuchar a Alejandro Jodorowsky, María Luisa *la China* Mendoza y Luis Guillermo Piazza discutir sobre el contenido de las *Fábulas pánicas* que el primero publicaba en el periódico *El Heraldo,* o acerca del argumento de la película *Fando y Lis,* dirigida por Alejandro Jodorowsky. También, pero semiocultos en otro rincón, a Florencio Sánchez Cámara y a Guillermo Rousset Banda pontificar sobre la sabiduría de Jean-Paul Sartre y de su compañera Simone de Beauvoir, y la relación para nada convencional que sostenían; o ponderar las virtudes de la novela *Farabeuf,* de Salvador Elizondo, cuyo discurso literario de vanguardia los había entusiasmado al grado de que:

—¡Merece ganar el Premio Xavier Villaurrutia de este año! —adelantaba Sánchez Cámara, convencido de que podría influir en la decisión del periodista Francisco Zendejas, dedicado a comentar las novedades editoriales en su columna *Multilibros* de *Excélsior* y patrono indiscutible del premio.

También, y ello los cautivaba, podían enterarse de los chismes que surgían bajo la sombra de las mujeres en flor, de los enfrentamientos y discusiones, las más de las veces fútiles, entre los diversos grupos de intelectuales, y de las frases lapidarias con las que se descalificaban, como aquellas expresadas por Octavio Paz contra Carlos Monsiváis: «¡La diferencia entre usted y yo, ¿señor? Monsiváis, es que yo soy un hombre de ideas y usted es un fulano de

ocurrencias!»; y en oprobio de René Avilés Fabila, de cuyo apellido paterno había desbaratado las sílabas para que *El ogro filantrópico* se deleitara pronunciando: «¡Ah, vil es!».

La fauna intelectual era proclive a practicar el canibalismo. Experto en atragantarse con las tripas de sus adversarios, don Edmundo O'Gorman, exmarido de la bellísima crítica de arte Ida Rodríguez Prampolini y hermano de Juan, el célebre muralista,, metía la puya con aforismos deslumbrantes —aplaudidos en los corredores del Pasaje Jacarandas, mientras bebían a pico de botella el suero que se habían birlado del hospital Dalinde, de Mario González Ulloa, las poetas Pita Amor y Nahui Olin— tales como aquél: «El sexo débil ni tan débil, el sexo fuerte ni tan sexo».

El mismo O'Gorman era dado a difundir, entre burlas y veras, las humillaciones que infligía a sus conocidos y alumnos, y las contaba en voz alta en medio de sus contertulios, de suerte que Gastón y sus amigos pudieron quedar enterados de lo sucedido en una cena en casa de Amalia Hernández —directora del Ballet Folklórico— organizada por su hermano Agustín, después de que los invitados, haciendo alarde de un exhibicionismo desmedido, nadaran desnudos a propuesta de Carlos Fuentes y José Luis Cuevas:

—¡Claro! —enfatizó don Edmundo—, no podía faltar Sergio Fernández, que andaba presumiendo la aparición de su novela ininteligible *Los peces* y ostentando unas mancuernillas hechas con unas pequeñas cabecitas sonrientes originarias de un hallazgo arqueológico en las ruinas de El Tajín. Todos las vimos, pero nadie hizo comentario alguno, lo que dejó a Sergio frustrado. No contento, se acercó adonde yo estaba y a un tris de desgañitarse me dijo: «¡Mire, don Edmundo, son piedras prehispánicas!». Entonces, yo con toda calma le di una respuesta contundente: «¡Pero, mi querido Sergio, qué no sabe usted que todas las piedras son prehispánicas!». Sergio se puso pálido, dio media vuelta y, seguido de una carcajada generalizada y sin despedirse de nadie, abandonó el comedor y la casa de Amalia…

Ya por la tarde noche, Gastón y sus amigos abandonaban la Zona Rosa para, después de recoger a unas amigas a las que llamaban *las golfas* y que trabajaban en una perfumería en la calle de La Palma, dirigirse a la Plaza Popocatépetl, que colindaba con la avenida oval Ámsterdam, en la colonia Hipódromo Condesa, al departamento de Cayetano Cantú, traductor del poeta griego Constantino Cavafis, y participar en múltiples discusiones sobre la influencia de éste en varios poetas españoles contemporáneos, Luis Cernuda entre ellos; y cómo Lawrence Durrell había adoptado uno de sus poemas para estructurar el eje de su maravillosa novela polifónica *El cuarteto de Alejandría*. Otro tema habitual era la Guerra Civil española dado que muchos de los asistentes eran hijos de republicanos exiliados en México y conocían cientos de

anécdotas de las personalidades que habían destacado y que, como en los casos de *la Pasionaria*, del médico Juan Negrín y Manuel Azaña, despertaban controversias vehementes, enmarcadas éstas por el telón de fondo de los gritos valerosos y antifranquistas de «¡No pasarán!». Sin embargo, en ese ambiente abigarrado, nutrido con los litros de ron Potosí o Bacardí, que al ser mezclados con Coca-Cola daban como resultado una bebida que se consideraba proletaria porque era la más barata: las solicitadas cubas libres; lo mejor, sin duda para Amancio y su pandilla, era disfrutar bailando rumba con la música del grupo del *Negro* Ojeda, campeón indiscutible aporreando los timbales.

A estas rumbeadas estridentes y de una sonoridad caribeña y tropicalona, adobadas con los tamales y tostadas que Cayito encargaba en la Flor de Lis, restaurante especializado en una variedad deliciosa de platillos mexicanos, acudían muchos jóvenes universitarios afiliados a las corrientes de izquierda que desde la escuela de Economía cuestionaban al gobierno y propugnaban por un viraje ideológico acorde con los movimientos revolucionarios de tendencia comunista que, como sucedía en Cuba, incidían en la definición política de aquellos países latinoamericanos dispuestos a enfrentarse a los dictados del imperialismo norteamericano. Personajes como Pablo Pascual, Porfirio Muñoz Ledo y Pablo Gómez, de la colonia Narvarte, pasaban por ahí con la prisa de quienes debían atender muchos compromisos para dejarse ver, calar el ambiente y soltar alguna frase críptica, con la cual dejar en claro que, en serio, eran muy inteligentes y apantallar a los menos avispados.

La música era incendiaria. Era inevitable mover el trasero y sumarse al ritmo cadencioso de los acordes que el Negro Ojeda y su banda imprimían con sus instrumentos. Gastón, incorporado al vaivén de la masa danzante, se cuidaba, sin embargo, de no ser presa de las insinuaciones y toqueteos furtivos de algunos homosexuales que se colaban subrepticiamente al filo de la madrugada cuando, presumían por experiencia, la mayoría de los varones estarían borrachos y, perdidos los controles, aceptarían escarceos ajenos a su varonía.

—¡Vámonos, muchachos —exigía Chuy Fernández—, que este lugar ya se llenó de putos! ¡Ándale Negro, apúrale! —conminaba a Pepe Merino para que junto con su hermano Juan, que de rigor estaban amartelados con las golfas, salieran por piernas.

Gastón y Amancio montaban en el MG y antes de dirigirse a sus respectivas casas, se dejaban caer en los caldos de pollo del mercado de Mixcoac o en los tacos de El Gallito para reunirse con los desbalagados de la noche y comenzar a curarse la cruda.

VII

«¿Por cuál camino, señor presidente?», bramaban los oligarcas mexicanos representados en la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio, la Confederación de Cámaras Industriales de los Estados Unidos Mexicanos y la Confederación Patronal de la República Mexicana en un desplegado publicado en la prensa debido a la indefinición política del gobierno de Adolfo López Mateos.

El presidente, con el deseo de demostrar que, al igual que el general Lázaro Cárdenas, era «revolucionario», el 27 de septiembre de 1960 había nacionalizado la industria eléctrica, «reivindicación importante de los recursos naturales», pero que, para nada, tuvo las repercusiones políticas y sociales de la nacionalización del petróleo. Asimismo, y ya montado en la yegua de la demagogia, López Mateos mostró un rostro amable a los campesinos: creó el Fondo Nacional de Fomento Ejidal y la Conasupo —Compañía Nacional de Subsistencias Populares— a fin de asegurar precios de garantía a los productos del campo. Luego, todavía no satisfecho, repartió tres millones de hectáreas entre los ejidatarios, que no les sirvieron de mucho pues eran terrenos baldíos que no se habían ocupado ni sembrado por ser, en su mayoría, montes pelones, cañadas inaccesibles o tierras arrebatadas a las zonas desérticas del país. Nadie quedó contento. Los campesinos se sintieron timados y los caciques y latifundistas encabronados porque se consideraron amenazados.

—¡López Mateos es un manipulador que no convence a nadie! —comentó don Gastón Suplice frente a sus amigos y socios de la Confederación Patronal, mientras degustaba una langosta Thermidor y hacía lo posible porque la mantequilla no escurriese por su mentón y ensuciara su camisa—. Muchos comentan, sobre todo nuestros amigos del Grupo Alfa de Monterrey, los Garza Lagüera, los Zambrano, los señores Canales y Clarión, que la imposición de los libros de texto gratuitos, organizados, editados e impresos por el escritor Martín Luis Guzmán por encargo del secretario de Educación Pública, don Jaime Torres Bodet, atenta «contra la libertad que tienen los padres de escoger la educación que consideren conveniente para sus hijos», y que dichos libros contienen ideas comunistas, propician pensamientos ateos y son obra, así lo dijo Alfonso Romo Garza durante una cena en la Vidriera México, del mismito diablo.

—¡Ah, qué mochos tan exagerados! —opinó don Raúl Salinas Lozano,

miembro del gabinete que había sido invitado al ágape por don Carlos Trouyet para deslindar cómo deberían conducirse los comerciantes—. No se alarmen con la soberbia del señor presidente. Don Antonio Ortiz Mena, secretario de Hacienda, me dijo, no hace más de dos días, que es intención de este régimen favorecer el desarrollo económico del país sin entrar en competencia con la iniciativa privada. Así es que, señores, no se pongan nerviosos ni se asusten con llamaradas de petate.

Los empresarios guardaron elocuente silencio. Las ascuas de un petate en llamas atravesaron el salón Los Vitrales, donde estaban reunidos. Todos acababan de leer en la página frontal del periódico *Novedades* la declaración inopinada del presidente: «¡Somos de extrema izquierda dentro de la Constitución!» —un dislate que «seguramente le sopló a la oreja Fidel Castro», opinó uno de los comensales—, aprovechando la posición internacional de México de no intervención y autodeterminación de los pueblos frente al caso de Cuba en la VII Reunión de Consulta de la OEA, en Punta del Este, Uruguay.

—¡No lo dudo! —interrumpió don Gastón—. En esa reunión los gringos estuvieron presionando para que los Estados miembros rompieran relaciones con Cuba, se sumaran al bloqueo que están determinados a imponer y que dicha nación fuera expulsada de la organización. Sin embargo, México, representado por don Manuel Tello al frente de la Cancillería, aunque aceptó que un régimen con un sistema de gobierno marxista-leninista era incompatible con la tendencia democratizadora de América Latina, se opuso a su expulsión y se mantuvo firme. ¡Ya podrán imaginarse el berrinche que hicieron los gringos y lo agradecido que quedó Fidel con la diplomacia mexicana!

La intranquilidad se alojó en el pecho de los empresarios provocándoles sofocones. Se sentían, en alguna forma, maniatados y con el prurito de que el régimen diera un bandazo hacia el comunismo, desmantelara los negocios, las fuentes de producción y, consecuencia natural, acabara por arrebatarles la riqueza acumulada. Las declaraciones de Alfonso Corona del Rosal, a la sazón presidente del PRI, quien con la intención de suavizar los resquemores había definido al gobierno de López Mateos como de «atinada izquierda», no sirvieron más que para acrecentar los temores. Por primera vez aparecieron, en el mundillo de los banqueros y financieros, unos cuantos sacadólares dispuestos a proteger el dinero que destinaban a sus inversiones. No obstante, los hechos vinieron a desmentir los alardes maniqueos que contenían los dichos.

—No entiendo qué es lo que sucede con este gobierno —se quejaba Juan Sánchez Navarro en un convivio cervecero al que había sido invitado don Gastón Suplice—. ¿Cómo podemos creer en una administración que afirma ser de izquierda por un lado y que, por el otro, fomenta la inversión extranjera?

—¿Tú crees, Juan, que un presidente que se escapa de la vigilancia de su Estado Mayor para correr su flamante Maserati por la recién estrenada

autopista a Toluca, puede ser un líder comunista? —replicó don Gastón con una sonrisa maliciosa en el rostro—. ¿Que puede considerarse de izquierda a un mandatario que se la pasa viajando por todo el mundo y que, cuando no lo hace, es porque está encamado con Lola Beltrán, Ana Bertha Lepe o Kitty de Hoyos? ¡No, mi Juan, ese cabrón que presume de ser muy macho nos da atole con el dedo y, al final, va a permitir que hagamos todos los negocios que nos venga en gana!

No andaba desencaminado Gastón Suplice. «El milagro mexicano» permeó en la opinión de los gobiernos extranjeros con una inflación a la baja, incremento en los salarios y un crecimiento sostenido del seis por ciento y estimuló grandes y jugosas inversiones. Don Gastón pudo participar en la construcción del ferrocarril Chihuahua-Pacífico y, junto con su amigo Antonio Ruiz Galindo, adquirir acciones de la fábrica de automóviles Beauregard por la que López Mateos sentía especial predilección.

—¡Vaya que somos un país milagroso! —exclamaba el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez—. ¿No hasta trajimos la figura monumental del dios de la lluvia Tláloc para colocarla a un lado del magnífico Museo de Antropología e Historia…? —preguntaba con el afán de que lo adularan por haber construido el museo.

—Milagro es que el gobierno nos haya convencido de aceptar la modificación del artículo 123 de la Constitución para obligarnos a repartir nuestras utilidades entre los trabajadores —rebatía don Arcadio Lascuráin, dueño de una refresquera del Bajío.

—¡Milagro es la construcción de veintitrés mil unidades habitacionales en Nonoalco-Tlaltelolco y San Juan de Aragón! —clamaban golosos el arquitecto Pani y la mayoría de sus asociados en su despacho y en las empresas con las que se habían contratado las obras.

Muchos se habían vuelto inmensamente ricos… Pero ¿y la izquierda? ¿Qué pasaba con ella? Algo sabía Gastón júnior, porque muchos de sus amigos y compañeros estaban involucrados con una ideología que seducía a los jóvenes. La figura del Che Guevara se había convertido en un ícono y la revolución cubana era un imán que los mantenía cautivos. Los ejemplares del *Libro rojo* de Mao Tse-tung, así como los de Ho Chi Minh, fundador del Partido Comunista de Vietnam y pilar en la lucha de su pueblo en contra de la colonización japonesa, francesa y de los Estados Unidos, pasaban de mano en mano, eran leídos y comentados con profusión.

De entrada, Gastón júnior se involucró en una comuna *sui generis* que, en un condominio horizontal localizado sobre la lateral del periférico en la colonia Atlamaya, habían organizado Julio Oscura y su compañera francesa, Arlette Sarzotti, con algunos de los jóvenes del grupo de Cordobanes. El núcleo de la comuna era la casa de Julio y alderredor se habían instalado Pancho Artigas júnior y su compañera Amaya Escudero; el actor de cine Jorge Luke, hermano

de Julio, con Isela Vega y la hija de ambos, Shaula; Salvador Ascencio y una gringa que lo seguía a dondequiera que fuese; y Gastón en la casita del León donde recibía constantes visitas femeninas, entre ellas de una modelo suiza llamada Ritha. El común denominador de este grupo tan heterogéneo, amén de ser lectores de cuanto les caía en las manos, era su rechazo al sistema. Ahí todo lo que les rodeaba pertenecía a todos. Habían eliminado el concepto de propiedad privada. Los ingresos, en especial los de Julio, quien tenía un salario seguro en un despacho de urbanistas que compartía con Hugo García Pérez y Diana Manzanos, ambos con un doctorado en la materia obtenido en Japón, se distribuían para que no les faltara comida, pagar las rentas de sus viviendas y lo que sobraba, cantidad nada despreciable, para los gastos que los reventones demandaban. Cada quien aportaba lo que ganaba a la semana o, como en el caso de Pancho, la mesada que recibía de su padre. Ninguno de ellos estaba conforme con los desajustes sociales, la injusta distribución de la riqueza y la marginación de los jóvenes, a quienes los adultos consideraban y trataban como retrasados mentales.

¡Desconfía de cualquier cabrón que tenga más de treinta años!, era una consigna que se aceptaba y ponía en práctica en los ámbitos universitarios, entre las palomillas y los grupos juveniles que pululaban por la ciudad. Los adultos eran aborrecidos por su intolerancia y rechazo a las ideas de vanguardia. No se diga por su indiferencia frente a los hechos de la guerra de Vietnam, en la que los gringos estaban metidos hasta las cachas, y el sacrificio inútil de muchos de los jóvenes que fueron obligados a combatir en la selva, a pesar de su oposición a la misma. Todos admiraban a Cassius Clay, el campeón de boxeo de peso completo que, a manera de protesta, había quemado su cartilla militar y cambiado su nombre por el de Mohamed Ali, y, por supuesto, a los Black Panthers que militaban y luchaban por la reivindicación de los derechos de los afronorteamericanos y también estaban en contra de la maldita guerra.

—¡El imperialismo yanqui es verdaderamente asqueroso! —clamaba Billy Aguirre cuando aparecía en la comuna para compartir noticias y fumarse un churro de mota.

—Siempre dentro de la doble moral del *big stick,* que por un lado ofrece bienestar y por el otro golpea con un garrote implacable —comentaba Gastón, al tiempo que forjaba un carrujo de Acapulco Golden, la mariguana más apreciada por los comuneros y aquellos que sabían distinguir entre las diferentes calidades.

—Es una lástima tenerlos de vecinos —acotaba Jorge Hammeken—. ¡Estamos jodidos! —se dolía, para enseguida agregar: «¡Tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos!».

—¡Pero a nosotros nos la pelan! —intervenía Pancho, a quien los efectos de la *Cannabis* le ponían los ojos virolos y lo hacían expresarse con un lenguaje

rupestre.

Si bien la mota los congregaba y les permitía divertirse con los desfiguros de sus mentes, además de participar en eventos que los llenaban de gozo, tales como bailar rock and roll desde el mediodía hasta la noche; extasiarse con las voces y la música de Janis Joplin, Bob Dylan, Jim Morrison y su banda The Doors, o meterse en las alucinaciones de Alan Parsons Project y del grupo Led Zeppelin; o, mejor aún, después de escuchar el disco de Moody Blues, *In Search of the Lost Chord*, y entonar por horas las primeras estrofas de la canción *Legend of A Mind*: «*Timothy Leary's dead / No, no, no, no, He's outside looking in…*» —apología en honor del psicólogo del mismo nombre de la universidad de Berkeley, California, investigador, descubridor del LSD y otras drogas psicodélicas que habían revolucionado las mentes de sus seguidores que las consumían—, caminar unas cuadras para, ya fuese en viaje o bien pachecos, entrar en el establecimiento de Doni Donas y comer unas rosquillas cubiertas de chocolate y grageas a fin de refinar la yerba o paladear el ácido; ello no los apartaba de sus inquietudes políticas tendientes a propiciar un cambio acorde con sus ideas socialistas.

Gastón había conocido en el restaurante Tíbet Hamm, localizado en la avenida Juárez, casi frente al Hemiciclo, a don Manuel López Gallo, director de la editorial El Caballito y dueño de la librería El Sótano, que, entre otros títulos, había publicado *Memorias de un revolucionario,* de Victor Serge; *La burguesía y el Estado mexicano,* de Juan Felipe Leal, y *Nueva utopía,* de René Avilés Fabila, textos de tendencia marxista cuya lectura le fue recomendada: —¡Para que te pongas las pilas, Gastón, y orientes bien tus antenas!

Gastón leyó esos libros con acuciosidad. Hizo anotaciones al margen y consultó sus dudas con López Gallo. Don Manuel, en alguna forma, se convirtió en su mentor, pero le advirtió que no mencionara su nombre delante de su padre debido a que «¡Don Gastón Suplice, con el perdón de usted, es un burgués de mierda y detesta visceralmente a la izquierda mexicana! ¡Ni se te ocurra, muchacho, si no quieres que me mande dar una golpiza con sus guaruras!».

Gastón se guardó el secreto, lo que no fue muy difícil dado que ya no hablaba con su padre y evitaba verlo.

La tutela de López Gallo condujo al chico hacia otras latitudes en las que conoció a los intelectuales que formaban el consejo editorial de Nuestro Tiempo: Alonso Aguilar, Jorge Carrión, Bernardo Castro Villagrana, Heberto Castillo y el arquitecto Agustín Hernández. Comenzó a asistir a algunas de sus reuniones, casi siempre en la casa del cardiólogo Castro Villagrana —fundador del Hospital de Cardiología de La Habana, Cuba— y a enterarse de los entretelones de los movimientos de protesta de los médicos, los ferrocarrileros y los maestros hartos de la explotación a que eran sujetos por parte de aquellos que administraban el poder y no estaban dispuestos más que a repartir migajas.

Otros personajes, éstos del Grupo Espartaco: Miguel González Avelar, Martín Reyes Vayssade, Ricardo Valero y el poeta Eduardo Lizalde, acudían a los foros de discusión del consejo editorial y sus opiniones sobre el Partido Comunista Mexicano y las expulsiones que de su seno se habían hecho de Diego Rivera y José Revueltas, cada cual en su momento, se fueron convirtiendo para Gastón en oro molido. Los miembros de la comuna y muchos de los amigos de Cordobanes abrevaban de las palabras de Suplice conocimientos que los hacían reflexionar y estimulaban a prepararse para discurrir por los senderos de una izquierda inteligente… Empero, la vida para ellos tenía muchos otros atractivos.

Jorge Luke, quien había participado con éxito en la filmación de varias cintas de vaqueros, e Isela Vega, que sacudió las conciencias pequeño-burguesas con su magistral actuación en la película titulada *Las pirañas aman en Cuaresma,* fueron invitados por Alejandro Jodorowsky a actuar, bajo su dirección, en una obra de teatro cuyo guion era una paráfrasis de la obra de Friederich Nietzsche: *Así hablaba Zaratustra*.

Los miembros de la comuna, a los que se agregaron Willy Álvarez, su esposa Lynn, María Maziotti, una amiga francesa de Arlette llamada Chantal que salía con Chuy Fernández, y los hermanos Billy y Jorge Aguirre Romano, se presentaron, bien macizos y todavía con olor a mota, a la hora en punto en el Teatro Manolo Fábregas y ocuparon sus respectivas butacas.

La obra, plagada de diálogos retorcidos y parlamentos crípticos, en la interpretación de Jodorowsky podía ser muy aburrida a menos que se hubieran fumado un churro y, como sucedió con los comuneros, les diera por una simpleza que los mantenía tirados de risa. Mas la obra guardaba una sorpresa, misma que salió a flote cuando, por indicaciones del director, los actores se desnudaron completamente en el escenario y Jorge Luke invitó a los espectadores a que se sumaran a la *mise-en-scène*.

No necesitó insistir demasiado. Los jóvenes se despojaron de la ropa y bajaron encuerados para —una improvisación más del chileno— entonar la canción *Hare Krishna, hare, hare…* que se había vuelto famosa con la representación de la obra de rock *Hair* en un teatro de Broadway.

En las graderías, no podía ser menos, se armó un despelote. «¡Cómo se atreven!», gritaba un provinciano, mientras con sus manos tapaba los ojos deslumbrados de sus hijas adolescentes. «¡Ay, ay, ay!», se quejaba una jamona entrada en los cincuenta, sin poder precisar si lo hacía por el decoro mancillado o porque iba a poder presumir con sus amigas de Celaya o Irapuato que le había visto la pirinola al actor —«¡A ese que sale en la tele!»— Jorge Luke. «¡Qué tetas, pero Dios mío, qué tetas!», la divisa de un tipo ensombrerado y con acento norteño, encandilado con las formas suculentas de Isela Vega y de las gringas y francesas que se las mostraban sin tapujo alguno.

Pronto comenzó la desbandada. Entre gritos e insultos y exigiendo la

presencia de las autoridades responsables de la moral y las buenas costumbres, las familias pequeño-burguesas que venían de provincia con la intención de asistir a las obras de teatro más atractivas de la capital, abandonaron la sala indignadas y mentando la madre a los miembros del elenco y a sus adláteres improvisados. Sin embargo, la obra fue considerada un éxito.

—Van a hablar de nosotros y a derramar ríos de tinta no sólo en las secciones de espectáculos de los diarios, sino en las notas rojas —vaticinó, ufano, Alejandro Jodorowsky—. ¡Se nos va a llenar el gallinero todos los días de función igual que si fuéramos un palenque! ¡Nos va a caer la lana a raudales!

Un éxito, sí, que cumplió con las expectativas de los productores, pero que, además, vino a descubrir en Gastón una faceta traviesa y desinhibida que lo llevaría a perpetrar muchos desaguisados.

El tiempo no había transcurrido en balde. El júnior pasó al cuarto año de la carrera de Derecho y dejó, por fin, el despacho de Felipe Gómez Mont. «¡Quiero arriesgar por mi cuenta! ¡Voy a poner mi despacho!»

Amancio Bolaño lo miró con un gesto que denotaba: «¡Ah, pero si serás pendejo!». —¿De dónde vas a sacar los clientes y el dinero para los gastos? ¡Todavía no te titulas! ¡Eres un pinche pasante, Gastón! Mejor, si quieres irla llevando con cierto decoro y sin la preocupación de mantener un tugurio y a una secretaria, vente a trabajar con nosotros al despacho de mi cuñado, el licenciado Clemente Valdés Sánchez.

—¿Clemente Valdés? ¿Ese prófugo del Tercer Mundo que se traga el desprecio que le profesa tu papá cada vez que aparece por tu casa? ¿El mismo que está convencido de que tu hermana Sara, por ser hija de gachupines, es la princesa de Java? ¿Lo dices en serio, Amancín? —replicó Suplice con una intención clasista que repugnó a su amigo.

—¡No aprendes, Gastón! —respondió éste con enfado—. ¿Cuándo dejarás de ser un niño nailon, un júnior imbécil que reniega del color y de los orígenes de nuestra gente?

Gastón se sintió tocado. Su comentario había sido más que inoportuno. Sus resabios clasistas salieron a relucir como un despropósito que lo dejaba expuesto al escarnio. Él los suponía resueltos pero estaba claro que todavía los tenía incrustados en el inconsciente y debía trabajar duro para borrarlos de su personalidad y carácter. Tuvo que pedir una disculpa y reconocer que no era eso lo que le desagradaba del cuñado de Amancio. Recurrió a un argumento tramposo para salirse por la tangente:

—¡No sé si podremos llevarnos bien Clemente y yo! —arguyó—. Él es un tipo muy solemne para mi gusto. Se toma demasiado en serio su interpretación del Derecho. Cuando acude a los tribunales para representar a sus clientes en los juicios civiles y mercantiles que litiga, se vuelve de güeva…

—Bueno, sí —concedió Amancio—, pero sabe un chingo y, además, es

honesto y honrado. Poco a poco se ha ganado el respeto de los jueces y de los litigantes con los que ha disputado… ¡No puedes ver las cosas así, Gastón! —regañó—. ¡Tienes que crecer y ponderar los juicios que haces a lo pendejo sobre las personas…!

El rostro de Bolaño comenzó a teñirse de un color rojo. Se incorporó de su asiento y cerró los puños. Gastón entendió el mensaje y balbuceó: —¡Bueno, mi cuate, sé que es muy empeñoso y buen abogado…! Nadie lo pone en duda… ¿Cuándo quieres que comience?

El despacho de Clemente Valdés estaba situado en un edificio de la calle de Isabel la Católica, casi esquina con Madero, a unas cuantas cuadras de Donceles, donde se ubicaban los juzgados y tribunales destinados a resolver los conflictos civiles y mercantiles. Una ventaja indudable porque se podían trasladar caminando.

Gastón compartió cubículo con Guy Peter Krause, compañero de clases en la facultad que, como buen alemán, se sentía superior a los mexicanos, ocupaba su tiempo en lecturas filosóficas y todo el santo día escuchaba discos de música clásica con las obras de Mozart, Beethoven, Wagner, Strauss, Gustav Mahler y, para acompañar sus reflexiones sesudas, las *Gymnopédies* y las *Gnossiennes* del músico minimalista e impresionista francés Erik Satie, obras que al pasante Suplice no sólo le encantaban sino que las gozaba con un deleite especial.

El gordo Guy podía ser encantador o tan mamón que resultaba repulsivo. Encantador cuando estaba de vena e introducía a Gastón en un universo de conocimientos adquiridos en el seno de su familia o a través de los estudios previos de filosofía que había realizado en la Universidad de Heidelberg, mismos que le iba dosificando: «¡Para que no te atragantes, Suplice, ni te compliques la vida!». Él —no podía ser otro— le recomendó la lectura en inglés de la obra *La interpretación de los sueños*, del padre del psicoanálisis Sigmund Freud —«Para que comprendas las carencias que heredaste de tu madre y los complejos que sientes frente a la figura de tu padre»—, obra fundamental que apenas comenzaba a circular, a nivel de divulgación, en México entre los cenáculos de los iniciados y los intelectuales de vanguardia.

Repulsivo en aquellos momentos en que, acompañado de una lonchera que contenía salchichas de Frankfurt, un botellín con cerveza de Baviera y un amasijo de ensalada de coles agrias y pestilentes que él llamaba *Sauerkraut* o algo por el estilo, citaba a los jurisconsultos romanos en latín y, sin que nadie le entendiera un carajo, fundamentaba los alegatos con los que pensaba apantallar a los jueces y se perdía en una ensoñación que siempre acababa en ronquidos y pedorreras por demás sonoras y pestilentes.

Si bien Gastón se entretenía con las extravagancias del hamburgués, pronto comprendió que éstas no le serían útiles para su desempeño profesional. Habló con Clemente y éste le asignó dos tutores: Macedonio Vázquez Castro, para

que le enseñara los artículos de los códigos y las jurisprudencias de los magistrados de la Suprema Corte de Justicia que debía conocer para fundamentar y preparar sus demandas civiles o mercantiles y llevar a buen término sus litigios; y Alberto *Beto* Mares, para que, asumiendo su cargo de pasante y nada más, lo acompañara a los tribunales a fin de que aprendiera en la práctica cuál era la conducta adecuada para comportarse con los empleados y secretarias que era indispensable conocer a fin de que los asuntos marcharan con una celeridad aceptable: «Si no sabes repartir dinero y no conoces a los mejores actuarios, a aquellos que en un embargo derivado de un juicio ejecutivo mercantil pueden determinar que te paguen o se burlen en tus barbas, estás jodido Suplice. ¡Pero bien jodido!».

Gastón se acostumbró pronto a las rutinas del despacho. Platicaba un rato con Amancio, invariablemente crudo y con un genio de la fregada, sobre las mujeres que estaban a punto de seducir y llevar a la cama, sus mañas y caprichos. Los precios y *facilities* de los moteles de paso. Las novedades acaecidas a los amigos, de preferencia aquellas que involucraban al *Negro* Merino y a Julián Soler porque, opinaban ambos, ellos sí sabían vivir a lo grande; y de las novilladas y corridas de toros que, de acuerdo con el calendario, se avecinaban y no podían perderse.

Amancio siempre estaba preocupado de llevar bien las cuentas del bufete y de sus gastos personales, mismos que continuamente rebasaban lo que ganaba, pues era generoso hasta el dispendio, sobre todo cuando salía de farra con alguna de las golfas o, borracho, le había dado un coscorrón a la carrocería del flamante MG y debía pagar la reparación del daño.

—¡Pinches viejas! —se quejaba—. Tú crees, la Margarita se bebió cuatro desarmadores en una hora y se puso tan peda que tuve que sacarla a rastras del bar del Normandie. Claro, la cuenta fue de ciento veinte pesos! ¡Carajo, lo que gano en una semana. ¡No vuelvo a salir con ella! —afirmaba de dientes pa fuera, y Gastón sabía que no pasarían dos días sin que su amigo reincidiera.

Después, todavía con el buen humor que le procuraban las congojas triviales de su compañero, dedicaba unas horas para preparar y dictar, a una secretaria anodina que mascaba chicle y vivía en el limbo, los escritos que debía presentar en los juzgados, mismos que colocaba en el interior de un portafolios de piel muy parecido a los que cargaban todos los abogados y que habían servido para que se les definiese, no sin razón, como «pendejos con portafolios».

Beto Mares era un individuo neurótico y rutinario. Semejante, en su apariencia física, a un sacristán de iglesia de pueblo, el *licenciado* ajustaba su existencia a una liturgia invariable. Antes de siquiera pensar en hacer acto de presencia en cualesquiera de los juzgados, Gastón tenía que ir con él al zaguán donde *el Chícharo* vendía tacos de canasta sudados y, con un un refresco de tamarindo, engullir cinco retacados con frijoles refritos, rajas y queso asadero.

—¡Es mi desayuno! —reiteraba todos los días para marcar la diferencia entre un niño popis, Gastón Suplice júnior, y un proletario que, con mucho esfuerzo, se había convertido en profesionista. Gastón se hacía el sordo, embuchaba su respectiva ración y, sin dejar de masticar, arrastraba al licenciado Mares hasta la siguiente accesoria donde una mujer prieta y robusta, a la que todos llamaban *la Gorda*, les servía unos pequeños *hot dogs* que, nadie sabía por qué, tenían el mismo sabor delicioso que aquellos que se vendían alderredor de Central Park en los famosos carritos apostados en la Quinta Avenida de Nueva York.

El trabajo en tribunales era tedioso. Papeles iban y papeles venían con una lentitud anestésica, sin que sucediera algo que pudiese sacarlo de un letargo desesperante. Suplice se aburría de lo lindo y así se lo comentó a Bolaño:

—¡O tú y Clemente me dejan participar en un asunto interesante o me largo de este changarro!

La solución llegó, casi podría asegurarse, desde los rincones retorcidos y sulfurosos de las esferas de ultratumba. Los dueños de la Funeraria Ramírez, localizada en una vieja casona de la calle de Río Tíber, muy cerca del Paseo de la Reforma, propiedad de la madre de Amancio, doña Pilar González, se habían atrasado con la renta y firmado unos pagarés para garantizar su entrega. Sin embargo, ya debían cinco meses y no daban señales de, al menos, contemplar un abono parcial para, en la medida de sus posibilidades, ponerse al corriente.

Clemente decidió demandar el desahucio del inmueble y practicar un embargo precautorio con los bienes del negocio para resarcir a su suegra del daño que le habían causado. Amancio, acreditado como autor en la demanda de marras, invitó a Gastón a participar en el juicio y las diligencias previas a que el juez dictara sentencia.

—En este juicio vamos a solicitar que se designe como actuario al licenciado Vargas —dijo, y luego explicó—: ¡A Varguitas, Gastón; el tío de nuestro compañero Jorge Vargas, ese cuate de ojos verdes que vive en Cuernavaca, que se viste como dandi y se las da de carita! ¡Es bien jalador, atrabancado, no tiene prejuicios y siempre nos concede lo que le pedimos!

Gastón conocía bien al actuario Varguitas. En algunos de sus asuntos lo había visto comportarse con la sangre fría de un psicópata y con una audacia tal que los deudores pagaban de inmediato la cantidad que debían, más los gastos y costos del juicio que Varguitas determinaba a ojo de buen cubero e imponía por sus pistolas.

Se presentaron en la agencia funeraria, tal y como se acostumbraba en esos casos, a las seis de la mañana: —¡Así los agarramos dormidos, medio apendejados, y puedo señalar los bienes que se nos dé la meritita gana, licenciado Bolaño! —había advertido Varguitas el día anterior al de la práctica de la diligencia de embargo.

Las puertas de los velatorios y de las salas de espera permanecían abiertas de par en par sin nadie que las vigilara. Gastón, Amancio y el actuario entraron de volada y la recorrieron de cabo a rabo. Estaba, con excepción de un féretro que contenía un cadáver listo para ser trasladado al panteón y que obviamente habían olvidado, completamente vacía.

—¡Estos cabrones ya se nos pelaron, abogado! —comentó Vargas—. No dejaron ni una palangana… vamos ni siquiera un cirio, una veladora, un altarcito, un pinche cajón de pino… ¿Qué hacemos?

—¡Embargue el ataúd con todo y fiambre, señor actuario! —exclamó Gastón sin pensar lo que decía ni en las consecuencias que ello implicaba.

—¿El muerto, licenciado? —respingó Varguitas—. ¿Está seguro?

—¡Absolutamente! —respondió el pasante—. ¡Un cadáver es un bien mueble! ¿O no?

—¡No la chingue, *lic* Suplice! —reclamó el actuario y volteó para mirar el rostro de Amancio.

Éste permaneció impertérrito y no dijo nada. Se concretó a levantar los hombros en señal de que no tenía inconveniente.

—¿Y a quién vamos a designar como depositario, señores?

—Al licenciado Guy Peter Krause, con la consigna de que lo guarde en su casa —señaló Gastón con una sonrisa malvada en la boca—. Aquí tiene la dirección.

El actuario puso cara de verdugo y comenzó a llenar las hojas amarillas que requeriría el juzgado para agregarlas al expediente. Sin embargo, a medio camino fue interrumpido por Amancio quien le pidió que sumara a «los bienes» embargados el camión del transporte de los deudos que estaba inerme en el jardín de la parte trasera de la casa.

—¿El camión también? ¿No importa que en uno de sus costados tenga un letrero pintado con la razón social de la Funeraria Ramírez? O lo borran, licenciado Bolaño, o no van a poder venderlo y menos usarlo.

—¡Usted embargue, Varguitas! ¡Ya veremos qué carajos hacemos con él! ¡No se preocupe, algún provecho le sacaremos!

—¿Y como depositario?

—¡Aquí, Suplice! —exclamó Bolaño.

—¿Yo? —replicó Gastón manoteando su pecho—. ¡Ah, qué cabrón me saliste, pinche Amancio! ¿Y dónde quieres que lo guarde? ¿No pensarás que en mi casa? ¡El viejo me mata! ¡Estoy seguro!

El cadáver fue entregado a la hora señalada por unos mecapaleros contratados por el despacho de Clemente Valdés Sánchez, sin que él lo supiera, en el departamento de Guy, en la colonia Nápoles. Lo agarraron desprevenido, porque con seguridad estaba embelesado por una sonata de Mozart y rumiando los vericuetos de unas reformas del jurista romano Tito Flavio Vespasiano sobre la orden ecuestre, y sin fijarse en lo que hacía, lo recibió en

presencia de su madre y firmó el acta de depósito.

Cinco minutos más tarde llamó por teléfono al despacho para reclamar a Amancio lo que él llamó una broma de mal gusto, y cuando indignado al máximo, pero sin perder la flema germana, cuestionó: «¿Y qué se supone que debo hacer con este cadáver horroroso?», recibió una respuesta perdularia de Bolaño y Suplice, quienes a coro le gritaron: «¡Mételo en el congelador y cómetelo de a poquito!».

El camión tuvo mucho mejor destino. Amancio se encaramó detrás del volante, lo puso en marcha y, después de hacer tronar la palanca de velocidades, pudo moverlo y estacionarlo frente a la puerta de la funeraria.

—¿A dónde lo llevamos, Gastón? ¡Piensa rápido, que no tenemos tiempo!

Suplice recordó entonces que en colindancia con la parte trasera de la casa de José Luis el Falso Arana, su padre había comprado un terreno que permanecía baldío y tenía un portón de acceso.

—¡Vámonos a Cordobanes y ahí yo te digo! ¡Ah, pero maneja despacio, pinche Amancio, no nos vaya a parar un tamarindo —nombre que se daba a los policías de tránsito en la ciudad debido a que usaban un uniforme en colores beige y café similares a los de la cáscara y pulpa del fruto— y nos quiera sacar una mordida…! No traemos lana para dársela, ¿o sí?

Amancio no le hizo caso. Estaba fascinado con la posibilidad de manejar un camión de pasajeros por el Paseo de la Reforma y la Avenida de los Insurgentes. Se sentía un chafirete e identificado con Pedro Infante en alguna de sus películas populares. Les tomó veinte minutos llegar, sin contratiempo, a la colonia San José Insurgentes. Pasaron frente a la casa de Billy Aguirre, cuartel general del grupo Cordobanes, y dieron vuelta a la izquierda hasta llegar al número 139 de la calle de Mercaderes.

—¡Aquí es! —dijo Gastón—. Enfila el camión frente a esa puerta oxidada y espérame a que le pregunte al Falso si podemos meterlo.

El Chaparrito Arana y su hermano Eduardo escucharon atentos la petición de Suplice. Dejaron sus cucharas en los platos donde comían sopa de letras; se levantaron de la mesa y salieron deprisa detrás de su amigo.

—¡Un camión! —exclamaron ambos—. ¡Es cierto! Abrieron la puerta e hicieron señales a Amancio para que lo estacionara en un lugar donde no estorbase.

—¡Ay, Gastón! —gritaba José Luis—. ¿Sabes la cantidad de gringas que podemos meter ahí para llevarlas de juerga? Todas las que llegan a la casa de Barranca del Muerto y muchas más. ¡Ah, Gastón, eres sublime, hijo de la gran chingada!

Eduardo su hermano, Lalo, que era una fiera para la *mecánica nacional* y de otras latitudes, que podía armar y desarmar un motor en cuestión de minutos, miraba alelado el cofre abierto del vehículo y hacía cálculos sobre aquello que podría hacerle al camión para que corriera a la velocidad de un

Aston Martin, igual que el del agente británico 007, e hiciese un ruideral semejante al que producían las motocicletas Harley Davidson que, en su magín, ningún transeúnte podría pasar desapercibido: —¡Porque nada más le quite el mofle, va a sonar como si fuese un Porsche Carrera, chingao!

Ahí se quedó el armatoste por muchos meses y cumplió a cabalidad el oficio de sarcófago del amor que los muchachos le habían endilgado. No le borraron el letrero porque, opinaron Billy y Willy, mientras Chuy lo miraba con ojos ausentes, de vacío, que ponía cuando el coco se le derretía momentáneamente, está chipotudo y todas las viejas, hasta las niñas fresas del Sagrado Corazón y del Miguel Ángel, se van a apuntar para dar una vuelta.

El prestigio de Gastón subió dos puntos en la escala Cordobanes. Las ventanillas del camión se llenaban de caritas felices cada vez que éste circulaba por el Parque de la Bola y, enseguida, enfilaba hacia la carretera de Cuernavaca o las faldas del Ajusco donde, en algún sitio apartado de miradas indiscretas, descendían para celebrar días de campo, que las gringas llamaban picnics, y una vez satisfecho el apetito dar rienda suelta a sus arrebatos carnales.

El vehículo era manejado por turnos debido a que todos, sin excepción, querían palpar su volante, maniobrar con la palanca de velocidades a la que habían agregado la cabeza de una muñeca de plástico, tal y como solían hacer los choferes de las peseras, y, dándole acelerones, sentir el poder que emanaba del asfalto. Gabriel *Viborín* Monterrubio, Manolo Beltrán, el Flaco Gamoneda y hasta el Jefe Ochoa —que no sabía manejar— se disputaban el privilegio de hacerlo rodar por algunas calles de la colonia Del Valle en las que, por las tardes, se ligaban a las empleadas de los laboratorios farmacéuticos que habían terminado su turno o a las gatitas que tenían día de salida, las trepaban y, abusando de su fuerza o de sus dotes persuasivas, les daban unas fajizas que eran motivo de comentarios procaces y los llenaban de orgullo. Sin embargo, los mandones, aquellos que imponían su personalidad sobre los demás, se reservaban algunos privilegios que, sin chistar, eran acatados. Amancio y su grupo de amigos íntimos del fraccionamiento Copilco —desarrollo aledaño al campus de la UNAM, construido ex profeso para dotar de vivienda a los maestros e investigadores de dicha casa de estudios— lo tenían apartado, al igual que sus lugares en la plaza, para trasladarse los domingos al coso de la Ciudad Deportiva, donde se llevaban a cabo las corridas de toros durante cada temporada. Gastón, por su parte, exigía primacía para utilizarlo en aquellos eventos relevantes de la vida citadina donde había grandes concentraciones, como fue el caso de la visita del presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy, y su bellísima esposa Jacqueline.

Kennedy necesitaba el apoyo del gobierno mexicano para resolver la llamada *crisis de los misiles* con la Cuba comunista de Fidel Castro y decidió hacer una visita de Estado a fin de congraciarse con Adolfo López Mateos y obtener su ayuda. La recepción a la pareja extranjera fue apoteósica. La

simpatía y aparente bonhomía del mandatario gringo atrajeron a multitudes que se mostraron encantadas y, provistas de matracas, espantasuegras, silbatos, confetis y banderitas, le rindieron pleitesía.

Gastón utilizó el camión para trasladarse con Los Ejecutivos: Pancho Artigas, Enrique Giménez, José Luis Arana y Billy Aguirre, hasta la glorieta del Monumento a Colón y, a pesar de que ahí se había colocado una fila de granaderos para impedir el paso desde la calle de Morelos, estacionarlo a su lado.

—¡Un momento emocionante gracias a que le echamos muchos güevos! —comentó Arana días después en una cena en el restaurante Mauna-Loa, edificado sobre las rocas de lava volcánica derramadas en los márgenes del Pedregal de San Ángel, cuyo espectáculo incluía una coreografía hawaiana en la que bailaban Kathy Pani y las hermanas De Maria y Campos y el obsequio de un par de tragos preparados con ron venezolano y sidra El Gaitero.

—¡De pelos! —calificó Pancho Artigas, quien además agregó—: ¡Más cuando el imbécil de Billy colocó una manta en un costado del camión que decía: «¡Los muertos te saludan! ¡Kennedy victorioso!».

—¡Hubieran visto la cara que puso el presidente yanqui al pasar a bordo y de pie dentro de su Mercedes Benz descapotable! —añadió Gastón—. ¡No sabía si reír o ponerse a llorar! Fue necesario que sus escoltas, dos mordelones del Estado Mayor, desviaran el tráfico para salvar el escollo.

—¿Y a ustedes? —quiso saber una de las hijas de Melchor Perrusquía con las que compartían la mesa—. ¿No les hicieron nada?

—¡Les mostré a los agentes que querían apañarnos una tarjeta del secretario de Gobernación, don Gustavo Díaz Ordaz, que mi papá dejó olvidada encima de su escritorio y que yo me metí a la bolsa! —confesó Artigas—. ¡Ah, y también les dije: «¡Vayan a reclamarle al dientón! ¡A ver qué jeta les hace!».

—¡Los jenízaros pusieron cara de sope! —remató Giménez—. No se atrevieron a levantar multa alguna y se retiraron despacito y sin darnos las espaldas. No fuera a ser que les propináramos sopapos en la nuca y, además de la dignidad, perdieran sus flamantes cascos…

El tono era diferente en los corredores de la Plaza de Toros México. Cada domingo, a las cuatro y media, pues la corrida se iniciaba a las *mortales cinco de la tarde*, como las recordó Federico García Lorca en aquel poema en el que se dolía de la cogida y muerte del ilustre matador de toros Ignacio Sánchez Mejías, y en medio de una atmósfera de fiesta, elegante y muy castiza, los jóvenes iban a lucirse y a ser admirados por las mujeres bellas que los acompañaban o aquellas que papaloteaban desde los palcos de la sección de sombra, donde se sentaban los ricos y la gente decente.

Llegaban vestidos como señoritos sevillanos, con saco de pana inglesa o un *blazer* cruzado azul marino con botonadura dorada, gazné y pañuelo blanco en el bolsillo, caminando desde el restaurante Los Guajolotes donde, al tiempo

que comían, habían llenado las botas andaluzas hechas con piel de gamuza o de antílope con vino tinto de la Rioja o de la Ribera del Duero, a fin de beberlo a chisguetes mientras la corrida avanzaba. Ya antes, a la hora del aperitivo, habían brindado con un chato de manzanilla Pochola, La Ina, ambas embotelladas de origen en Sanlúcar de Barrameda, o, dependiendo de la fineza de su paladar, con un fino Tío Pepe o un Brandy 43 de la Casa Torres.

Cigarro puro prendido de la comisura de los labios. Habano indipensable para marear con su aroma el deseo de las mujeres e impresionar a los villamelones que, para saber de qué iba la maestranza, se arrimaban a esos lares destinados a los privilegiados por la suerte.

La plaza era un hormiguero pletórico de murmullos que, al igual que las olas de mar, recorrían las filas del redondel y alcanzaban un volumen estridente en el tendido de sol donde Amancio, el Negro Merino, Julián Soler y otros amigos, después de colocar cojines alquilados encima de sus respectivas bancas de cemento, se sentaban a gusto, pedían cervezas a los cubeteros y se enfrascaban en discusiones bizantinas sobre la calidad de las suertes de los matadores que, esa tarde, iban a protagonizar la lidia.

Se mantenían expectantes sobre lo que acontecía en el tendido de sombra y en el palco del juez de plaza, quien debería autorizar el inicio del paseíllo, preludio de la corrida. Los gritos de los aficionados de sol que llevaban años asistiendo a la plaza y se conocían bien entre ellos, podían ser de un humor cáustico tremendo cuando se burlaban de algún personaje público, como Ernesto P. Uruchurtu, regente de la ciudad, al que no bajaban de mariquita, o alguna diva del cine nacional, en especial María Félix, la célebre Doña, que cuando llegaba acompañada de su todavía marido el músico-poeta Agustín Lara, le reclamaban: «¡María, María, por qué vienes con bastón!», aludiendo a la delgadez del hombre y a su figura encorvada.

María, entonces, levantaba la ceja con un gesto que se había vuelto famoso y sonreía orgullosa debido al reconocimiento que se le hacía y a que nunca pasaba inadvertida. No obstante, *la mujer más bella del mundo*, tal y como se le había catalogado entre las luminarias de la pantalla, con esa malicia que la distinguía podía ser sumamente majadera y no tardaba en hacerles una seña obscena con las manos, acto que los léperos celebraban.

Gastón sabía que su padre y sus amigos, en particular el licenciado Saúl Varela Pindter, le profesaban una devoción desmedida que los motivaba a hacerle regalos espléndidos, mismos que por ningún motivo eran correspondidos, como no fuese con una señal del mismo jaez que les borraba cualquier esperanza y los dejaba patitiesos. Quizá por ello, en alguna forma los desplantes de la Doña le provocaban entusiasmo, los hacía suyos y los interpretaba como una justicia vengadora que lo redimía a él y a todos los jóvenes de las humillaciones que recibían de sus ampulosos progenitores.

Él era el primero que saludaba la entrada de María en la plaza. Levantaba

su bota por encima de su cabeza y brindaba por ella: —¡Olé por la mujer más hermosa que ha parido madre! —gritaba con fuerza y esperaba tan sólo unos cuantos segundos para que el resto de la concurrencia se le uniera en singular bullicio.

Dos diestros acaparaban la atención del honorable durante aquella temporada: Paco Camino y *el Cordobés*. El primero, torero fino a quien muchos comparaban con Manolete y Fermín Espinosa *Armillita*, por el modo en que templaba el capote, la elegancia de sus suertes con la muleta que replicaban el toreo de salón y la forma de matar sin perder de vista la cruz del buril con una templanza que sólo podían darle su valor y el señorío que imprimía en sus faenas. Camino arriesgaba siempre y se mantenía inconmovible frente a la cornamenta del toro. El peso y las mañas del animal lo tenían sin cuidado. Él, a los primeros pases, lo metía en el redil y, para contento del respetable, lo obligaba a comer de su mano.

El Cordobés, por lo contrario, era desgarbado, atrabiliario, y su figura despatarrada lo asemejaba a un patán pueblerino que hubiese escapado de un corral con el afán de recorrer los caminos de los novilleros hasta convertirse en torero. Su greña era proverbial y más el copete que le cubría la frente hasta donde comenzaban las cejas. Le gustaba iniciar la corrida con una suerte que pusiese en peligro su vida. Recibía al toro a porta gayola, hincado sobre la arena a la salida del chiquero y con el capote sostenido por ambas manos sin moverse un milímetro. El toro, enceguecido por los rayos de sol que bañaban su testuz, arremetía con toda su fuerza y el matador tenía que aguantar su embestida sin el menor titubeo. Un quiebre de la muñeca lo sacaba del apuro, pues era suficiente para que el astado girara sus belfos y la cornamenta en pos de una quimera que apenas había rozado al sesgo sus retinas. Luego Manuel Benítez, el Cordobés, quien recibió su alternativa de manos del diestro Antonio Bienvenida en 1963 y ya apuntaba para ganarse el título de quinto *Califa del toreo* español, paseaba a la bestia por los burladeros, la colocaba en el centro de la plaza y levantaba su espada para pedir el cambio de tercio y continuar con la faena.

Atrabancado a más no poder, lograba, sin embargo, hacer filigranas con la muleta. Sus pases de pecho, con los que invariablemente remataba una serie de muletazos, hacían que las mujeres enloquecieran o de plano se desmayaran. Pañuelos blancos y claveles rojos adornaban el coso, mientras él, ya fuese con las orejas del buril entre sus manos o éstas y el rabo, daba la vuelta al redondel para recibir el aplauso y el cariño de una afición que lo idolatraba por el pundonor que, sin faltar una vez, demostraba. Ahora, no se diga de sus güevos de oro que combinaban muy bien con los colores de su terno —oro y rosa— que variaban muy poco porque el Cordobés era, como la mayoría de aquellos con los que compartía cartel, profundamente supersticioso.

En el tendido de sol, Amancio, Julián Soler y Rafael Vallejo júnior —cuyo

padre había fungido varios años como juez de plaza y se le tributaba un respeto absoluto— otorgaban su beneplácito al *Niño Sabio de Camas*, como se conocía en el argot taurino a Paco Camino, y se inclinaban por concederle todas las palmas.

—Por eso se enamoró de él Normita Gaona Reynaud, la hija del empresario taurino don Alfonso Gaona, y, por ahí dicen, no tardarán en contraer matrimonio —aseguraba Soler no sin envidia porque la susodicha destacaba entre la niñas popis más atractivas de México.

—¡Bien por Paco! —brindaban Amancio y *Falo* Vallejo. —La ha conquistado a pulso y merece meterla en su cama… —aprobaba Bolaño.

—¡Aunque con tanta cornucopia en sus vidas, quién sabe cómo vayan a terminar las cogidas! —acotaba Vallejo sin controlar su embriaguez, a fin de meter cizaña en el vaso de su mala leche.

En cambio, sus amigos Gastón, el Negro Merino y Rafael Ramírez Heredia —escritor aficionado al toro que tenía su derecho de apartado en la fila de abajo y con el que compartían inquietudes— no hacían concesiones. Para ellos no había torero más valiente y atractivo que el Cordobés.

—¡Quien se juega la vida en cada trasteo y pisa el suelo con un garbo que ya quisieran muchos para días de fiesta! —afirmaba Ramírez Heredia atusándose el bigote para, como si fuese un pase de pecho, rematar—: Para mí que los demás son ojetes, ¡puros ojetes!

Después de presenciar la corrida, entre los amigos la convivencia se tornaba alegre, cachonda, bullanguera y, al igual que si las brujas del erotismo y la promiscuidad los tomaran de las manos, se dirigían, sin pensarlo ni hacer cuentas, al restaurante-bar Terraza Casino, lugar en el que la tarde era intensa y la noche podía prolongarse tanto como la cuaresma.

Las variedades del Terraza Casino eran suculentas y su cauda de divas de lo más granado. La gente se apelotonaba en su rampa de acceso a fin de conseguir una mesa, de ser posible, junto al escenario, que también servía como pista de baile. Ahí se congregaban magnates y empresarios para embelesarse con la voz y el contoneo de Sarita Montiel y repetir en un susurro, como hacían don Gastón Suplice sénior, Carlos Trouyet, Gilberto Flores Muñoz y otros políticos ubicados en el candelero, aquellos versos de los cuplés que, con más salero que la Cibeles meando, la cupletista entonaba: «Un día de san Eugenio yendo hacia el prado le conocí…» o «Fumando espero al hombre que yo quiero…»; y, mientras la champaña humedecía sus fauces y gargantas, se prometían hacer todo aquello que su imaginación despertaba para conquistar a Sarita y disfrutar de los placeres que su hermoso cuerpo anticipaba.

Con estos antecedentes que les llenaban los bolsillos de monedas acuñadas en plata, los empresarios decidieron abrir el abanico de sus *shows* e incorporar al elenco vedettes y jóvenes cantantes que dieran satisfacción a las preferencias manifestadas por los júniors. Así, y con la pista pletórica de bongoseros que

hacían de la rumba, del danzón y la cumbia una vorágine, presentaron a Rocío Durcal como estrella indiscutible de su espectáculo.

Rocío Durcal, españolita guapísima que había seguido los pasos a su compatriota Sarita Montiel, destacaba por sus baladas de amor romántico y por cuplés que encendían la sangre de sus admiradores, al grado de que algunos de ellos, en particular Jaime Verduzco, se treparon por las barras de la estructura del anuncio publicitario colocado en la azotea del tugurio para desprenderlo y llevar consigo la imagen de aquella mujer que idolatraban... Sólo que para atreverse a tales maromas antes debían beberse varias botellas de ron y, ya bien borrachos, escalar dichas alturas. Verduzco, príncipe rubio y espigado dado a figurar en hazañas noctámbulas resbaló y, prefigurando a uno de los Niños Héroes, cayó envuelto en el cartel y se rompió un brazo.

—¡Te amo, Rocío Durcal! —gritó al momento de caer, y quienes lo veían expectantes desde abajo, entre ellos Gastón júnior y Rafael Vallejo, coincidieron al pensar que su cuate no la iba a contar y, si bien le iba, quedaría convertido en un guiñapo.

Sin embargo, el joven galán no sólo la contó, sino que con su proeza conquistó el corazón de Rocío. Ésta, al enterarse de lo que había sucedido, suspendió el baile que ejecutaba entre flores y humaredas, salió al vestíbulo del bar y con un beso tronado despidió al *Güero* Verduzco en el momento en que era ingresado al interior de una ambulancia. No tuvo necesidad de analgésicos ni de una dotación de morfina. El amor, sólo el amor fue suficiente, y los dolores se transformaron en el bálsamo que asentaba su querencia. A partir de esa noche, Verduzco tuvo asegurada una silla en la mesa mejor ubicada y las sonrisas y guiños de aquella mujer que, cuando se fue de México sin despedirse ni hacerle mayor caso, lo dejaría apachurrado.

Las pasiones que despertaba Ana Bertha Lepe en La Fuente eran aún más intensas. Señorita México y cuarta finalista en el certamen de Miss Universo, que ese año ganó Christian Martel-Magnani, atraía con su belleza a los hombres más prendidos de la farándula mexicana. Ahí nunca faltaban Hugo Stiglitz, Julián Pastor, Pedrito Armendáriz, Fernando G —el productor del programa de televisión de Vanart—, Fernando Barrenechea —envidiado éste por la relación que mantenía con la joven publicista Silvia Lemus, cuya belleza la asemejaba a la actriz francesa Catherine Deneuve— y los hermanos Enrique y Carlos Rosas Gallástegui, estos últimos en calidad de colados pero que servían de cicerones a la pandilla de Amancio Bolaño, Henry Branson y Tavo Cisneros. Gastón, en ocasiones, se les unía para tomarse unos tragos y disfrutar, nadie entendía por qué, con las luces de los reflectores que seguían a la vedette en sus movimientos y requiebros.

—¡Es que no puede estar más buena la Lepe! —decía—. ¡Se parece a Marylin Monroe, sólo que en tonos morenos! ¡Merece ser Miss Universo! Fíjense cómo se deja envolver por las sombras para salir a la luz igual que si

fuese la *Venus* de Sandro Botticelli ¡Es verdaderamente hermosa! —agregaba con vigor mientras se la comía con los ojos.

Empero, nadie, y menos Gastón, podría haber pronosticado que aquella mujer que todo tenía: hermosura, fama, dinero, el deseo desenfrenado de quienes vestían pantalones, iba a sufrir un descalabro mayúsculo que daría al traste con su felicidad y, a la larga, con su vida. Enamorada del joven actor de cine Agustín de Anda, hijo de uno de los productores más afamados y activos de la industria cinematográfica, don Raúl de Anda, Ana Bertha vivía ilusionada con una boda inminente. Llevaban varios meses conviviendo en calidad de amantes a cielo abierto. Su relación, conocida por todos quienes los rodeaban en los sets de filmación, en las fiestas y en los compromisos propios del espectáculo, era aceptada como algo natural que no requería de subterfugios clandestinos. Sin embargo, quién iba a pensarlo, los celos incestuosos de su padre, Guillermo Lepe, arañaban la piel de la concordia e introducían pólvora en cartuchos más que dispuestos a desempeñar el papel de asesinos.

El estampido de dos balazos disparados contra la espalda de Agustín de Anda en las instalaciones de La Fuente y en presencia de Ana Bertha y su maquillista, cancelaron de un borrón sus más caras ilusiones. Guillermo Lepe escupió la muerte por la boca y el cañón de su pistola. No pudo soportar el desdén con que Agustín le dejó ver que se desentendía del destino de su hija y tampoco el desprecio que implicaban sus gestos. «¡Crimen pasional!», calificaron las notas de prensa. «¡Asesinato que nos llena de luto!», los boletines que partieron de los Estudios Churubusco.

Otros domingos, después de disfrutar la corrida, Gastón, Vallejo, Hammeken y varios golfillos del grupo de Cordobanes, acudían al centro nocturno El Patio, propiedad de don Vicente Miranda —cuyos hijos, Vicente y Julián, habían sido compañeros de Gastón en el bachillerato—, para escuchar al divo español Raphael, quien vestido rigurosamente de color negro interpretaba las canciones escritas por Manuel Alejandro y magullaba los corazones de las niñas bien cuando con voz de tenor aseguraba: «¡Yo soy aquel...!», o suplicaba: «¡Que nadie sepa mi sufrir...!». Las lágrimas empañaban los ojos de Virginia y Susana Ugalde enamoradas de galanes incróspidos, o escurrían por las mejillas de Dolores y Tere Creel para ser recibidas en los pañuelos de seda del *Marqués de Plata Escasa*, Alfonso Romandía, y del Negro López Negrete que las cortejaban y se identificaban en sus cuitas amorosas con las entrelíneas de las canciones, al grado de exclamar bravos y vivas en los momentos en que Raphael elevaba la voz, sacudía el micrófono con frenesí y giraba sobre sí mismo para decir con su cuerpo «¿Cómo les quedó el ojo, pinches mexicanitos?».

El romanticismo, aunque de una cursilería ramplona, afloraba entre los jóvenes de ambos sexos de las clases altas. Dos fenómenos, uno científico y otro artístico, lo alimentaban. Los laboratorios farmacéuticos Schering habían

conseguido extraer de una raíz que se cultiva en el estado de Oaxaca, conocida con el nombre de barbasco, los componentes químicos, hormonas e inhibidores, para producir el portento del siglo xx: la píldora anticonceptiva.

El peligro de los embarazos no deseados por mujer alguna se redujo en un porcentaje notorio y, con ello, comenzó la era de la libertad sexual de la mujer. Las jóvenes mexicanas, es especial las pertenecientes a las clases pudientes porque el producto era caro, adoptaron la píldora, muchas bajo los consejos y vigilancia de sus madres, y se sujetaron a la rutina del empaque circular que tenía inserto un calendario a fin de que sus efectos no fallaran. La frontera para su empleo fue señalada por el periodo correspondiente a la menstruación, coloquialmente la regla, de cada una de ellas y, a partir de que éste terminaba y con el uso puntual del anticonceptivo, las niñas pudieron entregarse a sus *peor es nada*, menear la colita a su gusto y gozar con los deliquios carnales.

Por supuesto, los júniors y los niños bien aprovecharon la coyuntura para, por fin, cogerse a sus noviecitas. Algunos dejaron de salir con gringas, mucho más liberales que las damitas mexicanas, y comenzaron a visitar los moteles de paso, los autocinemas o las recámaras de las casas de campo en Cuernavaca, Tequesquitengo, Huasca y Valle de Bravo o, cuando los agarraban las prisas de una lujuria desbocada, los cuartos de sus mansiones o los baños de las discotecas que, como El Polo, de Pablo Rincón Gallardo, o el Quid, en la Zona Rosa, habían sido diseñados para contar con bancas o tarjas amplias en los lavabos en los cuales se podían colocar las asentaderas y, en esa postura, echar palos de perrito.

Gastón se encerró muchas semanas con su novia Marcela Olivetti en los moteles Palo Alto y Leo para, acompañados de un pequeño fonógrafo en el que escuchaban discos de un cuarteto de jazz que estaba de moda o de *Tommy*, de The Who o la ópera rock *Hair* o los lamentos de la prodigiosa corneta de Paul Bowles, desfogar toda la testosterona que tenía acumulada y con el objeto, asimismo, de localizar en la vagina de su amada el célebre punto G que tantas especulaciones despertaba debido a que, se decía en todas las reuniones sociales, era el causante, con una fricción adecuada, de provocar aquellos orgasmos femeninos memorables, que la mayoría desconocía y que valía la pena experimentar antes de sucumbir despatarradas. Seis meses tardaron los tórtolos en ubicar la membrana, mas en el ínterin hicieron todas las cochinadas recomendadas por el Marqués de Sade en su obra *Justine*.

El fenómeno artístico lo produjo Armando Manzanero —«un yucateco chaparrito sumamente ingenioso», en palabras de don Gastón sénior—, quien lanzó al mercado un repertorio de canciones con letras harto amorosas: «¡La otra tarde vi llover, vi gente correr y no estabas tú…», marcos idealizados no sólo para encuentros clandestinos y convencionales o noviazgos románticos al estilo provinciano, sino espejos que reflejaron desaguisados al fomentar la aparición de parejas que, como la de Lupita D'Alessio y Jorge Vargas,

terminaron por *torcerle el cuello al cisne de engañoso plumaje* y agarrados de las greñas.

La libertad sexual se transformó en libertinaje. Muchas señoras de la burguesía que llevaban poco tiempo casadas y no se sentían satisfechas, optaron por desafanarse de los lazos conyugales. Con el pretexto de: «¡Quiero liberarme, fulano!», abandonaron a sus maridos, inclusive a sus hijos, y se fueron a correr la vida en compañía de personajes de otro código postal que les prodigaron experiencias que jamás habían imaginado, pero por las que tuvieron que pagar las facturas del desprecio y la marginación impuestas por sus familiares, amigos y conocidos, a los que podían caerles muy bien el veterinario o el peluquero, pero que de ninguna manera invitarían a sus casas ni los sentarían en sus mesas.

Los movimientos feministas, a su vez, activaron sus propuestas de equidad de género e hicieron proselitismo entre todas aquellas mujeres que estudiaban alguna carrera o a las que concedían varios gramos de cerebro a fin de que se libraran del yugo masculino y decidieran el destino de su vida. La revista *Fem*, dirigida por la combativa Marta Lamas, circuló con profusión entre muchas manos ávidas por conocer lo que sucedía al respecto en los países del Primer Mundo, así como las traducciones de los textos de Simone de Beauvoir, Dacia Maraini y Gisèle Halimi que contenían los principios redentores de su género. El asesinato brutal y salvaje de la poetisa feminista colaboradora de *Fem* de ascendencia guatemalteca Alaíde Foppa, disfrazado por la dictadura de su país tras los velos de una «desaparición», indignó a las mujeres pensantes de México, a los intelectuales y a la Agrupación Internacional de Mujeres contra la Represión, y motivó a que Fabienne Bradu, de nacionalidad francesa radicada en la megalópolis, asociada con Gastón júnior y el impresor Alejandro Zenquer, a crear y difundir la primera *Agenda Feminista* publicada en estas tierras; que, por cierto, contenía un instructivo detallado para el uso de la píldora anticonceptiva.

Había nacido una perspectiva nueva en las relaciones de género. Las mujeres imponían sus puntos de vista con argumentos contundentes en los que develaban nociones como la *inteligencia emocional* y la *percepción pluriangular* de los acontecimientos, mismos que los varones apenas y entendían, y los obligaba a dar su aprobación para no pasar como retrasados mentales. Las aguas estaban revueltas y más turbiedad adquirieron cuando se pusieron de moda las minifaldas, el consumo del ácido lisérgico, la delgadez impuesta por la modelo británica Twiggy, la comida macrobiótica, la abstención en el consumo de sal y las variables vegetarianas con ensaladas de todo tipo de verduras, nueces, almendras y, quienes podían pagarlos, pistaches y piñones casi siempre importados. La frivolidad, vale decirlo, campeaba en las filas de la oligarquía mexicana.

Gastón y varios de sus amigos decidieron que había que pintar la raya y

deslindarse de una trivia psicodélica que para ellos resultaba nociva. Se inclinaron por oponer a las variables de la moda los valores del intelecto. Vieron, discutieron y analizaron con lupa la película de Juan Ibáñez titulada *Los Caifanes* e hicieron del personaje *El Estilos*, interpretado por Óscar Chávez, extraordinario cantautor de trova mexicana, un ejemplo al que deberían seguirle el paso. Leyeron, casi con lupa, las novelas de Bruno Traven traducidas por Esperanza López Mateos, mujer portentosa y hermana del presidente, y se entusiasmaron con *El tesoro de la Sierra Madre*, *La rosa blanca* y *La rebelión de los colgados*, textos que los vincularon con la realidad de un México que, hasta entonces, les resultaba desconocida.

Visitaron, asimismo y con cierta frecuencia, los pequeños salones íntimos del Perro Andaluz, en la calle de Copenhague, con el objeto de ver y escuchar, sin meter su cuchara e interrumpirlo, a Luis Buñuel que, cuando estaba de vena, se explayaba en sus recuerdos de Salvador Dalí y del poeta Federico García Lorca con los que había convivido en su juventud, así como su singular apreciación de lo que sucedía en el mundo y acerca de las peculiaridades de aquellas cintas que todavía le gustaría dirigir. Los *sketchs* de Julián Pastor, quien nunca faltaba y escenificaba a los postres, los hacían reír con su humor amargo y les sugerían muchos retruécanos verbales con los cuales, en su oportunidad, apantallaban a las chicas con las que salían.

Fue por aquella época, en la que Gastón júnior estaba enfrascado en la búsqueda de una identidad que definiera, de una buena vez por todas, la personalidad que ostentaría frente a los demás, cuando ingresó a trabajar por recomendación de uno de sus tíos y con el cargo de jefe del departamento jurídico, en la empresa financiera de Josué Sáenz llamada Promotora de Industrias. Dicha posición, si bien le servía para acumular el dinero que, después, destinaría a los viajes al extranjero que tenía planeados, lo mantuvo activo en los tribunales y lo puso en contacto con el licenciado Ernesto Amor Villalpando, primo de la poetisa enloquecida Pita Amor, socio de Sáenz y dueño del hotel Roosevelt de la avenida Yucatán, quien con la convivencia que tenían por razones de trabajo y abusando de que era de mayor edad intentaba inculcarle ciertas conductas depravadas y, poco a poco, le transmitió su afición de utilizar sábanas negras en sus encuentros sexuales: —Porque, abogado Suplice, no hay nada más cachondo en este planeta que la carne de una mujer blanca contrastada contra las oscuridades del deseo que cubren su cama.

Si bien Ernesto Amor era un poquitín degenerado, también contaba con ciertas cualidades que lo redimían. Era culto, pertenecía a la estirpe acaudalada y sus maneras, un tanto empalagosas para el gusto de Gastón, eran las de un lagartijo bien educado. Mantenía una relación cordial con el poeta León Felipe, a quien visitaban por las tardes en el Café Sorrento —en la calle paralela a Balderas que corría desde la puerta del cine Metropólitan hasta la avenida Juárez y a unas casas de distancia de donde estaba la ¡Secretaría de Marina!—

y con una enorme curiosidad escuchaba la voz pausada y cansina del poeta y se enteraba de algunos sucesos, mantenidos en secreto, que habían convulsionado las estructuras políticas de la república y propiciado el desencadenamiento inevitable de la Guerra civil Española.

Para Gastón estas visitas en las que escuchaba de viva voz los poemas que intercalaba el viejo bardo y aprendía algunas historias sobre los republicanos españoles y acerca de los crueles ajusticiamientos, muchos a garrote vil, ordenados por el dictador Francisco Franco, resultaron lecciones invaluables sobre los animales políticos que gobernaban a multitudes sometidas por el miedo.

Por otro lado, y con el propósito de que Gastón conociera los tejemanejes monetarios de la financiera creada por la familia Sáenz para beneficiarse entre sí y a sus cuates predilectos con préstamos que se diluían en actividades un tanto turbias, Amor lo relacionó con un contrabandista de piezas prehispánicas que arriesgaba el pellejo en ríos caudalosos del sureste mexicano para proveer a Josué de estelas mayas, yugos de pedernal o jade, cráneos de cristal de roca e infinidad de utensilios elaborados con obsidiana y cuarzos cristalinos con los que su patrón formaba una colección inigualable. Este hombre de pocas palabras y que nunca quiso revelar su nombre, le profetizó, sin embargo, que la colección de su jefe iría a parar a manos de don Manuel Espinoza Yglesias y conformaría el fondo permanente del Museo Amparo que erigiría en la ciudad de Puebla en homenaje a su hija: —¡Me cae que sí, licenciado Suplice! —reiteraba el fulano en cada ocasión que, por instrucciones de Josué, Gastón le pagaba sus emolumentos.

—¿Y cómo lo sabes? —inquiría Suplice.

—¡Porque también soy brujo y mejor ya no le rasque! ¡No le vaya a salir con una sorpresa que, estoy seguro, no le gustará ni por lo peliaguda ni por las costras de mugre!

Cundo esto sucedía, Ernesto Amor se carcajeaba en sus barbas, mas invariablemente le ofrecía una recompensa: —¡Hoy en la noche nos vamos a escuchar la voz ronca, grave y espectral de doña Chavela Vargas, Suplice! ¡Ahí en el Aristos o en el bar del María Isabel Sheraton!

Chavela Vargas, quien cantaba únicamente acompañada de su guitarra y hacía ostentación de su apariencia varonil para dejar muy en claro su preferencia homosexual y atraer a las lesbianas que hacían ronda en aquellos bares, no se dejaba opacar por la recia figura de José Alfredo Jiménez con el que solía alternar, y ya fuese desde la penumbra acostumbrada en los tugurios de postín o bajo la luz de los reflectores, sabía trastornar a su público al entonar los primeros acordes de aquella canción que se puso de moda y tanto le redituara: «¡Ponme la mano aquí, Macorina...! ¡Ponme la mano aquí...!», insistía tocándose las tetas, y los aullidos de emoción brotaban de las gargantas, mismas que se unían al resto de las frases hasta crear un coro que

hacía lo imposible por adaptarse a los registros de su voz y formar un murmullo sordo con el que lograban humedecer los pliegues de sus respectivas entrepiernas.

Luego, Chavela Vargas los hacía perder la chaveta con una retahíla de sus frases célebres y bastaba con que dijera: «¡Nadie se muere de amor, ni por falta ni por sobra!», para que las lesbias se arrojaran a sus brazos y las más atrevidas le aventaran a los pies brasieres, tangas y pantimedias.

Gastón y Ernesto Amor no podían mantenerse ajenos al bullicio, mientras bebían *martinis on the rocks* adornados con unas aceitunas inmensas y se cuidaban de no rebasar el par para evitarse la pena de caer borrachos con los efluvios de la ginebra Bombay que eran sumamente peligrosos, y varias de sus corbatas fueron a parar en el revoltijo que Chavela acumulaba en su camerino.

Amor le enseñó a beber con clase y moderación. La época de las cubas libres había quedado relegada y no le permitía ordenar más que bebidas de riguroso caché, entre las que distinguía el whisky escocés de pura malta y las ginebras de cebada perlada y aromatizadas con bayas de enebro, cuya selección era nota del Imperio británico y de su dominio sobre sus colonias en Oriente.

Otro sitio que frecuentaba Gastón, aunque sólo los sábados por la tarde y en compañía de los muchachos de Cordobanes era el Bazar del Sábado, localizado en la plaza de San Jacinto en el corazón del barrio de San Ángel. Ahí, en una casona de aspecto colonial con un patio interior de dimensiones notables, semejante a las que construían el arquitecto *Caco* Parra o su discípulo Tomás Cajiga con materiales de demolición provenientes de las mansiones y edificios que se derribaban en las calles del centro de la ciudad, en la colonia Roma o en los barrios más añejos, un grupo de comerciantes especializados en la venta de artesanías populares seleccionadas por su calidad y la excelente mano de obra de los artistas mexicanos crearon un tianguis-boutique que no tardó en convertirse en un sitio turístico por excelencia.

Cientos de turistas, entre ellos bellísimas mujeres procedentes de Estados Unidos, Canadá y Europa, lo visitaban todos los sábados para disfrutar con los colores y texturas de los materiales con que se hacían los productos artesanales provenientes de todos los estados de la república y que eran exhibidos en locales dispuestos en los corredores que rodeaban el patio; degustar exquisitos platillos y dulces vernáculos; escuchar la música de diversos grupos de mariachis; y pasarla bomba en un microcosmos maravilloso.

Enrique Giménez, Pancho Artigas júnior, Carlos Cárdenas, Nacho Cobo, Jorge Hammeken, Aníbal de Iturbide, Arnulfo *la Rana* Ramírez y otros más que se les fueron uniendo, no tardaron en apreciar sus virtudes como lugar ideal para iniciar conquistas, ligues y establecer relaciones con las mujeres hermosas que por ahí deambulaban. Se posesionaron de varias mesas ubicadas en el centro del patio, un tanto alejadas del lugar de los anafres donde se cocinaban quesadillas, pambazos y otras delicias para no verse envueltos por el

humo y el olor de las fritangas, en las que departían con las mujeres que caían en sus redes en lenguas que dominaban o eran capaces de trastocar con acentos que daban a las palabras castellanas conjugaciones propias del francés y el italiano, mismas que nadie comprendía pero que eran lo suficientemente eficaces para el arrimón, los susurros al oído y la diversión a costa de lo que fuera.

Las bebidas se consumían sin moderación alguna. Cada cual chupaba los tragos de su preferencia. Piñas coladas, mojitos, desarmadores, Manhattans y copas de vino de la casa Domecq con el sello Padre Kino, recién salido al mercado y al inicio muy barato, alborotaban las hormonas de los jóvenes congregados y les daban el coraje para abrirse de capa y concertar acostones en las leoneras disponibles de los cuates, en los hoteles donde se hospedaban las beldades de ocasión o en algún motel de paso.

Gastón júnior, Billy Aguirre y Enrique Giménez eran unas fieras para seducir a las azafatas de aquellas líneas aéreas que volaban a la Ciudad de México. Western Airlines, Eastern Airlines, TWA y American Airlines les proporcionaban tripulaciones de mujeres todavía sofisticadas y seleccionadas por su atractiva belleza a las que, siguiendo la periodicidad de sus vuelos, recogían en sus respectivos hoteles para llevarlas y hacerlas lucir en el patio del Bazar del Sábado. Nunca asistían sin traer consigo una Daisy, una Carol Sue, una Sonya, y cuando se daba el caso de que las aeromozas no hubieran llegado, se hacían acompañar, como acostumbraba Pancho Artigas, de sus novias mexicanas que bien podían llamarse Amaya Escudero, Alicia González, *Twiggy* Rivera Torres, Gabriela y Patricia Blázquez, Tere Fernández, Emita Tamborrel o cualquier otra chica con pedigrí y además bien reventada.

Algunos personajes atípicos acudían al Bazar ya fuese para integrarse al grupo o para organizar una pachanga a la que era conveniente agregarle comensales. Miguel Valenzuela, alias *el Guajolote*, amigo de los júniors de San Ángel, llegaba vestido como señorito español, se meneaba sobre sus pies de un lado a otro con prepotencia y mamonería, y con su dedo índice señalaba a aquellos que, según su criterio impredecible, serían bien aceptados por las chicas de la alta sociedad reunidas en chorcha en la casa de Aníbal de Iturbide, en la mansión de los De la Chica o en un salón del Jockey Club del Hipódromo de las Américas, propiedad del padre de las hermanas Miller, damiselas éstas que, después de varios fracasos sentimentales, andaban a la caza de Renato Equis, Mickey Salas y Federico Hudson, roqueros que prometían y tenían fama de ser garañones y, por ende, buenos partidos con los cuales podrían matrimoniarse.

Miguel cumplía, así, con el papel ingrato de Celestina que nadie le agradecía ni tomaba en cuenta para considerarlo su amigo. Todos se apuntaban a las rumbosas francachelas de las que era heraldo áulico, pero una vez encaminados ni quien le tirara un lazo.

Atípico porque pertenecía a una familia de alcurnia venida a menos, se mostraba apocado y —daba ternura a Gastón júnior— avergonzado por el desgaste evidente de su ropa, aunque, sin embargo, guardaba en su corazón el deseo visceral de ser tomado en cuenta por los miembros de la sociedad pirrurris, Enrique Castillo Pesado asistía los sábados con el objeto de hacer sus pininos con reseñas sociales de los primogénitos que ahí se divertían; crónicas que podrían ser o no publicadas en algún periódico que, como *El Heraldo*, *Novedades* o *Excélsior*, tuviese una reputación bien ganada en la especialidad gracias a las plumas del Duque de Otranto, Nicolás Sánchez Osorio y Manú Dornbierer.

Castillo Pesado estaba encandilado por la cepa de Pancho Artigas y su familia materna con apellido Del Olmo, por la belleza de Amaya su pareja, por los overoles hechos con telas inglesas príncipe de Gales u ojo de perdiz que quiso poner de moda Gastón Suplice sin resultado. «Son una simbiosis perversa entre las telas exquisitas de Piccadilly Circus y el estilo del proletariado que usara Diego Rivera», opinaban Carla Hammeken y José Luis Arana muertos de la risa, con el colofón agregado de: «¡Nada más le falta calzar unos huaraches sobre calcetines de cachemira!». Así como con los sacos cortados por el sastre español de apellido Quiroz que usaban Amancio Bolaño, Chuy Fernández y su hermano *el Cucho*, pero más que nada con las invitaciones a las fiestas y reuniones que hacía Miguel Valenzuela porque en ellas veía la posibilidad de observar cómo vivían los ricos, aprender de sus hábitos vigentes y copiar sus maneras a fin de encumbrarse en la escala social y, en alguna forma, aunque fuese de sobada, recuperar para sí el prestigio perdido de aquellos rancios apellidos que conformaban su nombre.

—¡Yo quiero ir! —clamaba—. ¡Por favor invítame a la casa de los Corcuera, Miguel! ¡A la fiesta de los Limón! ¡Al rancho de los Tomassi!

—¿Tú? —respondía el aludido con displicencia—. ¿Tú crees que con esa facha y los trapos que traes encima vas a ser aceptado? ¡No me chingues, Enrique! ¡Pareces un pelado! ¿Cómo crees?

Enrique lo miraba con ojos asesinos, mientras rumiaba: «¡Ya te voy a demostrar quién es el pelado, pinche Guajolote! ¡Yo voy a triunfar y tú serás olvidado en el basurero de la historia!». Y el tiempo le dio la razón. Tanto porfió e insistió en ganarse un lugar importante entre los consentidos del *jet-set* que, al final de cuentas, lo que le vendrían a sobrar en su vida profesional serían las invitaciones que tanto había codiciado. Castillo Pesado iba en camino de convertirse en el cronista de sociales más cotizado de México, y Valenzuela… ¿quién es Miguel Valenzuela?

VIII

El periodo presidencial de Adolfo López Mateos había llegado a su fin y con el ascenso a la silla del poder de Gustavo Díaz Ordaz, el rostro del país comenzó a transformarse. Se acababa la mano suave, abierta y en apariencia complaciente de la administración pública, para dar paso a los ajustes de cuentas entre los políticos poderosos; la intolerancia frente a las demandas; la incapacidad de dialogar con aquellos interlocutores que exigían cambios radicales a fin de dar entrada a la equidad económica y a la justicia social, en especial con los sectores vinculados con la izquierda; a la sordera gubernamental, real o fingida, ante la opinión de los intelectuales; y a la severa y muchas veces desproporcionada represión policiaca ejercida en contra de las manifestaciones y reclamos populares.

Muchos dudaban de la sinceridad del presidente, de ese dientón siniestro que, como a todo buen poblano, le aplicaban el refrán: *Mono, perico y poblano, no los toques con la mano, tócalos con un palito que son animales malditos*. ¡Y vaya que le venía al pelo, porque era más cabrón que bonito y, al mismo tiempo, rencoroso!

—¡Cuidado con él! —recomendaba Humberto Romero Pérez, quien había fungido como secretario particular de López Mateos, a sus amigos empresarios —. Díaz Ordaz puede ser vengativo y pernicioso. Me tocó compartir con él las reuniones que celebraba don Adolfo con el gabinete ampliado en su despacho y nunca me perdonó, ni lo hará, que, al pasar la lista de asistencia, le llamara la atención en son de broma aplicándole un mote que detesta porque es su retrato hablado: «¡Volviste a llegar tarde, Tribilín!», le decía, y él (su malhumor no le permite tener maneras y ser educado) simplemente me mentaba la madre.

—¿Así, de plano? —inquiría don Gastón Suplice—. ¿Carece de sentido del humor?

—¡Cuando le conviene —replicaba Romero—, porque a decir verdad sí tiene sentido del humor, sólo que negro, pero muy negro!

A los empresarios, banqueros y comerciantes instalados en la cumbre del poder económico la postura del presidente no les resultaba negativa. Al contrario, ellos preferían la mano dura porque con su aplicación tenían la certeza que, emanada de una rígida formalidad legal, les garantizaba el buen flujo de los negocios que realizaban con el gobierno. Algunos de los miembros del gabinete eran sus amigos y estaban, como los casos de Antonio Ortiz Mena

en la Secretaría de Hacienda, y de José Antonio Padilla Segura en la Secretaría de Comunicaciones y Transportes, en la posición de beneficiar sus inversiones y otorgarles contratos multimillonarios.

Díaz Ordaz había filtrado por los conductos adecuados su interés de llevar al país hacía lo que él llamaba un *desarrollo estabilizador*, mismo que debería consolidar los avances de los gobiernos anteriores y propiciar la inversión nacional y extranjera en aquellos rubros que, como el petróleo, la minería, el turismo y las comunicaciones, mantendrían a la nación en «la senda del progreso» y en el reconocimiento gradual de su magnitud e importancia en el consorcio mundial.

—¡Es lo que queremos! —clamaban al unísono los Trouyet, Baillères, Romo, Clarión, Rivera Torres, Garza Lagüera, Sada Madero, así como todos aquellos que comían de la tajada enorme del pastel cocinado con el dinero que recibían a manos llenas de todas las inversiones donde tenían intereses.

No les gustaba, pues nada es perfecto, el nombramiento de Luis Echeverría en la Secretaría de Gobernación debido a que, a pesar de ser más hermético que un ídolo de piedra, dejaba traslucir ciertas tendencias populistas, «izquierdosas» las llamaban los dueños del capital, mismas que no hacían desmentir las reuniones clandestinas que en algún lugar secreto de las costas de Quintana Roo sostenía con Fidel Castro y con grupos de sandinistas de las que apenas podían adivinar sus bisbiseos, pero les causaban desconcierto. Tampoco, la designación del general Marcelino García Barragán al frente de la Secretaría de la Defensa Nacional, quien tenía un historial oscuro sobre su desempeño en diversas comandancias militares y se conocían sus complejos de clase y su inclinación golpista, si llegara el caso de que el gobierno no se ajustara a las pretensiones de su gremio o redujese las canonjías de que disfrutaban.

Los nombramientos de don Antonio Carrillo Flores en la Secretaría de Relaciones Exteriores y del escritor Agustín Yáñez en la cartera de Educación Pública, ambos intelectuales de prestigio internacional, contaron con el beneplácito de los oligarcas, aunque para algunos de ellos, debido más que nada a su ignorancia, les fueron indiferentes. Más atractiva les resultó la nominación de Alfonso Corona del Rosal como regente del Distrito Federal, porque sabían que éste tenía las uñas largas, era propenso a ciertas componendas de las que podía sacar tajada, y, sobre todo, no sería tan exigente y arbitrario como Ernesto P. Uruchurtu en la asignación de contratos de obra pública ni en el control y fiscalización de las mismas.

Don Gastón Suplice estaba más que satisfecho. Hacía unos meses que se había comprado una mansión situada en un promontorio conocido con el nombre de La Peña, en Valle de Bravo, una de las urbanizaciones más hermosas del país que contaba con una vista panorámica del lago y las montañas circundantes pletóricas de coníferas, encinos, oyameles y una

vegetación exuberante.

—¡Tengo garantizados los mejores fines de semana! —presumía en el Club de Banqueros delante de sus amigos que, a su vez, gozaban de los mismos privilegios—. Las tardes de los viernes las dedico a remojarme un buen rato en la alberca. Luego voy con Matilde y alguna de las chicas a cenar al D'Chiros o a Los Veleros, donde la comida es estupenda y me encuentro a las personas que valen la pena; y por la noche me reúno con los Pandal, los Gutiérrez Cortina y los hermanos Billy y Thomas Braniff para jugar unas partidas de dominó... ¡Ah, y duermo como angelito!

—¿Como angelito, tú? —duda un impertinente sentado a su lado.

—¡Yo, aunque te parezca un despropósito! Sabes, me olvido de los asuntos de mi oficina, de los problemas agrarios que constantemente se presentan en la hacienda Candilejas, y me sumerjo entre las sábanas de seda hasta que se me levanta y me elevo al cielo.

—¡Joder, Gastón! —interviene Julio Pastrana, concuño de Luis N. Farías, hombre muy cercano al presidente—. ¡Te creo...! ¿Y?

—Nada, que los sábados me voy a velear con Fanfán Morales Savignon o a montar con Nacho Gómez Palacio, Gonzalo Fernández y, si anda por ahí, Alfonso de Robina... Los domingos son de agasajo. Juego nueve hoyos en el Club de Golf Avándaro, el mismo que construyó nuestro cuate Francisco Artigas Carranza, quien se inspiró en los de Carmel y Monterey, California, e hizo un trazo y una casa club de maravilla. ¡Ese campo, bueno, ya lo conocen y estarán de acuerdo conmigo, es de lo mejor que se ha hecho en el mundo!

De plácemes don Gastón y la alta burguesía mexicana. El panorama que les ofrecía el nuevo gobierno no podía ser más halagüeño. Sólo que ellos no sabían que en la UNAM se fraguaba una infamia...

Los que sí estaban enterados, por razones obvias, eran Gastón júnior y sus compañeros de la Facultad de Derecho. Suplice se encontraba a punto de presentar su examen profesional con una tesis sobre derecho internacional a fin de obtener su título. Se había metido a fondo en el universo extraño, novedoso pero desconocido, de las relaciones comerciales que implicaban los lanzamientos de satélites al espacio sideral y estaba emocionado y a la vez curioso por conocer la reacción de los profesores que serían sus sinodales, pues presumía, y no sin razón, que no tendrían la menor idea de lo que trataba el tema.

Sin embargo, se tuvo que quedar con las ganas. Una protesta virulenta, dramática, convulsionó a la Facultad de Derecho y consternó a su director, César Sepúlveda Amor, quien en un santiamén se vio rebasado por los acontecimientos: ocupaba la rectoría de la Máxima Casa de Estudios, en un segundo periodo, el doctor Ignacio Chávez Sánchez, reconocido como el insigne *padre de la cardiología mexicana* y fundador, entre otras instituciones, del Instituto Nacional de Cardiología y del Colegio Nacional. Hombre de una

personalidad arrolladora, el doctor Chávez estaba acostumbrado a mandar y a ser obedecido. Dado el deterioro en el aprovechamiento de los saberes impartidos por parte de los alumnos, debido éste a la circunstancia de que la mayoría provenía de las preparatorias de la Universidad y de los colegios de paga homologados y tenían asegurado el derecho del pase automático a las carreras universitarias, ingresaban a éstas infinidad de jóvenes que habían pasado de panzazo o con conocimientos muy rudimentarios de lo que se suponía querían estudiar. El caso era que en el campus de Ciudad Universitaria pululaban muchos vagos a quienes no les interesaban sus estudios y se dedicaban, arrullados por volutas de mota, a la contemplación del Nirvana o a causar infinidad de problemas. El doctor Chávez, harto de esta situación y después de consultar con los colegios académicos y con la Junta de Gobierno, decidió anular el pase automático y sujetar a todos los alumnos de nuevo ingreso a un examen de admisión.

¡Ay, ay, ay!, explotó el desacuerdo y con ello el conflicto alcanzó niveles que nadie había previsto. En la Facultad de Derecho, César Sepúlveda había instaurado un régimen de estudios exigente y, por ello, no era ni muy popular ni bien apreciado. Todos los profesores, sin excepción, debían pasar lista al inicio de sus clases. No se toleraban los retrasos y las faltas se contabilizaban para tener o no derecho al examen de final del curso. A los estudiantes no los calentaba el sol y bastaron algunos reclamos con los que se acusaba a Sepúlveda de ejercer una tiranía despótica para que se incendiara la paja.

Los grupos estudiantiles de tendencias muy diversas y que oscilaban entre la extrema derecha y la izquierda recalcitrante se agruparon alderredor de aquellos líderes que, como Rojas Bernal, González Schmal, Edwin Stephan Parrodi o Alfonso del Rosal Andrade, utilizaban una verborrea convincente para conducir a la borregada al corral de sus intereses políticos. Tomaron como pretexto la supresión del pase automático y, aquellos que tenían vínculos o estaban afiliados al partido oficial, buscaron el apoyo priista e institucional de Leopoldo Sánchez Duarte, un liderzuelo que era conocido por ejercer la violencia, por contar con grupos de choque y, más que nada, por ser hijo de Leopoldo Sánchez Celis, gobernador de Sinaloa asociado con Félix Gallardo y otros capos del narcotráfico, y hombre de las confianzas del señor presidente.

Gustavo Díaz Ordaz no simpatizaba con el rector Chávez. Su prestigio y personalidad lo inhibían y en su presencia se sentía como un politicastro mediocre, hecho que lo orillaba a estar en desacuerdo con las medidas que éste tomaba para elevar los niveles académicos de los universitarios. El asunto del pase automático le era en especial antipático debido a que lo consideraba un detonante de estallidos sociales que, si salían del ámbito universitario, podían causar serios problemas a su gobierno. Sin embargo, se sabía atado de manos y entendía que no podía meterlas si no quería ser acusado de violar la autonomía de la Máxima Casa de Estudios; un baluarte que, desde que fue concedido, era

intocable.

Optó, así, por irse entre lo oscurito, habló con su amigacho norteño y éste, a su vez, instruyó a su hijo para que tomara el conflicto por las riendas y lo condujera a sus últimas consecuencias:

—¡Tienes que obtener la renuncia de Chávez, y si se niega a presentarla, sacarlo por las greñas de la rectoría, Polito! —una instrucción precisa que no permitía titubeos.

Leopoldo Sánchez Duarte, auxiliado en sus trafiques por Espiridión Payán, otro buscapleitos de marca y con la lengua entrenada, ordenó a los líderes de Derecho que controlaba que extendieran el enfrentamiento a todas las facultades, a fin de crear un contingente nutrido de alborotadores que propugnaran por la caída del rector Chávez y participaran en las manifestaciones. Para ello, se valieron de los contactos de un sujeto que tenía una gran popularidad entre el estudiantado, Luis Rodríguez, alias *Palillo*, mismo que dirigía a los nefastos *porros*, una masa de matones lumpen que, a manera de rompehuelgas, ejercían el terror en los terrenos de la Universidad, los partidos de futbol americano y otros eventos, en los que con una madriza bien dada, ya fuese con los puños o las macanas que traían sujetas por la cintura, aplacaban de inmediato y de forma contundente a aquellos que se les ponían al brinco o se negaban a acatar las consignas de su jefe.

Palillo, quien alardeaba de ser el creador de la porra universitaria, la popular: ¡Goya, goya, cachún, cachún, ra, ra…!, y de cogerse a las mejores viejas —así en esos términos— de la Facultad de Filosofía y Letras —entre las que sumaba a la hermosísima Fanny Cano, mujer que a los dieciséis años había sido elegida para desempeñarse como Reina de la Preparatoria Número Dos, y después, gracias a las influencias del matacuás y su inobjetable belleza, Princesa de la Porra Universitaria, hasta alcanzar el pináculo de Reina de la UNAM, posición que le abrió las puertas del cine y la llevó a ser una de las actrices juveniles más cotizadas en México con películas de arrastre: *Los perversos a go-go*, *Juventud sin ley*, *Escuela para solteras* y muchas más—, se dedicó en cuerpo y alma a hostilizar al director Sepúlveda Amor para obligarlo, sin resultado alguno, a dar la espalda al rector Chávez y apoyar su renuncia.

César Sepúlveda, un jurista íntegro, especializado en Derecho Internacional Público, no estaba dispuesto a la traición ni a la deslealtad contra un hombre que admiraba y respetaba por su enormísimo talento, su sabiduría y entrega a las mejores causas de la medicina y la salud en el mundo, y no sólo supo sacudirse a Palillo y a Sánchez Duarte de encima sino que los denunció públicamente. El colegio de maestros de la Facultad de Derecho cerró filas en torno a su director: Andrés Serra Rojas, Fix Zamudio, el *Chato* de la Cueva, Mantilla Molina, Cervantes Ahumada, Carrancá y Trujillo, Floris Margadant, el *Chato* Noriega, el filósofo del derecho, español exiliado en México, Luis Recasens Siches y otros muchos le dieron su espaldarazo, lo apoyaron y

firmaron sus renuncias en blanco: «¡Para que usted se sienta libre de tomar las decisiones que considere adecuadas en apoyo del rector Ignacio Chávez, señor director!».

Su ejemplo cundió y aquellos estudiantes que estaban de acuerdo con las medidas del rector y abominaban los discursos y actitudes demagógicas de los grillos improvisados en una política de cuarta y conocían la baja estofa de la que provenían Sánchez Duarte, Payán y sus prosélitos, hicieron frente a los descontentos y los porros y se la rifaron con audacia para preservar los valores universitarios.

—¡Son unos cerdos —les gritaba Gastón cuando los veía deambular por los corredores de la facultad—, unos retrasados mentales e inútiles!

—¡No sirven para otra cosa que para lamerle el culo a Polito Sánchez Duarte! ¡Ese rufián que, junto con su padre, debería estar tras las rejas de Lecumberri! —apoyaba Rafael Vallejo, al tiempo que los amenazaba con sus puños.

—¡Carne de cañón, evadidos del Tercer Mundo! ¡Pelados desgraciados! — Lourdes Torres Torrija, amparada tras la espalda de Rubén Aguirre Pamblou (un apellido impronunciable).

El gobierno federal brilló por su ausencia. Díaz Ordaz no quiso comprometerse. La regencia de la ciudad, al igual que los avestruces, metió la cabeza en un agujero y dejó en el aire las nalgas de Corona del Rosal por si a alguien se le ocurría qué hacer con ellas. El 26 de abril de 1966 trescientos «estudiantes», con Leopoldo Sánchez Duarte a la cabeza, subieron hasta el séptimo piso de la Torre de la Rectoría e irrumpieron intempestivamente y con violencia en las oficinas del rector Chávez.

El rector mantuvo la compostura. No era cosa de arredrarse ante una turba de pelafustanes que gritaban consignas con iracundia y lo amenazaban con los puños. Exigieron su renuncia. Él los miró de frente sin pronunciar palabra. Polito le escupió a la cara. El gargajo del basilisco escurrió por sus mejillas. Otros amenazaron con golpearlo, pero no se atrevieron. Luego les dio la espalda y salió por una puerta que estaba detrás de su escritorio. Se dirigió a su casa, redactó la renuncia, y, desde ahí, la envió a la sede donde estaba reunida la Junta de Gobierno, con la rogativa de que se la hicieran saber al presidente.

La Universidad había recibido una afrenta histórica. Una fractura a través de la cual dos años más tarde se colarían las garras de los demonios disfrazados con los pellejos de Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría Álvarez.

Javier Barros Sierra ocupó la rectoría. Las Furias calmaron sus ímpetus. Gastón júnior se recibió de abogado. Contra todos los pronósticos, asistieron a su examen profesional don Gastón Suplice y doña Matilde, quienes no pudieron o no supieron ocultar el orgullo que sentían por la mención honorífica otorgada a su hijo. Sus padres lo festejaron en la mansión de Virreyes y sus amigos, tanto los de la facultad como los del grupo de

Cordobanes, agarraron la jarra y no faltó quien se desmandara con los rollizos cuerpos, ávidos y asequibles, de sus hermanas.

Una celebración a lo grande. Don Gastón Suplice echó, literalmente, la casa por la ventana al contratar un servicio de lujo proporcionado por Casa Mayita que incluía canapés y bocadillos de calidad «gourmet», litros de Chivas Regal, el whisky predilecto de los políticos y empresarios invitados, vinos franceses con *appellation* controlada por las bodegas de algún castillo prestigiado para las gargantas especiales, y caldos de la Rioja que fueron destinados a los paladares de aquellas amistades proclives a la ingesta de grandes cantidades de chile y que tenían el paladar quemado.

La concurrencia, variopinta y democrática, se mezcló en los salones y nadie puso reparos en contemporizar, ya fuese hacia arriba o hacia abajo de la escala social, con los sujetos o fulanas que les quedaran más cerca, tomarse por la cintura y, como dijo Jorge *el Perrote* Classing, mover el bote al ritmo del rock and roll o de la rumba interpretados por Los Locos del Ritmo y la orquesta de Lobo y Melón que doña Matilde había contratado.

La fiesta estaba en su apogeo, cuando llegó, acompañado por Pepe Hernández, un personaje que se desbarataba y reconstruía con ademanes y tics que le caminaban por el cuerpo y hacían de su cara un amasijo, quien se presentó con el nombre de Alfredo Díaz Ordaz, hijo del señor presidente, y, por un instante, se produjo un silencio pesado. Los amigos de don Gastón que lo reconocieron —era imposible no hacerlo dada la fealdad del sujeto—, en particular los políticos y miembros del gabinete, se acercaron con la mano tendida para saludarlo. Sin embargo, Alfredo, que casi siempre estaba pacheco, se burló de la adulación servil y los ignoró con una carcajada.

Gastón júnior, que advirtió lo que pasaba, acudió en su auxilio para sacarlos del apuro. Abrazó a Pepe Hernández y, en seguida, tomó por el brazo a Alfredo y los condujo hasta donde estaba Willy Álvarez, responsable de una invitación no anunciada.

—¡Ya llegaron tus cuates, Guillón! —proclamó con una sonrisa—. Atiéndelos como es debido —agregó—. ¡Ah, y si quieren atizarse, llévalos a mi recámara!

—¡Clarín, maestro! —respondió Álvarez, y los tres, acompañados por unas chavas que tenían enrojecidos los ojos, al grado de parecer conejos, se mezclaron con los demás comensales y se perdieron en el anonimato.

Las crónicas de sociales que aparecieron en los diarios del día siguiente quedaron cojas. A pesar de que Sánchez Osorio y Castillo Pesado mencionaron, cada cual a su manera, la asistencia del hijo del presidente, no supieron decir más: ni cómo iba vestido o por cuál de las mujeres más lucidoras se había interesado; ni siquiera si alguien en particular se había visto favorecido con su compañía. Nada, Alfredito no les había dado pie para comentario alguno.

Pocas semanas más tarde, los habitantes de México quedaron con la boca abierta cuando el gobierno anunció que se había comprometido con la organización de los Juegos Olímpicos que debían efectuarse durante el año de 1968. El país quedó en el candelero y los reflectores internacionales se dedicaron a ponderar sus bonanzas recurriendo a lugares comunes que se referían al Cuerno de la Abundancia y la Ciudad de los Palacios descritos por Alejandro de Humboldt en los ensayos que había escrito durante su visita de 1803. Se habló, pero también se derramó mucha tinta, sobre un pueblo generoso, pródigo en su amabilidad y su proverbial cortesía. Su comida exquisita, sus culturas prehispánicas deslumbrantes, sus paisajes y las grandes urbes desparramadas a lo largo y ancho de la república.

—Las olimpiadas serán la carta de presentación de México ante el consorcio mundial y deberán traernos muchísimos beneficios —pronunció el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, a quien el presidente Díaz Ordaz nombró como cabeza responsable del Comité Organizador de las mismas.

De inmediato se iniciaron las obras, en terrenos expropiados a la fábrica de papel Peña Pobre, de los edificios de la Villa Olímpica que debían albergar a las delegaciones de atletas de todos aquellos países que iban a participar; y se comenzó el trazo de la Ruta de la Amistad, un corredor escultórico de diecisiete kilómetros de longitud a cuyo concurso el escultor Mathias Goeritz —autor del proyecto— invitaría a los escultores más renombrados de cada país para que aportaran obras monumentales de su talento —Ángela Gurría, de México: *Señales o la Herradura*; Kiyoshi Takahashi, de Japón: *Esferas o Sol*; Pierre Szekely, de Hungría: *El sol bípedo*; Costantino Nivola, de Italia: *Hombre de paz*; entre otros muchos—, mismas que serían expuestas *ad perpetuam* como adorno de la ciudad capital y recuerdo de un acontecimiento tan significativo.

La mayoría de los amigos de Gastón júnior se incorporaron a los esfuerzos del Comité y, bajo la batuta de Ramírez Vázquez, desempeñaron tareas importantes, tal fueron los casos de José Luis Arana García y Patricia Toussaint, el primero de los cuales ofreció a los cuates «boletos gratis para las pruebas de atletismo, fotografías con los atletas que ganen las justas e invitaciones, no para todos pero sí para Los Ejecutivos del grupo de Cordobanes, a los convites que sean organizados en mi departamento». La segunda, joven hermosa y de una simpatía arrolladora, prometió gafetes personalizados, pases para los estacionamientos de los estadios sede de las competencias, pines y otros colguijos: «¡Que podrán prender en las pecheras de las camisas o en las solapas de sus sacos!».

Muchas sorpresas gratas para los júniors, a las que se sumó el nombramiento presidencial del padre de Pancho, el arquitecto Francisco Artigas, como director del CAPFSE —Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas—, quien en consenso con la opinión e instrucciones de don Agustín Yáñez, secretario de Educación, desarrollaría

proyectos regionales para construir escuelas modernas en varias entidades de la federación.

—El despacho de mi papá —comunicó Pancho Artigas júnior a Gastón y Jorge Hammeken— ya tiene listo el proyecto de sus oficinas. Una estructura limpia, con vigas de acero y grandes ventanales, en el estilo más puro de Frank Lloyd Wright…

—¿Dónde las van a levantar? —Hammeken curioso, porque sabía que su padre, quien tenía una empresa de maquinaria para construcción, estaba muy pendiente de las obras del arquitecto Artigas en las que, si era invitado a participar, se metería al bolsillo muchos billetes y se olía buenos negocios.

—Se van a edificar en la calle de Vito Alessio Robles, a un costado de la iglesia de Santo Tomás Moro, ahí en la colonia Florida —respondió Pancho y Jorge se sobó las manos en señal de satisfacción.

—¡A tu padre le va a caer la billetiza encima, Pancho! —intervino Gastón—. ¡Si no lo es ya, se va a volver millonario! ¿Qué me dices, van a comprar la finca que está en la Plaza de la Bombilla? ¿La que está enfrente de la casa de los Foncerrada?

—¡Ya compró el terreno, Gastón! Van a tirar algunas construcciones que no sirven para nada… unas porquerías. Ahí, dice que va a construir nuestra casa… Ya sabes cómo está de loco el cabrón. ¡Me dijo que en la recámara principal quiere instalar un techo corredizo! Igual al que puso en la «cabaña» del Desierto de los Leones, ¿tú crees?

—¿No será que le gusta que le caguen los pájaros en la espalda cuando está cogiendo con…? —aventuró Gastón y, enseguida, se arrepintió.

—¡Será con tu chingada madre, compadre! —soltó Pancho y Hammeken tuvo que intervenir para que no terminaran dándose de madrazos.

La invitación fue formulada a trompicones por Willy Álvarez, debido a que ni él mismo se la creía.

—¡Estamos invitados a Los Pinos! —dijo, y se quedó callado.

—¿A Los Pinos? ¿A la casa del presidente? —respingaron Pancho y Gastón.

—¡Sí, ahí merengues!

—¡Ay, no mames, pinche Willy! —Artigas con los ojos pelones—. ¿Y quién, se puede saber?

—Alfredito —Álvarez en voz muy baja—. Me dijo Pepe Hernández que le caímos a toda madre y quiere…

—¿Cuándo?

—¡Mañana en la tarde!

Fueron recibidos por un teniente coronel con facha de tlacoyo relleno de habas en una puerta disimulada en una de las bardas de la Residencia Oficial del Primer Magistrado de la Nación. Sin mediar palabra, como si fueran miembros de una conjuración, los llevaron hasta el Salón Venustiano Carranza en cuya mesa central estaba sentado Alfredito Díaz Ordaz, quien cubría sus

ojos con unos lentes ahumados.

—¿Qué onda, bueyes? —dijo a manera de saludo, a la vez que con un gesto les indicaba que se sentaran frente a una enorme bandeja que contenía pan de dulce, chiclosos de la marca Toficos, cacahuates garapiñados y muchos otros dulces que comerían para refinar la yerba.

—¿Qué onda? —contestaron en automático Gastón y Willy.

—¿Trajiste la mota, Willy? —Pepe Hernández, acicalando el cabello que caía sobre su frente voluminosa.

—¡La trae Pancho! ¡Acapulco Golden que compraron Carlos Zertuche y Aldo el italiano en la laguna de Chacagua que está enfrente de Pie de la Cuesta!

—¡Uy, qué delicia! ¡Es la mejor! —convino el anfitrión—. Bueno, pues preparen el primer carrujo y vámonos atizando. ¿Se imaginan, bueyes? Yo creo que nadie se las ha tronado en estas latitudes. ¿Cómo la ven? ¡Estamos gruesos, compadres!

—¿Estamos? —pronunció Gastón, quien no las traía todas consigo—. Si nos agarran fumando mota aquí… ¿qué crees que nos hagan, Alfredo?

—A mí, nada. ¡Me la pelan! ¿A ustedes? ¡No sé! ¡Pero qué chingaos, cabrones! ¡De algo se van a morir! —aseguró y soltó una de sus carcajadas de cuervo desgañitado.

No tenían salida y, además, no la querían. Pepe, Willy y Alfredo atacaron el churro en cuanto estuvo listo. Sus caladas eran profundas, tan fuertes que parecía que quisieran morir con cada una de ellas. Pancho y Gastón se prendieron a las primeras de cambio y los cinco, en una sintonía perversa, comenzaron a burlarse del retrato de don Venustiano colocado en uno de los muros del recinto y a hacer juegos malabares con las barbas que cubrían su pecho, mismas que les sirvieron de pretexto para inventar sanmarqueñas y otras fórmulas verbales que lo ridiculizaban.

Alfredo, de pronto, pulsó una guitarra que tomó al desgaire y se puso a cantar algunas de las rolas que había inventado la noche anterior. Rock pesado, pastoso y reiterativo, tanto que por más que le rascaba no había forma de levantarlo.

—¡Eres demasiado macizo, pinche Alfredo! —opinó Artigas—. ¡Más que nuestro cuate Jorge Luke! ¡Pero, pero…! —y se quedó como disco rayado.

Dos horas estuvieron en el atizadero del diablo. Nadie supo cuántos gramos se habían metido en el alma. Tampoco les interesaba. Salieron como habían entrado, sin ser descubiertos o, al menos, sin que alguno de los guardias presidenciales se diese por enterado.

Alfredo recibiría su castigo algunos meses más tarde, cuando menos lo esperaba. Sin embargo, su padre, el señor presidente, no quiso imponer el peso de la ley en la persona de su vástago. Mandó investigar a cuál de sus amigos podría responsabilizar de haberlo inducido en el vicio y no tardaron mucho en encontrar a un chivo expiatorio que, pobrecito, pagaría los platos rotos.

Nicolás Pizarro Suárez júnior, un chico afable, sumamente bien educado, que se comportaba con un perfil bajo que lo hacía pasar desapercibido, y al que se conocía con el mote cariñoso de *Pin* Pizarro, fue —nunca se supo por qué— el seleccionado por la furia efervescente de Gustavo Díaz Ordaz. Sin tomar en cuenta que su padre, el abogado y político del mismo nombre, era director general de la Conasupo y, por lo tanto, gente de su más íntima confianza, el presidente movió los hilos para que éste fuera dar con sus huesos en la cárcel de Lecumberri y se pasara en la sombra el tiempo necesario para que Alfredito comprendiese que las cosas iban en serio y que no podía andar de tugurio en tugurio y menos de fiesta en fiesta ostentando su adicción a la mariguana, la coca y cuanto menjurje se le ocurriera.

—¡Soy cantante de rock and roll, papá! ¡Me gusta fumar mota y elevarme, como hacen todos los roqueros que se respetan, para escuchar a los ángeles que se nos adelantaron, Jim Morrison y Janis Joplin, y aprender cómo forjaron sus letras! ¿Qué no te has dado cuenta de que estamos *on the age of Aquarius*? ¡Agarra la onda, viejo! —dicen que gritó Alfredo a su padre, momentos antes de que éste lo prendiera de las greñas y le diera una sacudida brutal y Alfredito le respondiera con un derechazo que le desprendió la retina del ojo izquierdo y lo obligó a usar lentes ahumados, mismos que —también se trató de un rumor — compró en una óptica que le recomendó Fidel Velázquez: «¡Para que no desentonemos, señor presidente, cuando nos retraten juntos!».

La atmosfera del país comenzó a enrarecerse. El circo que ofrecía el gobierno con el señuelo de los Juegos Olímpicos, sin pan que lo acompañara, no era suficiente para contener el descontento popular que atizaban los líderes estudiantiles y los pensadores de izquierda. Había en el ambiente una sensación revanchista de clase que auguraba movimientos de protesta y manifestaciones masivas para desestabilizar al régimen y, de ser posible, sacar al PRI de Los Pinos.

La censura a los medios de comunicación y la persecución de las ideas expresadas por hombres de oposición en sus cátedras o en la palestra pública, se volvieron intolerables. La gente quería respirar el oxígeno que les brindaban Eli de Gortari, Heberto Castillo, Porfirio Muñoz Ledo, Pablo Gómez y otros personajes que se distinguían por sus luces, a fin de encauzar sus esfuerzos en las acciones que debían procurar justicia social al proletariado y a los campesinos, en aras de una vida digna y con oportunidades.

El Estado, nada tonto, mantenía sujetos a los intelectuales, a los líderes de las fuerzas vivas de la Revolución y de los gremios significativos para la vida nacional, con prebendas salariales, puestos públicos, cargos en el servicio diplomático, así como concesiones derivadas de la nómina de la corrupción y el despilfarro. Los tenía, como alguna vez expresara Irma Serrano, *la Tigresa*, agarrados, pero bien agarrados de los güevos. Los hombres de la derecha, por su lado, cumplían con mantenerse callados frente a sus arbitrariedades,

propinarle palmadas en los hombros, expresar oraciones hueras de significado que no los comprometieran, y, en el momento oportuno, extender las manos para pepenar los fajos de billetes que el gobierno les soltaba.

La intolerancia de Gustavo Díaz Ordaz frente a quienes osaban criticar sus decisiones era absoluta. No existía, bajo ningún concepto, la posibilidad de establecer un diálogo con él. Era una roca y las piedras no dialogan. Tampoco piensan. Aparentemente más flexible, su secretario de Gobernación, Luis Echeverría Álvarez, agazapaba sus verdaderas intenciones detrás de los velos del manto de la hipocresía. Insensible hasta la exasperación, este megalómano guardaba latentes en su ser patologías aberrantes propias de los criminales que no tardarían en aparecer.

Así, mientras el caldo de cultivo de los estallidos sociales alcanzaba su punto de ebullición, *en el país no pasaba nada*. Los miembros de la oligarquía mantenían un tren de vida privilegiado. Sus mansiones aparecían en las páginas de las revistas internacionales especializadas en el tema y eran calificadas como ejemplos del buen gusto; sus automóviles circulaban no sólo por las calles y avenidas de las ciudades sino en pasquines memorables como *La familia Burrón* del célebre caricaturista Gabriel Vargas, a manera de paradigmas de la riqueza y la ostentación, de la misma manera que las joyas que Abel Quezada, agotados los sitios de su anatomía, colocaba en sus narices prominentes. Los restaurantes y las agencias de viaje les tendían alfombras rojas que muchos aprovechaban para hacer excursiones en cruceros transatlánticos y lucir sus trapos de Saville Row y de Chanel en las capitales de Europa.

Los júniors comenzaron a casarse con las hijas de familias de abolengo y sus bodas, cada una más elegante y ostentosa que la anterior, eran concebidas para recordar la grandeza de los sultanes del Oriente descrita en las sagas orientales que habían nutrido los maravillosos textos de *Las mil y una noches*... Nadie se atrevió a faltar a la boda de Pancho Artigas júnior, porque ello significaba estar *out* y no estar *in*, con la consecuente marginación y desprecio de los júniors encumbrados. ¡Vamos, hasta el presidente de la república asistió como padrino —¿sería madrina?— de lazo!

Lo siguieron Nacho el Mormón Cobo, Carlitos Cárdenas, Arnulfo la Rana Ramírez, Rafael Vallejo, Amancio Bolaño, el *Pelón* Guzmán, Manolo Beltrán... tantos que Gastón Suplice júnior sufrió un ataque de náusea sartreana, y con un tomo de cuentos de Jorge Luis Borges metido bajo el brazo, decidió largarse a viajar por Europa y África con la idea de encontrar el *Aleph* y de paso una mujer que, para él, valiese la pena.

TERCERA PARTE

IX

Gastón Suplice III vino al mundo sobre el lomo de un camello. Bueno, eso le dijeron sus padres quizá porque desde su gestación tuvieron la idea de proporcionarle un horizonte tan vasto y majestuoso como el desierto del Sahara. Emma Wiechers, la compatriota que había conocido Gastón júnior mientras esperaba su turno para enrolarse, en calidad de extra, en el *casting* de una película de piratas que se filmaba en la isla de Ibiza, una de las famosas Baleares, durante el invierno del año sesenta y nueve, y con la cual a la larga había decido compartir la vida, tenía una personalidad superlativa y no le complacían las pequeñeces.

—¡Quiero para nuestro hijo un origen épico, Gastón! —declaró tan pronto se supo embarazada, aún sin conocer su sexo—. ¡Que desde el momento en que nazca se crea y sienta tan valioso como un caballero andante, Lancelot por ejemplo…! Para eso, vamos a contarle una historia que rompa con los esquemas de los partos tradicionales y a convencerlo de que su nacimiento se dio en condiciones de riesgo y peligro… ¡Una aventura, pues!

—¿De riesgo y peligro, Emma? ¿No crees que debes bajarle al consumo de hachís y dejarte de jaladas?

Emma guardó silencio. Sabía que la imaginación de su compañero no era su punto fuerte. Que para venderle una idea tenía que bordar despacio y darle tiempo para que la asimilara. Quizás ésa no era la ocasión para transmitirle sus planes, e Ibiza no era el lugar adecuado. Tenía que esperar a que cruzaran el Mediterráneo para llegar a Marruecos, momento que ella había calculado coincidiría con el parto y, entonces, insistir en sus planes.

Ibiza, por aquel entonces, era uno de los polos predilectos de los *hippies* que, como ellos, habían decidido viajar a las ciudades del triángulo dorado que era indispensable conocer para acreditar, frente a sí mismos y sus cuates, su estatus de pachecos profesionales: Ámsterdam, Ibiza y Marrakech. Gastón júnior, quien había salido de México después de quedar asqueado por la matanza que el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz había perpetrado en Tlaltelolco, misma que lo llevó a una confrontación terrible con su padre, y el desmantelamiento de sus grupos de amigos debido a que muchos se habían

casado, se había instalado en la isla durante los meses del verano.

Antes, sin embargo, tuvo que hacer una escala en Madrid para que un psiquiatra argentino lo ayudara a superar la crisis existencial provocada por la cerrazón y egoísmo de don Gastón Suplice. Éste, como la mayoría de sus amigos oligarcas, había reaccionado con un conservadurismo a ultranza y justificado los asesinatos de estudiantes, obreros y civiles que los soldados y grupos paramilitares, como el Batallón Olimpia, habían cometido en la Plaza de las Tres Culturas, una vez que fueran lanzadas las bengalas en el cielo para que las ametralladoras y los fusiles entraran en acción y dejaran un reguero de muertos.

—Coincido con don Agustín Yáñez, secretario de Educación, quien esta mañana declaró a la prensa: «¡Estoy disfrutando de mi desayuno con la magnífica noticia de que el ejército ha aplastado a los sediciosos que se congregaron en Tlaltelolco para protestar en contra de nuestro gobierno!» —había expresado con cinismo Suplice delante de su mujer y sus hijos, mientras degustaba unos huevos rancheros—. ¡Tiene toda la razón! —continuó—. ¡Ya era hora de meter en cintura a esos facinerosos...!

No pudo continuar. Su hijo lo interrumpió con un manotazo en la mesa que hizo trastabillar platos, tazas, vasos y cubiertos, y le salpicó de huevo las solapas de su saco. Luego se levantó y esgrimiendo un puño amenazante, dijo:

—¡Son un par de miserables! ¡Sí, tú y el imbécil de Agustín Yáñez! ¿Cómo se atreven a festinar una masacre? ¿A regodearse con el dolor y la muerte de quienes sólo exigían un diálogo con el presidente para remediar las injusticias?

—¡Óyeme...! —quiso protestar don Gastón, en un intento por hacer valer su autoridad frente a los miembros de su familia.

—¡Qué óyeme ni qué un carajo! —atacó el júnior.

Las risas de sus hermanas, traviesas entre los dedos y los anillos que pretendían ocultarlas, así como los mugidos de Goyo y los sofocos de su madre, quien no daba crédito a lo que sucedía frente a sus narices, se mezclaron con la amargura del hijo soliviantado cuando declaró:

—¡No puedo entender que un escritor de la talla de Yáñez ensucie el prestigio alcanzado con *Al filo del agua*, con *Las tierras flacas*, subordinando sus principios a los caprichos de un energúmeno con patologías criminales y se preste a hacer ese tipo de declaraciones! ¡Qué forma de meter la cara en la mierda, papá!

—¡Tú no entiendes nada, Gastón! —bramó el patriarca, en un esfuerzo por hacerse oír.

—¡Tú eres el que no tiene cerebro para evaluar lo que sucede en México! —reviró el hijo con violencia—. ¡Eres un capitalista salvaje que no tiene sentimientos ni claridad de las cosas! ¡Lo único que tú tienes, como presumen los gringos, son intereses! ¡Me duele decirlo, pero no eres mejor que Yáñez y ni siquiera has hecho algo que valga la pena!

La ruptura fue brutal. Las palabras de su padre lo habían herido en lo más profundo de su conciencia y Gastón júnior no podía perdonarlo. Se largó de la casa paterna, a la que ya sólo hacía visitas esporádicas, y cruzó el Atlántico.

El psiquiatra argentino le impuso una terapia de textura oleaginosa: —Mirá, che pibe, te aconsejo que visités el Museo del Prado y veás dos óleos con el mismo tema: *Saturno devorando a sus hijos*. Uno fue pintado por Rubens y el otro, si no me equivoco, y con el nombre de *Cronos*, por el pincel de Goya. En ambos verás cómo los padres, hartos de no poder subyugar a sus hijos, acaban por comérselos; los revierten a sus vientres con el fin de aniquilar sus personalidades y el deseo, natural, de pensar por su cuenta.

Gastón, aunque no muy convencido, acudió a mirar los cuadros y pudo advertir en los rostros de Saturno y Cronos la misma rabiosa voracidad que su padre, don Gastón Suplice, mostraba en las discusiones con sus hijos y con cualquiera que se atreviese a contradecirlo. Captó, así, el mensaje del psiquiatra, le agregó sus propias deducciones y concluyó con la idea precisa de que mientras más lejos se mantuviera de su progenitor menos riesgos correría.

La vida en la isla le procuró, muy pronto, otros argumentos que vinieron a reforzar el sentido de independencia que había vislumbrado como algo posible. En ella conoció a muchos jóvenes de ambos sexos que provistos tan sólo con las pocas pertenencias acumuladas en una mochila habían quemado sus naves y arriesgado a correr las aventuras vitales. La relación con el escritor británico Ian Sinclair le fue de suma importancia para aprender que podía vivir sin anclajes o dependencia del dinero que, aun a regañadientes, siempre le había procurado su padre. Aprendió, dados sus escasos recursos, a padecer hambre con un espíritu que Ian calificaba como deportivo. A contentarse con un puñado de naranjas o tomates y unas cuantas almendras como alimento diario, mismo que consumía más que nada para evitar enfermarse de escorbuto y conservar la energía que demandaban algunas obligaciones que había contraído con Sinclair.

Éste le ofreció que trabajase con él en la finca que tenía en medio de la isla en un bosque de coníferas, entre Ibiza y el poblado de San Antonio, a cambio de hospedaje en una pequeña cabaña y unas cuantas pesetas que le permitieran ir tirando. Gastón aceptó con gusto y se involucró en desempeñar tareas que jamás imaginó.

Hizo de todo. Desde trabajos de plomería para resolver el desagüe de las cañerías de la casa de Ian, que se atascaban constantemente, hasta trabajos de albañilería y empeños de nana, al encargarse de cuidar y llevar de paseo a las pequeñas hijas del escritor, quienes a la semana de convivir juntos lo adoptaron como si fuese un tío y a manera de cuentacuentos, mismos que él les narraba antes de irse a dormir. Sin embargo, un día recibió una sorpresa:

—Quiero pedirte, Gastón, que me acompañes a la lancha con fondo de cristal que tengo en el muelle de Ibiza y me ayudes a pasear a un grupo de

turistas alemanas, puras señoras regordetas de esas que tragan salchichas y *Sauerkraut* a mansalva —solicitó Sinclair sin perder un ápice de su flema inglesa— y se emocionan con la menor tarugada…

Gastón hizo a un lado las herramientas con las que se ayudaba para levantar un murete alderredor de la casa y se aprestó a seguirlo. Sinclair, quien no había terminado de explicarle qué era lo que quería, se vio precisado a hacerlo de sopetón: «¡Tendrás que luchar con un pulpo!».

Suplice se detuvo en seco. —¿Cómo? —exclamó.

—¡Con un pulpo! —ratificó Ian, apretando los labios para no soltar una carcajada—. Sí, pero no te preocupes, se trata de una simulación. Mis socios y yo lo hacemos con cierta frecuencia. Cuando topamos con turistas con caras de ingenuos les ofrecemos que durante el paseo uno de nosotros peleará, cuerpo a cuerpo, con una de esas «bestias marinas». Hecho el anuncio, por la noche compramos un molusco de regular tamaño en la pescadería del pueblo y lo escondemos en el interior de la lancha. Tú lo que tienes que hacer es mantenerte alerta en uno de los costados del bote, tal y como si estuvieses escrutando el fondo del mar. En un momento dado, cuando yo haga pasar la lancha por encima de unos corales, gritaré: «¡Pulpo, pulpo! ¡Ahí está metido en esa cueva!». Es entonces cuando tú, sin que ellos te vean, deberás tomar al bicho en tus brazos y lanzarte al agua.

—¿Al agua, Ian? ¡Pero si está helada!

—¡Irás vestido adecuadamente! Con un bañador de hule, de cuerpo completo.

—Me lanzó, ¿y?

—Te colocas debajo del fondo de cristal para que puedan verte… Simulas que sacas a tirones al pulpo del interior de la cueva y, enseguida, luchas contra él de la forma que consideres más espectacular y convincente… Puedes, incluso, morderlo… Un rato nada más… Lo que te dure el aire… Luego lo subes a la lancha por la borda y…

Gastón recibió aplausos de las alemanas; uno que otro beso; y, una vez de vuelta en el muelle, Ian le pagó la suma de dos mil pesetas, suficientes para que el joven pudiese comer caliente durante quince días. Una delicia que había añorado a cada momento.

Cuando se encontró con Emma ya era un viajero curtido. Su lengua se había soltado y podía platicar en varios idiomas europeos que lo facultaron para establecer relaciones con personajes de muy diversas regiones. Conocía la ciudad fortificada y protegida por una majestuosa muralla construida durante la ocupación romana como la palma de su mano. Las casas y callejuelas desparramadas a un costado de la escalinata que da acceso a la plaza y a la torre del reloj de la ciudad amurallada fueron el hormiguero en el que él oficiaba de arriero. Los símbolos de las deidades fenicias y cartaginesas, cuyos pueblos invadieron la isla y fundaron el reino de Ibiza, representados por un

gallo y la efigie de la diosa Tanit, permanecían colocados sobre el friso de la ventana de su recámara y en su magín para recordarle que gracias a su voluntad podría conocer las maravillas del mundo y conocerse a sí mismo, sin cortapisas que lo atarantaran.

La llegada, inesperada, de Guillermo Zambrano, uno de sus amigos del grupo de Cordobanes, a la isla de Formentera —pequeña conformación rocosa que colinda con Ibiza—, quien tomó posesión de una cueva y se instaló ahí en compañía de dos hippies con el objeto de fumar cuanto porro de hachís cayera en sus manos y, como él decía, vivir a la manera de Ernest Hemingway una experiencia cabrona, permitió a Gastón romper con sus rutinas diarias y enterarse de lo que había sucedido en México después de su partida.

Llegó a un arreglo con Ian Sinclair y éste consintió en darle un asueto de dos semanas a fin de que pudiera trasladarse a la cueva para compartir con Guillermo —así se lo advirtió— el frío, el hambre y las costras de mugre que se les irían adhiriendo. Gastón no titubeó y estuvo de acuerdo en pagar dicha factura porque él sabía que no le harían mella y, en cambio, disfrutaría la experiencia.

Se hizo de un *sleeping bag*, llenó un saco con botellas de vino y alimentos enlatados, y se presentó una tarde en el cubil de su cuate.

—¡Búscate un rincón para dormir y cáete con las viandas, Gastón, que vamos a darles mate! —fue el saludo de Zambrano, quien atizaba las brasas de la fogata que habían dispuesto para calentarse.

Suplice obedeció. Se mantuvo expectante. Esperó, paciente, a que Guillermo comiera y, ya con el estómago lleno, pudiese articular un mensaje coherente.

—La matanza, supimos varias semanas más tarde, fue horrible —dijo Zambrano con la voz enronquecida—. A muchos los desaparecieron en el Campo Militar Número Uno, donde fueron torturados para sacarles la sopa. Díaz Ordaz, hijo de puta, asumió la responsabilidad de los hechos con el pretexto de que era necesario salvar a la patria de los testaferros del comunismo y de las ideologías exóticas. Hizo encarcelar a los intelectuales que se destacaron en la confrontación por defender las ideas de los jóvenes. Ahí tienes en chirona a Eli de Gortari y a Heberto Castillo, mezclados con criminales del orden común que, al menor descuido, pueden meterles una cuchillada. Luis Echeverría, más hijo de puta y a quien se atribuye haber orquestado el desenlace funesto, se ha negado a que los reos del movimiento sean considerados como opositores políticos, con derecho a que su retención carcelaria sea en crujías adecuadas y que estén separadas del resto de los delincuentes. Si por él fuera, te aseguro que no dejaba títere con cabeza…

Gastón comenzó a mezclar los hechos relatados por Zambrano con el recuerdo de algunos sucesos que, si cuando acaecieron no supo qué significado darles, ahora encajaban bien en el rompecabezas: la tarde del 2 de octubre habían ido a festejar el cumpleaños de Alicia González, hija del director de cine

Servando González, al restaurante El Rincón Gaucho, cuyo propietario era el luchador y actor Wolf Ruvinskis. Un agasajo de familia al que él, por ser novio de la chica había sido invitado junto con Álvaro Echeverría, hijo del secretario de Gobernación y pareja de Rosa Luz, hermana de Alicia. Estaban enfrascados en un brindis, adobado con bromas y chascarrillos, cuando Ruvinskis se acercó y sopló al oído de don Servando que tenía una llamada urgente del «señor licenciado». El director no quería dejar traslucir quién era el licenciado, pero cometió el error de mirar a Álvaro, encoger los hombros en señal de ni modo y, enseguida, ir a contestar la llamada. Gastón lo vio empalidecer mientras hablaba no más de tres minutos, pero no le dio importancia. Servando regresó a la mesa, mas no se sentó. —¡Tengo que irme, Alicia! —se disculpó—. ¡El señor quiere que vaya con mi equipo a filmar lo que está sucediendo en…! —No dijo el nombre ni dio más señales.

—¡Pues claro, Gastón! ¡Servando González filmó la masacre! —concluyó Zambrano—. Ahora, te puedo apostar a que esas cintas nunca saldrán a la luz y Echeverría las mantendrá ocultas hasta que se muera.

—Grave la responsabilidad de don Servando —aseveró Suplice—. Alguna recompensa le habrán ofrecido para alivianar su conciencia. Algún *Viento negro* le financiarán desde Los Pinos para que pueda resistir la tentación de exhibirlas. Ya veremos qué sucede con el paso del tiempo.

Guillermo Zambrano no quiso hablar más del asunto. Él prefería escarbar en sus aficiones literarias a fin de alimentar la vocación de escritor que había aflorado en su ser y lo mantenía inmerso en la lectura de cuanto libro cayera en sus manos. Sólo que en Formentera no había manera de conseguirlos. Pidió a Gastón que fueran a Ibiza para buscar una librería donde poder comprar algunos.

Gastón, quien en sus andanzas había topado con una, lo llevó a la librería de don Arcadio que tenía algunas novedades en sus estantes y un buen número de textos añejos.

Nada más hablar con los mexicanos, don Arcadio se dio cuenta de que éstos no estaban acostumbrados a vivir bajo la censura impuesta por la dictadura de Francisco Franco, *El Caudillo por la Gracia de Dios* —como rezaba en los billetes impresos y las monedas acuñadas que se usaban—, cuyos esbirros controlaban la circulación de los libros y prohibían la venta de cualquier texto que hubiesen considerado subversivo o que, según su juicio, atentara en contra de la religión católica y de la moral mojigata del régimen.

—Vosotros buscáis buena literatura, chavales —afirmó don Arcadio—. Ésa no la vais a encontrar entre las novedades. ¡Bah, pura basura! Aguardad aquí. Dejadme buscar algo en la trastienda, entre los libros que tengo escondidos y que sé valen la pena.

Enseguida, el librero desapareció detrás de un cortinaje espeso. Volvió luego de veinte minutos que a Guillermo y Gastón se les hicieron eternos.

Traía en el regazo unos pocos volúmenes que, después de cerciorarse que nadie más pudiera verlos, colocó encima de un taburete.

—¡Traje unas joyas! —anunció—. Los encontré dentro de un arcón que me dejó en consignación un sudaca que jamás regresó por ellos. ¡Están prohibidísimos! Ningún español está autorizado para leerlos. Miradlos con calma… ¡Vamos, pero no arruguéis las hojas!

Guillermo apartó *El amante de Lady Chatterley*, de D.H. Lawrence; la trilogía *Sexus*, *Plexus* y *Nexus*, de Henry Miller; y un par de obras del marqués de Sade. Gastón, por su lado, escogió *Las crónicas del sochantre*, de Álvaro Cunqueiro; el *Figón de la reina Patoja* y *La isla de los pingüinos*, de Anatole France, y con ello agotaron la remesa.

Mientras lo hacían, don Arcadio expandió su vientre y se tiró varios pedos para expresar la alegría que le daba complacer a dos chavales inteligentes y, más que nada, por haber mandado, sin planearlo ni tener necesidad de formular la frase, a los falangistas seguidores de Primo de Rivera a que les dieran por culo. Guillermo pagó con cheques de viajero en dólares, expedidos por Diner's Club y ambos abandonaron la librería con una felicidad extrema.

La cueva de Formentera se plagó de imágenes eróticas de una sutil belleza y de párrafos que vibraban dentro de la frecuencia de un diapasón desbocado. Su lectura absorbió el tiempo que aún les quedaba para pasarla juntos, hasta que un buen día Gastón decidió regresar a su cabaña y se despidió de su amigo con el ofrecimiento de reunirse más adelante en cualquier lugar de la costa cantábrica o, si tenían suerte, en el promontorio de Finisterre.

X

Marrakech les pareció el fin del mundo. Poco después de haberse conocido y entablado una relación de amistad que derivó en un enamoramiento apasionado, Emma Wiechers se había ido a vivir con Gastón en la cabaña. Emma, joven, bella, un junco que se cimbraba al caminar contra el sol y en los brazos de su amante, no tuvo problema alguno para adaptarse a la rutina de Gastón, a los caprichos siempre estimulantes de Ian Sinclair y a las reuniones que su mujer —hermosa sudafricana que llevaba el sobrenombre de Mija— organizaba por las tardes en una terraza que miraba al mar para escuchar la música de los grupos Pentangle e It's a Beautiful Day, que interpretaban baladas medievales con instrumentos antiguos de gran belleza, así como para beber té y degustar las pastas que les enviaban de Inglaterra.

Para Emma esas tardes eran un privilegio. Ian le hablaba de sus viajes por Grecia, Egipto y la India, pero más que nada de los lugares que había visitado en Marruecos.

—¡Es un país exótico, mágico, que siempre tiene algo inesperado para sorprenderte! —decía con énfasis y, sin que fuese su intención, alimentaba la curiosidad de sus huéspedes, en particular de Emma, quien tenía una imaginación que se prendía con el menor esfuerzo.

—¡No en vano, desde 1947 se instaló en Tánger el músico y escritor Paul Bowles —intervenía Mija contagiada por el entusiasmo de su marido— para escribir una novela memorable, *The Sheltering Sky*, que Bertolucci llevó a la pantalla y que junto con las obras *Cabezas verdes, manos azules* y *Memorias de un nómada*, todas con referencias a la cultura y los usos y costumbres marroquíes, le han dado un reconocimiento internacional.

Mucho hablaron los Sinclair acerca de Marruecos, al grado de que Gastón y Emma se prometieron que sus próximos movimientos los harían al país árabe, no sólo para conocerlo sino en búsqueda del lugar ideal para la llegada al mundo del hijo que esperaban.

El tiempo se fue volando y un día resolvieron partir al universo de las incógnitas. Con la finalidad de hacerse de un dinero extra, Gastón vendió su cámara fotográfica Nikon, con la cual no había tomado foto alguna, pues prefería memorizar las imágenes que más le atraían, al hermano de Mija. Éste quedó fascinado tanto por el precio como por la calidad y estado de conservación de la cámara y, en compensación, les regaló una guía escrita por

su cuñado e ilustrada como si se tratase de *Las mil y una noches*.

Partieron de Ibiza en un barco que hacía el trayecto a Valencia y desde ahí, en un autobús de línea destartalado pero que aún conservaba cierta comodidad en sus asientos, llegaron a Granada. En el camino cruzaron un poblado carretero llamado Baza, que tenía la peculiaridad de que todas las casas habían sido construidas en el interior de las excavaciones hechas por los lugareños en las montañas, de suerte que el paisaje era alucinante. Montes con puertas y ventanucos adosados a las rocas dentro de un entorno semidesértico, como si se tratase de un pueblo fantasma en el que la vida hubiese quedado enterrada y ésta se manifestara sólo por un artilugio, cuando uno de sus habitantes salía al exterior y dejaba entrever los misterios que guardaban dichas cavernas artificiales, algunas de las cuales, supieron por los comentarios que escucharon, eran verdaderas mansiones.

—¡Viven como los primeros cristianos, Gastón! —comentó Emma en plena confusión de ideas y quizá debido al calor reinante—. Pero no me hagas caso —rectificó—. De lo que sí estoy segura es que en el rancho que mi familia tiene en Chihuahua, mi tío Ricardo Wiechers construyó una casa enorme dentro de una montaña que se llama La Guija, alegando que, como las cuevas son térmicas, tendría asegurado calorcito en invierno y un clima templado en aquellos meses en los que la temperatura alcanza los cuarenta y cinco grados. A nadie de su familia le interesó el asunto y mi tío hizo con ella un almácigo.

—¿Y los muebles? —preguntó Gastón con sarcasmo.

—¡Se quedaron ahí para los ratones y las tuzas!

Dos días más tarde arribaron a Tarifa, una ciudad fortificada, atractiva y singular, desde la cual muchos caballeros andantes de las órdenes y reinos europeos más diversos, entre ellos san Luis, rey de Francia, Ricardo Corazón de León, monarca de Inglaterra y los Caballeros Templarios habían partido rumbo a Tierra Santa en sus respectivas cruzadas. En Tarifa permanecieron dos días a fin de abordar el barco que, cruzando el Estrecho de Gibraltar, los llevaría a Ceuta, plaza de soberanía española y puerta para adentrarse en Marruecos.

Tarifa, localizada en el sitio donde convergen el océano Atlántico y el mar Mediterráneo, recibe simultáneamente, sin interrupción alguna, los embates del viento de levante procedente del este en el litoral mediterráneo, mismo que sopla a cien kilómetros por hora; del poniente atlántico que llega a cincuenta kilómetros por hora; y, en algunas épocas, del viento siroco o jaloque, que los árabes llaman *qibli*, y nace en el desierto del Sahara. El paso de estos vientos enloquece, literalmente, a las personas, quienes no pueden guarecerse de su embestida a menos que se refugien en el interior de un inmueble y permanezcan encerradas hasta su traslado a otro sitio o perezcan por hastío. Muchos de sus habitantes deben hacer visitas periódicas a los hospitales psiquiátricos del interior de España para ser tratados de síntomas asociados con el traqueteo de

cables de corriente eléctrica, de líneas telefónicas, tendederos de ropa, astabanderas, o con silbidos, portazos, chirridos, despistes emocionales, tartamudeos… Es tanto como si la población estuviese afectada por el síndrome de Parkinson y nadie pudiese escapar a la temblorina ventosa.

Sin embargo, todos en algún momento tienen que arriesgarse a cruzar una calle, aventurarse para acudir a una farmacia, a un sitio donde comprar comida, a una tasca para embriagarse lo más rápido posible y olvidar los malditos vendavales; en fin, para lo que sea.

—¡Me siento como si fuera una cometa! —gritaba Gastón mientras el viento lo arrastraba y Emma intentaba detenerlo para que no se estrellara contra un escaparate.

—¡Yo más volátil que un pinche papalote, Gastón! —aullaba la mujer presa de pánico—. ¡Agárrate de lo que sea o vamos a ir a dar a la mitad del Atlántico!

Tuvieron que luchar a brazo partido para regresar al hotel y esconderse en el cuarto. Esa noche, antes de meterse a la cama y cubrirse con las cobijas, Emma sintió por primera vez las pataditas del feto y quedó convencida de que, debido a la intemperancia de los malditos vientos, su hijo quedaría espantado, confundido ante lo que le deparara el futuro.

—¡Te aseguro que va a ser autista o, si le va bien, cuando menos rarito!

Gastón júnior, que todavía se sentía volando, no le prestó atención y se concretó a besar su barriga con ternura.

No pudieron abordar el barco que navegaría con destino a Ceuta. Los empleados marroquíes negaron el acceso a la pareja alegando que en su país no querían hippies que, como Gastón, usaran el cabello largo hasta los hombros, gafas ahumadas para ocultar el enrojecimiento de sus ojos a causa del hachís que fumaban, ni que vistiesen ropa estrafalaria que les daba el aspecto de aborígenes del trópico. Puros pretextos fútiles que más temprano que tarde serían desmentidos por los hechos que deberían enfrentar.

Malhumorados, presas del desconcierto, pues no sabían qué hacer, se reunieron con un grupo de jóvenes ingleses a los que se habían unido dos holandesas, y entre todos decidieron alquilar una barcaza provista con motor fuera de borda que, aseguraba su patrón, podría transportarlos hasta el puerto de Melilla, también posesión española, para cruzar la frontera e ingresar al reino de Marruecos.

Después de una travesía azarosa porque el mar estaba picado y les provocó náuseas y mareos, llegaron por fin a Melilla, desde donde caminaron un kilómetro hasta la línea divisoria. Ahí los guardias también se portaron rejegos y arguyendo los mismos motivos se opusieron a dejarlos pasar.

A pesar de que no comprendían la lengua que hablaban los guardias, sus gestos les indicaron que el principal obstáculo para poder cruzar eran las greñas que, muy a la moda entre los hippies de todas las latitudes terrestres, los

varones llevaban por encima de los hombros. Con las mujeres no hubo problema.

Gastón júnior, acostumbrado a lidiar con las arbitrariedades de los policías mexicanos y a las corruptelas para solucionar los conflictos, mas sin consultar a sus acompañantes, dio a entender a los guardias que si el problema era el pelo, ellos estaban dispuestos a cortárselo de inmediato. Después de alegar un rato y ya con las manos embarradas con una corta que le pasó Gastón por debajo del agua, el jefe del puesto se mostró de acuerdo.

Los demás jóvenes fueron enterados: —¡Debemos cortarnos el cabello! —declaró Gastón—. ¿Quién tiene unas tijeras o algo que se les parezca?

Los ingleses quisieron protestar. La decisión unilateral del mexicano, sin que ellos fueran tomados en cuenta, les pareció exorbitante. Iban a perder la apariencia que les gustaba y a la que habían dedicado muchos meses de contrariedades con sus padres y compañeros de trabajo para conseguirla. Uno que otro alisó sus cabellos rubios, hermosos y, nada más pensarlo, puso cara de profunda tristeza.

La consternación fue resuelta gracias al carácter autoritario de una de las holandesas que no gustaba de andar por las ramas.

—¿Quieren cruzar y continuar con el viaje por el norte de África? ¿O prefieren desistir y regresar derrotados a Europa? —dijo al tiempo que mostraba una navaja de barbero que extrajo de su mochila.

Nadie se atrevió a objetarla. En fila india, Gastón y Emma los primeros, se dirigieron hacia una pequeña playa donde tomaron asiento sobre la arena y, como Juan el Bautista, ofrecieron las melenas que, hasta ese momento, habían sido su orgullo.

—Nunca me habían cortado el pelo frente al mar, Emma, con una vista tan hermosa y en circunstancias como ésta —confesó Gastón.

—Ni el propio Sansón tuvo una oportunidad semejante, Gastón —reviró la chica. Luego, dirigiéndose a los ingleses, les espetó: —*Close you eyes and think of England!* —frase que, de alguna manera, los reconfortó y reconcilió con el destino que habían aceptado.

Llegaron a Tetuán con las cabezas trasquiladas. Cueros de becerras cimarronas. Chayotes con la piel reseca. Pero contentos de estar en Marruecos. El hambre era acuciante. Tiraron hacia el zoco, la plazoleta rodeada de locales comerciales que servía de centro y referencia urbana del lugar, más por instinto que por conocerlo, y fueron a dar a una especie de fonda, donde se instalaron en una mesa larga que tuvieron que compartir con otros viajeros que ya estaban sentados. No supieron qué pedir de comer. En la fonducha no había menú ni papel alguno que se le pareciese. Se vieron precisados a utilizar el recurso del dedo. Emma y Gastón se acercaron a un fogón y a una tabla donde estaban dispuestas unas ollas que contenían menjurjes que, a la vista, les parecieron horripilantes. Emma señaló un potaje que resultó ser uno de los

platillos más socorridos de la cocina vernácula: —¡*Bissura*! —dijo la mujer que servía las viandas y frunció los labios para explicarle que se trataba de un puré de habas apelmazado con aceite de olivo.

Uno de los comensales, sin precisar cuál de ellos, comentó en inglés que dicho platillo era el más popular entre los pobres del país, de precio bajo pero muy sabroso. —Para comenzar, escogió usted muy bien, señora.

La mano derecha de Gastón se posó sobre una cazuela de barro, que contenía unas bolas parecidas a las albóndigas, sólo que éstas estaban cocinadas con sémola de trigo y revueltas con verduras. —¡Cuscus! —exclamó la mujer y le brillaron los ojos.

Acompañados de sendos vasos con leche agria, fermentada, nunca entendieron si era de cabra, de burra o de vaca, compartieron ambos platillos y los comieron con voracidad.

El ambiente les resultaba extraño. Tenía la atmósfera de un bazar en el que circulaban transparentes trinos de pájaros, agudos y graves, gemidos animales y, de vez en vez, articulaciones humanas. Constantemente cruzaban el zoco individuos morenos de aspecto siniestro, muy parecido al de los agentes de la policía judicial mexicana, sólo que más altos y fornidos. Iban en parejas tomados de los pulgares y husmeaban el entorno como si buscaran dónde atrapar a la presa. Las mujeres se cubrían el rostro y semejaban bateles empujados por el viento. Los colores de sus ropajes podían ser opacos o chillones dependiendo de las telas empleadas en su confección o de la impronta de trapos negros que usaban como si fueran rebozos o a manera de fajas. No tardaron en detectar que la vestimenta más común era una túnica holgada provista de una capucha o caperuza para cubrir la cabeza.

—Se llaman *chilabas* —dijo la holandesa garrida—. ¡Y les recomiendo que se compren una! Así pasarán desapercibidos y se confundirán con la masa del pueblo.

Le hicieron caso. Antes de partir rumbo a Tánger, compraron y vistieron las famosas túnicas. Emma se compró una de color rojo sangre y Suplice una azul marino con un ribete dorado a la altura del cuello.

Tánger resultó ser, como la mayoría de las ciudades marroquíes, un laberinto. Se vieron obligados a distinguir, sin entender esos acomodos raciales, entre los diferentes barrios o secciones urbanas destinadas a las viviendas de los judíos, los europeos y los marroquíes propiamente dichos. Fueron a dar, siguiendo los pasos de los grupos de turistas que se habían hospedado en la ciudad, al emplazamiento que sólo podían ocupar los visitantes occidentales.

Se alojaron en un hotel francés en cuya arquitectura se habían combinado molduras del estilo *art noveau* con arabescos y grecas trazados sobre el aplanado en yeso de color blanco, lo que le daba un aspecto sensual muy atractivo. Su habitación contaba con una terraza de regular tamaño, provista de unos sillones y una mesa de mimbre, que daba a un jardín sembrado con

arriates de flores multicolores y unos inmensos plátanos que le prodigaban sombra.

Emma sugirió que se desnudaran y ambos, después de hacer el amor con requiebros lentos, pausados con ternura, exaltados con pasión, cuidando de no lastimar al feto que llevaba en su vientre, ocuparon la terraza y se dedicaron a la contemplación de un paisaje arrullado con los cantos del almuecín que, desde un minarete, llamaba al pueblo a la oración.

Por la tarde, hicieron un breve recorrido alderredor de la plazoleta donde estaba situado el hotel y no acababan de dar unos cuantos pasos cuando se vieron importunados por un moro que les ofreció hachís.

—¡Hachís bueno, *my friend*! —dijo el fulano con una dicción confusa—. *Better price*! ¡Te llevaré adonde puedes comprarlo!

Gastón no supo cómo reaccionar ante el asalto inesperado. Quiso quitárselo de encima y no se le ocurrió más cosa que responderle, muy a la mexicana: —¡Mañana, *friend*! *Tomorrow*!

El moro se mostró de acuerdo, se retiró y los dejó que continuaran en paz con su recorrido. Se metieron entre las callejuelas, unas con empedrado, otras cubiertas con baldosas, admirando los portones, los escasos herrajes, uno que otro surtidor de agua adosado a los muros de las viviendas, las esquinas que servían para bifurcar los senderos, y deteniéndose para observar a los vecinos que, a esas horas, aún estaban reunidos en corrillos comentando los sucesos cotidianos.

Los días siguientes los dedicaron a visitar las murallas colgadas sobre los acantilados que miran al océano; los vestigios que habían sobrevivido desde la época en que —leyeron en la guía de Ian Sinclair— con el nombre de Tingis, la ciudad había sido la capital de la provincia romana de Mauritania Tingitana; así como decenas de pequeños bazares repletos de chucherías: alfombras de todos tamaños y tejidos, cimitarras, laúdes, collares y pulseras fabricados con gemas de aspecto sospechoso engarzadas en filigranas de plata, objetos de cerámica, chilabas y almalafas de texturas y colores abigarrados, almazaras para moler las olivas y extraer su aceite; en fin, nada que les interesara adquirir. Sin embargo, la visita a estos bazares era inevitable debido a que las callejuelas los atravesaban de lado a lado y, en muchos casos, terminaban en ellos.

La obsequiosidad de los comerciantes les era molesta. Dueños de una verborrea descomunal e ininteligible acababan por hartarlos al no poder venderles nada y expulsarlos de sus locales, muchos con la apariencia de tiendas de campaña levantadas en las dunas del desierto y cuyo interior olía, de acuerdo con el olfato sensible de Emma, a cueros de vaca recién curtidos.

Por supuesto, en cada uno de los bazares les ofrecieron hachís y, sin poder eludir la insistencia de un árabe gordo, grande, vestido como si fuera el jeque de la tribu de Absalón El-Faquir, acabaron por comprarle un paquete que,

cronometrado con sus hábitos de consumo, debería durarles al menos un par de semanas. El gordo los convenció mediante el obsequio de un toque —nunca pudieron precisar el añadido de esa mezcla— de hachís, cuya ingestión los llevó a un tiovivo alucinante que, por varias horas, les impidió orientarse para salir de la esponja en la que habían quedado atrapados.

Llegaron de milagro al hotel, atizados, paranoicos, descompuestos por completo. La barriga de Emma se comportaba como si fuese golpeada, desde su interior, por el Tamborcillo Valiente. Las patadas del embrión eran rotundas, sin poder precisar si se debían al repudio o al gusto que éste sentía por el humo acumulado. Emma tuvo que admitir que si seguía fumando yerba, el carácter de su hijo no sólo sería rarito, sino en extremo complicado.

Dos días más tarde, se encontraron con los jóvenes ingleses y aceptaron ir con ellos al zoco chico de Tánger para charlar de sus respectivas vivencias y beber té de menta, la bebida imprescindible de los habitantes de Marruecos.

El lugar les resultó encantador. El té era delicioso y las almendras y nueces que lo acompañaban estupendas. No tardaron en estar enfrascados en la charla comunitaria plena de anécdotas y de acotaciones jocosas. En eso estaban, cuando un individuo oculto dentro de la capucha de su chilaba se aproximó a Gastón, le mostró un puñal curvo y le sopló al oído: —¡Hey, *friend*, vengo a matarte!

Tanto Gastón como los ingleses soltaron la carcajada. Sin embargo, Suplice tuvo la precaución de levantarse y separarse del grupo. Tomó al moro por un brazo y lo llevó hasta un rincón de la plaza.

—¿Por qué me quieres matar, *friend*? —preguntó sin tenerlas todas consigo, pues el gañán le era desconocido.

—¡Soy Abdul! —se identificó el fulano—. El día que llegaste a tu hotel te dije que yo podía conseguirte el mejor hachís, el más barato; y tú, *friend*, me contestaste «¡Mañana!», y yo entendí que lo haríamos al día siguiente…

A Gastón, por fin, se le abrieron las entendederas; recordó de quién se trataba y no pudo contestarle nada.

—Yo pedí —continuó Abdul— a mis hermanos y a mi madre que te siguieran y averiguaran sobre tus pasos. Supimos que compraste la yerba con uno de nuestros competidores. ¡Nos trataste como perros, *friend*! —gruñó el moro—. ¡Por eso mereces la muerte! ¡No somos perros de nadie! —remató y volvió a lucir la pequeña cimitarra.

Gastón se cagó de miedo. Sin embargo, tuvo los arrestos suficientes para reconocer su gravísima falta y ofrecer al ofendido una compensación monetaria. El otro no quiso aceptarla aludiendo a que se la brindaba por miedo y que no correspondía a un acto espontáneo de su corazón. Gastón, entonces, llevó su mano derecha al lado izquierdo de su pecho y juró con dramatismo: —¡Mi corazón ladra de gusto por dártela, *friend*! ¡Acéptala como un acto de sumisión ante tu justo reclamo! —le salió lo leguleyo y, al fin,

consiguió salir indemne.

La compra de su vida le había costado diez denarios; el equivalente a ochenta centavos de dólar. Barata en términos monetarios, mas la experiencia fue lo suficientemente persuasiva como para que él y su mujer salieran de Tánger corriendo.

Un ferrocarril los transportó hasta Fez. A lo largo del camino el paisaje les pareció similar al de las zonas del Bajío mexicano. Grandes extensiones de tierra cultivadas con cereales y verduras, parcelas abiertas por las que corrían hilillos de agua, algunos árboles y matorrales en los linderos y, quizá la única diferencia, yuntas que los agricultores marroquíes formaban con un buey y un camello o un pollino y un camello, en lugar de usar dos bueyes como hacían los mexicanos. Los aperos de labranza eran los mismos y recordaron a Suplice los que se utilizaban en la hacienda de Candilejas.

Fez, considerado como el centro más importante del islam y de la enseñanza de la lengua árabe en África del Norte, fue para ellos un grandioso descubrimiento. En el interior del vagón en el que habían viajado entablaron conversación con una chica musulmana, llamada Fátima, quien les ofreció llevarlos a la mezquita de El-Qaraoulyyin, lugar donde ella estudiaba el Corán y contaba con una pequeña vivienda por ser alumna del plantel.

—¡Si así lo desean, pueden quedarse conmigo! —ofreció—. Es un cuarto pequeño, pero si nos arreglamos cabemos los tres… Bueno, los tres y medio —agregó con una sonrisa encantadora.

A pesar de su estrechez, la habitación de Fátima les fue cómoda, más que nada porque la influencia del profeta Mahoma en Gastón III nonato —coincidieron las dos mujeres— le transmitía la tranquilidad necesaria para estarse quieto y no patear a su madre.

Fátima los llevó a comer *bastella*, una delicia hecha con capas de hojaldre rellena de carne de paloma y pasta de almendras que se servía acompañada de una guarnición de limones encurtidos y olivas curadas en salmuera, platillo que repitieron hasta quedar satisfechos.

Durante la comida, Fátima se explayó para explicar la importancia de la mezquita de El-Qaraoulyyin, sin duda la más grande e importante del norte africano, a la que acudían los doctores mahometanos más renombrados para impartir talleres y conferencias referidas al rezo «¡Alá es grande y Mahoma su profeta!», y hacer tantas interpretaciones como su sabiduría les dictaba.

—Si ustedes quieren saber lo que significa el islam y el compromiso religioso adquirido por sus fieles con todas sus implicaciones, ése es el lugar al que deben asistir.

—También para entender los principios profilácticos contenidos en los suras del Corán, mismos que los seguidores de Mahoma deben observar a fin de tener una vida higiénica y evitar enfermedades que puedan convertirse en azotes de la población —añadió Emma, citando los apuntes de la guía de Ian

que, a esas alturas, le era de una utilidad enorme.

Fátima quedó impresionada y felicitó a Emma por su comprensión de los dictados del profeta. A su vez, Gastón, sin decir palabra y en la intimidad de sus pensamientos, agradecía a la vida la oportunidad de aprender conceptos que, en México, nadie podría enseñarle, a menos que tomara cursos especializados.

Los jóvenes mexicanos tuvieron que habituarse a las rutinas de Fátima en materia de liturgia religiosa —las múltiples oraciones que tenía que hacer durante el día, postrada y en dirección a la Meca—, antes de que ésta los llevara a conocer la Medina de Fez-El Bali, construida durante el Medievo, misma que conservaba en sus edificios, sus murallas y rincones la pátina de la grandeza que había distinguido a los moros y a los califas que los condujeron a la conquista de España, cuya ocupación se perpetuó desde el siglo viii hasta el siglo xv, a partir de que el conde don Julián, uno de los Grandes del reino, furioso por la conducta indecente, atrabiliaria y humillante del rey Rodrigo, quien había violado a su hija, Florinda la Cava, mientras se bañaba en las Termas del Tajo, en Toledo, les abriese las puertas y les brindase la ocasión de salir victoriosos en la batalla de Guadalete, en el año 711.

La historia, de pronto, se les vino encima y los dejó como marionetas arrastradas por un torbellino hacia un pasado del que apenas conocían detalles. Gastón quiso recordar los cantares de gesta que había aprendido en las clases de literatura del bachillerato, pero no acababa de mencionar al Cid Campeador, al conde Fernán González, a los infantes de Lara, cuando cayó en cuenta que debería volver a leerlos y viajar a los lugares donde habían sucedido los hechos con el objeto de inscribirlos en un contexto geográfico que le permitiera entenderlos.

Emma se vio obligada a guardar silencio. Dejó que sus ojos abrevaran de la belleza del lugar e intentó el ejercicio de transmitir a su hijo algunas imágenes que, una vez nacido, podrían inclinarlo hacia conocimientos que a ella, por lo pronto y en virtud de que había estudiado en un *college* gringo, le eran absolutamente ajenos.

La siguiente visita, tres días más tarde, fue a la Plaza de los Teñidores. Rodeada por un murete que tenía la anchura necesaria para servir como punto de observación, al que los condujo Fátima. Gastón y Emma treparon para desde ahí contemplar escenas que, nada más mirarlas, calificaron como precristianas. Vieron en su interior, dispuestas en espacios cuadrangulares, una infinidad de ollas enormes, excavadas sobre la superficie de unas pilas de roca caliza, que contenían colorantes de una gama infinita y que mezclados con polvo de alheña eran utilizados para teñir las madejas con las que después se tejerían las alfombras y tapetes más apreciados del reino.

Una multitud de mujeres rodeaba las ollas. En ellas, con firmeza y después de azotarlas para que las fibras de lana se separaran convenientemente, metían

las madejas para enseguida moverlas con unas paletas de suerte que quedaran perfectamente impregnadas con aquellos colorantes líquidos que parecían pulpas vivas, ojos de Cíclope incapaces de cerrar el párpado.

Emma no tardó en advertir que las mujeres se movían entre las ollas de manera errática, un tanto titubeante. Que una vez frente a ellas metían los dedos de una mano y luego los llevaban a sus labios como si quisiera probar el sabor de los rojos, azules, amarillos, magentas, cobaltos, verdes, cafés, grises, negros, blancos…

—¿Por qué hacen eso, Fátima? —inquirió con curiosidad.

—¡Porque están ciegas, Emma!

—¿Ciegas?

—¡Sí, desgraciadamente! Las teñidoras de Fez reciben, durante muchas horas y todos los días, los reflejos del sol que cae sobre la superficie de los colores, así como los humores que de éstos se evaporan y, pasados unos meses, no más de un año, pierden la vista irremediablemente. Se les queman las córneas y no hay manera de curarlas… Sin embargo, durante el tiempo que laboran antes de quedar ciegas, aprenden la ubicación de las ollas que les corresponden, capturan el sabor de cada tintura y desarrollan habilidades en el tacto y el olfato que les permiten trabajar con la certeza de que lo hacen bien.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Gastón, enojado—. ¡Eso es inhumano, Fátima!

—Pues sí, pero necesitan el trabajo para sobrevivir. Ahora que no todas corren los mismos riesgos, Gastón—. Si te fijas, advertirás que las chicas que extraen las madejas con unos ganchos para que escurran y después tenderlas en aquellos tendederos que están al fondo de la plaza, a fin de que sequen y puedan ser embaladas y enviadas a la Fábrica Real de Alfombras, se mueven con seguridad…

Pasaron ahí muchas horas cautivados con los movimientos de aquellas mujeres que aun sin ver el resultado de lo que hacían eran capaces de disfrutar con los demás sentidos los privilegios de su trabajo e imaginar los hermosos dibujos que se harían con las madejas teñidas en los telares donde se tejían los tapices y alfombras destinados a adornar los palacios del rey Hassan II y de sus visires, así como las mansiones de los millonarios que, allende el mar, las presumirían como si se tratase de las joyas robadas, en las leyendas, por *Alí Babá y los cuarenta ladrones*.

Viajaron rumbo a Casablanca toda una mañana. Situada en la costa del Atlántico, Casablanca, la mayor ciudad del Magreb y catalogada como ciudad imperial de Marruecos, es, a su vez, uno de los puertos más famosos del mundo. Enorme y cosmopolita, contiene en su traza innumerables edificaciones moriscas, añejas y muy hermosas, así como edificios levantados durante la ocupación francesa de su territorio que conservan el ingenio de sus arquitectos y las huellas que, con base en los cánones de las modas estilísticas que se fueron

sucediendo hasta su desocupación en 1943, todavía son deslumbrantes.

Gastón y Emma, ante el bullicio humano y la enorme cantidad de comercios que rodeaban la terminal de autobuses, no supieron para dónde tirar en búsqueda de un hotel o pensión que les sirviera de albergue. Tuvieron que pedir ayuda. Un taxista llamado Mustaffa se las brindó gustoso.

A una velocidad que no rebasaba el paso de los peatones, los llevó primero por la avenida Mohamed V para que pudieran admirar las fachadas *art déco* de los almacenes y boutiques establecidos en ella. Luego se dirigió hacia el barrio llamado Anfa y los depositó en la puerta del hotel Hay El Hanna, no sin dejar de recomendarles que fueran a cenar en alguno de los restaurantes, «Todos de primera calidad, les aseguro», localizados alrededor del Faro de Hank, donde podrían comer *tfaya*, un manjar típico de Marruecos hecho con cebollas caramelizadas, garbanzos y pasas… Salieron del auto, un Citroën del año del caldo, muertos de la risa provocada por la salivación de Mustaffa, quien nada más mencionar el guiso no había podido contener las babas.

Gastón se mostró emocionado. Las únicas referencias que tenía del lugar provenían de la película del mismo nombre, que sus padres habían visto y discutido airadamente muchas veces, al grado que sus diferencias de opinión desataron batallas campales, y a él lo condicionaron a verla con veneración cada vez que aparecía en pantalla.

—¡Estamos en Casablanca, Emma! —exclamó con júbilo desmedido. Tanto que ésta temió le fuese a dar un soponcio.

—¡Cálmate, júnior! —rogó—. ¡Vas a alborotar a tu hijo y luego no habrá quien lo pare!

—Es que no puedo dejar de recordar la trama del filme dirigido por Michael Curtiz, ni la fuerza de las caracterizaciones de Humphrey Bogart e Ingrid Bergman, así como la de Paul Henreid, en los papeles de Rick Blaine, Ilsa Lund y el marido de ésta… Una intriga romántica que sucede durante la ocupación nazi de Francia y sus colonias, quienes deben enfrentar la resistencia feroz de los patriotas galos que se negaban a sumarse al vasallaje humillante que había aceptado el gobierno de Vichy ante las exigencias colaboracionistas de Hitler.

—¡Suena atractiva! —concedió Emma.

—¡Más que eso, Emma! ¡No puedes imaginarte el impacto que causó Bogart en la generación de mi padre! Muchos se vestían igual que él con trajes cruzados confeccionados en Saville Row, corbatas anchas que eran atravesadas por cintas con los colores de los regimientos británicos, sombreros de fieltro de la marca Stetson con el ala inclinada hacia delante para encubrir la mirada de hombre frío, calculador, por supuesto seductor, e invariablemente, aunque no fumaran, con un cigarrillo colgado de los labios que les daba un gesto impertinente y los hacía muy atractivos…

—¡Un atuendo y actitudes para, sin querer queriendo, convencer a las

mujeres de rendir sus plazas ante los avances de aquellos galanes improvisados que, como tu señor padre, vivían las escenas de espionaje y contraespionaje implícitas en la cinta en el marco de un idilio arrebatador y de un triángulo amoroso! —aventuró Emma, en cierta forma adivinando hechos que no le constaban, pero le sonaban lógicos.

Gastón, acostumbrado a respetar las intuiciones de su mujer que, en general, nunca fallaban, meditó sobre lo dicho y no tardó en estar de acuerdo.

—¡Así era, más o menos, Emma! Adoptaron el papel de Rick Blaine en el café donde se desarrolla la trama y, mientras les duró el impacto dramático de la cinta, cada vez que acudían a un restaurante acompañados con mujeres ataviadas a lo Ingrid Bergman, con sacos y blusas de grandes hombreras, no dejaban de repetir algunas de las frases destacadas en el guion que les llenaban la boca: *«Play it, Sam! Play "As time goes by"!»*.

—¿Con las que se dirigían a…?

—¡Al pianista, si es que lo había! Si no, al *maître*, al *sommelier*, al mesero, o a cualquiera de sus amistades que estuviese por ahí sentado y se les quedara viendo. Todos daban por un hecho que sus desplantes eran esperados y serían bien recibidos.

—¿Payasadas de los señores? —inquirió Emma, no sin malicia.

—¡Mamones, Emma! ¡Eran y son unos farsantes de cuarta! Mi madre me confesó que una tarde, después de comer en un apartado del Prendes, mi padre la había mirado fijamente a los ojos y, creyendo que imitaba el tono de voz de Bogart, le había dicho: «El mundo se desintegra y nosotros nos enamoramos». Ella, por supuesto, quedó en ascuas, sin comprender cuáles eran sus propósitos. Él, entonces, un tanto frustrado, la cuestionó: «¿No te has dado cuenta de que he imitado a Bogart para seducirte?». «¡No!», le respondió. «Pensé que copiabas a Titino Legorreta, con esa su voz de corneta.» Mi padre, don Gastón Suplice sénior, se encolerizó, dijo un par de tarugadas, y mi madre se lo quitó de encima con un «¡Pero qué sangrón eres, Suplice! ¡Así, ni quien te aguante!».

Emma rio con ganas y Gastón aprovechó para reiterar «¡Estamos en Casablanca, Emma!».

Comenzaron a recorrerla. Desayunaron en un cafetín instalado a un costado del patio del Mahkama du Pacha que los deslumbró con sus muros y columnas de mármol decorados con ideogramas de una caligrafía excelente, ligera y matizada en sepia, sobre todo en las cornisas de los edificios, y, desde ahí, partieron a la Medina, la parte más antigua de la ciudad. Rodeada de murallas con remates moriscos, la Medina resguardaba en su seno edificaciones de gran belleza, como la Torre del Reloj, la mezquita de Ould el Hamra y la Scala, bastión del siglo xviii construido por Sidi Mohammed Ben Abdallah que, después de escudriñarlas bajo los efectos del hachís, les provocaron sensaciones místicas propicias para escuchar los rezos de los derviches y las salmodias plenas de devoción por Alá de los musulmanes inclinados en el interior de la

mezquita.

—No sé si estoy muy pacheca, Gastón, pero por unos instantes sentí que las manos del profeta me acariciaban la cabeza y sus labios me susurraban: «¡Llevas en tu vientre al elegido!».

—No, no es que estés fumada, Emma… ¡Lo que pasa es que estás bien loca! —respondió el joven y le plantó un beso tronado en la frente.

Días después quisieron conocer la mansión de Barbara Hutton, la millonaria norteamericana que había hecho de los divorcios y la viudez una mina de oro, y contaba con algunas de las casas más espectaculares en distintas ciudades del globo, pero se quedaron con las ganas porque los custodios les negaron la entrada.

Gastón, que conocía la que llevaba el nombre de Sumiya y estaba en un suburbio de Cuernavaca, intentó una posible descripción de aquella de Casablanca; mas después de darle muchas vueltas y hacer un sinnúmero de especulaciones tuvo que admitir que decía puras pendejadas. Emma, enternecida, le dijo que no era su responsabilidad enseñarle la casa de la señora Hutton, y para demostrarle que no le importaba no haberla visto, lo condujo a un terraplén contiguo para hacer el amor entre los destellos del sol que se ponía en el horizonte y se conjugaban con el mar para crear un espectáculo alucinante.

Las playas de La Corniche y de Ain Diab, rematadas por el Faro de Hank, fueron su sitio predilecto. Ahí, en un hotel playero sentaron sus reales con el fin de descansar, reponerse de los ajetreos del viaje, asolearse, retomar sus lecturas, nadar entre las olas del Atlántico y disponerse para el largo trayecto, que pasando por las ciudades de El Jadida y Safi, los llevaría hasta la meta deseada.

Marrakech los saludó desde la lejanía con el reflejo rojizo del alminar situado en la mezquita Kutubia, al tiempo que el almuédano llamaba a oración a los fieles y los conminaba a hacer las abluciones exigidas por la hora del mediodía.

En la medida en que se aproximaban, los reflejos de color rojo-ocre que, por efecto de los rayos solares, surgían de sus palacios, mezquitas y casas, construidos por los almorávides, formaron un espejismo cuya irrealidad vibrante le daba un sentido mágico, misma que los atrajo enseguida.

Gastón sintió una emoción extraña que disparó su adrenalina y puso sus sentidos en alerta. Emma, al contrario, se llenó de paz y serenidad, de suerte que sus pasos se volvieron cortos, lentos, y en algún momento se detuvo.

—¿Puedes caminar más rápido, Emma? —apremió con impaciencia—. Tenemos que buscar un hotel antes de que oscurezca…

—¿Cuál es tu prisa, Gastón? —murmuró ella—. ¿No te has dado cuenta de que ya estamos en el corazón de la Ciudad Roja, de la Puerta del Sur de Marruecos? —cuestionó con una sonrisa en los ojos—. ¡Ya estamos dentro de Marrakech, hospedados en la transparencia del aire suave y húmedo que

propicia su clima semiárido y surge de sus callejuelas!

Sus palabras tuvieron el efecto de tranquilizar a su compañero. Gastón, entonces, la tomó de una mano y la condujo con seguridad hacia una puerta abierta en la parte amurallada de la Medina, por la que penetraron a un paisaje onírico, en el que la escenografía tenía las virtudes de un sueño con detalles que no por ser desconocidos, les resultaban ajenos.

—¡Ah! —suspiraron al unísono—. ¡Cuánta belleza!

Absoluta, porque el interior de la Medina o ciudad vieja, primigenia y antiquísima, estaba compuesto, esculpido es mejor, con las fachadas de algunos palacios que seguían siendo magníficos en su ornamentación y estilo, como el de Dar Si Said, y por las mezquitas que, como la madrasa de Ben Youssef, presentaban abundante filigrana morisca que caía sobre los muros que la rodeaban y daban a las calles como si fuese una cascada de encaje petrificado.

No tardaron mucho ni tuvieron tropiezo alguno para llegar al centro de la Medina y enfrentar, cual diamante en un lecho de rubíes, la enorme plaza, la más grande que hubiesen visto, conocida con el nombre de Djemaa el Fna.

—¡Es como ocho veces más grande que el Zócalo de la Ciudad de México! —comparó Gastón su tamaño para que Emma tuviese una referencia de su dimensión e importancia.

—¡Exageras, Gastón! —opinó ella—. Te creo cuatro, no más que eso. ¡Sí, es enorme, pero no te dejes llevar por tu entusiasmo! Nuestro Zócalo es... —No terminó la frase porque Gastón la invitó a cruzar la superficie aplanada en dirección a una de sus esquinas.

El letrero de un hotel que ostentaba el nombre de Sahara pintado sobre las siluetas de unos camellos que avanzaban en medio de las dunas, había llamado su atención y hacía él dirigió sus pasos. Fueron atendidos por un moro flaco y desgarbado que, después de superar su flojera y despabilarse un poco, les ofreció una habitación con un par de catres, una mesa de latón y una ventana desde la que podrían mirar lo que sucedía en la plaza.

—¿Sala de baño? —inquirió en un francés más retorcido que una charamusca—. ¿Qué es eso?

Gastón tuvo que recurrir a la mímica para hacerse entender.

—¡Ah, ya caigo! —dijo el moro—. Tenemos un escusado y un lavabo por piso. ¡No somos un hotel de cinco estrellas porque no los hay en Marrakech! Ah, pero lo que sí tenemos es una azotea acondicionada para tomar té de menta y admirar, por las noches, la bóveda celeste más bella y cuajada de estrellas que se puede ver desde este hemisferio.

Emma, que estaba demasiado cansada y a la que su avanzado estado de gravidez le ocasionaba muchas molestias, insistió en quedarse. Gastón estuvo de acuerdo. El moro los proveyó con una toalla ajada y deshilachada, una teja de jabón que olía a vainilla y los introdujo en un cuarto de cuya apariencia prefirieron no percatarse.

Esa noche, sin hacer caso y no dejarse importunar por las deficiencias del hotel, durmieron —el término fue inventado por Emma— como almas benditas del Purgatorio. La mañana los encontró deambulando en un espacio enorme y abigarrado en el que los comerciantes de especias anunciaban en árabe y a grito pelado las bondades de los productos con los que se cocinaban los platillos más exóticos del planeta. Atraídos por los olores que emanaban de miles de costales, ollas de barro y cuencos de todas formas y tamaños, habían ido a dar, más por casualidad y sin proponérselo, al mercado más grande y famoso del país, cuyos linderos se perdían en el horizonte.

Los granos de pimienta, mostaza, anís, así como los polvos de clavo, azafrán, comino, ajíes y las rajas de canela, los dátiles y los higos prensados, mezclados con otros cientos de cereales y condimentos que les eran desconocidos, exhalaban aromas que sabían a remolachas picantes, a grumos de novela gótica, a esteros plagados de renacuajos, que se prendían a sus papilas y revoloteaban en sus bocas con un dejo agridulce que provocaba una salivación profusa.

—¡Me muero de hambre! —confesó Suplice, sacando la lengua.

—¡Yo tengo apetito de ciruelas pasa y naranjas de Valencia! —apuntó Emma y se sobó la barriga.

Caminaron hasta un templete en el que se ofrecían guisos de colores enervantes y que tenían alientos bravos, feroces, que asociaron con los animales salvajes de una jungla harto lejana, y con los dedos seleccionaron porciones de cuscus, bissara y tajine de cordero que tenía la consistencia de un mole de olla, pero que estaba condimentado con dátiles secos, pasta de olivo, limones encurtidos y decenas de pasas que fueron el agasajo de Emma, y lo único que comió.

El mercado ofrecía sus brazos como si fueran imanes y sus dedos laberintos. Los puestos colocados en sus corredores y pasillos cantaban los versos del Corán y alababan al Profeta en una lengua pastosa que fluía igual que un arroyo de miel y vainilla. Emma y Gastón vagaron por muchas horas convertidos en narices palpitantes.

Fueron los bramidos estridentes de los camellos confinados en un mercado adjunto los que rompieron el encanto y tiraron de sus cuerpos para involucrarlos en otra dimensión desconocida.

Ahí, a sesenta pasos y sobre una plancha de tierra apisonada, decenas de camélidos arracimados en grupos eran ofertados y subastados a los jeques árabes, a los conductores de caravanas y a los labradores. Semejaban una mancha beige, que oscilaba entre el marrón y el crema, que al estremecerse barruntaba las rutas que, a través de la inmensidad de un mar conformado por dunas de arena, los llevarían a los oasis esparcidos en el desierto del Sahara donde volverían a beber agua y a rumiar las plantas que les servían de pastura.

Su olor a orina no era placentero, pero ello no impidió a la pareja acercarse

para posar las manos en sus jorobas y acariciar su pelo con la codicia que los londinenses emplean para escoger y comprar un abrigo de *camel hair*.

Emma se prendó de sus ojos enormes, sintió ternura por ellos y tuvo que reconocer que sus instintos maternos la rebasaban y estaba a punto de amamantar al que tenía más cerca.

—¡Ni se te ocurra, cariño! —exclamó Gastón, apartándola con un brazo—. ¡Con esos dientes filosos que muestra su hocico es capaz de cercenarte una teta de una dentellada!

Emma reculó con prisa. La advertencia de Gastón, además de elocuente, era perentoria. Dirigió, entonces, la mirada hacia los arneses con los que se adornaba a las bestias: cuerdas, cordeles y reatas entretejidas con listones de colores rojo y negro colgaban de unas vigas. Sobre unas mesas estaban amontonados los herrajes de plata para unirlas. Unos fuetes pequeños tendidos entre unas mantas que, dedujo, servían a manera de sillas o monturas. —¡No se requiere de muchos aperos para conducirlos! —se dijo—. Deben ser dóciles y fáciles de llevar.

Volteó de nuevo y vio a su compañero charlando con un árabe con el rostro curtido por el sol, que, le pareció, no podía ejercer otro oficio que el de conductor de caravanas.

—¡Me gustaría ir con ustedes y atravesar el desierto del Sahara! —escuchó que Gastón decía con una seguridad que le enchinó el cuero cabelludo.

El árabe lo escuchaba mesando con una mano sus barbas y con la otra empuñando una daga que llevaba prendida a la cintura. Era obvio que no lo tomaba en serio y que entendía que su alarde no era más que una balandronada.

Gastón, sin embargo, insistía. Hacía gestos y ofrecía dinero. El árabe se mantenía hierático sin mover las arrugas de su rostro. En un momento, quizás harto de la vehemencia del extranjero, puso una mano en el hombro de Gastón y le soltó una parrafada: —¡Debes ser imbécil o tener el coco quemado por tanto hachís que has fumado, *friend*! ¡No tienes la menor idea de lo que significa atravesar el desierto! Los constantes peligros que enfrentamos, el calor y la sed infames, devastadores… ¡Y además, tu mujer está lista para el parto! ¡Vele la panza, muchacho! ¿Cómo se te ocurre?

Gastón no supo qué contestar. Humilló la cabeza, tomó a Emma por una mano e inició la retirada con la cola entre las patas.

Observaron la bóveda celeste, engrifados hasta la médula, desde la azotea del hotel. Ésta se les vino encima y los cobijó con un manto de polvo estelar mientras escuchaban los acordes de una pequeña orquesta árabe y los cánticos de unas mujeres que, de acuerdo con la traducción del hotelero, glosaban los amoríos de un sultán por una doncella almorávide, a la que comparaban con la *Lámpara de Aladino*, debido a que de su boca emanaban los mejores cuentos que jamás se habían narrado.

Otro día soleado. Fueron a admirar a los encantadores de serpientes en una plazuela situada a un flanco de lo que se llama «pueblo del Riad», suburbio habitado por millonarios y por los artistas bohemios que viven a sus expensas.

Un lugar silencioso, apenas arrullado por la música de las flautas que utilizan los faquires para adormecer a las cobras e impedir que rompan el ritmo que las encandila y lanzar la mordida fatal.

Uno de ellos, después de recibir un puñado de monedas de plata de manos de Gastón, quitó la tapa de su cesta y con un gancho extrajo a la serpiente para que ésta iniciara su baile oscilante. Movió, entonces, la caña de su flautín de un lado a otro. La cobra siguió los movimientos: mostró su lengua bífida y, por un instante, clavó sus pequeños ojos agudos en los de Emma.

La relación, además de hipnótica, es electrizante. Emma, al igual que la víbora, es cautiva de una imagen terrorífica. Siente que en su vientre anida una cobra que ronronea; que está complacida con el calor de su fuente y el sabor de las aguas amnióticas que comparte con un ser que tiene pintados en sus facciones los tatuajes de lo indescifrable. Emma se estremece y frunce los labios en señal de dolor. Cree, o así le parece, que ha tenido una contracción y le preocupa que la cobra escape de su cuerpo y se lleve consigo el fruto que con tanto cariño ha protegido. Gime y Gastón, por fin, se ve preocupado.

—¿Te sientes mal, cariño? —indaga con aprensión.

Emma no responde. Se apoya en sus hombros, se incorpora y echa a andar hacia la plaza Djemaa el Fna. La sombra de una nube cruza el espacio abierto. Van a sentarse en uno de sus costados sobre el suelo. Quedan situados frente a un grupo de bereberes que han bajado de los Montes Atlas para bailar y reunir unos pocos centavos. Es una pequeña tribu de doce personas. Su color, de un negro profundo y lustroso, tiene matices azules.

—Son tan negros que azulean —comenta Gastón, prendado de su belleza.

—Nunca imaginé llegar a ver gente tan hermosa, Gastón. Son altos, espigados, más ligeros e inquietos que las gacelas, y se mueven con una gracia que ya quisieran las bataclanas para días de fiesta…

No puede continuar hablando. Un hombre con rostro de patriarca, lampiño pero con ojos brillantes, autoritarios, se aproxima a ellos. Lleva en sus brazos un racimo de mantos —las *haifas* con las que se cubren los bereberes—, mismos que coloca para que los extranjeros se sienten encima de ellos. Sonríe con una dentadura perfecta, blanquísima y brillante.

Regresa a su lugar para, en unión con su tribu, reiniciar el baile. Unas mujeres se aproximan a Emma. La miran con detenimiento, cruzan unas palabras entre ellas y, enseguida y sin que Emma pueda evitarlo, proceden a pintar sus manos con tintura de henna de colores amarillo y bermejo.

Gastón se entretiene con los malabaristas, faquires y músicos que muestran sus dotes a unos metros de distancia. No puede quitar los ojos de un hombre que camina sobre un lecho de brasas incandescentes, ni de aquel que atraviesa

su cuerpo con cuchillos y sables. Escucha los gritos de su mujer como si fueran los alaridos de una hiena agazapada detrás de las rocas del Atlas, al pie del desierto.

El trabajo de parto ha comenzado. Gastón III viene en camino. Emma puja y se retuerce. Necesita ayuda. Dos mujeres del grupo de danzantes se le aproximan. La recuestan encima de las haifas. Luego abren sus piernas y las sostienen con fuerza. Ambas sonríen para darle confianza. Soban su enorme barriga y la conminan a que puje. Gastón enjuga el sudor de su frente y le habla con ternura y, a la vez, con firmeza.

—¡Aspira tres veces y enseguida puja, Emma! ¡Haz tu mejor esfuerzo! ¡No te dejes vencer! ¡Échale ganas!

La mujer batalla. Grita, gime y se desespera. Las bereberes entonan una canción de cuna. Muchas mujeres se arremolinan a su lado. Cada una en su lengua y con los modales que acostumbran en esos casos, apoya a la parturienta.

Brota, al fin, la cabeza. Es tomada por las manos duras, curtidas, de una mujer que sin que nadie se lo pidiera funge como comadrona. Emma puja por última vez y siente el alivio que le produce la expulsión del bebito. Celebra con una sonrisa el primer berrido que saluda a la vida. Desprenden la placenta y la meten en una urna para, más tarde, ofrendarla a las deidades del desierto. Gastón corta el cordón umbilical con los dientes.

Gastón III, ya limpio de la sangre que lo cubría en su llegada al mundo, yace entre los brazos de su madre adormilada. Una de las mujeres que tiñen manos le pinta un botón azul en la frente. Musita una oración incomprensible, mientras las demás lanzan los alaridos que preceden a los rituales para entrar en batalla.

Gastón III es saludado como un guerrero y, así, se cumplen los deseos de Emma que había manifestado desde el momento de la cópula que propició su gestación.

Gastón júnior luce radiante, orgulloso de su primer vástago. Se mezcla con los bereberes y baila con ellos. Todo es alegría. Un nigromante augura al niño un futuro promisorio.

La escandalera del parto y el eco de sus manifestaciones atrae la atención de dos gendarmes que llegan acompañados de un par de paramédicos provistos con una camilla. Los mexicanos son trasladados a una clínica pública en la que se proporciona atención médica a Emma. Gastón desembucha todos los datos que le piden para registrar el nacimiento del niño: Gastón Suplice Wiechers, de una hora de nacido, quien presenta en el lado izquierdo de la espalda el tatuaje, nadie entiende por qué, de una pequeña cobra.

XI

La infancia de Gastón III estuvo llena de helechos, flores de gardenia y pedazos de papel sobre los que hacía dibujos rudimentarios y trazaba las letras del abecedario que aprendía y memorizaba.

Sus padres, aunque a regañadientes y después de consultar a varios psicólogos y psiquiatras, tuvieron que admitir que el niño era *rarito*, ensimismado y poco sociable, sin llegar a padecer los síntomas del autismo que lo hubieran marginado. No, no eran para tanto sus constantes berrinches, la destrucción de los objetos que caían en sus manos, ni la franca aberración que sentía por su abuelo paterno, al que detestaba desde el día que supo que éste, haciendo de tripas corazón, había aceptado que lo llevaran ante su presencia.

—Puedes traerlo el domingo, Gastón, para conocerlo y saber qué se siente ser abuelo —había concedido el patriarca a instancias de su mujer, quien le reclamó que ya habían pasado cinco años desde que su hijo y su familia regresaran a México, sin que él mostrara interés alguno por verlos.

—¡Son tu hijo, tu nuera y tu nieto, Gastón Suplice! —recalcó doña Matilde —. ¿Cómo es posible que no te interesen; que no hagas el menor esfuerzo por tenerlos cerca? ¿Qué tienes en lugar de corazón? ¡Pareces un ídolo de barro, sin sentimientos ni emociones!

—¡No me gusta la vieja de Gastón, Matilde! —contestó enojado—. El día del bautizo del mocoso, la pinche Emma me dejó con la mano tendida y no quiso saludarme… ¡Todo porque me emperré en que llevara mi nombre!

—Ellos querían llamarlo Siddhartha, Gastón. Les gusta ese nombre. Para ellos tiene un significado importante… ¡Ah, pero tú, con tu vanidad y tu soberbia, no ibas a permitirlo! ¿Cómo, si estás convencido de que eres el tipo más excelso de la humanidad? ¡La divina garza envuelta en huevo!

—Pues que el júnior lo traiga, Matilde —aceptó—. ¡Pero que no se le ocurra venir con su vieja porque la pongo de patitas en la calle!

El viejo, repantingado en un sillón de cuero verde inglés, los recibió en su despacho. No los invitó a sentarse ni los atendió con cortesía. Saludó a su hijo con desdén y al chico lo mantuvo lejos. Se concretó a mirarlo con sus ojos de sapo. —Está bonito mi nieto —dijo—. ¡No podía ser de otra manera, viniendo de donde viene!

No dijo más y se embebió en la lectura de unos folios que guardaba en un cartapacio. Gastón júnior tomó a su hijo de la mano y se retiró con calma. Ya

en la puerta, volteó a ver a su padre y profirió: —¡Pinche vejete, vete mucho a la chingada!

No se volvieron a ver hasta pasado otro lustro. Don Gastón andaba alicaído. Había rebasado los setenta años de edad y sentía que sus obligaciones y achaques se le venían encima. Recapacitó sobre su pasado y un cura de su confianza, que fungía como asesor de los Legionarios de Cristo y sabía más de finanzas que de religión, le recomendó que cerrara filas alderredor de su familia. ¡Son los únicos que te van a hacer caso, Gastón! ¡Los únicos que en la vejez van a cuidar de tus miserias, hijo!

El viejo, después de repensar el consejo, se lo tomó muy a pecho. Instauró el sábado como día oficial para comer en su casa y ordenó a doña Matilde que llamase a sus hijos y los citara para la primera ocasión.

—¿A todos, Gastón, incluyendo a tu nuera Emma Wiechers?

—¡Humm! —refunfuñó el hombre—. Pues sí, Matilde; no puedo marginarla si quiero que la relación con mi hijo y el nieto mejoren, aunque sea un poquito. ¡Ya veré cómo la toreo! Creo que no me será muy difícil.

Luego estableció algunas reglas que, como era costumbre, respondían a su carácter intransigente y se adaptaban a sus juicios arbitrarios. Exigió una puntualidad a la inglesa, rígida, cronométrica, que sus invitados deberían cumplir en consonancia con las manecillas de su reloj de pulsera. Vestimenta e higiene razonables, que incluían, en especial en su nieto, ropa de procedencia española, cabello bien peinado y un aroma agradable al olfato, y excluían, en su hijo, pantalones de mezclilla y zapatos tenis o huaraches, y en su nuera vestidos de confección exótica; pues, como dijo, no quería sentarse a comer con una mazahua de medio pelo, ni con una poblana chamagosa que tuviese greñas afro o crenchas grasientas y descuidadas, o se pareciese a la China Mendoza.

El menú y los modales que deberían observar en la mesa los dejó a criterio de Matilde, quien para eso le merecía toda su confianza, y sólo puntualizó que les pidiese que no hablaran en voz alta, no gritaran, y menos intervinieran en la conversación hasta que fuese obvio que él había terminado de expresar sus ideas.

Gastón III siempre recordaría con horror las visitas, si así pueden llamarse, a la casa del abuelo. Las comidas sabatinas, a pesar de que cada uno intentaba poner de su parte la paciencia y tolerancia que estaban al alcance de su respectiva personalidad, derivaban a la media hora en verdaderas *cenas de negros*. El viejo, a sabiendas que a nadie le importaba, hablaba de corrido y sin pausa, en una primera persona machacona, de sus negocios, sus inversiones en la Bolsa, de los chismes que corrían entre los miembros del gabinete del presidente en turno, así como de algunas anécdotas que involucraban a sus amigos y en las cuales, sin variación alguna, él era el protagonista principal, pues, como se ufanaba, siempre daba la última opinión y su palabra era ley. Doña Matilde, por su lado, hacía gala de sus dotes de anfitriona, cuidaba la

atención y el servicio para que todos comieran bien y, entre platillo y platillo, hacía comentarios frívolos, cuya trivialidad resultaba chocante. Gastón júnior y su hermano Goyo, en cambio, hacían equipo para joder a su padre con actitudes contestatarias, lo criticaban abiertamente con comentarios que ponían en duda su probidad e inteligencia y lo hacían rabiar hasta que lucía morado. Por si fuera poco, masticaban ostensiblemente con la boca abierta, hablaban con los bocados entre la lengua y sus dientes, y salpicaban el mantel y las servilletas sin que les importara un comino.

Emma no les iba a la zaga. No dirigía la palabra a su suegro ni respondía a sus preguntas por más que él insistiera en saber si le habían gustado las colas de langosta, los percebes o la sopa de tortuga que, por cierto, era su predilecta. Lo ignoraba y sólo accedía a mirarlo, con la cara mustia de quien no rompe un plato, con desprecio displicente. Sentada junto a sus cuñadas, en una de las cabeceras de la mesa enorme del comedor, se dedicaba a consentir a su hijo, se hacía de la vista gorda y le permitía hacer lo que le viniese en gana. Gastón III, era evidente, sobre todo para la mirada escrutadora de su abuelo, aprovechaba la situación para cometer cuanta transgresión se le ocurría, entre ellas sorber los alimentos caldosos, lanzar eructos y rechazar aquello que no le gustaba.

—¡No quiero el puré de papa, mamá! —gritaba, alejando el plato de su sitio—. ¡No quiero las espinacas, saben agrias y tienen mucha mantequilla! —exclamaba, al tiempo que las golpeaba con el tenedor y salpicaba la ropa de sus tías—. ¡No me gusta el pescado, tampoco las aceitunas ni las chilacas! —reclamaba ante el estupendo bacalao que su abuela había preparado «con sus propias manos».

Un desastre, Gastón III. Un tornado de improperios y malas maneras que surcaban de un lado a otro la exquisita mesa causando desaguisados y que terminaban por colmar la paciencia de su abuelo.

—¡O te comes eso, Gastón III —así lo designaba el patriarca—, o te retiras de la mesa, te paras en ese rincón y te quedas sin probar el postre!

El niño, tolerado por Emma, cumplía con el ritual de levantarse y con berridos descomunales y dando pataletas se largaba hacia la cocina donde hacía un tiradero de trastes y de piezas de vajilla que se rompían irremediablemente, y nadie era capaz de pararlo.

Ése era el momento, que se repetía cada sábado, en el que don Gastón Suplice daba un fuerte manazo, se incorporaba y con voz estentórea declaraba:
—¡No puedo con esa alimaña! ¡Ya no soporto a tu hijo, Gastón júnior! ¡Ya me harté de todos ustedes! —y se retiraba maldiciendo.

Por ello Gastón III, con esos antecedentes, nunca entendió cómo diez años más tarde, la relación entre su abuelo y su padre, vista desde lejos y sin escarbarle mucho, se había vuelto más o menos aceptable. Especuló, sí que lo hizo, que ello se debía a que el segundo, en algún momento y presionado por las exigencias económicas que requería para vivir como el pequeño-burgués en

que se había convertido —mansión en las Lomas, automóvil último modelo, viajes de placer y también de negocios a Europa y Oriente, lujo y boato en todas sus actividades sociales—, había claudicado y, despreciando sus ideas de vanguardia, al igual que casi todos los júniors, sometido a los requerimientos del *establishment* y a los principios reaccionarios que regían la vida de su padre, el viejo Suplice, quien hasta su muerte le haría innumerables chantajes y se mantendría montado en su macho.

A diferencia de su padre, Gastón III tuvo muchas dificultades para ser aceptado y, cuando lo lograba, mantener la voluntad y disciplina para asistir con asiduidad a una escuela o colegio donde cursar sus estudios. Tanto la secundaria como la preparatoria se le hicieron cuesta arriba. Padecía de una depresión severa que le impedía salir de su cuarto y enfrentar la vida diaria con naturalidad. Sabía, porque nunca fue tonto, que padecía deficiencias de conducta que los psiquiatras no llegaban a esclarecer ni a enmarcar en alguna patología definida. Autista no era. Dicha dolencia quedó descartada con los estudios y análisis que se le habían hecho. Se habló del síndrome de Asperger, mas no se llegó a conclusiones definitorias. Emma atribuía sus carencias a las circunstancias en las que había nacido y, aunque no lo decía para no alarmar a los doctores con una «burrada metafísica», a la presencia de la marca de la cobra cuya impronta había crecido con él a lo largo de su existencia.

Una definición harto pesarosa la del carácter del joven que, como decían los pocos amigos con los que jugaba en las tardes, no daba pie con bola. Tuvo, dada su conducta errática, que refugiarse en la lectura de cuanto libro le obsequiara su madre. Leía con furor de corrido, sin apartarse de las páginas ni un minuto. Trataba, eso sólo él lo sabía, de encontrarse a sí mismo y el camino que podría conducirlo hacia la felicidad estable.

La selección de temas que Emma escogía para nutrir la mente de su hijo, era, sin embargo, poco acuciosa, desordenada y confusa. Muchos eran textos etiquetados con el rubro de autoayuda que pepenaba en las mesas de novedades de las librerías y sus contenidos verdadera basura. Empero, el chico los devoraba y conforme avanzaba en su conocimiento de suerte que podía compararlos con otros que sí le ofrecían lecturas atractivas y, a la vez, valiosas —intuición heredada de su padre—, los iba desdeñando para conformar con los segundos una pequeña biblioteca que le fuese útil.

Las preferencias de Gastón III se inclinaban por la buena literatura centroeuropea y latinoamericana, por los ensayos de historia universal y, curiosamente, por aquellos textos abocados a las ciencias duras, siendo sus predilectos los de matemáticas, física y, no podían faltarle, los dedicados al estudio de la lingüística. Así, sin que él lo supiera o con intención premeditada, se fue preparando para poder cursar la preparatoria abierta y presentar los exámenes que le darían acceso a una carrera universitaria.

—Te traje *El Aleph,* de Jorge Luis Borges; los *Episodios nacionales,* de

Benito Pérez Galdós; *El reino de este mundo,* de Alejo Carpentier, y *Paradiso,* de Lezama Lima, para que conozcas distintos estilos y corrientes literarias, y adquieras la capacidad para orientar tus lecturas hacia aquellos textos que realmente valen la pena, hijo —solía decirle su padre, quien al igual que Emma se preocupaba de proveerlo y siempre llegaba a casa cargado de libros.

Gastón III se lo agradecía en el alma, aunque nunca lo hacía de viva voz ni con manifestaciones físicas de aprecio. Los recibía sin demostrar emoción alguna para, enseguida, encerrarse en su alcoba.

Dos años más tarde, cuando ya frisaba los veintidós años, sin enterar a sus padres, presentó sus exámenes de ingreso y la Universidad Nacional lo aceptó en su seno y le brindó la oportunidad para estudiar cualquiera de las carreras vinculadas con el área de Humanidades. Se inscribió en la carrera de Letras que se impartía en la Facultad de Filosofía y Letras y, un mes más tarde, coincidiendo con el periodo lectivo, comenzó a asistir a clases.

La Universidad por aquel entonces, tal y como afirmaba el escritor y maestro Juan José Arreola, «era el parque de diversiones gratuitas más generoso del mundo». La facultad, por tanto, no escatimaba sus propios recursos y resultó ser para el estudiante de nuevo ingreso, en su apreciación tímida y silenciosa, una fiesta permanente, una orgía perpetua en la que se prodigaban, además de conocimientos medulares, las experiencias más extrañas que podían darse en un salón de clases.

Nada más entrar al aula donde tomaría su primera clase de Literatura Mexicana, Gastón III presenció cómo un individuo, que resultó ser el maestro Héctor Valdés, estaba trepado sobre el escritorio colocado en la palestra y magreaba el cuerpo regordete de una de las alumnas con un frenesí lascivo y desbocado.

Observó, asimismo, que a nadie le llamaba la atención ni protestaba por la flagrante mancilla de un recinto destinado a difundir el saber. Cada cual permanecía inmerso en sus cuitas personales, charlando entre sí, esperando con calma a que el maestro y la chica desfogaran sus ansias, y el primero estuviese en la disposición para impartir su cátedra.

Si antes lo había juzgado con severidad y considerado como un fulano deleznable, bastó con que el profesor Valdés abriera la boca y comenzara a hablar sobre sor Juana Inés de la Cruz, para que Gastón III modificara su opinión y se rindiera ante el prodigio de sus comentarios sobre la Décima Musa, la tremenda calidad de su poesía —de la cual recitó algunos versos—, su simpatía y el humor que imprimía a su discurso. Héctor Valdés terminó su clase, pero antes recomendó a sus alumnos que amén de leer la obra de sor Juana Inés de la Cruz, leyeran el *Segundo sueño* y *Las grandes figuras del barroco en México*, obras ambas del profesor emérito de la facultad, don Sergio Fernández.

Gastón III quedó fascinado. Las demás clases, sin excepción, lo atrajeron

con la misma fuerza que captura el agua que escurre en el interior de una tubería del desagüe. Un borbollón de conocimientos que por esa vía iban a alimentar su espíritu y sus aficiones vitales.

Si bien las cátedras de Héctor Valdés, Raúl Ávila, Lope Blanch, Marcela Palma y Juan Coronado en las disciplinas de su especialidad eran magníficas y bien documentadas, el joven comenzó a aficionarse, con verdadera devoción, a la de Literatura Medieval que impartían el célebre poeta Luis Rius, como titular, y la maestra Graciela Cándano, asistente del primero.

Luis Rius era un personaje sumamente atractivo. Su fama, notoria y de gran respetabilidad, discurría entre el dolor flagrante de un niño exiliado por la Guerra Civil española y el éxito alcanzado como poeta y ensayista de una luciente generación de literatos. *Niño de Morelia* —como se conocía a los pequeños huérfanos que habían arribado a México el 7 de junio de 1936 durante el periodo presidencial del general Lázaro Cárdenas—, Rius, que se había casado con la famosísima bailaora de flamenco Pilar Rioja, a la sazón una de las mejores del mundo, aprovechaba sus relaciones para conseguir espacios culturales donde ofrecía recitales poéticos de su propia inspiración y del insigne poeta español del siglo xii Gonzalo de Berceo, cuyas obras conocía como las palmas de sus manos. Sus clases, animadas por el espíritu de divulgar la obra de los monjes practicantes, en los siglos xi y durante el resto de la Edad Media, de lo que se llamó *mester de clerecía* para diferenciar su actividad poética, culterana y constreñida a ser cultivada dentro de los claustros de los conventos, de los divertimentos y relatos versificados que relataban en plazas y mercados los juglares, actividad conocida como el *mester de juglaría*, eran espectaculares.

Bastaba con que Luis Rius pronunciara, al inicio de clase, los versos de Gonzalo de Berceo relativos al trabajo que había realizado en el monasterio de San Millán de Yuso, en el cual profesó como monje, para que Gastón III quedara cautivado y repitiera durante muchas horas aquello que rezaba: «Mester traigo fermoso / mester es sin pecado, / fablar curso rimado / a sílabas contadas… / non es de joglaría; / ca es de clerezía: / por la quaderna vía, / ca es gran maestría».

El éxtasis se apoderaba de él durante días enteros y no imaginaba mayor placer que asistir a las clases de Rius para escucharlo declamar, acompañado de los movimientos sutiles de sus manos blancas, estilizadas, así como en pleno ejercicio de sus cualidades histriónicas, aquellos poemas que lo hacían viajar hacia el pasado para vincularlo con los orígenes de la lengua española por la que cada vez sentía mayor veneración.

Gastón III, apoyado por los conocimientos que iba adquiriendo, fue perfilando en su mente la necesidad de acudir a los lugares donde se había gestado el nacimiento de la lengua española, necesidad que digerida y redigerida por su cerebro se transformó en una obsesión que, en lugar de

facilitarle la relación con los seres que lo rodeaban, exacerbó su ensimismamiento y redujo su comunicación a la caja de los monosílabos.

—¿Quieres ir a la fiesta de cumpleaños de tu tío Goyo? —le preguntaba Emma a sabiendas de que lo quería y lo aceptaba en su entorno.

—¡No! —respondía él y no daba explicación alguna.

Su padre hacía tiempo que ya no lo tomaba en cuenta. Su acendrada apatía e indolencia frente a los asuntos familiares los habían separado al igual que las púas del puercoespín alejan a quienes quieren acariciarlos. Su conducta errática le era inexplicable y prefería evadir los encuentros. De acuerdo con Emma, Gastón júnior hacía todo lo posible por ayudarlo económicamente y le procuraba ciertos beneficios —una motocicleta que sabía le había fascinado, ropa de buena calidad y libros y más libros hasta atestar su recámara. Por lo demás, lo dejaba que se comportara a su antojo y no lo reprendía o limitaba cuando el chico se paseaba por los corredores de la casa recitando las coplas de cuatro versos que pescaba, sin ton ni son, de *Los milagros de Nuestra Señora*, de las setecientas setenta y siete estrofas de *La vida de santo Domingo de Silos* o de las ciento nueve del *Martirio de san Lorenzo*, de su idolatrado Berceo.

Gastón III era un auténtico *freak* que había adoptado los modales de un zombi y sólo les hacía variaciones cuando tenía que asistir a clases a fin de pasar inadvertido en los corrillos de sus compañeros, a quienes después de haber visto como una turba de panchitos y vagos del mismo jaez que tomaban por asalto el auditorio Justo Sierra y lo transformaban en el tugurio Che Guevara, ya nada podía sorprenderlo.

Ahí, en las aulas de la facultad, el joven Suplice se sentía a sus anchas, hasta que un tropiezo vino a cambiarle el paisaje. Luis Rius, por motivos de salud —fue la información que les dio el profesor Arturo Souto— se vio precisado a dejar sus clases. Lo sustituiría la maestra Cándano, a la que no conocían. Si bien la baja de Rius le causó un pesar profundo, Gastoncito se vio recompensado con la aparición de la sustituta. Graciela Cándano, una mujer joven, rozagante morena de ojos verdes, cuerpo hermoso y un carácter envidiable. Su primera clase fue un descubrimiento gozoso para sus alumnos.

—¡Vamos a estudiar los cantares de gesta, muchachos! —anunció y enseguida aclaró que no quería continuar trabajando con el mester de clerecía porque, después de lo que habían aprendido con el poeta Rius, poco les podría enseñar que no sonase como una pinche réplica—. ¡Y yo no soy una cotorra huasteca para andar repitiendo la misma tarabilla!

La introducción sobre la guerra de reconquista entre moros y cristianos, aunque a muchos les supo a guisado habanero, fue tan puntual, clara y brillante que preparó a los estudiantes para caer en blandito sobre el *Romance del rey Rodrigo* y, sin perder el tiempo, encima del *Cantar de Rodrigo Díaz de Vivar*, el glorioso *Mío Cid*, y sus aventuras caballerescas en la defensa del reino de don Sancho de Castilla, así como sus proezas amatorias con doña Jimena, su

mujer, y la relación de vasallaje que le debían los cobardes infantes de Carrión casados con sus dos hijas, doña Flor y doña Elvira.

Gastón III, además de sus otros defectos, comenzó a comerse las uñas. La emoción que imprimía Graciela a sus clases se le volvió contagiosa. ¡Uf!, que no hablara de doña Urraca, de los infantes de Lara o mencionase al águila caudal ferrera, porque al joven se le ponían los pelos de punta y empezaba a bufar como bisonte en celo. No tardó en enamorarse de su maestra ni ésta en darse cuenta de los estragos que sus palabras provocaban en su corazoncito. Decidió invitarlo a su departamento para compartir una pequeña tertulia que sostenía con su marido Moisés, *Moy* para los amigos, el investigador Nelson Oxman, Toña Guerrero, conchera de oficio, y otros conocidos.

Por primera vez en su vida Gastón III dudó si debía o no aventurarse a departir con un grupo social de tal naturaleza. La cobra le tiró un mordisco en el encéfalo y salieron triunfantes los encantos de su maestra. Se presentó, un viernes por la tarde, embozado tras un enorme arreglo de frutas que birló a su madre y varios monosílabos que pudo duplicar seguidos y, en algunos momentos, alargar como si fuesen ligas.

—¡Hola, Gastón, pásale y ponte cómodo! —lo recibió Moy, enterado por Graciela de sus deficiencias.

—¡Sí, sí! —respondió con el rostro encendido—. ¡Sííí! —al tiempo que su maestra venía a saludarlo y le daba un beso en la mejilla.

Para su beneplácito, en lugar de ser ignorado como siempre le sucedía en situaciones similares, fue aceptado cordialmente. Nelson Oxman, chileno de origen, guapo, simpático, bisexual sin problemas para meterse en las camas de los efebos que pescaba o de las musas que lo inspiraban, fue cordial, amable y muy comunicativo con él y hasta se permitió la broma de preguntarle si no conocía otra estructura verbal para platicar a gusto. El joven titubeó un momento y respondió: «¡Claro que sí, pero cómo no!».

La Toña y Graciela se partieron de risa y, con donaire y muchas tablas, se dispusieron a abordar los temas del trasunto académico que más les interesaban.

—El director de la facultad, Ricardo Guerra, no piensa más que en su programa de radio sobre el proceso dialéctico en el *Manifiesto comunista* de Federico Engels y lo demás le vale madres —dijo Oxman para entrar en materia y despertar a los grillos anidados en el hemisferio izquierdo del cerebro de sus contertulios.

—¡No te hagas bolas, Nelson! —protestó Graciela—. El proceso dialéctico de *tesis, antítesis y síntesis* para desarrollar una *idea* corresponde a la obra de Hegel, y no a la de Engels.

—¿Qué no es el mismo cuate? —quiso salir airoso el chileno, pero se topó con un «¡No!» altisonante de Gastón III que, sin más, aseguró su pertenencia al grupo.

Los viernes por la tarde se convirtieron en el refugio ideal para el joven Suplice. Llegaba el primero a la cita con el propósito de charlar con Graciela en corto y escuchar los relatos de Moisés, quien practicaba alpinismo y era protagonista de muchas aventuras en las cimas de los picos más elevados de la geografía mexicana. Sus ascensiones al Pico de Orizaba, al Iztaccíhuatl y al Popocatépetl eran adornadas con instantes de riesgo inminente, con nevadas inesperadas, cuerdas que se rompían y errores humanos que habían estado a punto de costarle la vida. El día que a Moisés se le atoró un *spike* de sus botas en una grieta que partía en dos una de las paredes del Popocatépetl y se vino abajo sin que la punta del piolet le sirviera para detenerse, mientras Graciela observaba con binoculares su deslizamiento desde el albergue alpino de Tlamacas y sufría un colapso nervioso, era uno de sus relatos favoritos.

—¡No pude detener la caída, Gastón, por más que lo intenté con las manos y el piolet que se me escapó a las primeras de cambio! —narraba Moisés con emoción y una cuba libre en la mano—. Me deslicé cuesta abajo a gran velocidad y no me detuve hasta que choqué con una roca y perdí el sentido. Y porque Graciela me vio, el equipo de rescate pudo encontrar el sitio y salvarme la vida. Sin embargo, además de que con la fricción se me quemaron y despellejaron brazos y piernas, el madrazo final en la cabeza me produjo síntomas de epilepsia que, hasta donde han dicho los médicos, está cabrón que se me quiten.

—¿No? —comentaba el joven Suplice y daba un trago al jerez amontillado que, conociendo su gusto por dicha bebida, le habían servido.

También, Gastón aprovechaba la intimidad que ganaba al llegar temprano para compartir con sus amigos la lectura del libro que él les había regalado: *La montaña mágica,* del escritor Thomas Mann, que sin tener nada que ver con el alpinismo, era uno de los textos más importantes de la literatura alemana debido a las meticulosas descripciones que su autor hacía de los efectos de un clima adverso y el retiro involuntario en la mente y los sentimientos de los humanos, así como de las reflexiones obligadas para entender los conflictos internos ante la inminencia de la muerte.

—Cada vez que releo un párrafo, encuentro aspectos que se me habían pasado inadvertidos— confesaba Graciela para, enseguida, dar un ejemplo.

Moisés y Gastón la escuchaban en silencio y se dejaban impresionar por la capacidad de la mujer para descubrir entre líneas destellos filosóficos que Thomas Mann había insertado con el propósito de transmitirlos a aquellos de sus lectores que, presumía, contaban con una cultura universal.

El tiempo transcurría, en la apreciación de Gastón III, de forma vertiginosa. Los demás compañeros llegaban puntuales y él siempre se quedaba un tanto frustrado porque le parecían cortos los minutos de privacidad en los que tenía la oportunidad de disfrutar a Graciela en forma exclusiva.

—¡Tienes que ir a conocer la «cuna del castellano», Gastón! —apremió

Nelson Oxman una de esas tardes—. ¡No puedes postergar la lectura directa de los testimonios arcaicos de las primeras palabras en español!

Gastón III no supo qué contestarle. No entendía en principio de qué demonios hablaba ese chileno atrabancado. Tuvo que intervenir Graciela para explicarle a qué se refería su amigo.

—¡Ah, Nelson, siempre tan precipitado! —se quejó—. ¿Cómo quieres que te entienda sin darle una explicación previa? —dijo, e hizo una pausa para comer un bocadillo de jamón serrano que Toña Guerrero le ofrecía. —Oxman te sugiere, aunque lo ha hecho con demasiada vehemencia, que visites el monasterio de San Millán de la Cogolla, localizado en la provincia de La Rioja, España, donde se encontraron unos manuscritos en lengua latina que, al margen o interlineadas, presentan unas pequeñas anotaciones en español arcaico y en lengua navarro-aragonesa que han sido considerados como las primeras manifestaciones de nuestra lengua…

Gastón, cosa que hasta entonces era impensable, se mostró sumamente interesado y rompió su contención verbal para soltar: —¿Un códice latino con comentarios al margen en español? —quiso asegurarse.

—¡Así es, en efecto! —volvió a la carga el chileno—. Se les conoce, porque son varios, con el nombre de *Glosas Emilianenses* escritas a finales del siglo xi y las anotaciones se atribuyen a uno de los monjes encargados de resguardar y copiar los folios antiguos conservados en la biblioteca del monasterio… ¡Debo advertirte que las glosas son bien conocidas, han sido estudiadas por muchos eruditos y existe una generosa bibliografía escrita por ensayistas notables! ¡Empero, no estaría por demás que viajaras a España para conocerlas, saborear los mejores vinos del país en La Rioja, y darte un baño de sabiduría en las tinajas de papiro que incluyen los rudimentos de la lengua que te tiene obsesionado!

Una avispa que mantenía un constante barullo en la imaginación de Suplice anidó en su ser para no soltarlo hasta que cumpliera con dichas sugerencias que, desde entonces, hizo suyas como un mandato impostergable.

Dos años tuvieron que transcurrir para que Gastón considerara que ya estaba preparado para realizar el viaje. Durante ese lapso, además de aprobar las materias de los primeros tres años de la carrera e inscribirse en el cuarto periodo, había trabado amistad, dicho esto entre comillas, con un par de estudiantes de la carrera de Arquitectura que conoció en el campus y le convidaron unos toques de mota.

—¡Para que te alivianes, cuate! —le dijo Javier Calleja, quien lo vio acercarse con curiosidad, con las manos en los bolsillos y una cara de desamparo notable—. Pareces perro sin dueño que le rasque los piquetes de las pulgas o le tire un hueso. Ven, acércate y pon tus nalgas en el pasto, aquí junto a nosotros para que nos platiques acerca de las chingaderas que te traen desconsolado y, si se puede, te demos consejo. ¡Ándale, no tengas miedo, que

no mordemos!

—¿Qué, te reprobaron, buey, o te cortó tu novia? —inquirió Matías Naredo, sin permitir que el muchacho reaccionara, mientras acomodaba unos pliegos con trazos al carbón dentro de un cartapacio—. ¡Son los dibujos que tuve que hacer durante *la repentina* de la clase de dibujo constructivo que nos pusieron antier en la noche! —informó sin que nadie le pidiera explicaciones.

Gastón no respondió ni hizo comentario alguno. Se sentó a su vera, colocó las manos sobre sus mejillas y dio un resoplido. Javier, entonces, le pasó el churro y el joven le dio una calada. No tardó en sentirse raro y rebasado por todas aquellas palabras que jamás había permitido que salieran por su boca.

Gastón III abrió candados y se soltó hablando con parrafadas incoherentes acerca de sus carencias psicológicas, de la mala relación que tenía con sus padres, de sus estudios en la Facultad de Filosofía, de las virtudes y defectos de sus maestros y del caudal de conocimientos que había adquirido, mismos que sentía inútiles hasta que pudiese darles una causalidad y encontrar la fórmula pertinente que le posibilitara, en la práctica, hacerlos útiles.

Javier, quien imaginaba en intervalos los espacios que proyectó Le Corbusier para edificar unidades habitacionales a escala humana que fuesen amables y atractivas para sus habitantes, propuesta analizada por su maestro de urbanismo, el arquitecto Salvador Aguirre Cárdenas, en la última clase que había tomado antes de salir al campus, apenas y podía entender el discurso de Gastón e inscribirlo en los parámetros de sus intereses.

—¡Estás mafufo, cuate! —fue el único comentario que se le ocurrió y soltó una carcajada a la que, no podía fallar entre mariguanos, se unieron Matías y el interpelado como si quisieran descoserse.

Así, bajo esos auspicios elementales y primarios que nadie pensaría que pudieran prosperar, se gestaron unos lazos de amistad que iban a comprometerlos por los años venideros. Habían congeniado y su empatía se vería fortalecida con una convivencia intensa en los ámbitos y reuniones a los que asistirían juntos.

Gastón dio por visitarlos en su despacho localizado en la calle de San Francisco, en la colonia Del Valle. Matías contaba con un restirador desvencijado, cuyas patas en forma de tijera estaban unidas y remendadas con alambre delgado, en el que dibujaba los planos de las obras que les habían encargado: pequeñas casas para sus parientes y los amigos de su padre. Asimismo, y desperdigados por dondequiera, tenía un estuche de compases y varias escuadras y reglas T. Matías trabajaba con una seriedad profesional acojonante.

Javier, en cambio, pintaba en las hojas de papel albanene dispuestas sobre un restirador nuevecito, acuarelas de fachadas e interiores, ya fuese con tinta china o con plumones de tonos brillantes, con un preciosismo atractivo y convincente. En su sociedad con Matías desempeñaba el papel de artista y se

conducía con un buen humor jocoso. En el centro del estudio estaba montada una enorme maqueta de un conjunto de edificios que, juraban, edificarían el día menos pensado con la lana de un tío de Calleja, un molinero de trigo que se hizo millonario.

Mientras los arquitectos en ciernes trabajaban a marchas forzadas para cumplir con los plazos prometidos, platicaban sobre cuestiones vinculadas con su carrera, lo que daba oportunidad a Gastón de aprender muchos aspectos de la construcción, los diferentes estilos de los arquitectos más connotados de México y de los países del Primer Mundo que habían destacado por la audacia y la complejidad de sus proyectos. Los nombres de Agustín Hernández, Pedro Ramírez Vázquez, Abraham Zabludovsky, Ricardo Legorreta Vilchis, Luis Barragán y Juan Sordo Madaleno se mezclaban indistintamente con los de Frank Lloyd Wright, Mies van der Rohe, Oscar Niemeyer, Santiago Calatrava, Félix Candela y otros en un caleidoscopio deslumbrante que dejaba a Gastón III apabullado y con la inquietud creciente de saber cada vez más acerca de mansardas, gárgolas, frisos, columnas, capiteles, torres, museos, puentes, auditorios, en fin, de los edificios que por su belleza destacaban en las principales ciudades del orbe.

Los fines de semana acostumbraban hacer recorridos por la Ciudad de México durante los que enseñaban a Gastón a ver, con mayúsculas, los elementos arquitectónicos que más llamaban su atención. Visitaron y analizaron concienzudamente el edificio Basurto en la colonia Hipódromo Condesa; el Colegio Militar, allá por la salida a la carretera de Cuernavaca; el Auditorio Nacional de Paseo de la Reforma; el Museo Nacional de Antropología y el Museo de Arte Rufino Tamayo, ambos dentro del perímetro del Bosque de Chapultepec; el estudio de Agustín Hernández en Bosques de las Lomas; la casa-estudio de Diego Rivera, obra funcionalista de Juan O'Gorman en San Ángel; la Torre Latinoamericana, y cuanta estructura consideraban una aportación y un cambio en el desarrollo del arte de la construcción.

Las neuronas de Gastón III fueron absorbiendo los comentarios de sus amigos y no tardó en desarrollar un sentido estético de gran exigencia que le servía para calificar las obras de arte, entre las que incluía pinturas y esculturas, y plagar su mundo interior con imágenes desorbitadas que, a veces, le provocaban ensoñaciones de las cuales era muy difícil sacarlo para devolverlo a la realidad.

—¡Despierta, cabrón! —le reclamaba Naredo, cuando Gastón se lanzaba a cruzar una avenida sin percatarse de los peligros del tráfico, atraído por las dimensiones de una losa o los salientes de unos ventanales, elucubrando sobre los cálculos matemáticos que se debían haber hecho para sostenerlos y que no se vinieran abajo.

Las matemáticas que había estudiado por la libre en su adolescencia volvieron a cobrar importancia en los silogismos que pergeñaba para

comprender la esencia de las edificaciones, pero también, por esos giros demenciales que daba su mente comenzó a vincularlas con los trazos caligráficos de las letras adoptadas en la estructura del lenguaje. «Detrás de cada letra de cualquier alfabeto debe existir un impulso aritmético», pensaba, y podía quedarse horas enfrascado en la interpretación que debía hacer para comprender cómo funcionaban los nervios que accionaban los dedos para conducirlos a un trazo específico, como podría ser el de las vocales. «¿Por qué las letras *a* o la *b*, o la *g* se plasman así para conformar un signo lingüístico?», se interrogaba y, enseguida, devanaba sus sesos para encontrar una explicación que le fuese aceptable.

Una tarea compleja que estando o no acompañado de los jóvenes arquitectos consumía su atención y lo abstraía del entorno, igual que si hubiese caído en las arenas movedizas de un peligroso pantano.

Calleja y Naredo llegaron a la conclusión de que Gastón III avanzaba riesgosamente por el camino que conducía a la locura. Decidieron salvarlo y, para ello, pensaron que lo más adecuado era llevarlo de viaje para que se distrajese con nuevos estímulos que lo hicieran olvidar esas obsesiones que, no tenían dudas, estaban marcadas por la fatalidad.

—¡Vámonos a Europa, Gastón! —propuso Javier Calleja y el joven Suplice entendió que por fin la vida le tendía el puente que necesitaba para conocer la cuna del idioma en el que se comunicaba.

XII

Viajaron los tres en un avión viejo y destartalado de Air Luxemburgo a la capital del Gran Ducado. Ahí tomaron un tren en el que atravesaron Francia hasta llegar a un punto de la frontera con España en los Pirineos, conocido como Hendaya. Otro ferrocarril, éste recién estrenado, lujoso y con los avances tecnológicos que le permitían correr a grandes velocidades, al que la gente llamaba el Talgo, los condujo a Madrid, donde después de buscar un par de días en una zona céntrica, pero no muy cara, recomendada por unas tías de Calleja, se alojaron en un apartamento en el octavo piso de un edificio en la calle de Doctor Fleming, ubicación que para ellos tendría muchas ventajas.

El distrito de Chamartín al que arribaron abarcaba en su periferia el estadio de futbol Santiago Bernabéu, sede del equipo Real Madrid, campeón perene de los encuentros locales y de las copas que se disputaban en los torneos europeos, cuyos partidos atraían a decenas de miles de fanáticos. Ello daba al entorno el ambiente de una verbena interminable que lo hacía muy alegre y, de entrada, resultaba placentero para los recién llegados, en especial para los jóvenes arquitectos.

Los primeros días, mientras sus amigos salían a incursionar por el centro de Madrid, Gastón III prefería quedarse guardado en el piso. Él se tomaba su tiempo para vencer la timidez e ir descubriendo, paulatinamente y sin prisas, aquellos recorridos en los que pudiese observar, sin ser observado, a las personas que deambulaban por las calles, los cafetines y restaurantes que tenían mesas sobre las banquetas, y algún suceso que lo hiciese contemporizar con las rutinas humanas adecuadas para, desde la perspectiva de sus conflictos individuales, poder adaptarse a los hábitos de una comunidad callejera. Descubrió que la cuadra donde estaba su piso contaba con una frutería, una verdulería y una florería que durante el día llenaban de color y frescura la acera por la que caminaba, pero también que al caer la tarde dichas accesorias desaparecían para dar cabida a otro tipo de comercio. Muchas mujeres hermosas, con aspecto de chicas de calendario y que hablaban en lenguas escandinavas, en especial sueco y noruego, salían a pasear a la calle con la evidente intención de atraer a clientes con los cuales echar un polvo o para encontrarse con los chulos que las explotaban y rendirles cuentas.

Gastón casi todo lo reducía a casilleros linguales: pensaba recurriendo al lenguaje arcaico y ambiguo que había escuchado en los labios de su abuelo que

ahí se practicaba, por las tardes y durante toda la noche, el tráfico de blancas.

—¡Tienes razón, Suplice! —comentó Naredo, después de escuchar sus comentarios al respecto—. ¡Qué bueno que ya te diste cuenta de que esta calle es un escandaloso y magnífico putero, y que las prostitutas que vemos entrar y salir de los edificios son cueros de importación! ¡Deben cobrar un rechingo! ¡Ojalá nos podamos ligar una para meterla en el piso y darle reata entre los tres...! —agregó, llevando su mano a la altura de donde tenía la bragueta.

Otro aspecto que le resultó grato, fue saber que la calle era paralela al Paseo de la Castellana, la arteria más importante de la ciudad, y que estaba a dos cuadras largas de distancia.

—Mira —explicó Calleja—, caminas hacia la derecha y te topas con la Castellana. ¡No hay pierde! Una avenida ancha que tiene camellones sembrados con castaños y plátanos que la sombrean de manera deliciosa. Si giras hacia la izquierda, puedes caminar rumbo a la fuente de Cibeles y más adelante llegar al Museo del Prado, o si lo prefieres torcer a la derecha y meterte a la Gran Vía rumbo a la Puerta de España y entrar derechito en el casco antiguo de la ciudad.

—¿Una caminata de varias horas, Javier?

—¿Y qué querías, güevón? ¿Que venga un carruaje a recoger al señorito Suplice para llevarlo a dar la vuelta?

Gastón lo miró con cierto desconsuelo.

—¡Bueno, cabrón, no seas menso! —se condolió su amigo—. Puedes tomar un camión que recorre la avenida hasta los sitios que mencioné y bajarte donde se te dé la gana. No son caros los transportes. Unas cuantas pesetas o un puñado de perras gordas.

Gastón quedó agradecido y al poco tiempo comenzó a desplazarse por las calles y avenidas de una metrópoli que le pareció preciosa. Sus visitas al Prado se prolongaban muchas horas. Generalmente, recorría algunas salas para seleccionar los cuadros de los pintores que no sólo le gustaban sino le movían las tripas. El periodo negro de Goya, los retratos de los apóstoles del Greco y los minuciosos infiernos y purgatorios del Bosco le permitían dar rienda suelta a su magín saturado de aberraciones. Especulaba, siempre lo hacía, que aquellos artistas tuvieron almas gemelas de la suya. Que así como él se perdía en ensoñaciones constreñidas al lenguaje, ellos padecieron la inclemencia de yugos eslabonados a formas irreales y colores inauditos que surgían de sus mentes y los condenaban a vivir entre fantasmas e íncubos que sabían cómo burlarse de ellos y causarles un dolor capaz de cascar sus huesos.

A veces tiraba hacia la Puerta del Sol y se metía a los senderos del Jardín del Retiro para visitar los palacetes, las fuentes, los pequeños lagos artificiales y charlar con las palomas. Otras, se dirigía al Café de Gijón en el que, acompañado de un café con leche, un cortado doble y un par de ensaimadas o, dependiendo de la hora, pedía un chato de manzanilla y un platillo con tapas y

aceitunas, pasaba las horas a la escucha de lo que decían los intelectuales que ahí se reunían. Le encantaban su dicción y los comentarios que hacían de libros y textos, y tomaba nota de sus títulos para más tarde comprarlos en la librería que le quedara a mano en sus recorridos.

Curiosamente, no le interesaba saber quiénes eran ni cómo se llamaban aquellos hombres doctos y sabios que se enfrascaban en discusiones muchas veces álgidas o se limitaban a escuchar los monólogos interminables de sus compañeros de mesa. A él le atraían sus expresiones verbales, su vocabulario amplio, extenso, que dejaba entrever la forma en que organizaban su mente para que sus ideas discurrieran con claridad y contundencia. Creía que si lograba entender los mecanismos mentales de las personas que consideraba inteligentes, él podría conducir sus neuronas de la manera adecuada para que su mundo interior se estructurara en forma similar y dejar de padecer aquellas afasias, aquellas dislexias y aquel torbellino de imágenes dislocadas que lo hacían desvariar constantemente.

No olvidaba, y lo tenía muy presente, el compromiso que había adquirido para consigo mismo y era el motivo primordial de su viaje: visitar el monasterio de San Millán de la Cogolla. Sin embargo, le daba pena y no se atrevía a involucrar a sus amigos, a los que interesaban otros aspectos de la vida y, en particular y en ese orden, las aventuras sexuales y las visitas a los santuarios de la arquitectura peninsular. Gastón, en realidad, no tenía reparos en intervenir en dichos afanes. Los disfrutaba y gozaba con frescura y desparpajo, pero su conciencia siempre le tiraba de la manga y le recordaba que no estaba ahí para perder su precioso tiempo.

Esperó una oportunidad a fin de comenzar a hilar la hebra. Ésta se dio un miércoles por la noche cuando Javier Calleja le pidió que lo acompañara al Mesón de la Guitarra, allá en el viejo Madrid donde las Cuevas de Luis Candelas se desprenden por una pendiente de la Plaza Mayor y forman un callejón pintoresco que es animado por grupos de aficionados al cante jondo, al baile flamenco, al zapateo y el tronido de las palmas.

—Vamos a reunirnos con un grupete de estudiantes de Arquitectura que conocí mientras practicaban el dibujo de imitación en una sala de Del Prado que tiene cuadros del Renacimiento italiano y de los venecianos Tintoretto y Canaletto —explicó Javier con entusiasmo—. Les encanta juntarse entre semana para irse de juerga a los tugurios donde pueden tocar la guitarra y bailar sevillanas con las mujeres de Andalucía que se presentan en los tablados. Te va a gustar, Suplice; yo sé bien lo que te digo. ¡Es algo diferente que nunca hemos hecho!

La convivencia con los chicos españoles fue brava, mas cordial y divertida. Gastón pescó una gitanilla recién llegada de Granada —«¡Del monte Carmelo», presumió!—, quien además de permitirle arrimar el cuerpo y libertad de tocamientos, se empeñó en enseñarlo a palmear «¡Como *Dio*

manda, chaval!».

Luego él y Javier intentaron bailar, pero tropezaron con quienes ocupaban la pista. No hubo malestar de nadie ni se dieron altercados. —¡No señoritos, que aquí cada quien para su santo y los pisotones, *pue, pue,* que se queden de propina! —dijo con gracia un gañán vestido como campesino que llevaba una boina vasca en la cabeza para darse paquete con las chicas y que no podía ser más simpático.

—¡Soy Manolo, para servir a usted en lo que mande! —se presentó con Javier y agregó—: Albañil de oficio en la ciudad real de Toledo.

El abuso del alcohol —eso pensó Suplice— los hizo de inmediato confidentes. Javier lo interrogó sobre los artilugios que empleaban los alarifes para hacer las cimentaciones de las casas que construían, el uso de la plomada para levantar los muros y otras prácticas que le interesaban. Manolo no sólo se explayó en sus comentarios y explicaciones, sino que, animado por el vino tinto que bebía a raudales, terminó por invitar al «arquitecto Calleja» a que lo visitara en su casa de Toledo y le ofreció darle trabajo en la cuadrilla de albañiles que dirigía. Javier, igual o más borracho que su interlocutor, aceptó el reto y prometió acudir la siguiente semana.

—¡Tienes que acompañarme, Gastón! —dijo cuando al día siguiente recordó algunos pormenores de la parranda y no le quedaba claro a lo que se había comprometido con el tal Manolo.

Suplice estuvo de acuerdo, aunque le advirtió que andaba corto de lana porque la mesada que le enviaba Gastón júnior por mediación de Emma Wiechers le llegaría hasta fin de mes.

—¡No importa! —replicó su amigo—. Yo tampoco tengo muchas pesetas, pues le presté dinero a Matías para su viaje por La Coruña. Pero, si mal no recuerdo, Manolo me ofreció trabajo y algo ganaré para cubrir nuestros gastos.

No les fue fácil encontrar la vivienda de Manolo entre los laberintos morunos de la ciudad de Toledo. Creyeron que estaba en una calle colindante con el Alcázar, pero alguien les informó que la dirección que buscaban estaba del lado opuesto. Cruzaron por la plaza de armas y, a un costado del monasterio de San Juan de los Reyes, encontraron por fin el callejón del Hórreo y el número que Calleja llevaba en la memoria. La vivienda de Manolo estaba justo detrás de donde se erigía un granero de madera sostenido en el aire por pilares, el hórreo que daba nombre al callejón de marras.

La cara de sorpresa del albañil toledano en el momento en que abrió la puerta y se enfrentó a quienes lo saludaron con efusión por su nombre, indicó a Javier y Gastón que el hombre no se acordaba de nada. Que los vapores del vino habían diluido los jirones de aquella noche, si es que en algún momento fue consciente de la amistad, «fraternal y amorosa», que había establecido con el mexicano.

—¡Vamos! —dijo, y se quedó con la bemba abierta.

—¡Soy Javier, Manolo! ¿Qué, ya no te acuerdas? —sondeó Calleja—. ¡Nos conocimos en el Mesón de la Guitarra y platicamos buen rato!

—¿Yo? —respingó el palurdo.

—¡Tú merengues! Hasta me dijiste que éramos hermanos y que yo podía venir a tu casa y quedarme a vivir un tiempo en ella. ¿A poco ya no recuerdas? ¡Y me ofreciste que podía trabajar en tu cuadrilla de alarifes!

Manolo no respondió. Su mente estaba en blanco. Se rascó el cuero cabelludo con sus dedos toscos. Lo habían pillado, pero era notorio que tenía su orgullo y estaba dispuesto a honrar las promesas, bueno no todas, que había hecho en un momento de euforia.

Los invitó a pasar a una sala minúscula y ordenó a su mujer, que atisbaba con curiosidad desde un claro que comunicaba con la cocina, que pusiera dos platos más en la mesa, pues estaban a punto de sentarse a comer y tenían invitados.

Compartieron un caldo con alubias, chorizo, guisantes y menudencias de tocino, manjar que a pesar de que se le parecía no tenía la consistencia de una fabada en regla, y unas sardinas en aceite de oliva con un sabor delicioso. Durante la comida apenas hablaron. Gastón se sumió en su régimen monosilábico y Manolo con un discurso parco, elemental y primario, confesó que se había excedido en su oferta.

—La verdad es que aquí, pue ya lo podéis ver con vuestros ojos, no tenemos lugar para daros albergue. Es un espacio muy pequeño…

—¿Y el trabajo? —insistió Calleja.

—Uf, pue lo veo difícil. ¡Anda escaso, arquitecto! Apenas unos albañales, unos muritos y contrafuertes pa que no se venga abajo la casa de mi cuñado. ¿Verdá, mujer? ¡Pue, na de na!

Ya de vuelta en la calle y con la sensación de haber sido timados o, como dijo Javier encolerizado: «¡Esto me pasa por pedote y pendejo!», rebuscaron en sus bolsillos e hicieron cuentas.

—Tenemos cuarenta y cinco pesetas —informó Gastón III—. Nos alcanza para dos bocadillos de jamón y queso, dos cafés con leche y una garrafa de vino casero que, no será muy bueno, tampoco esperes un Castillo del Duero, Javier, pero es suficiente para que nos pongamos alegres.

—¿Y dónde vamos a dormir?

—¡Donde caiga, arquitecto! ¡Qué tal que el comendador franquista que gobierna en esta plaza nos invita a pernoctar en su palacio y nos permite darle batería a sus hijas! ¡Qué tal, buey! —dijo, burlón, y se retiró unos pasos porque Javier se había puesto de color morado y eso presagiaba violencia.

Durmieron sobre la mesa de billar en la que, para su buena fortuna, habían ganado dos partidas de *pool* y otras más de carambola. Despertaron con hambre, mas se la aguantaron. Una taza de chocolate y dos churros pinchurrientos. «¿Y ahora qué hacemos?»

—¡Tengo una sorpresa! —anunció Suplice—. Pero antes, y en virtud de que estamos cerca, ¿por qué no visitamos el monasterio de San Juan de los Reyes que, hasta donde sé, es una chulada?

—¡Me encanta la idea! —reviró Javier complacido.

El monasterio, construido por los Reyes Católicos Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón, después de la caída del califato de Granada, último bastión de los moros en la península Ibérica, en 1492, era y es un joyero maravilloso que los dejó alelados. Mientras Gastón se regodeaba con las inscripciones en latín y en castellano grabadas con letras de oro en los frontispicios, muros y columnas, y cavilaba un buen rato en la divisa del escudo real de los dos monarcas: «Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando», y elucubraba acerca de su significado; Javier se entretenía recorriendo la nave principal y las capillas adosadas para gozar del estilo gótico isabelino, respecto del cual nunca había tenido la oportunidad de conocer una muestra. —¡Magnífico! ¡Asombroso! —exclamaba extasiado entre suspiros que denotaban una admiración mayúscula por las filigranas en mármol, por los tableros y retablos, los cuadros, lienzos y vitrales, todavía pequeños, que lo adornaban.

Salieron de ahí alucinados, lo que facilitó a Gastón conducir a su amigo hasta una de las murallas levantadas frente al curso del río Tajo y, mientras bebían a pico de la garrafa de tinto, proponerle que lo acompañara a descender a un torreón, cercano al puente de San Martín, donde suponía se hallaban las termas en las que acostumbraba bañarse completamente desnuda la Cava Florinda, a fin de imitarla al tiempo que le relataba su leyenda.

A pesar de que el vino hacía sus efectos, bajaron deprisa a la ribera del río donde estaba el torreón mencionado por Suplice.

—Ahora vamos a desnudarnos y a bañarnos en las aguas de este río —ordenó Gastón ya fuera de sus cabales.

Javier, aunque lo calificó de lunático, no quiso contrariarlo y le siguió la corriente. Cuando al fin ambos quedaron encuerados, Gastón III comenzó a declamar los versos del *Romance del rey Rodrigo* y a relatar a Javier la historia truculenta de la pérdida de España. Calleja quedó así enterado de que la Cava Florinda, joven de extraordinaria belleza, acostumbraba bañarse ahí en las termas todos los días. Siendo, como lo era, hija predilecta del conde don Julián nadie en su sano juicio se hubiera atrevido a mirarla o a irrumpir en su espacio sagrado. Nadie a menos que fuese el rey Rodrigo, quien se había enamorado de Florinda y deseaba poseerla a riesgo de lo que fuera. No sólo la espió, Javier, sino sin poder contener su lascivia la atropelló y violó delante de sus damas de compañía. La Cava quedó devastada, acotó Gastón al tiempo que se salpicaba con el agua pútrida y mugrosa que corría en el Tajo y bailaba contoneándose con ademanes equívocos que a Javier, aunque estaba beodo, no le gustaron nadita.

Calleja se sentó encima de una roca para ver desde lejos los desfiguros de su compañero y poner distancia. «No vaya a ser que además de loco se haya vuelto marica», pensó, y se negó a escuchar los chillidos de Gastón, quien continuaba con su interminable relato, hasta rematar con aquello de que «Además de haber perdido su reino, Rodrigo fue condenado por los dioses a que, por los siglos de los siglos, una serpiente devore a mordiscos su verga».

—¿Qué te parece? ¡Está cabrona la leyenda! ¿O no?

Calleja no tuvo tiempo para contestarle. Sin que lo advirtieran, dos guardias civiles se habían escurrido hasta donde Gastón hacía sus visajes. Los apañaron con gritos y una violencia desmedida. —¡Par de maricones! —los acusó el de mayor rango—. ¿Cómo se atreven a mostrar sus vergüenzas a cielo abierto y en un lugar público? ¿Qué no saben que allá arriba por la vereda caminan las niñas del barrio que se dirigen a clases?

Muchos *qués* tuvieron que escuchar mientras semivestidos los conducían a la comisaria y, acusados de faltas a la moral, conducta indecente, atentados contra la Santísima Iglesia Católica, Apostólica y Romana y sus sagrados representantes en la ciudad de Toledo, ungidos por Dios Padre Todopoderoso, los encerraban en una crujía condenados a reclusión hasta que se les bajara la ebriedad, y «¡Después ya veremos, sudacas de mierda!».

Durmieron en La Majona, nombre que recibía esa sección de la cárcel, bien y con suficientes cobijas. Un sueño reparador que, por la mañana, fue gratificado con caldo de gallina y unas tostadas de pata. Los dejaron libres con una amonestación y una reprimenda en la que no estaba exento el deseo de que «Ojalá, Dios lo quiera, sus despropósitos hayan sido provocados por el consumo de alcohol y no porque sean mariquetas».

La libraron de churro. Retornaron a Madrid haciendo *auto-stop*, en una camioneta Toyota cargada hasta el tope con verduras y legumbres, cuyo chofer, mudo y poco comunicativo, olía a excremento de vaca.

Una semana convivieron en silencio, sin dirigirse la palabra. Javier estaba enfadado al extremo. No le habían gustado los disparates de su amigo y menos que lo hubiese involucrado en una situación en la que se había puesto en duda su virilidad y su hombría.

—¡Yo creo que debemos separarnos, Gastón! —expresó irritado—. Yo hasta aquí llego contigo. ¡Estás muy chalado, cabrón, y el día menos pensado se te puede ocurrir una barbaridad que nos lleve, a Matías y a mí, entre las patas!

Gastón III lo escuchó sin mover un músculo de su cara. No supo, porque no pudo, expresarse. Sentía la boca llena de mastique y una confusión tan grande que no era capaz de comprender lo que le había sucedido. Su mente giraba en un carrusel y no tenía la fuerza para desprenderse de su plataforma y poner los pies en el suelo.

Hizo su equipaje y sin despedirse se dirigió hacia la estación de Atocha

donde podría tomar un tren que, era lo que pensaba en esos momentos, lo llevara a un destino imprevisto.

Los instintos anidados en su inteligencia emocional, de la cual no conocía su existencia porque por entonces —salvo los psiquiatras y psicólogos— nadie hablaba de ella, lo ayudaron a llegar a puerto. Al refugio intelectual por el que había venido apostando desde hacía muchos años.

Logroño, la ciudad capital de la provincia autónoma de La Rioja, tenía el ambiente de una romería en el momento en que Gastón III se apeó del vagón de ferrocarril. Cientos, por no decir miles, de peregrinos que hacían el Camino de Santiago y se dirigían al norte atravesaban calles y plazas. Los puentes de Piedra y de Hierro tendidos sobre la corriente del río Ebro que rodea a la ciudad, eran cruzados por familias enteras, desde los abuelos a los nietos, cubiertos con la veneración y las enseñas de los ropajes apropiados para presentarse en Santiago de Compostela, en la Galicia del fin del mundo, y rendir pleitesía a Santi Yago Apóstol, patrono de España y, junto con san Pelayo, capitán general de las huestes celestiales que habían logrado expulsar a los moros.

Movido por la inercia de la multitud andariega, Suplice tiró, era lo recomendable, hacia el casco viejo de la ciudad donde encontró en la calle de Ruavieja un hostal, contiguo a la hermosa iglesia románica de San Bartolomé, en el que se hospedó unos días.

El Hostal de la Papilla, aunque modesto y discreto, tenía el encanto de estar localizado en un promontorio desde el cual se ofrecía una vista panorámica de las cúpulas de varias iglesias y la cinta verde-gris del Ebro antes de que su cauce hiciese un quiebre y corriera tierra abajo para bañar los viñedos que daban riqueza y fama a una de las regiones vitivinícolas más ilustres del mundo.

Gastón se sintió a gusto en su habitación, alegre y bien dispuesta, de la que colgaba un balcón en el que podría meditar, serenar su espíritu y halagarse con la vista. La ruptura con Javier, lo quisiera o no, le había dejado un malestar profundo. Su conducta, errática a todas luces, sobre todo después de recapacitar acerca de lo que había hecho en Toledo, era un indicio muy claro de que no andaba bien de la cabeza y que su patología, a pesar de que por momentos le daba tregua, avanzaba y esgrimía la amenaza de sepultarlo en la noche de la demencia incurable.

Decidió hacer un esfuerzo. Colgó en el armario las sombras que lo acompañaban desde hacía un buen rato, se armó de valor y salió a callejonear por el barrio aledaño, en cuyos templos, pensó, podría encontrar algunas respuestas para paliar la ansiedad y la angustia que llevaba enquistadas en medio del tórax.

La concatedral de Santa María de la Redonda, espléndida muestra de los resquicios añejos del arte románico que habían dado paso a la majestuosidad del gótico, lo atrajo con las archivoltas de su frontispicio labradas en roca en

forma ojival y constituidas por las esculturas en alto relieve de apóstoles y santos difíciles de identificar, mas de una presencia impactante. Quiso, fue su primer impulso, compartir la experiencia estética con Javier y, de hecho, volteó con la intención de hacerle algún comentario, pero tuvo que contentarse con hablar al vacío. La tristeza extendió sus garras ponzoñosas y él se vio obligado a moverse para que no lo alcanzaran.

Entró a la catedral y caminó por la nave central, bajo las bóvedas de cañón, hasta que en una capilla semicircular adosada al ábside encontró la pintura al óleo de una Dolorosa y se hincó en un reclinatorio para contemplarla.

Gastón III, al igual que su padre y su madre, no tenía inclinaciones religiosas. Él, como Carlos Marx —pues con sus teorías había sido educado—, era materialista y pensaba que *la religión era el opio de los pueblos* y no estaba acostumbrado ni dispuesto a hacer concesiones al respecto. Sin embargo, reconocía en el arte sacro valores incuestionables y daba a los recintos religiosos el mérito de ser los preservadores de tesoros artísticos imprescindibles. Por ello no se sentía a disgusto con el cuadro de la Dolorosa ni le resultaba extraño que pudiesen dialogar mediante el uso de *las trampas de la fe* que otorgaban a la madona la capacidad de comunicarse con ese devoto diletante que se le había acercado.

Gastón habló largo de sus inquietudes lingüísticas y la Dolorosa le confirmó que iba por el buen camino y lo conminó a que no retrasara su visita al monasterio donde se habían gestado las primicias de la lengua española. Le ratificó, era lo que él quería y todo el diálogo emanaba de su actitud volitiva, que debía acercarse a la zona de Navarra para, desde ahí, desplazarse a *la cuna del castellano*.

Una mano poderosa lo obligó a salir de la catedral de la Redonda con un andar mesurado. No quería llamar la atención ni que los visitantes advirtieran el aura que rodeaba su cabeza. Estaba viviendo, era su convicción más fuerte en ese momento, un milagro que lo despojaba de la venda de la enajenación y lo autorizaba a mirar las cosas, por muy aberrantes que fueran, de frente y con una determinación combativa.

Así, con esa disposición de ánimo, se mezcló con la gente que acudía todas las noches a divertirse y cenar en las tascas y comederos instalados en la llamada Senda de los Elefantes, donde comió pinchos, tapas, piquillos del patrón, huevos rotos y otras delicias acompañadas de generosos tragos de los caldos cuyos maridajes eran recomendados por los chefs y sommeliers de bodegas que, como las de la familia Vivanco, contaban con todas las estrellas y premios otorgados por quienes administraban la descendencia de Baco.

Llegó después de mucho batallar, de perderse entre los pueblos enclavados como nidos de golondrina en las rocas de la cordillera navarra, a San Millán de la Cogolla. Pidió permiso y se lo dieron, gracias a las credenciales de estudiante de Filosofía y Letras que le habían facilitado en la UNAM, de hospedarse en el

monasterio de San Millán de Yuso.

Al día siguiente, después de atravesar el claustro y penetrar bajo el dintel sobre cuya baca colgaba un enorme cuadro del cardenal don Joseph de Aguirre, fue conducido a la biblioteca del acervo reservado de los libros y documentos más valiosos del monasterio de la Cogolla.

No podía creerlo, pero satisfechos algunos trámites, tuvo en sus manos una copia perfectamente reproducida de las *Glosas Emilianenses* para que pudiera estudiarlas sin prisa de ninguna especie y en un entorno que le recordó algunos pasajes del libro *El nombre de la rosa*, del escritor italiano Umberto Eco, ideal para sus propósitos.

Cómo le temblaron la manos al acariciar las fojas donde el monje anónimo había hechos sus anotaciones. El descubrir que la *f* había sido el antecedente de la hache muda, los apócopes empleados para constreñir vocablos, los giros arcaicos para denotar un verbo, las minucias usadas para adjetivar un sustantivo que asomaba el pico entre los latinajos de las columnas centrales. Gastón III asumió que estaba frente a un portento que le tomaría mucho tiempo poder asimilarlo.

Vivió varias semanas en la celda monacal que le habían asignado en Yuso en un remanso de paz. Los monjes lo trataban con el distanciamiento a que los obligaban sus votos. No lo ignoraban o lo hacían sentirse menos. Era el trato que acostumbraban con todos sus visitantes. Cordial y al mismo tiempo severo. Gastón tomó nota, y ello le dio gusto, de que no era el único ser que se comunicaba con monosílabos. Muchos de los monjes, de los que no sabía si eran cartujos o de alguna orden mendicante, apenas y movían los labios para dar respuesta a sus requerimientos. «Son como yo —pensaba— y no creo que estén locos. Sí, debo aceptarlo, son *raritos*, como decía mamá Emma de mí cuando era pequeño. Mas no creo que merezcan ser confinados a la Casa de la Risa por sus extravagancias.»

Su vocación por el conocimiento de las letras del alfabeto castellano y el amor desmedido que les profesaba, llamó la atención del bibliotecario que le prestaba los folios. Éste, violentando sus normas, tuvo el atrevimiento de hablar con él y sugerirle que, una vez satisfecha su indagación en las *Glosas* y en el estudio de las obras de Gonzalo de Berceo, se diera una vuelta por Maguncia para que conociese la primera imprenta y cómo Johannes Gutenberg había impreso la famosa *Biblia de 42 líneas*.

—¿Maguncia? ¿Eso está en Alemania? —inquirió.

—¡Sí, así es! Está localizada en el suroeste del país. Ahora se le conoce con el nombre germánico de Mainz debido a la desembocadura del río Meno, o Main, en el Rin, a la altura de la ciudad de Fráncfort, que hizo de la ciudad un puerto pluvial importante y con el tiempo la convirtió en la capital de la región renana. ¡Un lugar bellísimo que conserva muchas tradiciones milenarias!

Gastón III no lo pensó dos veces. La investigación que venía realizando en

los monasterios riojanos estaba a punto de agotarse y, aunque no lo admitiría en voz alta, tenía ganas de cambiar de aires. Sin embargo, un viaje de tal naturaleza era costoso y él dependía de la generosidad de sus padres. Escribió a Gastón júnior una misiva en la que solicitaba ayuda en el tono vehemente de una petición desesperada; una voz de auxilio nada mesurada incapaz de ocultar sus trastornos.

Su padre la leyó con el ceño fruncido. Aunque en cierta forma había conseguido bloquear su existencia para evadir la responsabilidad de los desplantes anormales que manifestaba su hijo, no podía desentenderse del todo. Consultó con Emma y ésta, con un sentimiento de culpa arraigado en lo más profundo de su alma, se soltó llorando y no pudo callar sus reproches.

—¡Es nuestro hijo, Gastón! ¡Nos guste o no, nosotros lo engendramos y somos responsables de su estado de salud! ¡Sí, ya sé que tú estás muy ocupado con los encargos que te hace el presidente Echeverría, con las obras que te asigna Moya Palencia, con las exigencias que te impone tu padre…! ¡Ese viejo cabrón que jamás pregunta por su nieto, ni le interesa si está vivo o muerto! ¡Pero nosotros, Gastón, hemos decidido alejarlo, marginarlo de nuestras vidas…! ¡Muy conveniente, eso sí, que viaje por el mundo y se pierda en la distancia! ¡Bien cómodo no enterarnos de lo que hace o de lo que le intranquiliza mientras esté aparentemente ocupado, lejos de nuestras esferas de intereses! ¡A cambio de unas monedas nos lo hemos quitado de encima! Y ahora que por primera vez, ¡escúchalo bien!, pide un poco más, a ti no sólo te parece exorbitado sino que dudas si debemos ayudarlo.

La respuesta emocional de su madre dio resultados. Gastón júnior envió un giro con más de tres ceros, una buena dotación de cheques de viajero y, como siempre hacía, se lavó las manos. Emma quiso demostrar a su hijo interés y cariño. Comenzó a escribirle una carta, pero a la segunda página se quedó sin aliento y la dejó pendiente… Ojos vacíos que no podían encontrar la forma para vincularse con el horizonte erosionado de su único hijo y provocarle una reacción con la que éste pudiese demostrar amor, más allá de aquellos estertores expresados con monosílabos, pintados en una partitura muda, carente de sonidos.

Gastón III recibió los recursos que necesitaba y se dio por satisfecho. No se le ocurrió agradecer o enviar una muestra de afecto. Sus padres eran figuras evanescentes trasvasadas en un manto de niebla que, la verdad sea dicha, no le interesaban…

Viajó a Fráncfort a bordo de un avión de Lufthansa en un lujoso asiento de primera clase. Con una mochila colgada de su espalda, abandonó el aeropuerto. Buscó las entradas del tren subterráneo, compró un boleto para viajes múltiples y, una vez que detectó cómo estaba señalizada la estación del centro, lo abordó para trasladarse a la plaza donde, presumió, deberían encontrarse el Rathaus o palacio de gobierno y otros edificios de estilo

neoclásico y barroco que albergaban oficinas y en cuyas fachadas esperaba encontrar la majestuosidad de la reconstrucción que se les había hecho después de terminada la guerra.

La plaza, en efecto, era bella y atractiva. Semejaba la piel cicatrizada y sujeta a una cirugía plástica que había cuidado con esmero su estética original de un gigante abatido y agónico bajo los impactos de las bombas incendiarias que durante semanas cayeran del cielo para sepultarlo entre escombros y la carne y huesos triturados de sus habitantes. La reconstrucción que había exigido la entrega y el trabajo de varias generaciones de supervivientes manifestaba los atributos del carácter germánico y daba cara al mundo con una fortaleza incuestionable. Gastón III se sintió conmovido cuando, entre los edificios modernos, encontró una librería de viejo que exhibía en sus vitrinas las obras de Thomas Mann, Stefan Zweig, Bertolt Brecht y otros muchos escritores que fueron perseguidos debido al terror impuesto por los nazis y sus libros quemados en las piras de la sinrazón y el odio. No cabía duda, los tiempos habían cambiado.

Compró la novela corta de Mann, *Muerte en Venecia*, y con ella bajo el brazo se dispuso a cruzar la plaza para buscar en una calle convergente la pensión que le había recomendado el librero. En el camino no pudo resistir la tentación de meterse a un pequeño restaurante que adornaba sus mesas con manteles a cuadros rojos y blancos, y al amparo de una sombrilla comer un par de salchichas de la localidad, mismas que acompañó con un tarro de cerveza rubia.

Había llegado a la tierra de los mejores embutidos del continente europeo, de las papas cocinadas en una variedad inconcebible, de la col agria y los filetes de arenque marinados con mostaza, pimienta gorda y crema fermentada, del pan que ostentaba en su corteza y migajón los granos de los cereales con los que se había amasado antes de meterlo al horno. Al lugar donde su paladar se vería gratificado con muchos sabores que recordaba de su niñez, de la época cuando su madre lo llevaba a casa de sus abuelos Wiechers y era agasajado con dichos manjares o, en su defecto, llevado al *Oktoberfest* que se celebraba en los patios del Colegio Alemán Alexander von Humboldt de la Ciudad de México, donde se servían aquellos platillos que arraigaban a los alemanes con culturas vernáculas de diversas regiones. Sintió nostalgia y un apetito voraz que satisfizo una vez que estuvo hospedado.

La mañana, cosa extraña en el país de la lluvia perenne, amaneció radiante. Gastón inició la jornada con una caminata que debería llevarlo hasta la ribera del Rin. Evitó en lo posible, a pesar de que la ruta marcada en el mapa de bolsillo que le habían obsequiado en la pensión indicaba una ruta precisa, los suburbios infestados de fábricas en las que el humo de sus chimeneas ensuciaba

el cielo con nubes de hollín y grumos de escoria. Buscó las calles y avenidas arboladas en las que se levantaban edificios modernos, con diseños y estructuras de vanguardia y fachadas de acero con grandes ventanales, que corrían paralelas a las señaladas en el plano y avanzó por ellas hasta que el reflejo de las aguas del río Meno, que ahí confluían, le sirvió de brújula.

Un paquebote destinado al servicio turístico lo trasladó al otro lado del Rin y sus piernas inquietas, anhelantes, lo condujeron por las callejuelas de la pequeña ciudad de Mainz hasta el Museo Gutenberg, frente al que se detuvo.

El museo, de fachada barroca, estaba flanqueado por viejas casonas construidas en el estilo *hallenhaus*, en las que se habían utilizado gruesas cerchas de madera y vigas largas para sostener sus estructuras. A dichas vigas, los constructores añadían otras transversales de menor tamaño para formar cuadros y triángulos que daban cuerpo a los tableros. Los intersticios eran, a su vez, rellenados con argamasa y estuco aplanado y pintado de blanco, de suerte que las vigas tuviesen vista al exterior, lo que daba a esas casas, y a otras del mismo estilo que abundaban en la población, un toque del cuento *Hänsel y Gretel* —de casitas hechas con galletas— y un aspecto peculiar inconfundible.

Además, Gastón observó que enfrente del museo había una hilera de árboles frutales en flor que pedían ser contemplados, y que a su sombra estaban colocadas mesas y sillas donde los visitantes, antes de ingresar o una vez terminado su recorrido, podían beber café y comer —lo supo hasta que los probó— unos pastelillos exquisitos de chocolate y masa almendrada de mazapán recién llegados de Lübeck.

Gastón III esperó sentado el tiempo necesario para que su espíritu pudiese despojarse de las telarañas que lo envolvían y atormentaban. Desde que despertara y abriera los ojos se había sentido invadido por una tristeza profunda que no podía explicarse. El hecho de viajar solo y no tener con quién compartir los estímulos vitales, calaba en su ánimo y le provocaba un desconcierto pelado. Sin embargo, sabía que si quería mantener cierta cordura debía sobreponerse y al mal tiempo poner buena cara.

Sonrió con la intención de animarse y, por fin, se aventuró en el interior del museo. Atravesó varios salones en cuyos muros estaban adosados los estantes de madera, provistos con cristales esmerilados, que resguardaban decenas de libros impresos durante la segunda mitad del siglo xv, mismos que estaban encuadernados con papel papiro, piel de bovino y engarces metálicos. Una colección rica y hermosa de la reproducción de los textos más importantes de su época, escritos por los autores más ilustres en las disciplinas que abordaban, que sólo pudo comparar, porque era la única referencia que tenía, aunque ésta en pequeña escala y con un acervo desordenado, con la de la Biblioteca Palafoxiana ubicada en la Catedral de la ciudad de Puebla.

Ahí se entretuvo un buen rato para después recorrer la exposición temporal que, con el título *El libro como objeto de arte*, se había expuesto en la ciudad

de Leipzig, contigua a Dresde, capital del estado prusiano comprendido dentro de los territorios ocupados por los soviéticos después de la derrota infligida por los aliados, y que pertenecía a la Alemania del Este. La muestra había sido enviada en calidad de préstamo al Museo Gutenberg con el objeto de que sus visitantes pudiesen conocer el trabajo de los encuadernadores más famosos del planeta, a los que se habían encomendado las cubiertas del libro *El capital,* de Carlos Marx, obra medular para la ideología comunista.

La satisfacción que Gastón sentía al tener acceso a los bellísimos ejemplares enviados desde los rincones más remotos de la Tierra, entre los que creyó ver, mezclados con los de los ilustradores finlandeses, dos volúmenes encuadernados en tapa dura y con diseños atractivos en varias tintas, con las firmas de los artistas mexicanos Vicente Rojo y su discípulo Luis Almeida, fue en aumento y lo preparó, en alguna forma, para contemplar la gema de la corona.

El salón que contenía la prensa de la primera imprenta creada por el hombre estaba iluminado, en esos momentos, por los rayos del sol que entraban a través de unos inmensos ventanales con cristales emplomados. Gastón se detuvo para admirar la estructura rudimentaria a la que Gutenberg, a partir de una prensa de uvas para obtener el jugo que se convertiría en vino, había añadido una especie de fuelle, piezas de madera y barras de metal que le facilitaron presionar las planchas donde estaban colocados los tipos, todavía de madera, sobre las hojas de papel en las que las letras quedarían impresas.

Junto a aquel artefacto ya consagrado en los anales de la historia, Gastón III tuvo a la vista varias láminas de madera en las que estaban grabados los caracteres que se imprimirían. «El proceso técnico llamado xilografía», leyó el joven en una ficha, «había sido inventado por los chinos desde el siglo vi y ya era conocido en Europa en el siglo xii, pero el descubrimiento de la imprenta propiamente dicha no se dio hasta que Gutenberg inventó, hacia 1436, los caracteres móviles de metal», una muestra de los cuales estaba colocada y formada en el interior de unas cajas abiertas, llamadas galeras, a las que se ataban por medio de unas pequeñas pinzas o clichés.

Gastón, no era para menos, comenzó a hacerse muchas preguntas que al entremezclarse lo confundieron y le provocaron ciertos espasmos que bien podían adjudicarse a un ataque de epilepsia. Jadeante, babeó la pechera de su camisa con la espuma que brotaba de su boca, se tambaleó peligrosamente frente a las vitrinas y hubiese caído si no es por la oportuna intervención de una joven que lo sostuvo de un brazo y lo obligó a sentarse.

—¡Necesito ver los tipos móviles de plomo! —dijo a la mujer tan pronto como cedió el ataque—. ¡Estoy aquí para saber cómo están hechas las letras y tocarlas con mis manos!

Ésta no supo qué contestarle. Al igual que él era la primera vez que veía una imprenta y trataba de entender el procedimiento. Sin embargo, creyó adivinar

lo que el muchacho quería y le señaló un cajón de madera dividido en compartimentos donde estaban acumulados los diferentes monotipos que habían sido utilizados por Gutenberg.

Gastón emitió un gruñido de felicidad y se lanzó a la vitrina con la intención de tomarlos. Se dio un golpetazo contra el cristal protector y tuvo que recular con un chichón en la frente. Un guardia vino en su auxilio. Le ofreció un vasito de papel encerado con agua y esperó a que se calmara para darle una explicación que lo sacara de las marañas que traía en la cabeza con tantos nombres relacionados con la impresión de libros.

El guardia, un tipo sereno y conocedor del recinto que resguardaba, le explicó las diferencias entre la monotipia y la linotipia, le mostró la máquina y las matrices para fundir los caracteres en líneas o barras completas, así como otras herramientas que intervenían en los distintos pasos del proceso de impresión. Gastón atendía exultante e intentaba grabar en su memoria los vocablos empleados por el guardia. Sin embargo, llegó un momento en que se sintió exhausto y pidió al guardia una tregua.

—Gutenberg se vio en la necesidad de hacer muchas pruebas antes de concluir con su invento, señor —explicó el ujier mientras Gastón se esforzaba por recobrar la mesura para no caer en otro ataque de nervios. —Primero se asoció con Johann Fust y luego con Albrecht Pfister. Después Fust se unió a Peter Schöffer, y juntos hicieron las aportaciones para que entre todos pudieran terminar la impresión de las biblias. El ejemplar de la *Biblia de 42 líneas* que aún conservamos está ahí en esa gran vitrina colocada en el siguiente salón. ¿Desea verla?

Un resorte no hubiese brincado más rápido. Gastón III se abalanzó de inmediato. Quiso ponerse de rodillas para venerarla, pero el guardia no lo dejó. Más de media hora estuvo mirándola; leyendo las líneas, ponderando las letras capitulares pintadas con primor al inicio de cada capítulo. Hizo cuentas mentales y enseguida, auxiliado por los dedos, pudo concluir que el alfabeto latino contaba con veintisiete letras. «¡Veintisiete!», exclamó, y el guardia se temió que tuviera otro ataque.

Más tarde, ya cuando estaban a punto de cerrar el museo, su cicerone lo llevó a un espacio más pequeño donde le mostró los libros impresos por el médico y tipógrafo italiano Panfilo Castaldi y otros que respondían a la firma del italiano Aldus y del holandés Lorenzo de Coster, impresor de Harlem, en los Países Bajos. Un tesoro de papel de mayor trascendencia e importancia que todas las joyas reunidas en las cámaras dedicadas a preservar el acopio real en la Torre de Londres.

Gastón III se despidió del lugar con la misma resistencia que oponen las ostras bivalvas adheridas a las rocas. El guardia tuvo que desprenderlo literalmente del suelo y empujarlo hacia la salida. El joven comenzó a sollozar y, para consolarlo, el custodio se vio en la necesidad de ofrecerle que al día

siguiente lo llevaría a la sala donde se daba instrucción a los niños a fin de que pudiese jugar con los tipos móviles y formar palabras en las galeras dispuestas para tal efecto.

Dos días completos, sin permitirse un descanso o retirarse para probar los alimentos que se servían en la cafetería del museo, invirtió Gastón en el conocimiento visual, táctil y hasta olfativo de los diversos tipos, ya fuese que las letras estuvieran hechas con madera, recortadas en trozos de linóleo o fundidas en plomo. Tomaba las eles, las emes, las doble u, o cualesquiera de los otros caracteres en su presentación mayúscula o minúscula, los llevaba a su boca y los paladeaba como si fuesen caramelos o chocolates. Luego los frotaba con los dedos hasta que estuviesen secos y, una vez que quedaba satisfecho, los iba acomodando dentro de las cuñas o huecos de la galera hasta formar nombres propios, oraciones cortas e infinidad de bobadas que lo hacían reír, golpearse con los puños el pecho y lanzar exclamaciones que aterrorizaban a los niños.

Las madres de los pequeños y los tutores que vigilaban el buen comportamiento en la sala no tardaron en protestar y en llamarle la atención. Gastón, entonces, llevaba uno de sus dedos a los labios para denotar que prometía guardar silencio y no hacer aspavientos. Sin embargo, sus buenos propósitos sólo duraban un rato. Bastaba con que encontrara letras moldeadas en una fuente distinta de aquella con la que estuviera jugando, que podía ser *Arial*, *Courier*, *Palmer*, *Century gothic* u otra, o descubriera por azar que el alfabeto castellano tenía veintiocho letras, una más que el latino, para que perdiera los estribos y, con el tipo en la mano, iniciase un baile convulsivo que lo llevaba a tropezar con las mesas y caer al suelo en medio de espumarajos y carcajadas que paralizaban a los pequeños y los hacían orinarse en los chones.

Las autoridades del museo se vieron obligadas a reaccionar y poner un alto al *loquito de las letras*, como ya lo distinguían al segundo día de su comparecencia. Llamaron al hospital psiquiátrico de la localidad y unos paramédicos, entrenados para lidiar con casos de locura extrema en la clínica austriaca Sigmund Freud, se presentaron a bordo de una ambulancia con la consigna de someterlo y trasladarlo al nosocomio.

Una inyección de morfina lo puso blandito. La camisa de fuerza que le fue colocada lo convirtió en un embutido maniobrable y fácil de transportar. Gracias al pasaporte y otros documentos que llevaba encima pudieron identificarlo, conocer su país de procedencia y contar con algunos números telefónicos para comunicarse con sus familiares o personas que lo conocieran.

La primera llamada, debido a las diferencia del huso horario entre Europa y México, fue recibida por Emma Wiechers a las cinco de la mañana. Todavía en la duermevela, quiso desatender a la persona que llamaba, pensando que estaba equivocado el número. Sin embargo, el nombre de su hijo pronunciado con voz grave y fuerte la puso a temblar y la obligó a concentrarse en una parrafada

que contenía en sí misma las frases que ni ella ni su marido habían querido escuchar respecto del terrible drama implícito en la enfermedad de su hijo.

Nada más verla, Gastón júnior comprendió que algo muy grave había sucedido, quiso salir huyendo, pero ella lo retuvo por una manga de la camisa del pijama y le dijo a bocajarro:

—¡Ya nos cayó el chamuco, Gastón! ¡Prepárate para enfrentarlo!

XIII

El retorno de Gastón Suplice III al seno de su familia fue, por decirlo con una palabra sustanciosa, catastrófico.

Acompañado por un médico psiquiatra que lo mantuvo dopado durante la travesía sobre el Atlántico, la tripulación del vuelo 403 de Aeroméxico lo relegó a la última fila de asientos y vigiló estrechamente para impedir que se levantara y cometiera algún desaguisado.

Gastón júnior pidió ayuda al secretario de Gobernación y a su amigo Fernando Gutiérrez Barrios —hombre poderoso que controlaba la seguridad interna de la nación y a los cuerpos policiacos de élite que operaban en secreto y se mantenían ocultos a los ojos de los ciudadanos comunes y corrientes— para que le facilitaran el ingreso de su hijo y los trámites migratorios que era necesario satisfacer en el aeropuerto. Asimismo, contrató una ambulancia privada para que lo trasladaran a la casa en la que él y Emma vivían en la calle de Sierra Leona, en las Lomas de Chapultepec.

Gastón III fue confinado en la misma recámara que ocupaba desde que era adolescente y durante las temporadas que decidía vivir con ellos. Media hora más tarde, el doctor Paulino Rivera, que daba consulta psiquiátrica en el Hospital de San Fernando, se presentó en la casa con la intención de auscultar al joven y, si le era posible, dar un diagnóstico y perfilar un tratamiento.

—¡Llegó hecho un desastre! —informó Emma—. No ha querido hablar con nosotros y se ha mantenido en un mutismo absoluto…

—¿Está consciente del lugar donde se encuentra? —preguntó el galeno.

—¡Presumo que sí! —afirmó Gastón júnior—. Creo que ha reconocido su recámara porque tomó una bata del clóset, se la echó encima, y enseguida vació el contenido de su mochila sobre la mesa de su escritorio…

—¿Su ropa y recuerdos del viaje? —se interesó Paulino.

—¡No, qué va! ¡Ojalá fuera eso! —respondió Emma de inmediato—. Hojas de papel con anotaciones inconexas impresas con letras de molde de diferentes familias y, lo peor, una cantidad enorme de caracteres de plomo y madera; de esos que se usaban en las viejas prensas… ¡Sí, idénticas a las que todavía usan los llamados «evangelistas» en la Plaza de Santo Domingo para hacer invitaciones de bodas y bautizos, así como títulos profesionales falsos y documentos oficiales perfectamente imitados…! ¿Recuerda usted el título del «Doctor» Fausto Alzati?

—¡No sé cómo pudo cargarlas! ¡Pesan una barbaridad! —acotó Gastón júnior con un gesto de extrañeza—. Es evidente que, para él, son un tesoro del que por nada querrá desprenderse. ¡Pero pase usted a verlo!

Paulino Rivera entró al cuarto de Gastón III, ocupó una silla y, sin dilación, comenzó un interrogatorio con base en comentarios indirectos, más que nada para ver si lograba que su paciente hablara.

Gastón III estaba sentado en el borde de su cama con la barbilla encajada en el pecho. Sus labios se movían como si estuviese rezando un responso y, de vez en vez, sonreían. La presencia del doctor Rivera, al parecer, le era indiferente.

—¿Qué tal tu viaje por Europa, Gastón? —dijo éste, con el objeto de romper el hielo—. Me dicen que estuviste viajando más de un año. ¡Qué envidia tener una oportunidad como ésa!

Gastón III no respondió a la pregunta. Él había entendido, nada más ver a ese sujeto al que no conocía y le resultaba extraño, la jugada de sus padres. No, no le gustaban las trampas ni tampoco que se le diera el trato de un conejillo de Indias. Se levantó de la cama y sin hacer caso a Rivera se dirigió hasta su escritorio y comenzó a ordenar los diferentes caracteres.

Paulino lo dejó hacer. Él sabía que no había peor error que contravenir la voluntad de las personas afectadas por un trastorno psíquico. Tenía que ser paciente y esperar a que el hombre le abriese un resquicio mental por el que pudiera meterse.

Mientras acomodaba las letras, reía y las nombraba con un cariño obsceno, Gastón comenzó a tararear una canción de Pink Floyd, de la que tomó una estrofa —*The lunatic is in my head*— que repetía igual que si fuese un mantra. Paulino, por su lado, hacía unas anotaciones en una libreta y observaba, de perfil, las facciones desquiciadas de su presunto paciente.

Veinte minutos más tarde, Gastón le habló con un tono displicente para que se acercara a la mesa y viera lo que había escrito. —¡No te conozco —le dijo—, pero aunque seas una invención de mis padres, quiero enseñarte algunas ideas que quizá, si tienes la inteligencia suficiente, podrán serte interesantes!

Paulino quedó sorprendido por la parrafada del joven al que, de entrada, había endilgado el término *maniaco depresivo* para iniciar los estudios que creía debía encaminar para desbrozar el caso. Se acercó y lo primero que pudo leer fue un título, formado con letras en mayúscula, que rezaba: *DECÁLOGO DE LA MUERTE*.

Un dedo de Gastón III recorrió el renglón y en su cara se dibujó una sonrisa perversa que se iluminó cuando deslizó el dedo al siguiente renglón en el que había escrito: *I. El asesinato como obra de arte*, frase tomada del título de un libro de Thomas De Quincey que, cuando lo leyó, le había resultado fascinante.

—¡Muy sugestiva la frase! —opinó Paulino—. Supongo que la has escrito de manera enunciativa para, luego, abundar sobre el tema y expresar lo que

piensas. ¿No intentarás llevarla a la práctica? —agregó preocupado de que en la mente del inadaptado se estuviese incubando la idea de adoptar el rol de un psicópata.

Gastón guardó mutismo y no aclaró cuál era su postura al respecto. Movió la falange de su dedo índice a las siguientes líneas que había escrito, dos nada más, que decían: *II. La letra con sangre entra*, y *III. No hay nada más divertido que degollar a una gallina… Mi abuelo paterno puede suplirla*, y lanzó una carcajada.

—¿No le parece una buena puntada, comparar a mi abuelo con una gallina culeca? —dijo Gastón con voz apenas audible—. ¡Es que si lo conociera…!

El doctor Rivera, sin manifestar lo que pensaba, quedó un tanto alarmado. Comenzó a vislumbrar que la patología del joven no correspondía a la clasificación que, de inicio, había hecho. Entendió, después de leer las frases y observar sus reacciones, que su conducta e intereses eran obsesivos y obedecían a estímulos de carácter compulsivo que rebasaban su inteligencia y voluntad, y lo hacían actuar sin medir las consecuencias. Escribió en su libreta el diagnóstico que le pareció correcto: obsesivo compulsivo.

—¿Y qué es lo que debemos hacer, doctor? —preguntó Gastón júnior después de escuchar los comentarios de Rivera.

—Mientras se mantenga tranquilo y no se ponga violento pueden permitirle que viva en la casa sujeto a su supervisión y ciertas restricciones…

—¿Usted cree que quiera aceptar cualquier censura a sus actos? —intervino Emma.

—Deben imponerle reglas muy precisas y no dejar que se comporte a su arbitrio —respondió el galeno con firmeza—. ¡Su hijo, señora Suplice, se lo digo en serio, puede ser peligroso, más de lo que se imagina! Por eso, ustedes no pueden bajar la guardia ni ser demasiado complacientes. Yo les recomiendo que mantengan un control estricto de lo que haga dentro de su recámara y mucho cuidado con las salidas de casa. Tomen nota de lo que dice, si es que les dirige la palabra, y consulten conmigo semanalmente las observaciones que puedan hacer de sus hábitos.

El doctor Paulino Rivera, como la mayoría de sus colegas, no fue muy explícito en su diagnóstico ni se explayó mucho respecto de los síntomas que podían surgir con el tiempo. Extendió una receta con los nombres de los medicamentos que consideró benéficos y se concretó a recomendar que si Gastón III empeoraba lo llamaran para hacerle una evaluación y determinar la conveniencia de internarlo en un hospital psiquiátrico que, como ellos sabían, causaría mil molestias y les costaría un ojo de la cara.

Durante las siguientes semanas Gastón III vivió a puerta cerrada en el ámbito de su recámara. Se dedicó a leer, escuchar las piezas de sus discos favoritos y a conformar palabras y frases con los caracteres que había sustraído de la galería infantil del Museo Gutenberg. Parte de su tiempo lo dedicaba

también a contemplar, a través de las ventanas, el jardín posterior de la casa, clasificar a los pájaros con los nombres que inventaba —«estornudo» en lugar de estornino; «paloma procaz» para disfrazar la índole de la torcaza—, así como para con la vista hipnotizar a la cobra que escapaba de su espalda y se refugiaba en la fuente, detrás de un macizo de alcatraces.

Por las noches, cuando nadie lo veía, el recluso escapaba sin hacer ruido, bajaba hasta la cocina y, literalmente, saqueaba el refrigerador y se comía todos los jamones, tocinos y quesos que encontraba en las bandejas. Los litros de leche desaparecían de una día para otro y cuando la cocinera se quejaba con Emma, ésta justificaba la desaparición con el argumento de un cuento hindú en el que los macacos bañaban con leche de burra a la reina de Saba a fin de conservar la textura juvenil de su piel y su cara exenta de arrugas. La cocinera, pobrecilla, ponía cara de plato todos los días, pero aceptaba la excusa de su patrona cuando ésta le mostraba un paquete que contenía una toalla sanitaria femenina con la marca del mismo nombre.

La mayoría del tiempo Gastón permanecía desnudo. No se bañaba ni cepillaba los dientes. El hedor de su cuarto era insoportable. También los ruidos que provocaba en los momentos en que veía frustrada alguna de sus obsesiones y, en sus ataques de ira, estrellaba contra la pared los pocos objetos frágiles que sobrevivían a sus embates.

Cada vez con mayor frecuencia Gastón júnior inventaba pretextos para ausentarse de casa. Sus viajes, fuese adonde fuera, se prolongaban con exceso. Al igual que su padre había puesto tierra de por medio con él en su juventud, el júnior rechazaba la compañía de aquel hijo que le repugnaba y dejaba la responsabilidad de su vida en manos de su mujer.

Emma era con mucho más tolerante. Deseaba, quién lo creyera, la felicidad de su hijo, y no estaba de acuerdo en que ésta se viera enturbiada por la espada de Damocles que amenazaba con un internamiento que no sólo causaría dolor al enfermo sino a toda la familia. Por ello, evitaba el contacto con el doctor Rivera y, cuando tenía que hacerlo, le daba informes optimistas que estaban muy lejos de reflejar la realidad en que se desempeñaba el muchacho.

Éste, triste es decirlo, no progresaba. Al contrario, cada vez hacía más locuras, al grado de que Emma, durante una larga ausencia de su marido e inspirada en un artículo que había leído en la revista *M.D.* dedicada a la salud y la medicina, contrató a un equipo de expertos para que tapizaran y acolchonaran las paredes del cuarto de Gastón con el objeto de que éste no se hiciese daño cada vez que arremetía contra los muros y se golpeaba la cabeza.

Desesperada, Emma tuvo una feliz ocurrencia. Supo, de buena fuente, que en el bazar de anticuarios que se ponía los sábados en la Plaza del Ángel, entre las calles de Hamburgo y Londres, en el corazón de la Zona Rosa, podría comprar, en el establecimiento de Fustinger, Matos and Brothers —atendido por el célebre *Chácharas* del barrio de Tepito—, una pequeña imprenta casera

que todavía servía y en la cual Gastón podría adaptar los caracteres de plomo y hacer sus propias impresiones. ¡Un regalo maravilloso que, además, llegó acompañado de varios rimeros de papel couché y cultural de 90 gramos en color hueso y los frascos y cartuchos de tintas pigmentadas que se requerían!

Gastón lloró de emoción el domingo completo. El lunes hacia mediodía miró a su madre con un atisbo de agradecimiento y, a partir de ese instante, se dedicó a imprimir cuanta tarugada le vino a la mente y cuyos textos intentó ordenar en el interior de las galeras.

Quiso imprimir el *Decálogo de la muerte*, pero se quedó corto de ideas y no pudo pasar de lo que ya había pergeñado por más esfuerzos que hizo. Repetía las propuestas o, debido a la dislexia, confundía el orden silábico de las palabras y éstas quedaban grabadas en el papel como si fuesen combinaciones absurdas de caracteres sin sentido. La frase: *En la muerte las personas encuentran el descanso eterno*, que en su mente era clara y sin complicaciones, al pasar entintada al papel quedaba como un barrunto inconexo, y lo más enfadoso, con faltas de ortografía: *En al erte las sonajas encuentran el cansado eter*.

Quiso, entonces, emprender la tarea de llevar un diario, una especie de bitácora de la locura, en el cual pretendía expresar los pensamientos asociados a las visiones que, constantemente, lo acometían. Las imágenes nítidas, bien perfiladas en tres dimensiones, aparecían y desaparecían o transmutaban su naturaleza al capricho de sus deseos y así podía convocar la presencia de su abuelo paterno, don Gastón Suplice sénior, sentado frente a un escritorio cubierto por larvas y gusanos que reptaban, se enroscaban y emitían chillidos agudos, con los brazos extendidos y el terror pintado en su rostro hasta que sus lagrimales sangraban, y él apuntaba, o al menos creía que lo hacía, consignas en las que le advertía que su muerte estaba próxima y su carne sería devorada por los comensales que ocupaban la plaza. Con un dedo embadurnado de tinta china hacía un trazo de la silueta del viejo sobre la hoja de papel montada entre los engranes de la prensa y, al margen, apuntaba con los errores que se le escapaban, las palabras: *Domingo 13 de julio. Hoy vi al abuelo Gastón asustado porque los médicos le han dicho que morirá de cáncer… ¿Será cierto? No lo creo. Su muerte será distinta. El machete hará su trabajo*. Notas a pie de página: *Consultar en los archivos hemerográficos sobre el asesinato de los Flores Alavez. Revisar el libro* Asesinato, *de Vicente Leñero.*

La impresión era un amasijo. La imagen que supuestamente había plasmado se había transformado, de acuerdo con lo escrito por él en los últimos renglones, en un manchón del que sobresalían miembros cercenados y en un brazo que giraba dando machetazos a diestra y siniestra, reproduciendo la caricatura de un crimen horroroso y sanguinario.

Otro día, miércoles de ceniza, se vio en el salón de clase frente a su maestra predilecta, Graciela Cándano, quien recitaba algunas estrofas de la obra *La*

Celestina, de Fernando de Rojas y, a continuación, disertaba sobre la polémica creada a su alderredor acerca de si era una obra dramática o la primera novela escrita en lengua española. Gastón, presa de la compulsión, dibujó a su tutora y comenzó a formar en la prensa una frase alusiva. Sin embargo, todavía a media línea, Graciela se transformó en la *Osamenta del Encanto*, cuya fotografía había visto en un diario, y su discurso en una diatriba que condenaba a los fiscales corruptos que vendían sus principios éticos y morales a los poderosos para que sus crímenes quedaran impunes. Amasijo al que puso una fecha arbitraria sin preocuparse si coincidía con el calendario.

Gastón mantuvo la costumbre de «escribir» su diario durante un año de clausura. Un anecdotario siniestro de las compulsiones mentales que lo obsesionaban, como si padeciese *delirium tremens*. El día que lo dio por terminado, se las ingenió para encuadernarlo con las pastas disparejas de dos libretas que encontró tiradas debajo de su cama. Con sus propias manos imprimió el título *Diario de un loco*, plagiando a Nicolás Gógol, lo envolvió en papel estraza y lo guardó en un cajón hasta que consideró prudente exhibirlo. Fue el obsequio que durante la «Navidad» hizo a su madre, festividad que en su almanaque personal caía en octubre.

Emma Wiechers no supo si sentirse complacida o aterrorizada. El contenido del regalo no tenía ni pies ni cabeza y menos las explicaciones que su hijo le hacía mientras la rondaba con el ritmo de un rehilete.

—¡Fíjate, mamá, qué bien me quedó el retrato del tío Goyo, el de la abuela Matilde; ése de Javier Calleja frente a la fachada del último edificio que construyó antes de irnos a España! —decía el joven, con gritos destemplados, a la vez que no dejaba de pasar las hojas a una velocidad vertiginosa.

Emma respondía con gruñidos semejantes a los de los gatos porque no entendía qué era aquel compendio de adefesios ni los embrollos de letras que los acompañaban, y no encontraba la manera adecuada para darle su opinión.

—¡Este árbol te quedó precioso, hijo! —dijo en un momento dado ante una hoja embadurnada con tinta color verde, creyendo que podría complacerlo.

—¡No es un árbol, mamá! —reclamó con furia—. Es el retrato de Cristina Makuset, una chica con la que salí en Madrid y me mostró *Las amígdalas de Tarzán* que ilustraban un libro malísimo de Bryce Echenique y que estaba colocado como adorno en un escaparate. ¡Cristina vomitó al verlo y se puso verde!

—¡Ah! —exclamó Emma y no volvió a hacer comentario alguno.

Gastón III comenzó a enojarse con la actitud de su madre. Él esperaba aplausos, reconocimiento a los textos conceptuales, mejores que los de Góngora, que había escrito en las planas. Esperaba ser halagado por la calidad de sus ilustraciones y por el trabajo que había hecho con la pequeña imprenta Heidelberg. Sin embargo, su madre más que alegre y dichosa se veía consternada e indecisa. Le arrebató el álbum de las manos y lo lanzó hacia la

puerta del comedor, con tan mala suerte que coincidió con el momento en que su padre, Gastón júnior, entraba. El cartapacio lo golpeó en la cara y, aunque no le hizo daño, sí lo maltrató y, por un instante, lo dejó turulato.

Gastón júnior, no era para menos de acuerdo con las normas y las buenas maneras que acostumbraban las personas decentes en sus relaciones familiares, armó un escándalo superlativo. No se atrevió a golpear a su hijo porque eso sólo lo hacían los pelados, pero sí le ordenó que volviese a su recámara y pidió al mozo y al jardinero que lo amarraran en los barrotes de latón de la cabecera de su cama y no lo dejaran salir hasta que él tomara las acciones pertinentes al caso.

Emma, desconsolada y en previsión de lo que se vendría encima de su hijito, intentó calmar a su marido. Sin embargo, éste ya había hecho varias llamadas telefónicas que se esparcieron, al igual que el eco, entre los nubarrones de fatalidad que amortajarían, como si fuese una momia despreciable, al enfermo.

Gastón III cayó, era inevitable, en las garras, así lo veía, igual que una hiena sedienta de carroña, tal y como creyó haberlo dibujado en una de las hojas de su diario, del doctor Paulino Rivera. Contra la opinión y argumentos esgrimidos por su madre en su favor, fue trasladado al «pabellón de los locos peligrosos» del Hospital de San Fernando y confinado, por lo pronto, en una celda de castigo.

Paulino Rivera no era el monstruo que Gastón III creía haber visto en él. Fue alumno, aventajado por cierto, del doctor Samuel Ramírez Moreno, padre de la psiquiatría en México, y el primero que montó un hospital psiquiátrico privado en terrenos que colindaban con los viveros de Coyoacán, y en cuya clínica se habían formado los psiquiatras y psicólogos más prominentes y con mejor clientela del país. Rivera, quien había cursado varias especializaciones en el extranjero, contaba en su formación con los principios de honestidad, responsabilidad profesional y entrega humana que, adoptados de la interpretación hecha respecto de las enseñanzas del Juramento de Hipócrates, le habían sido inculcados por su mentor. Era, por tanto, un médico comprometido con las enfermedades mentales de sus pacientes, cuyo propósito era aliviarlos, que no curarlos, porque eso era prácticamente imposible, para que se convirtiesen en seres funcionales que pudiesen convivir en armonía con el grupo social que los rodeaba.

Gastón III fue, por tanto, tratado con esmero y compasión. Veinticuatro horas después de su arribo, se le administraron los medicamentos necesarios para mantenerlo en calma y, al día siguiente y una vez que éstos surtieron efecto, se le cambió a otra sección del hospital en la que, además de tener una habitación privada provista con un espacio amable y baño, podría moverse a discreción y llevar una rutina aceptable.

El doctor Rivera lo sometió al escrutinio de varios exámenes clínicos y a las pruebas psicológicas que le permitirían incursionar en su subconsciente a fin de

determinar el grado de enajenación que los daños en su cerebro, si es que los tenía, pudieran haberle provocado.

—Padece, sin llegar a la esquizofrenia, trastornos temporales de pérdida de la realidad —opinó el psicólogo que le había practicado el test de Rorschach para evaluar su personalidad—. Al interpretar las manchas de tinta impresas en las láminas, dio, en lugar de una sola como se le indicó, varias respuestas para cada una, tan dispares y distorsionadas que no pueden aceptarse más que como la manifestación patente de una alteración profunda. Sin embargo, lo más preocupante de su caso es su inclinación a ponderar ciertas actitudes tendientes a causar dolor, a descalificar, despreciar y hasta eliminar, con una frialdad exasperante, a otras personas, muchas de las cuales son imaginadas y pertenecen a las ficciones de su mundo interior.

—¿Me quiere decir que el paciente no maneja emociones? —inquirió Paulino Rivera.

—¡No manifestó ninguna, doctor! No se trata de un enfermo bipolar. Sí puede comportarse con altas y bajas en su conducta, pero ambas situaciones, tanto el optimismo excesivo como la depresión severa, están sujetas al imperio de una patología psicópata. Es un tipo frío, calculador, que se dirige con ojos cerrados a satisfacer sus obsesiones.

—¿Peligroso?

—En la medida en que no se controlen y se dejen sueltos sus instintos que, me duele decirlo, se aproximan mucho a las transgresiones criminales, doctor Rivera.

Paulino Rivera consultó con otros colegas. Algunos sugirieron medidas extremas como la práctica de una lobotomía o la aplicación de electrochoques a fin de alterar la morfología cerebral del paciente y, por así decirlo, mantenerlo en un estadio vegetativo hasta que la naturaleza reclamara su vida.

—¿Y dejarlo así por veinte o treinta años? —reclamó con tono airado—. ¡No, de ninguna manera! ¡No puedo condenarlo, ni a él ni a su familia, a una pesadilla tortuosa! Voy a intentar con fármacos y algunas terapias alternativas.

Gastón III, mientras tanto, había vuelto a caer en su universo monosilábico y dejado de hacer trastadas. Hablaba, eso sí, pero no con los enfermeros y custodios que estaban a cargo de su cuidado, sino con aquellos seres fantasmales que brotaban de su imaginación y a los que nombraba con las letras del alfabeto.

—¡Tienes que dejar de bailar, doble ele, porque te vas a lastimar las patas, y además, me perturba tu zapateo! —exclamaba en dirección a una de las paredes y se quedaba quieto a la espera de una respuesta a la que, cuando le llegaba, replicaba como si en verdad estuviese sosteniendo un diálogo—: ¡Ay, sí, tú, pero mira qué cínico! ¡Ya! ¿Te crees el gitano señorón, doble ele? ¡Pero si te pareces al currutaco del monte Carmelo…!

Emma sugirió al doctor Rivera que la dejara llevarle su imprenta. —Así —

dijo—, al menos podrá desfogar la energía que lo mantiene alterado.

Paulino ponderó la petición durante varios días y, al fin, dio su consentimiento. La prensa llegó al hospital un jueves por la mañana. Para el sábado, Gastón no había dado muestras de reconocerla ni de comprender para qué servía. En alguna forma la tenía bloqueada y no le interesó.

Los medicamentos recetados por Paulino tenían efectos impredecibles. Con las pastillas de Aldol y Viperideno, Gastón III oscilaba entre una euforia frenética y un desguance flemático. Con las inyecciones de Pfizer y las píldoras de Mead-Johnson dormía durante muchas horas o, por las noches y madrugadas, hacía cinco mil lagartijas. Los estrógenos despertaban su libido y se masturbaba hasta hacerse daño en el pene. Paulino intentaba con todo, incluso con la mariguana que ya se permitía dosificar con propósitos médicos.

Fue inyectado con hormonas de mono, iguana y serpiente de cascabel; infectado a propósito con cepas de virus y bacterias que al ponerse en órbita y producir epidemias terribles habían demostrado, antes del deceso, alterar la conducta de sus víctimas letales, sin obtener resultado alguno como no fuese que cada determinado periodo estuviese más y más idiota.

Dos años más tarde, Paulino Rivera estaba desesperado. Había probado con todo, sin que su paciente diese la menor señal de estar recobrando un mínimo de inteligencia. Revisó concienzudamente sus hojas clínicas y —¿qué lo inspiró a hacer esos ajustes?— decidió cambiarle la dieta. Ordenó a las enfermeras responsables de alimentar a Suplice que suspendieran la dieta hospitalaria indicada en su expediente y le dieran de comer los alimentos que se servían a los empleados cotidianamente.

La primera reacción de Gastón fue de sospecha. Su bandeja había cambiado. En lugar de consomé de pollo, el plato sopero contenía una buena porción de sopa de pasta; las papas a la francesa habían sido sustituidas por frijoles refritos; el filete de res por tinga de cochinita pibil; la gelatina de color anaranjado por arroz con leche. Probó cada uno de los platillos, masticó la ración cuidadosamente y desechó, sin miramiento alguno, el recipiente del postre. Al terminar dejó, nadie daba crédito, aflorar una sonrisa de satisfacción que tuvo, no podían desperdiciar la ocasión, que ser aplaudida.

Una semana después, el doctor Rivera pudo constatar en su paciente cambios prodigiosos. El color cetrino de su piel había desaparecido. Ahora mostraba una pigmentación sana y reluciente. Su postura, siempre guanga y derrengada, había adquirido firmeza, equilibrio y una proyección de seguridad y aplomo. Ya no decía tarugadas y las fases de incoherencia comenzaban a espaciarse. Sus ojos tenían un brillo distinto. —¡Un cambio milagroso, señora Suplice! —informó el galeno a una Emma que no sabía qué hacer con sus manos, ni cómo sorber los mocos—. Sin embargo, debemos esperar hasta ver cómo evoluciona.

Los progresos de Gastón se hicieron notables conforme avanzaba el tiempo

y él comía obsesivamente platos y más platos de sopa y los medicamentos desaparecían en el rol de su tratamiento psiquiátrico. El doctor Rivera, así como muchos de sus colegas, estaba intrigado con la respuesta obtenida con un paciente que daba por perdido y condenado a la locura. Un simple cambio de dieta había marcado la diferencia, igual que si hubiese traspasado la frontera indeleble entre la felicidad y la tristeza humanas y, en una forma abrupta, todo se hubiera resuelto. «No puede ser», pensaba. «Hay algo que se nos escapa y si no logramos precisarlo, puede darnos una maldita sorpresa.»

Se dedicó, algo que hacía tiempo había dejado de hacer, a observar a Gastón III, como si fuese un entomólogo consagrado a un solo ejemplar de las hormigas perniciosas. Lo acompañó en todos y cada uno de los actos que conformaban su rutina obsesiva. Comenzó a comer con él, más que nada porque le llamó la atención que Gastón III sólo comiera sopa. Los otros alimentos habían sido desechados con displicencia. —¡Sólo quiero comer sopa! —dijo alterado—. ¡Nada más esta sopa!

Paulino Rivera pensó que su actitud coincidía con el carácter obsesivo que definía su patología y no puso ningún reparo. Sin embargo, quedó intrigado y quiso saber con detalle cuál era esa sopa y por qué Gastón la prefería sobre todos los demás alimentos. Tuvo el atrevimiento de meter las narices al plato sopero y atisbar su contenido. Gastón lo rechazó con un empujón y estuvo a punto de darle un manazo.

—¡Es sopa de letras! —bramó indignado—. ¿No me diga que nunca la ha comido, doctor? ¡Uno de los platillos caseros más recurrentes! ¿A poco su mamá no la servía en la mesa?

Paulino se puso lívido y sólo asintió con la cabeza. No quería despertar la cólera de su paciente y menos arriesgarse a que le clavara la cuchara en un ojo. Caviló por unos segundos para poder vincular los antecedentes del enfermo y llegar a la conclusión de que si bien éste se había olvidado de los caracteres de imprenta que tanto lo apasionaran, los había sustituido por aquellos hechos con pasta de harina y huevo, mismos que sí podía tragar y, simbólicamente, integrar a su naturaleza y torrente sanguíneo.

«Ha hecho una transferencia interesante», meditó el psiquiatra. «Creo que las letras desperdigadas en el caldo le permiten, como hizo con las de la imprenta, establecer un diálogo con la realidad alterna que maneja.»

—¡Está usted en lo justo! —exclamó Gastón III, quien había leído su pensamiento—. Siempre estoy a la espera de poder platicar con ellas. Tengo la certeza de que, en la medida en que me conozcan y acepten como interlocutor, se atreverán a conformar mensajes que quedarán escritos entre los residuos. ¡Algún día encontraré en el fondo del plato las señales que deberán definir mi conducta! ¡Sean éstas las que sean! —remató con un tono amenazante.

El doctor Rivera sintió un escalofrío que le recorrió desde la nuca hasta los tobillos. Había entendido que cualquier palabra que por arte del azar llegara a

formarse, induciría al enfermo a actuar en consecuencia. Temía, por tanto, que dicha palabra tuviese un significado negro que lo llevara a cometer un desaguisado. No quiso ni imaginar lo que podría suceder si la palabra fuese *mata* o *golpea* o simplemente sugiriese que usara el cuchillo o prendiese fuego. Creyó en la necesidad de poner coto a la preferencia gastronómica de su paciente.

—¡Nada de sopa de letras para el señor Suplice! —ordenó a las enfermeras del hospital.

Los cambios en la conducta de Gastón fueron alarmantes. Hizo un berrinche terrible cuando le sirvieron crema de tomate en lugar de su sopa. Arrojó platos y cubiertos contra los muros de su habitación y golpeó a los mozos que quisieron detenerlo. Luego se abstuvo de probar lo que estaba servido en su bandeja e inclusive mordió la mano de la enfermera que trató de hacerlo comer por la fuerza. Inició un ayuno estricto en señal de protesta que, a los cuatro días, lo postró en la cama y obligó a los médicos de guardia a alimentarlo con suero.

Paulino Rivera se sintió desolado. Todo lo que habían logrado con el paciente se les venía abajo y era muy posible que no se recuperase. Convocó a los padres a una reunión para determinar qué hacer con su hijo, pero sólo acudió Emma Wiechers.

—Mi marido está acompañando en su lecho a don Gastón Suplice, porque el viejo no tarda en estirar los tenis —dijo para excusar a Gastón júnior—. Pero dígame…

Paulino resumió su informe con unas cuantas palabras. Asumió la responsabilidad de haber suprimido la dieta monotemática del enfermo en forma arbitraria y dio sus razones. Aceptó, asimismo, que los resultados habían sido muy negativos; y se vio precisado a reconocer que la opinión de la madre podía ser la respuesta para ese acertijo psicológico que no tenía pies ni cabeza.

Emma, que como ama de casa era un verdadero desastre y que jamás se inmiscuía en los menús de los alimentos que se servían en su hogar, debido más que nada a que su vida social la obligaba a comer fuera los siete días de la semana, tuvo, sin embargo, una ocurrencia: —Ordene que le cambien la sopa que le cocinan aquí por las que venden enlatadas en los supermercados, doctor. Creo que las de la marca Campbell tienen buena sazón y son sabrosas.

El doctor Rivera no entendió a cabalidad la sugerencia de la señora Suplice, hasta que ésta agregó que dichas sopas, por contener preservadores químicos y grasas libres de colesterol, dejaban la pasta, ya fuese ésta con forma de fideos, estrellitas, lengüitas, letras u otras figuras, dispersa en el plato y que era prácticamente imposible que las letras pudiesen aglutinarse en el fondo para conformar palabras. —¡Además, lo más seguro es que en su presentación no venga el alfabeto completo! —acotó—. Son sopas gringas y ya sabe usted lo ignorantes que son nuestros vecinos del norte.

Gastón III volvió a comer con apetito. Es más, manifestó que la sopa de letras Campbell tenía mejor sabor que la que le daban antes. Continuó con su manía de reunir las sobrantes en el fondo del plato y así se entretuvo durante varios meses.

En el ínterin, su abuelo murió de una deficiencia renal. Su velatorio en la funeraria Eusebio Gayosso fue uno de los acontecimientos sociales del año, al que asistieron los empresarios más prominentes del país, acompañados de sus esposas encopetadas o, en su defecto, de las amantes en turno que, bien aleccionadas, fueron las que más lloraron, se desmayaron o dieron la nota con vulgaridades que estaban fuera de lugar y las repudiaron con el desprecio facial de la mayoría de los concurrentes. El funeral se celebró en el Panteón Francés de la Piedad con la intención de que su cuerpo —que no fue incinerado por instrucciones precisas de doña Matilde Creel y Zuinaga quien, aunque no lo expresó abiertamente, deseaba que a su marido se lo comieran los gusanos— fuese enterrado en un mausoleo contiguo al de don Jesús Reyes Heroles, cuya memoria era venerada y respetada por los priistas, los miembros de la alta sociedad y los intelectuales a los que había consentido, lo que significaba disfrutar del prestigio de aquellos fiambres que quedaran cerca y los deudos que estuviesen ahí presentes. Así, rodeados de paneles con la efigie de don Gastón Suplice sénior, coronas fúnebres enviadas por algunas embajadas y cientos de ramos de flores etiquetados, montaron guardia de honor junto al féretro el señor presidente de la República, Luis Echeverría Álvarez; José López Portillo, a la sazón secretario de Hacienda; Luis Enrique Bracamontes, de la Secretaría de Obras Públicas, y Eugenio Méndez Docurro, quien estaba al frente de la cartera de Comunicaciones y Transportes. Honras funerarias que sin tener los alcances populares de las que se habían dedicado a los artistas de cine Jorge Negrete y Pedro Infante, y congregado al pueblo en el panteón Jardín de San Ángel, sí estuvieron a la altura exigida por la Cámara de Industriales y la Cámara de Comercio, cuyos dirigentes fueron designados para hacer los discursos laudatorios de: «¡Una figura señera! ¡Una luminaria destacada en la constelación de los constructores del progreso de la nación!».

Gastón júnior, quien por razones obvias de herencia se convirtió de inmediato en el patriarca de la familia Suplice, recibió los pésames de decenas de individuos que habían trabajado para su padre o lo conocían por las actividades sospechosas que había mantenido en secreto, muy redituables por cierto, y de dos o tres mujeres que, al oído, le susurraron haber sostenido trato carnal con el viejo y engendrado bastarditos que, como los de don Aarón Sáenz y don Manuel Suárez, alias *Techo Eterno Eureka*, llevaban su nombre, a pesar de que jamás los hubiera reconocido. —¡No le sorprenda, licenciado, que algún día lo encuentre mi hijo Gastoncito, su hermanastro, y le reclame lo que le toca de herencia! —le dijo una de esas viudas negras con un cinismo que lo dejó encolerizado.

Ya para terminar el año, el país sufrió una devaluación del cien por ciento respecto del dólar, misma que muchos empresarios y políticos encumbrados, entre ellos Gastón júnior, aprovecharon, por contar con información privilegiada, para incrementar sus fortunas, mientras que la mayoría de los mexicanos pasaban las de Caín para, nada más, sobrevivir con dignidad y comer caliente una vez a la semana… Muchos eventos que si bien trastornaron la economía mexicana e impidieron el *progreso sustentable*, tan manoseado por los jerarcas del partido en el poder, a Gastón III le vinieron guangos y no les dio importancia alguna debido a que él vivía en el Limbo, obsesionado por obtener mensajes del más allá concentrados en las letras de su ración diaria de sopa.

El colegio de médicos psiquiatras del Hospital de San Fernando, con Paulino Rivera a la cabeza, tomó la determinación de dar de alta al paciente Gastón Suplice III, enviarlo a su hogar e iniciar una terapia de rehabilitación que le posibilitara integrarse a su familia y al grupo social al que, por derecho y recursos monetarios, pertenecía.

Un cambio radical en su existencia. Después de haber estado confinado, como decía Jorge Carrión, «en el Infierno por todos tan temido», el *señor* Suplice —categoría que había alcanzado debido a la edad que lo inscribía en los márgenes estadísticos de los adultos— pudo disfrutar de cierta libertad y que su opinión fuese escuchada y tomada en serio.

Pidió a su madre que le comprara una vajilla de peltre, blanca y con ribetes azules. No le importó que su plato sopero tuviera la apariencia de una bacinica porque lo que él buscaba era que el fondo estuviese rugoso y le sirviese para sus propósitos. También, aunque esto fue más adelante, sustrajo de la alacena dos latas de sopa de la marca Campbell, las llevó a su recámara y las colocó, a manera de trofeos, sobre una cómoda de color blanco.

Una mañana cualquiera, Emma Wiechers pasó a saludarlo y para preguntarle si le había gustado un rompecabezas con las figuras enormes de los continentes africano y asiático que había recomendado el doctor Rivera como instrumento idóneo para la terapia de rehabilitación que había puesto en práctica.

—Quiero romper con sus fijaciones obsesivas creando en él la necesidad de satisfacer otras nuevas —explicó en su momento—. Se trata de un conjunto de mil piezas que su hijo deberá ensamblar a la perfección para completar los mapas y que éstos queden correctos, señora. Le recuerdo que una de las facetas de su patología es la perfección. Estos enfermos son perfeccionistas y sufren ante la menor alteración de la visión preconcebida de sus objetivos.

—¿Lo que usted quiere es distraerlo con nuevos estímulos, doctor? ¿Si se clava en el rompecabezas, se olvidará de las letras?

—¡Es lo que quiero intentar, señora Suplice!

A Emma le pareció buena idea y se prestó a colaborar con el galeno.

«Total», pensó, «no se pierde nada.»

Sin embargo, Gastón III no había demostrado entusiasmo alguno. Él continuaba clavado en el tema de sus famosas letras y los mensajes que éstas deberían darle. Había descubierto, a través de la lectura de una enciclopedia gastronómica, que un tal Mister Heinz había creado un producto alimenticio —que llevaba el nombre de *Alphabetti Spaghetti*— con fines didácticos, para propiciar que los niños aprendieran a leer mientras lo comían o, al menos, pudieran memorizar las letras del alfabeto. Sin embargo, el artículo era muy escueto y no daba información acerca de su comercialización y de los resultados que pudieran haberse obtenido.

Emma todavía se entretuvo con las piezas de cartón del rompecabezas. Hizo el intento de ensamblar unas cuantas y, antes de salir, se fijó en las latas que su hijo había colocado sobre la repisa.

—¿Y eso? —quiso saber.

—Las traje para que me inspiren, mamá. ¡No sabes lo que me gustan! ¡Son hermosas y su diseño es muy atractivo! Quisiera tener tapizados los muros de mi cuarto con sus imágenes…

Emma, en ese instante, sintió una fuerte presión en las sienes y se trasladó al pasado. Se vio en el interior de una sala del Museo de Arte Moderno de Nueva York, donde se exhibía un cuadro que le había chocado por su simpleza y porque rompía con todas las reglas del arte figurativo. Cerró los ojos y pudo recordar una pintura hecha con polímero sintético sobre un lienzo de 50.8 por 40.6 centímetros que reproducía el famoso tema de Andy Warhol con el nombre de *Campbell's Soup Cans* o *Treinta y dos latas de sopa Campbell's*, con la que había debutado el *pop art*, en 1962, en la galería de arte Ferus de Los Ángeles, California.

—¡Warhol! —exclamó—. Podría ser tu padre espiritual, Gastón. Si tú supieras la cantidad enorme de cuadros que ha hecho con ese motivo… ¡Latas y más latas! ¡Cuadros que se cotizan entre los más valiosos del mundo!

—¿Y me puedes conseguir algunas reproducciones, mamá?

—¡Ahora mismo! —afirmó la mujer, y salió corriendo del cuarto.

Al poco rato estuvo de regreso. En sus brazos traía no sólo el catálogo de la exposición que había recordado, sino varios libros dedicados a la trayectoria artística de Andy Warhol. Gastón III quedó extasiado con las ilustraciones. Arrancó algunas hojas de un libro impreso por la Fundación Guggenheim, sin cuidar que se estaba llevando de encuentro las láminas que contenían pinturas de Salvador Dalí, de Georges Braque, de Vasili Kandinsky y de Jackson Pollock, y comenzó a pegarlas con frenesí y la ayuda de una engrapadora en una de las paredes.

—¡Esto es lo que quiero, madre! —dijo en tono exigente—. ¡Quiero que mandes reproducir en una imprenta grandes hojas con la representación de ese cuadro y que ordenes que mi recámara sea tapizada con ellas! ¡Ah, y no me

vayas a salir con el cuento de que serán muy caras! ¡Mi padre es multimillonario y puede darse ese lujo y muchos más!

Emma tuvo que hacer maroma y media, pero al final se salió con la suya. El cuarto de Gastón III quedó cubierto, incluyendo el techo y el suelo por el que caminaba, por decenas de latas de sopa Campbell pintadas por Warhol. Inmerso, literalmente, en un tumulto enlatado.

—¡Cumplió usted con su obsesión más cara, señora! —comentó Paulino Rivera cuando enfrentó el entorno creado por su paciente. Luego meneó la cabeza y recapacitó para traer a colación un caso parecido—: ¿Se acuerda usted de Howard Hughes? ¿El multimillonario que controlaba cientos de empresas, entre ellas una línea aérea? ¿Un obsesivo compulsivo notorio que murió hace tiempo encerrado a cal y canto en su habitación del Hotel Princess, en la playa de Revolcadero en Acapulco?

—Sí, algo —reconoció Emma Wiechers.

—Ese hombre vivió obsesionado con los virus y las bacterias que pululan en el medio ambiente —continuó el psiquiatra—. Para evitar que pudiesen contagiarlo de cualquier enfermedad, se encerró en el *penthouse* que, según él, protegió con enormes ventanales de doble cristal y chapas y alarmas de seguridad. ¡No comió hasta su deceso otra cosa que no fuesen los helados fabricados por una de sus empresas, respecto de los cuales estaba convencido de su higiene y de que, bajo ninguna circunstancia, podrían hacerle daño…! Su hijo, señora Suplice, es una réplica, aunque con menos implicaciones y en menor escala, de ese desafortunado caso. Gastón vive y vivirá atrapado por la expectativa de que algún día las letras se organicen para enviarle mensajes que pueden trastornar su vida o la de aquellos que lo rodean.

El paralelismo que el doctor Rivera había hecho entre el caso de Howard Hughes y su hijo, le pareció a Emma acertado. Las coincidencias, aunque con implicaciones distintas, eran suficientes como para encuadrarlos en el mismo patrón psicológico. Sin embargo, no le pasó por alto que mientras Hughes enfrentaba sus obsesiones con pasividad, su hijo las encauzaba con una actividad febril que exigía una mayor vigilancia. No era conveniente dejar a Gastón III solo, ni permitirle actuar a su arbitrio.

Quiso, así, convencer a su marido de contratar a un enfermero que lo acompañara, pero él no estuvo de acuerdo en invertir más dinero para prevenir las consecuencias de los caprichos de un loco, por más que éste fuera su hijo y viviera bajo su mismo techo. Emma no insistió. Volteó la mirada hacia sus actividades personales y se olvidó del asunto.

Gastón III, que poco o nada se enteraba de lo que su manía provocaba a su alderredor, continuó deleitándose con la sopa y a la espera del prodigio que ésta debería manifestarle. Su escudilla de peltre, después de tantas comidas y meneos con la cuchara, comenzó a abollarse y a presentar estrías en las que quedaban atrapadas las letras, al principio encimadas pero más tarde con una

disposición silábica. Una tarde, por fin, Gastón III leyó en el fondo la palabra *SAL*. Una combinación que al hombre le pareció enigmática, pues podía interpretarla como el significante del condimento o como la forma imperativa del verbo salir.

Volvió a menear los residuos y se agregaron dos letras para formar la palabra *SALTA*. Gastón ya no tuvo dudas y comenzó a brincar por su cuarto igual que si fuera un resorte activado por un mecanismo endiablado. Sus piernas se agotaron pronto y sus brazos y espalda a llenarse de moretones por los golpes que se daba en contra de las paredes. Descansó un momento. Su mente dio varios giros sin que se sintiese mareado y, entonces, revisó de nuevo el mensaje y la orden perentoria: *SALTA*.

Sintió un sabor amargo en la boca cuando creyó entender que los arcanos le estaban exigiendo que practicara un sacrificio notable, quizá definitorio, para dar principio a una liturgia sagrada que podría prolongarse hasta el final de los tiempos. Las letras eran implacables y si habían tardado tanto en manifestarse era porque querían estar seguras de la obediencia cabal del escogido, del ungido, para satisfacer sus mandatos. No quiso darle más vueltas. Se dirigió hacia el ventanal situado en el muro que, a once metros de altura, daba a un patio donde estaban colocadas unas macetas alderredor de una fuente de cantera, abrió las hojas de par en par y se arrojó al vacío.

Su suicidio, así fue interpretado por quienes encontraron su cuerpo y, más tarde, por los peritos en criminología que hicieron el levantamiento del cadáver, dejó algunas dudas en la apreciación del doctor Paulino Rivera, quien había especulado con otro desenlace y no dejó de observar, aunque no lo dijo a nadie, la desaparición de la imagen de la cobra que Gastón III llevara en la espalda. Al psiquiatra le pareció muy rara esa circunstancia, pero más extraño resultó para Emma Wiechers el constatar que en los residuos de sopa que habían quedado en el plato de su hijo estaban escritas, con absoluta nitidez, las palabras: *SALTA Y MUERE*.

Acerca del autor

EUGENIO AGUIRRE (Cd. de México, 1944). Novelista, cuentista y ensayista. Ha sido maestro de la escuela para escritores de la Sogem durante más de quince años. Coordinó la publicación de algunas de las colecciones literarias más destacadas en el ámbito cultural nacional, tales como *Lecturas mexicanas* (primera y segunda serie) y ¿*Ya leISSSTE?* Es autor de 52 títulos, entre los que destacan *El rumor que llegó del mar, Los niños de colores, Lotería del deseo, Gonzalo Guerrero* (Gran Medalla de Plata de la Academia Internacional de Lutèce en 1981), *Pasos de sangre* (Premio de Literatura José Fuentes Mares en 1986), *Victoria, La cruz maya, Isabel Moctezuma, Hidalgo, Leona Vicario, Pecar como Dios manda, La gran traición, Cantolla, el aeronauta, El abogánster, Marieta, no seas coqueta* y *Templo de sangre*; también es autor de los volúmenes de cuento *Cosas de ángeles* y *Los perros de Angagua.* Varias de sus novelas y cuentos han sido traducidos al francés, portugués, inglés y alemán. Actualmente protagoniza las cápsulas de divulgación histórica *México y sus laberintos,* transmitidas por Canal 40.

Diseño de portada y fotoarte: Estudio la fe ciega / Domingo Martínez

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición: febrero de 2017
ISBN: 978-607-07-3820-3

Primera edición en formato epub: febrero de 2017
ISBN: 978-607-07-3848-7

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE